



Carlos Montero

LOS TATUAJES
NO SE BORRAN
CON LÁSER

El libro
que tus hijos
no querrán
que leas...


ESPASA

Índice

Portada

Dedicatoria

1. Asia y Nerea

2. Quique y Sergi

3. Petra y Pablo

4. La fiesta en casa de Mauro

5. La comida con Sandra

6. Preocupados por Asia

7. El día después

8. Quique y Alba en el cumpleaños

de Óscar

9. Anochece

10. La vuelta a clase

11. En el plató de Tabula

12. ¿Qué ocurrió en la fiesta?

13. El primer encuentro

14. Petra y Pablo toman una

decisión

15. La denuncia

16. El actor suplica

17. Petra no puede dormir

18. Asia recibe la noticia

19. Un hotel de cinco estrellas

20. Una clase en la madrugada

21. Asia y Mauro hacen un pacto

22. Algo parecido a la felicidad

23. Nieva

24. Las consecuencias

25. Una propuesta a Quique

26. Petra pide un favor

27. En el programa de televisión

28. Nerea no tiene donde dormir

29. Volver a empezar

Epílogo

Agradecimientos

Créditos

*A mi tía Amalia,
por todos los libros.*

1

Asia y Nerea

—Necesito ver tu DNI.

—Venga, Carlo, no seas rancio. Si sólo va ser uno pequeñito. Nadie se va a enterar y menos sus padres.

—Nerea, vivo de esto, es mi negocio. No puedo andar jugándomela todos los días.

—¿Ni por mí?

Nerea le sonrió de manera seductora y juguetona. La chica llevaba el pelo decolorado, despeinado y muy corto, con un flequillo desigual y oblicuo que nacía en el extremo derecho de su frente y le bajaba hasta el ojo izquierdo. Era un corte osado para una adolescente de diecisiete años. Se lo habían cortado la tarde anterior. Asia, la amiga a la que estaba acompañando para hacerse el tatuaje, se había quedado fascinada al verla. La envidió por ser tan valiente y atreverse con un peinado así. Aún tenía mucho que aprender de Nerea.

—Venga, Carlo. No me decepciones —insistió Nerea.

Carlo la miró imperturbable. Esta vez no iba a ceder a sus encantos.

Por el cuello de Carlo asomaba el final de un tatuaje, unas llamas de un ave fénix que extendía sus alas de fuego por toda la espalda. Se lo había enseñado a la chica la primera vez que había ido a tatuarse allí, a su pequeño local de la calle Velarde, en Malasaña. Y hoy Nerea había llevado a Asia, con la que ese año había intimado mucho. Habían coincidido en natación. Aunque en principio no tenían mucho que ver, pronto se hicieron compañeras inseparables y Nerea, año y medio mayor que Asia, la había iniciado en los porros y en el sexo cibernético. También

le había enseñado cómo falsificar las notas y los justificantes de ausencia y, ese día, que Asia cumplía dieciséis años, pretendía regalarle un pequeño tatuaje. Asia ya sabía cuál quería, un revólver de cuatro centímetros, con el cañón apuntando hacia su vagina. El mismo que llevaba Rebeca, la protagonista de *Tabula rasa*: la serie favorita de las chicas. Sobre todo de Asia. Estaba obsesionada con ella.

—Lo siento, Nerea, sin DNI no hay tatuaje.

—Si sabes que soy muy buena falsificando carnés. El mío te lo comiste con patatas. ¿Quieres que me curre otro?

Tío, que no te vamos a enmarronar, te lo prometo.

Carlo no estaba demasiado convencido. Dudaba. Nerea decidió darle el golpe de gracia.

—Es su cumple... ¿Y te hemos dicho ya en la zona en la que se lo quiere hacer?

Carlo miró a Asia. Era un bombón de niña. Melena revuelta y castaña que le llegaba hasta los hombros. Con una nariz característica, un poco ancha y con el tabique algo desviado, sí, pero en ella hasta resaltaba su atractivo. «Y ese tono de piel, esa suavidad tan comestible. Y esa cinturita, seguro que se arquea de maravilla». Su camiseta además no

dejaba casi nada a la imaginación... Carlo se dirigió a la chica, que aún no había abierto la boca.

—¿Y tú qué dices?

—Lo quiero aquí. —Asia levantó un poco su camiseta y bajó algo sus pantalones.

Carlo salivó como un perro ante una hembra en celo. Nerea miró a Asia y sonrió entre sorprendida y satisfecha por la respuesta de la chica.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó Carlo.

—¿Cuántos quieres que tenga?

Nerea le dio un manotazo en la espalda a su amiga.

—No te pases de guarra, guapa. —
Miró a Carlo y respondió por ella—.
Cumple dieciocho, Carlo, ni más ni
menos. Y tú eres el elegido para acabar
con su virginidad. Para que luego te
quejes.

—Yo ya no soy virgen —protestó
Asia.

—En lo que se refiere a tatuajes, tu
piel está más virgen que una niña de
doce del Opus —la corrigió su amiga.

—Tenéis un peligro las dos...
Venga, pasad. Eso sí, una palabra a
alguien y yo lo negaré todo. Aquí jamás
se hizo el tatuaje. ¿Os queda claro?

Las dos chicas asintieron. Carlo les indicó el camino y señaló a Asia la camilla en la que debía tumbarse, aunque antes le pidió que se bajara los pantalones.

—¿Quieres que me quede en bragas?

—Eres tú quien ha elegido esa parte de tu cuerpo. Si prefieres otro lugar, sólo tienes que decirlo.

Asia miró a Nerea buscando una respuesta. Esta se limitó a asentir. Asia, entonces, sin decir una palabra, se bajó los pantalones y se los quitó. Carlo, al ver a la chica en bragas, reprimió un suspiro. Y tuvo que admitir que estaba

mucho más rica de lo que había imaginado. Y esas braguitas de algodón blanco...

—Túmbate ahí.

Asia obedeció. Estaba bastante nerviosa. Carlo abrió una bolsita de plástico con una aguja desechable nueva y la colocó sobre el taladro.

—¿Me va a doler?

—Algo, como la primera vez que te depilaste por... —Carlo señaló su pubis.

—¿Tanto?

—Pero lo soportaste, ¿verdad? —le dijo Nerea—. Tú tranquila, que estoy aquí. Y Carlo es muy bueno, ¿a que vas a tratarla con cariño, Carlo?

—Yo siempre trato con cariño a mis clientas. —«Sobre todo a las vírgenes», pensó—. Si quieres, te puedo poner una crema con anestésico. Tarda unos veinte minutos en hacer efecto, más o menos lo mismo que me llevará reproducir sobre tu piel el dibujo.

—Vale. Lo de la crema suena bien.

Una vez que Carlo calcó el dibujo en su zona pélvica, comenzó a tatuarla. Al primer pinchazo, Asia agarró con fuerza la mano de Nerea.

—Duele —se quejó.

—Tampoco es un parto, tonta. Es el precio por estar guapas.

Carlo siguió adelante. Había días en que le encantaba su trabajo. Era el mejor del mundo. Poder lastimar una piel perfecta como aquella, y dejar su huella ahí, para siempre. Sentir cómo la carne respondía, vibraba, y cómo se erizaba el vello a cada pinchazo...

Una hora y media después Carlo le estaba dando los consejos necesarios para que no se le infectara. Asia se levantó de la camilla y se miró en el espejo. El revólver era igualito que el que llevaba Rebeca, igualito.

—Ahora está un poco inflamado, pero en dos días ya lo verás perfectamente. ¿Te gusta?

—Me encanta, y es como el de Rebeca, ¿verdad?

—A ti te queda mejor. Tienes un cuerpo más bonito —sentenció su amiga.

Asia, pletórica, le dio un beso a Carlo en la mejilla, muy cerquita de sus labios.

—Eres bueno.

—¿Te importa que le haga una foto? —le preguntó Carlo cogiendo una cámara réflex digital de una estantería —. Será un plano detalle, no se sabrá que eres tú.

Asia dudó por un instante.

—¿Pero así? ¿Inflamado?

—Sí, y después, si quieres, vienes un día cuando ya esté curado y te hago otra. ¿Hace?

—Eh... bueno...

Carlo enfocó a la zona pélvica de la chica y disparó un par de fotos. Se las enseñó en la pequeña pantalla de la cámara para que pudiera comprobar que no mentía, que sólo había sacado el tatuaje y que su identidad no corría peligro. Nerea entonces tuvo una idea y se acercó al oído de Asia. Le dijo algo que Carlo no pudo oír. Sólo vio la reacción de la chica, que se revolvió inquieta.

—¿Qué dices? No, no...

—Venga, que te la hago yo con mi móvil. Que esa no es para Carlo, es para ti.

Asia entonces pareció pensárselo.

—¿Pero aquí, ahora y con él delante?

—Asia, lo has tenido a un centímetro de ti, y con esas braguitas ya te lo ha visto todo, ¿qué más da? Además, él es un profesional, ¿verdad, Carlo?

—No sé de qué estáis hablando — dijo el chico.

—Que le voy a sacar yo también una foto, para que tenga un recuerdo. Y mejor sin las bragas.

Carlo las miró sin dar crédito.

—Vosotras queréis que me metan en la cárcel —fue lo único que atinó a decir, pero deseando que la chica recién tatuada accediera a los deseos de la otra.

—Vale, pero me tapo con la mano. Y hazla rápido —dijo Asia, ruborizada.

Asia utilizó la mano derecha para bajarse las bragas de algodón mientras con la izquierda se tapaba el pubis, que llevaba con el pelo muy recortado. Carlo no se perdía detalle, aunque intentaba disimular una distancia y una profesionalidad propias de un ginecólogo que estaba muy lejos de sentir. El espectáculo era grandioso, imposible no reaccionar.

—¡Apúrate!

Nerea capturó el instante con su iPhone 4S. La foto valía la pena.

—Ya está. Vístete.

Asia se subió las bragas lo más rápido que pudo y se puso los pantalones. Nerea, mientras, negociaba el precio con Carlo.

—¿Cuánto me vas a cobrar?

—Para ti, setenta.

Ella fingió escandalizarse.

—¿Setenta? ¿Después de lo bien que te lo hemos hecho pasar? Carlo, te doy cuarenta y porque soy buena.

Las dos amigas salieron de la tienda contentas y entusiasmadas. Asia no dejaba de mirar la foto que le había

hecho su amiga. Quién le iba a decir a ella hacía unos meses que se iba a convertir en la chica que veía en el móvil. Tan osada, tan moderna. En ese momento tuvo la certeza de que lo mejor del día y de su vida no había hecho más que comenzar. Aunque no podía estar más equivocada.

—¡Y ahora a por bebida y a casa de Mauro! Menudo fiestón nos espera. Vas a ser la reina, Asia.

La reina.

2

Quique y Sergi

I

Quique había sacado a su perro Logan a media mañana a dar un paseo. El chihuahua estaba encantado porque no solían sacarlo a esa hora a la calle. El horario habitual: ocho y media de la mañana, tres de la tarde y nueve de la

noche. Media hora arriba o abajo, porque Quique era de costumbres fijas, pero no germánico. Necesitaba despejarse, descansar del trabajo intenso y obsesivo. Un día de estos acabaría en el hospital como no bajara el ritmo y el nivel de estrés. Y también tendría que plantearse bajar el consumo de cocaína. Lo que había empezado como un hábito recreativo, para seguirle el ritmo a los chavales en las discotecas, se estaba convirtiendo en una dependencia. Sobre todo desde que empezaba a necesitar la coca para cumplir con el plazo de entrega de los guiones. Y si no bajaba el ritmo de consumo, al menos debería olvidarse de

tomarla en ciertos momentos, como antes de las reuniones del equipo creativo de *Tabula rasa* con la cadena de televisión. Justo el día anterior había protagonizado un episodio cargado de ira, al más puro estilo de los adolescentes a los que retrataba, en una reunión con los directores de ficción de la cadena. El desencuentro estaba siendo tal que la conversación enseguida había dado paso a una discusión en la que los reproches se habían lanzado como cuchillos afilados. Y cuando hizo perder los nervios a uno de los ejecutivos de la cadena y este le había acusado de que tal vez el problema era que él no sabía

escribir, Quique, en vez de respirar y contar hasta diez, algo que siempre le funcionaba, había acabado gritándole:

—¿Que no sé escribir? —Tomó aire para poder decir lo siguiente de carrerilla y no tener que perder el tiempo—: Mira, querido, no sé cómo mantener una relación estable, no sé cómo viajar sin desconectar del curro, no sé cómo ser fiel, no sé cómo volver a disfrutar de las cosas y no sé cómo mantenerme callado en una reunión como esta. Eso no lo sé hacer. ¿Pero escribir? Escribo tan bien que hasta cuando vosotros llenáis de mediocridad y de vuestros miedos absurdos mis

guiones el resultado aún sigue siendo decente. —Hizo una pausa dramática y sentenció—: Así de bien escribo.

Y no contento con semejante desahogo, que había dejado a todos, tanto a los representantes de la cadena, como a los de su productora, pegados a la silla, continuó con su discurso intoxicado de euforia, rabia y cocaína:

—Y algún día os deberíais atrever a dejarnos volar, coño. Porque igual que nosotros hemos aprendido de vosotros que trabajamos para el público, podríais aprender que se puede trabajar para el público hablándole sin miedo y con inteligencia. Y que por el hecho de ser inteligente no estáis echando fuera a

nadie. Y menos a los adolescentes, que nos dan sopas con honda, joder. Y que yo estoy hasta los mismísimos de mediocridad. Que consumimos, fabricamos y respiramos mediocridad, hostia. Y ya estoy muy cansado de ser mediocre. Y lo que es peor, de que me obliguéis a serlo.

La reunión terminó cinco minutos después, sin llegar a ninguna conclusión sobre el guion del capítulo que estaban tratando, porque al menos el resto de los presentes había tenido la prudencia de no entrar al trapo.

Cuando salieron del edificio, Sandra, su jefa, una de las dueñas de la productora para la que Quique trabajaba

y que pagaba su sueldo exorbitante, le dijo:

—Tenemos que hablar. Mañana comemos.

—Mañana es sábado.

—¿Y? Como si es el puto día de Navidad. Tú no estás bien, Quique, no estás bien. Que cada día tienes el ego más inflado y la cadena se está hartando y va a acabar cerrándonos el chiringuito. Y por tus arrebatos de autor se van a quedar ciento veinte personas en la calle.

—Ya estamos con la cantilena de siempre. Que no cuele, Sandra, que no cuele. Que están encantados, que la serie

no puede ir mejor. Que nadie se va a quedar en el paro y menos por mi culpa.

—Quique, tú antes no eras así. Tenías otra percepción de las cosas. ¿De verdad estás tan ciego? ¿No ves lo que está ocurriendo? Yo no sé si es el éxito que se te ha subido a la cabeza o qué. Pero te está afectando más que a los chavales de la serie.

—Tonterías.

—Y tú no tienes diecisiete años precisamente. Que tienes casi cuarenta.

—Treinta y seis.

—Que sí, Quique, que sí. Treinta y seis, los que tú digas. Pero tú y yo comemos mañana. Tenemos mucho de qué hablar.

—Vale, pero por el centro. Paso del extrarradio los fines de semana.

Y dicho eso había levantado la mano para que el taxi que oportunamente pasaba por la calle frenara y se pudiera subir en él. A veces, pocas, los taxis aparecen como en las series y en las películas: en el momento adecuado y para dejar la secuencia en alto y al antagonista con la palabra en la boca.

La hora de la comida con la jefa se acercaba y Quique empezaba a dudar de que un paseo con el chihuahua le relajara. Él, que de pequeño soñaba con escribir de manera plácida y relajada

novelas a la orilla del mar, había acabado escribiendo bajo los efectos de la cocaína una serie para adolescentes en horario de máxima audiencia que se había convertido en todo un fenómeno sociológico. Quique se había dado cuenta del alcance de lo que escribía cuando descubrió que el nombre de la serie y de sus personajes se colaron en las letras de un grupo *indie* que sonaba a todas horas, cuando hacía la compra en el supermercado, cuando salía por la noche, cuando iba en taxi. Y el alcance de la serie iba más allá de la música pop, los cuerpos y las caras de los actores llenaban los suplementos de moda, se discutía sobre el contenido

polémico de los capítulos en las tertulias de la radio y en la prensa. Y ya se empezaba a hablar de la «generación *Tabula*»: una generación hedonista, hipersexualizada, nihilista, sin valores y enganchada al móvil y a las redes sociales.

Logan, el chihuahua, se metió entre las piernas de dos chicas adolescentes que salían del local de tatuajes de la calle Velarde. Quique se disculpó por la intromisión de su perro y mientras lo hacía, y como ya era habitual en él, se fijó en las chicas y memorizó cada detalle de lo que veía. Podía copiar el corte de pelo de una de ellas. Y el entusiasmo y la alegría que desprendían,

que con sus chillidos y decibelios era un tanto irritante. Y una vez más, por lo poco que escuchó de la conversación, su vocabulario estaba trufado de mazos, tía, mola, puta, rabo... para que luego le tildaran de caricaturesco cuando hacía hablar así a sus personajes.

Mientras se dirigía a su piso, en pleno corazón de Malasaña, reflexionó sobre la alegría de esas chicas, sobre su vitalidad. Tendría que empapar su último guion de algo parecido a eso. A ver si al final la cadena iba a tener razón y se estaba volviendo demasiado oscuro y pesimista en los guiones. Y tal vez fuera verdad, y el caso es que no respondía a una visión pesimista de la

vida, más bien era una reacción ante el buenrollismo que le exigían. Porque, al parecer, aunque los índices de audiencia seguían por las nubes, los anunciantes habían empezado a quejarse, porque ya apenas había personajes positivos que pudieran sostener sus refrescos, o llevar sus zapatillas o comer sus chocolatinas. Y claro, la imagen de esas marcas no podía estar asociada a actitudes tan negativas, tan cínicas, tan poco heroicas. Y sin marcas, sin publicidad, no habría dinero, y sin dinero, adiós a la serie. Ese era el discurso apocalíptico de la cadena. «Y una mierda», pensó Quique. Y una mierda.

Una vez en su piso, se sentó delante del ordenador para intentar acabar la secuencia que se le había atragantado. Pero las ideas no fluían, todo lo que escribía estaba muerto. Más que adolescentes aquellos parecían zombis, joder. Abrió la bolsita con los tres gramos de coca y sin la paciencia para hacerse una raya utilizó la llave de casa para llevarse a la nariz una cantidad considerable de droga. Inhaló con fuerza y volvió a teclear.

Pero seguía sin concentrarse. Y quería acabar la secuencia antes de la comida. Si no lo hacía, no llegaría a las diez páginas que se había propuesto sacar ese sábado. La culpa era del estrés

y de la rabia que le daba tener que trabajar en fin de semana. Cerró el documento y se metió en internet, en una de sus páginas porno habituales. Tal vez una buena paja le relajara. Buscó algún vídeo que le estimulara, se bajó los pantalones hasta la rodilla, y cuando ya estaba manos a la obra, las campanas de la iglesia que daban justo a uno de los balcones de su casa empezaron a sonar con estruendo. Quique abrió la ventana, salió al balcón con los pantalones bajados y gritó:

—Putas campanas. Puta iglesia de los cojones. ¿Es que uno no se puede pajar a gusto en su propia casa?

Sí, estaba estresado. Y sí, era hora de dejar la coca.

La vecina de al lado, un anciana de ochenta años, estaba en el balcón regando las plantas y le saludó:

—Buenos días.

Quique emitió un gruñido y, subiéndose los pantalones, se metió en casa y cerró el balcón a cal y canto.

No iba a desistir. Pensaba acabarse la secuencia y pensaba meneársela a gusto. Cerró la página porno y buscó otra mucho más efectiva: Cam 4, allí la gente se desnudaba y se masturbaba en directo y siguiendo las órdenes de desconocidos por el puro placer del exhibicionismo. Vio a un chaval de

España, como así lo demostraba la bandera que siempre aparecía en una esquina de la ventana, con un cuerpo de quitar el hipo, por lo que dejaba entrever su camiseta naranja, medio pelirrojo y con una mirada entre angelical y perversa y decidió que sería el estímulo perfecto.

Comenzó a chatear con él, y gracias a su capacidad de convicción y al manejo de las palabras —qué bueno era dialogando—, consiguió vencer las reticencias iniciales del chico y que poco a poco se fuera despojando de su ropa. Era lo que más le gustaba a Quique: un chaval tímido pero al borde del precipicio del deseo y con unas

ganas locas de dejarse llevar si al otro lado había alguien que supiera pulsar las teclas adecuadas. Y Quique sabía hacerlo, era un maestro en ese arte. Otra cosa no, pero sabía dialogar como el mismísimo Dios.

Por primera vez en mucho tiempo se sintió vivo y eufórico, pero ya no por los efectos de la coca, sino por los estragos del deseo. Ese chico desconocido le estaba despertando del letargo en el que llevaba sumido mucho tiempo.

Más adelante Quique escribiría que la vida está llena de casualidades y de equivocaciones.

II

Sergi había ahorrado para comprarse una GRH, una cámara de vídeo minúscula con un gran angular creada para grabar en situaciones extremas y de riesgo, e incluso bajo el agua. La utilizaban los surfistas pegándola a la tabla y obtenían unas imágenes espectaculares. También lo hacían los que se tiraban en parapente o en ala delta, que la solían adherir en sus cascos

o en uno de los extremos de las alas. Era minúscula, ligera y muy resistente. Sergi pensaba colocarla en su tabla de *skate*, por la parte de abajo, muy cerquita de las ruedas delanteras. Sabía que gracias a su objetivo angular, casi de ojo de pez, podía conseguir unas tomas espectaculares. Ya había visto algún vídeo en YouTube y Vimeo y estaba ansioso por conseguir unos resultados parecidos.

Sergi, a sus dieciséis años, era un obseso de la imagen. Soñaba con dedicarse de mayor a algo que tuviera relación con la fotografía, la tele o el cine. Cualquier formato era válido si le

servía para atrapar la realidad. Y con esta cámara aunaba dos de sus grandes pasiones: la imagen y el *skate*.

Le había echado el ojo desde hacía meses, pero se salía mucho de su presupuesto de estudiante. Con los anclajes que necesitaba y los diversos complementos imprescindibles para que funcionara sujeta a la tabla la broma se ponía en casi cuatrocientos euros. Así que tuvo que empezar a ahorrar y a trabajar dando clases particulares a niños para poder pagarla. Había descubierto que lo de dar clases a chavales le gustaba y encima se había hecho muy popular entre ellos porque para que estudiaran e hicieran los

deberes les sobornaba con clases gratuitas de *skate*. Su fama de buen profesor particular enseguida se extendió y en menos tiempo del que esperaba había conseguido reunir la cantidad suficiente para hacerse con la cámara.

La instaló en la tabla y la probó dándose una carrera por el pasillo. Su madre, al escuchar el sonido de las ruedas del monopatín, salió corriendo de su despacho.

—¿Pero tú estás loco? ¿Qué haces montado en eso dentro de casa?

—Sólo es un momento, mamá. Necesitaba probar la cámara antes de llevarla a casa de Mauro.

—¡Bájate ahora mismo de ahí! De verdad, yo no sé qué tienes en la cabeza.

—Mamá, en vez de echarme la bronca, deberías alentarme. Ya verás cuando escriba en mi biografía que mi madre no me dejaba experimentar con mis *gadgets*.

—¿Con tus qué? Cada día hablas más raro. Déjate de biografías y quítate de ahí que me rayas el parqué.

—Esa frase me la apunto. Aparecerá al principio de la novela: «A mi madre le preocupaba más el parqué que mi crecimiento personal».

—¿A que te tiro una zapatilla?

—Oye, pues molaría, que te estoy grabando. Y quedaría muy cinematográfico una zapatilla en movimiento y avanzando hacia el objetivo mientras yo me muevo.

—¿Que me estás grabando con qué?

—Con esta cámara de aquí abajo —le dijo señalando el *skate*. La cámara se confundía entre las ruedas—. ¡Sonríe!

La madre se metió refunfuñando en el despacho de nuevo y Sergi volvió a su habitación riéndose. Comprobó que se había grabado todo y sonrió satisfecho. El gran angular era una

verdadera pasada y el movimiento muy estable. Como un verdadero *travelling*. Sí, había hecho una buena compra.

Su móvil sonó. Era Mauro, su amigo inseparable.

—Tío, ¿dónde coño estás? Que me estoy comiendo yo solo el marrón de la fiesta... ¿tú sabes todo lo que hay que organizar? Y aquí aún no ha venido ni Dios a ayudarme. Pero ya que me falles tú es la leche.

—Que voy ya, tranqui, que tenía cosas que hacer.

—¿El qué? ¿Qué es mas importante que preparar el fiestón del año?

—En un rato voy.

Sergi no podía compartir el entusiasmo de su amigo, porque no iba a haber en esa fiesta nada que le interesara demasiado. Por mucho que Mauro la calificara como la fiesta del año, sería como todas: alcohol, algún que otro porro, la gente muy salida, muy pesada, y todos los tíos entrándoles a saco a las más borrachas. Y a Sergi esa perspectiva no le podía interesar menos. A quien le molaría entrar estaba completamente fuera de su alcance.

La fiesta era en la casa de los abuelos de Mauro, que habían heredado hace poco los padres de su amigo. La estaban empezando a remodelar y mientras las obras no estuvieran

acabadas, y la cosa iba muy lenta, a Mauro se la dejaban utilizar para que llevara allí a sus colegas. La utilizaba, sobre todo, de picadero. Y menudo uso le estaba dando, especialmente desde que habían instalado el *jacuzzi* en la planta de abajo. Las únicas condiciones que los padres de Mauro le habían puesto era que no fuera cuando estuvieran los obreros trabajando y que no destrozara nada. Por supuesto, los padres ignoraban, o preferían ignorar, el uso que su hijo le estaba dando a la casa. Para Sergi, lo mejor era que tenía una enorme piscina vacía y la utilizaba como pista de *skate*. Estaba deseando probar la cámara allí. Podían quedarle

unos planos nocturnos muy guapos con la luz de las bengalas que había comprado. Y como ya no tenía dinero, le había insistido a Mauro para que comprara unos faroles de papel de colores en un almacén de chinos de Alcobendas.

—No me jodas que me has traído hasta el fin del mundo para pillar esta mariconada de faroles.

—Van a quedar de puta madre, tú hazme caso. Y mira el precio, están tirados.

Mauro al final había accedido porque su amigo no podía estar más pesado con eso, que parecía que le hacía más ilusión grabar la fiesta subido en su

skate que la propia fiesta en sí. Raro era un rato. Pero, oye, era su mejor amigo, así que habría que darle el gusto, que para eso estaban los colegas de verdad.

Sergi volvió a ver por tercera vez las imágenes grabadas y, satisfecho del resultado, ajustó sólo un poco la cámara al *skate*. Listo, se daría una ducha y luego se iría a ayudar a su amigo.

Bajo el chorro de agua caliente de la ducha sintió cómo se empezaba a excitar de manera automática. Llevaba un par de meses más salido que la esquina de una mesa. Y ya empezaba a estar hasta el culo de meneársela en la

ducha. Así que no cayó en la tentación, cerró el grifo y, con su toalla favorita — la granulada de Ikea que absorbía como el pañal de un bebé—, se secó todo el cuerpo. Sin apenas ser consciente, se detuvo más de la cuenta en la zona de los genitales y su cuerpo volvió a reaccionar. Al final iba a tener que cascársela antes de ir a la fiesta de Mauro.

Se metió en su habitación, cerró el pestillo y volvió a encender el ordenador. Si encontraba el vídeo porno adecuado, en menos de cinco minutos habría liberado toda la tensión. Para su sorpresa, y con lo cachondo que estaba, no había ninguno que le acabara de

excitar del todo. ¿Qué le pasaba? Si es que estaba harto de vídeos, le apetecía otra cosa, sobre todo ese día, porque, en un rato, tendría que estar aguantando cómo muchos conseguían pillar mientras él seguía a dos velas. Y era una pena, tanto abdominal en su sitio, y con esos brazos y esas piernas tan guapas que se le estaban quedando de las horas de kárate, y que nadie las disfrutara.

Había escuchado en clase a unas chicas hablar de varias páginas megaguarras. Chatroulette y Cam 4. En la primera, tú ponías la cámara web y el programa te conectaba al azar con cualquier usuario que estuviera usando el mismo programa en ese momento en

cualquier lugar del mundo. Te podías encontrar de todo al otro lado: un viejo, dos tías, una madurita, un chaval adolescente... Y en actitudes de todo tipo: algunas estaban vestidas, otros ya con el rabo en la mano, otras chupándose las tetas... Y si te gustaba lo que veías, te quedabas, y si no, pasabas y el programa te conectaba con otro usuario. Sergi lo había probado un par de veces, pero no le había molado. Tal vez era el momento de atreverse con Cam 4. Allí la dinámica era distinta. Tú te registrabas gratuitamente y te exhibías delante de la cámara, y si gustabas, las personas que estaban al otro lado te empezaban a hablar. Tú, en principio, no

les veías a ellos. Era puro exhibicionismo, nada más. Y de repente, esa idea, la de exhibirse porque sí, le puso cachondísimo.

Sergi se creó a toda prisa un perfil en la página y se conectó. Pronto, varios le empezaron a escribir y a piropear de una manera bastante explícita y obvia. De repente, uno en concreto le llamó la atención. Tenía gracia. Y enseguida decidió ignorar a todos los demás y quedarse con él. Le gustaba todo lo que decía y cómo se lo decía. Sabía ser persuasivo sin incomodar. En pocos minutos consiguió que se quitara la camiseta y, antes de lo que hubiera imaginado, ya estaba muy excitado.

Cuando se estaba dejando llevar por las palabras del desconocido, al que aún no había visto la cara ni el cuerpo, se dio cuenta de la hora que era. Casi las dos de la tarde. Tenía que irse ya a casa de Mauro. Así que escribió:

—Tío, me tengo que pirar ya. Mejor me voy corriendo.

—¿Que te vas o que te corres?

Sergi tardó un par de segundos en pillar el juego de palabras involuntario que el otro le acababa de señalar y se rio con ganas.

—Ja, ja, las dos cosas —tecleó.

Sergi apenas necesitó diez segundos para llegar al orgasmo. Se despidió del desconocido, pero antes de

irse este le pidió su nombre de usuario en Skype. Para seguir en contacto.

El chico dudó. ¿Realmente quería que un desconocido al que ni siquiera le había visto la cara tuviera acceso a su cuenta? Pero el otro insistió de manera persuasiva, divertida e inteligente, y Sergi acabó cediendo. Entre otras cosas porque el *nick* del chico le había llamado mucho la atención: Guionista 30.

3

Petra y Pablo

I

Petra había vuelto a chatear. Después de aquella última vez aciaga que supuso un cataclismo, un punto y aparte, por no decir un punto final, había recaído de nuevo. Y ya el hecho de que pensara en términos de recaída indicaba que no

tenía del todo la conciencia tranquila. Pero ahora era una mujer divorciada, en pleno proceso de superación de dos años en el infierno, y estaba en todo su derecho. Si quería conocer a hombres por internet, ¿por qué no iba a hacerlo? Por mucho que a su amiga Veva le pareciera patético, era mejor que la otra opción: frecuentar discotecas para mujeres maduras como ella. Sentirse madura a los cuarenta y siete, maldita desgracia. Ella no se veía como esas otras señoras divorciadas que bailaban agarradas a esos señores con bigote o sin bigote, pero casi todos con barriga cervecera y casi todos con trajes feos, trajes como de boda o de oficinista,

trajes que en ningún caso parecían hechos a medida, y, claro, para cubrir esas panzas necesitaban tallas grandes de chaqueta, y los hombros nunca estaban donde tenían que estar y bailar con ellos era como bailar con el fracaso. Así que había dejado los bares de mujeres de cierta edad y lo había intentado con las discotecas de moda. Y ahí se dio cuenta de que la patética era ella. Patética, transparente y fuera de lugar. Todos tenían veintitantos años y los pocos treintañeros que había jamás la miraban. Así que las dos opciones estaban descartadas: adiós a las discotecas de maduros divorciados y a las otras. ¿Qué podía hacer para conocer

gente? Lo intentó con cursos de cocina, con salidas guiadas por la ciudad y de recogida de setas; hasta pensó en matricularse en alguna carrera, todo con afán de conocer gente. Pero a los dos días se cansaba. No quería aprender nada nuevo, al menos no quería utilizar esa excusa para conocer a hombres. Se sentía una impostora y creía que se le notaba a la legua que estaba allí por el motivo equivocado. Y quizás todos los demás también se apuntaban por la misma razón, pero a ellos no se les notaba en la cara. A ella sí.

Por eso volvió a las páginas de contactos. Y por eso ese domingo, a las doce de la mañana, estaba conectada

hablando con Aviador 43, un piloto de avionetas biplaza que le estaba proponiendo un viaje para esa tarde. Por fin se había lanzado a ofrecérselo. ¿Lo haría con todas? Debía de ser una estrategia de seducción infalible. Si es que de verdad era piloto y no una mentira patética para ligar. Esperaba que no fuera uno de esos que luego a la hora de la verdad se inventaba una excusa, huy, tengo la avioneta sin gasolina o con el motor averiado, mejor tomamos un café. Pero no, Aviador 43 le daba buena espina. Seguro que era de fiar. Ella nunca había viajado en avioneta y enseguida se imaginó como Meryl Streep en *Memorias de África*,

sólo que en lugar de Robert Redford estaría con Aviador 43, que seguro que era más calvo que en la foto, o le olía el alerón, o le sobraban quince kilos, o medía uno sesenta. Sonrió al imaginarse en esa avioneta, sobrevolando ya no la sabana africana, sino, en el mejor de los casos, el pantano de San Juan.

Así que se armó de valor y le dijo que sí, que iría, que por qué no. Además, ya tenía ganas de ponerle cara, cuerpo y altura al aviador. Por experiencia sabía que una foto borrosa y de cuerpo entero poco tenía que ver con la realidad. Una siempre se imaginaba lo mejor y le ponía lo que a la foto le faltaba, más pelo, menos kilos, más

sonrisa, incluso todos los dientes, y luego se llevaba el chasco de su vida cuando al quedar para tomar café el otro sonreía y sus dientes amarillos estropeaban el conjunto. Petra era una obsesa de las dentaduras, pero le daba mucha vergüenza preguntar por internet si tenían los dientes blancos y perfectos. Al fin y al cabo estaba ligando, no comprando un caballo. Con el aviador se había mandado mil mensajes por el móvil y desde hacía un par de semanas la tenía en vilo, como a una quinceañera, viviendo por y para el móvil, deseando que sonara el bip de mensaje entrante e interpretando cada una de sus palabras. ¿Qué significaba ese «ya hablamos»

cuando ayer había estado tan cariñoso? ¿O por qué lleva un día sin dar señales de vida? Dos semanas con el móvil pegado al cuerpo y al corazón. Desatendiendo incluso alguno de sus masajes con los pacientes, ella, que prohibía a todo el mundo que entrara en la sala de fisioterapia con el móvil encendido, estaba incumpliendo su propia norma y dejaba el suyo en la bata, y si vibraba, utilizaba cualquier excusa para ausentarse un momento, encerrarse en el baño, y así leerlo, y releerlo, paladearlo incluso, y luego pensar una respuesta que estuviera a la altura. Como una quinceañera, como su hija Asia, a la espera y a la que salta. Y

esa tarde, por fin, se había atrevido a quedar con él. Ojalá fuera tan atractivo como en esa foto que le mandó en la segunda charla, y ojalá tuviera una voz bonita y unos brazos fuertes... Ojalá pudiera follar sin echar mano de la viagra, como aquel otro, el último, qué asco de viejo de culo caído y de tetas en el ombligo. Una mierda iba a tener aquel cincuenta y un años, una mierda.

Su hijo Rómulo la apartó de sus pensamientos.

—Mamá, ¿dónde está Asia? Me iba a llevar al centro comercial.

—Estará a punto de llegar, hoy dormía en casa de Nerea.

—Me dijo a las once y son las doce y media. ¿Por qué no está aquí ya?

—Espera, que la llamo, don impaciente.

Petra marcó el número de su hija mientras Rómulo no le quitaba el ojo de encima. El niño no disimulaba su enfado y decepción. A sus once años parecía una fotocopia en pequeñito de Pablo, su padre. Sobre todo cuando se enfadaba, y últimamente lo hacía a menudo. «A este le va a llegar pasado mañana la adolescencia», pensó Petra. Por si no tenía bastante con Asia, en nada tendría que estar lidiando con dos dictadores con las hormonas en ebullición. Qué pereza y qué hastío.

—Tiene el teléfono desconectado.

Se habrá quedado dormida.

—Pues llama a Nerea.

—¿Y por qué no la llamas tú?

—Porque no tengo su teléfono y porque a mí esa me cae muy mal. Es una engreída.

A Petra le sorprendió que su hijo supiera el significado de esa palabra y que la utilizara además de manera tan certera. Ella pensaba exactamente lo mismo de la amiga de su hija. También le caía fatal, pero se guardaba mucho de decirlo. No quería juzgar a las amigas de Asia. Y para una que se echaba, mejor tener un poco de manga ancha. Al principio no había sido así, al principio

la chica le había caído muy bien, porque entre otras cosas había conseguido desterrar del estilo de vestir de Asia las camisetas negras tres tallas más grandes de las que necesitaba y esos vaqueros horribles que, en vez de realzar, escondían su cuerpo atlético de nadadora, y gracias a la influencia de su nueva amiga había empezado a usar prendas mucho más favorecedoras. Y era una alegría verla con un poco de color y a veces hasta con algo de carmín rosa en los labios. Pero luego la influencia se empezó a extender más allá de la ropa y eso a Petra ya le hizo menos gracia.

—Tampoco da señal. Se habrán acostado tarde y ahora estarán durmiendo la mona.

—¿Qué es dormir la mona?

Sabía lo que significaba engreído, pero no conocía la expresión dormir la mona. Misterios de los once años.

Petra improvisó una respuesta.

—Dormir mucho.

—Ah.

Rómulo se quedó plantado delante de su madre.

—Mamá, ¿y por qué no llamas a casa de Nerea y que su madre las despierte de dormir la mona?

—Rómulo... ¿de verdad?

—¡Tenía que estar aquí!

—Vale, vale...

Petra buscó el número de la casa de Nerea y marcó. Rómulo la observó mientras hablaba por teléfono.

—¿Cómo que no han pasado la noche ahí? ¿Aquí? Si Asia me dijo que... ¡mierda de niña! ¿Y no tiene ni idea de dónde pueden estar? De acuerdo... Sí, sí, y si usted se entera antes... por favor, llámeme.

Petra colgó el teléfono muy alterada.

—¿Qué pasa?

—Tu hermana me ha mentado. La voy a estampar contra la pared cuando entre por esa puerta.

—¿Entonces no me va a llevar?

¿Me llevas tú?

—Tranquilo, que va a ser ella quien te lleve, aunque sean las cuatro de la tarde.

Llamó de nuevo a su hija y le dejó un mensaje incendiario. Rómulo se asustó al ver a su madre tan enfadada, pocas veces la había visto así, y decidió volver a su habitación.

Petra cogió el paquete de tabaco y se encendió el primer cigarrillo de la mañana. A la mierda sus propósitos de no fumar hasta después de comer. Inhaló una larga calada y sintió cómo el humo bajaba por su garganta e inundaba sus pulmones. Pero no la tranquilizó.

¿Cómo había sido tan tonta de creer a su hija el día anterior cuando le había pedido permiso para dormir en casa de Nerea? Si estaba claro que era la coartada más manida de la historia. Las niñas querían ir de fiesta y se habían cubierto la una a la otra. Tú les dices a tus padres que duermes en mi casa, yo le digo a los míos que duermo en la tuya. Por Dios, si hasta ella misma la había usado con su madre. Claro que a ella nunca la habían pillado, porque siempre había tenido la precaución de volver a una hora prudente. No como esta desgraciada. Se iba a enterar. A saber dónde estaría y en casa de quién habría dormido. Los primeros pensamientos

negros acudieron a su mente. Pero mejor cortarlos de raíz, imaginarse lo peor no iba a hacer que Asia volviera antes.

Volvió a llamarla. El móvil seguía apagado. Seguramente sin batería. ¿Para qué mierda su padre le había comprado ese *smartphone* de las narices si en nada se agotaba la carga? Móviles que servían para todo menos para llamar o para estar localizable, porque justo cuando los necesitabas se apagaban. Petra siempre le pedía a Asia que llevara el cargador, para que nunca, nunca, la dejara tirada el móvil. Buscó el cargador en la habitación. Allí estaba. Una vez más, había salido sin él. Para matarla.

Petra estaba perdiendo los nervios por momentos. Se maldijo por haber llamado a casa de Nerea. Si no lo hubiera hecho, ahora estaría en la inopia, y cuando su hija entrara por la puerta en unos minutos, porque seguro que la niña volvía, creería a pies juntillas sus mentiras y santas pascuas. Al final, esa era la única relación posible entre padres e hijos. Tú haz lo que quieras y que yo no me entere.

Descartó la idea de llamar a su ex, no quería escuchar cómo le decía que era la peor madre de la historia. Y que tanta libertad y tolerancia, tanto tratarla de igual a igual, tanto rollito de que somos ante todo amigas al final no había

servido para nada. Aunque tal vez debería llamarlo. Ahora lo importante era la niña. Y a lo mejor a él se le ocurría algo más útil que dar vueltas por la casa consumiendo un cigarro tras otro.

Se armó de valor y cogió el móvil.

—Pablo, soy yo.

—Petra, me pillas como el culo.

—Asia no está. No ha venido a dormir. No me coge el teléfono.

—¿Cómo que no ha ido a dormir?

—En teoría, se quedaba en casa de Nerea, pero no.

—Nerea, claro, ¿por qué no me sorprende? Maldita la hora en que la dejaste ser amiga de ese bicho.

—¿Y yo cómo se lo iba a impedir, listo?

—¿Has llamado a sus amigas, a la gente de su clase o algo?

—No. Es que... tampoco quería montar un número, que luego cuando aparezca me lo va a echar en cara.

—Petra, ¿de verdad te preocupa quedar mal delante de tu hija? No tienes remedio. Si es ella la que ha metido la pata.

—¿Y si no ha metido la pata? ¿Y si le ha pasado algo?

—¡Pues por eso tienes que empezar a llamar a todo el mundo!

—Ya...

—Mira, voy a ver si puedo colocarle a otro esta maldita clase y voy para allí. Y si el jefe me quiere echar, que me eche, que ya estoy hasta el culo de trabajar los domingos.

—Gracias. Gracias.

Petra colgó el teléfono un poco más tranquila. Había hecho lo correcto. Sabía que se estaba ganando una nueva bronca con su ex, pero estaba dispuesta a asumirla. Pablo adoraba a su hija. Y era una suerte poder contar con él en situaciones críticas. Ella se aturullaba, las contrariedades la paralizaban, pero él siempre sacaba a relucir su lado pragmático. Era un hombre de acción y escondía su miedo actuando. El día que

Pablo le pidió el divorcio, lo primero que pensó fue cómo se las iba a arreglar sin él. ¿Quién va a estar ahí cuando los niños tengan un accidente o enfermen?

II

—¿Qué te has hecho en los dientes?

Desde que su exmarido había entrado por la puerta, Petra había notado algo raro en su aspecto, pero no sabía bien qué era. Hasta que en ese momento cayó. Eran sus dientes.

—Una limpieza, ¿por qué?

—Una limpieza y algo más. Te los has blanqueado.

—¿Te parece ahora eso muy importante?

Todos los años preocupada por la higiene dental de su marido, convenciéndole y amenazándole para que fuera al dentista y nunca le había hecho caso. Ahora, dos años sin ella y se blanqueaba los dientes. Había otra. Seguro. Alguna alumna de la autoescuela, ¿cómo no?

Así se habían conocido ellos dos. Petra se estaba sacando el carné y tenía de profesor al típico mendrugo machista y cateto que creía que sólo se podía enseñar a conducir a base de gritos e

insultos. Y de repente, un día, llegó él. No era guapo, pero no le gritó ni una sola vez. Y le preguntó si podía poner música mientras ella conducía. Y puso un CD de REM, uno que Petra no había escuchado. Y le habló de Michael Stipe, del grupo, le tradujo una de las canciones. Y mientras traducía le iba indicando: «Mira al fondo y a la derecha, adelántate a lo que va a pasar. Interpreta las señales, cuidado con ese de la izquierda». Su voz era tranquila. Y Petra, por primera vez, se sintió relajada al volante, y a gusto. A cada nueva clase, Pablo era más guapo y más atento. Y divertido, el cabrón podía hacer que conducir fuera una fiesta. Algo tan

rutinario como una clase de conducir lo transformaba en un viaje distinto, aunque hicieran siempre el mismo recorrido. Y entonces ella se dio cuenta. Quería viajar siempre a su lado. Para que todos los días, por muy rutinarios que fueran, pudieran ser distintos. Se enamoró como no pensaba que pudiera hacerlo. Y a un ritmo lento, a base de lecciones de cuarenta y cinco minutos al día. Pero él no daba ningún paso. Y un día, Petra le propuso tomar algo después de clase. «Lo siento, no salgo con alumnas», le dijo. Y a ella eso le sentó como un tiro. Y Pablo, al verla tan disgustada, la miró

con dulzura: «Así que a ver si apruebas pronto y te puedo invitar a cenar. Ya he pensado el sitio».

Petra aprobó a la primera.

—Tenemos que empezar a llamar a todos sus amigos y compañeros de clase. ¿Tienes sus teléfonos?

—De Nerea y de dos o tres más.

Les llamaron, pero ninguno sabía nada de la chica. Y tampoco sabían qué habían hecho la noche anterior. ¿Botellón? ¿Alguna fiesta en alguna discoteca en la que pudieran haber entrado colándose con algún carné falso? ¿Fiesta en casa de algún amigo?

Pero nadie sabía nada o todos intentaban cubrirla. Dio igual que Petra insistiera, rogara, incluso amenazara. Y cuando ella se desesperaba, era Pablo quien cogía el teléfono.

—¿Sabes si han podido salir fuera de Madrid en coche con algún amigo que ya tenga el carné?

Esa pregunta alarmó mucho a Petra.

—Asia no puede ser tan inconsciente como para subirse al coche de nadie, ¿verdad? Dime que no, Pablo.

—Esperemos.

—¿Y si se ha subido? ¿Y si les ha pasado algo y por eso ni ella ni Nerea cogen el teléfono? Hay que llamar a los

hospitales. A todos. Ay, Dios mío... que no les haya pasado nada.

4

La fiesta en casa de Mauro

Asia y Nerea llegaron sobre las once de la noche a casa de Mauro. Estaba a las afueras, en una urbanización de chalés al suroeste de Madrid, muy cerquita de donde estaba el plató de su serie favorita. *Tabula* se rodaba en una zona de naves industriales a pocos kilómetros de allí. Nerea había descubierto la dirección exacta y un día se escaparon

del colegio para intentar colarse en el plató y así conocer a los actores por los que suspiraban. No tuvieron éxito, porque no consiguieron traspasar la puerta custodiada por un guardia con muy malas pulgas, pero se quedaron en la calle toda la mañana y pudieron saludar a varios de sus ídolos. Había sido un día casi perfecto.

Asia estaba admirando las casas de la urbanización. Sólo había visto casas así en las pelis americanas, y cuando llegaron a la de Mauro, se decepcionó un poco al compararla con las otras. Era sin duda la más normalita de la zona, una construcción funcional y no muy grande de los años setenta. La fachada

necesitaba una mano de pintura y el jardín estaba bastante descuidado, con el césped irregular y seco en algunas zonas. Pero tenían piscina, en eso Mauro no había mentido, aunque estaba vacía. Sergi la estaba utilizando como pista improvisada de *skate* mientras varios de los chavales que estaban sentados en el borde bebiendo cervezas le jaleaban. Otro, con una manguera a la altura de su cintura como si la estuviera agarrando para mear, regaba al de la tabla de *skate* cuando pasaba por su lado. Sergi gritaba y se reía cada vez que el agua le mojaba el pelo y la camiseta. Estaba encantado de que cayera agua sobre el monopatín, así podría comprobar si la cámara de

vídeo era realmente impermeable. Asia se sintió como una tonta por haber metido el bikini en la mochila. Lo del baño tendría que quedar para otra ocasión.

Nerea había tenido que convencer a su amiga para que acudiera a la fiesta. Asia tenía muchas dudas, porque aunque era su cumpleaños, la fecha no podía ser más inoportuna. Dentro de dos días iba a participar en un campeonato para el que llevaba entrenando durante tres horas diarias, más otras diez horas los fines de semana. Para ella era una cita importantísima. Allí se jugaría su futuro como nadadora. Necesitaba acortar su récord de tres minutos cincuenta y dos

segundos en los cuatrocientos metros a crol y estaba mentalizada para lograrlo. Lo que meses atrás había empezado como una afición se estaba convirtiendo en un modo de vida y en una posibilidad de futuro. En el equipo todas le decían que tenía madera de profesional. Y ella había encajado allí como en ningún sitio. Había entrenado muy duro y había aguantado improperios y toda clase de exigencias por parte de la entrenadora, además de una dieta estricta y unas agujetas que muchas veces le obligaban a bajar las escaleras de espaldas. Por eso no estaba segura de querer ir a la fiesta. Si trasnochaba, acabaría por

perder parte del entrenamiento del día siguiente y eso era una irresponsabilidad que no pensaba cometer.

Pero ahora se alegraba de haber cedido a las súplicas de su amiga. La casa estaba llena de gente. Vio a casi todos su compañeros de clase y a otros muchos que no conocía. Hasta había venido Andrés. Meses atrás el chico había tenido un accidente con la moto que lo había dejado paralítico y ahora se desplazaba en una silla de ruedas. Para siempre. Prefirió no pensar en ello, y menos ese día, cuando cumplía dieciséis años.

Esparcidos por las mesas y por el césped había litronas, refrescos y cubos con hielo. Algunos de los chicos parecía que iban ya por la segunda o la tercera copa. El ambiente estaba muy animado. De dos mesas de dj salía una música electrónica que los más lanzados se atrevían a bailar.

Asia vio a Mauro. Llevaba una corbata negra y un sombrero años cincuenta que le cubría parte de sus rizos rebeldes. Estaba guapo, muy guapo. Y no sólo por la corbata, los pantalones pitillo de cintura baja por la que asomaban unos calzoncillos azules de marca ayudaban a mejorar su

aspecto. Asia tuvo que hacer esfuerzos para no detener su vista en los calzoncillos.

El chico las saludó feliz y Nerea, mientras le daba dos besos, aprovechó para susurrarle algo al oído que hizo que el chico mirara a Asia con cierto asombro y tal vez un poquito de deseo. O eso es lo que Asia quería creer, porque Mauro le gustaba desde el primer día de clase. Estaba completamente enamorada de él. Obsesionada, incluso. Sabía que no era la primera ni sería la última en colgarse del chaval. Mauro tenía mucho éxito, y Asia creía que la mitad de las chicas de la clase deseaban tener algo con él. Pero

ella no sólo le deseaba por su físico, o porque fuera el mejor jugando al baloncesto, o por ser un líder nato. Había algo en él que le removía por dentro. Y se había pasado más de una noche intentando analizar las razones de aquello: tal vez el hecho de que con esas cualidades no fuera presuntuoso o que, a pesar de todas las experiencias que ya había tenido con otras chicas, nunca alardeara de ello —más bien eran ellas las que presumían de haber estado con él—. Y luego estaba lo de aquel día antes de Navidades, cuando la profe de inglés, de la que todos se reían, decidió castigarlos, harta ya de que nadie diera la cara después de que le gastaran una

broma pesada. Mauro no sólo había asumido las culpas para que se librasen del castigo, sino que después Asia le había descubierto escuchando a la profesora y consolándola. Mauro tenía buen corazón. Aunque tampoco presumiera de ello y aunque sólo mostrara su lado alegre y algo descarado. Pero, por supuesto, no había pasado nada entre Asia y él. Mauro, a pesar de su ligerísima tartamudez, que sólo afloraba en momentos muy concretos y era prácticamente imperceptible —es más, hasta le daba cierto encanto—, podía escoger a la que le diera la gana. Sería absurdo pensar que se iba a fijar en ella.

—Felicidades, guapa, este cumpleaños no lo vas a olvidar en la vida.

—Gracias —dijo mientras automáticamente con la mano derecha se colocaba el tirante del vestido de verano que había elegido para la ocasión. Era un vestido vaporoso que dejaba adivinar el contorno de su cuerpo. Con él se sentía atractiva, segura y hasta poderosa. O, al menos, eso había proyectado su imagen en el espejo. Era la imagen de alguien capaz de gustar a cualquiera, de conquistar a cualquiera. Ahora ya no lo tenía tan claro. Y, de repente, ya sólo aspiraba a que Mauro se emborrachara

tanto que acabara confundiéndola con otra y la besara. Ese efecto de inseguridad provocaba Mauro en ella.

—Hay vasos en la cocina, y sangría y cerveza por todas partes. Y si queréis copas, también hay. Tú ya conoces la casa, Nerea, seguro que no te pierdes. Os veo ahora.

Nerea condujo a su amiga hasta la cocina. Asia le preguntó por qué conocía la casa. Nunca se lo había planteado, porque no pegaban nada juntos, pero tal vez se hubieran liado en alguna ocasión.

—¿Con Mauro? —Nerea se rio—. Algo tuvimos, pero no, no. Llámame nazi si quieres, pero que sea un poco

tartaja me corta el rollo. ¿Qué quieres beber?

—¿Tú crees que con lo que estoy dándome para el tatuaje es bueno que beba?

Nerea le contestó poniéndole un ron con Coca-Cola en la mano. Asia no se lo pensó mucho y en veinte minutos ya estaba bebiendo el segundo.

La fiesta se fue animando y, como empezaba a oscurecer, Sergi encendió unos faroles de colores y le fue pasando a la gente unas bengalas. Asia empezó a observar cómo se iban formando parejas. Molina con la sosa de Bea, Gerardo Granos con Alba, Nacho con esa rubia de segundo que había hecho un

anuncio de una óptica y se creía una estrella. Nerea también le estaba dando bola a uno que ella no conocía de nada. Debía de ser dominicano, un mulato bastante atractivo. Asia cruzó una mirada con ella, Nerea le guiñó el ojo y le señaló con el dedo a Mauro, que estaba bebiendo chupitos con varios colegas. Asia no sabía si acercarse a ellos, y Nerea, como leyéndole el pensamiento, le hizo un gesto para que ni lo dudara. A por él. Asia dio dos pasos hacia los chicos, pero sintió un pequeño pinchazo en la zona del tatuaje y prefirió ir al baño para comprobar que todo iba bien.

Tuvo que esperar una cola de diez minutos para poder entrar en el servicio. Y allí estaba Andrés, en su silla de ruedas. Iba bastante borracho.

—¿Sabes, Asia? A mí se me levanta. La gente cree que como me partí la columna ya no puedo meterla, pero sí puedo, se me levanta. ¿Te la enseño?

Asia negó un poco cortada.

—No seas cansino, Andrés, que ya le has dicho a media fiesta que se te pone dura —le reprendió Sergi, que también estaba en la cola. Sergi era la sombra de Mauro, eran amigos desde hacía mucho tiempo. Siempre estaba con él: se sentaba a su lado en clase, estaba en su equipo de baloncesto y ahora

habían formado un grupo de música con otros tres chavales. Asia no les había escuchado nunca, aunque todos decían que no se perdía nada, porque eran bastante malos.

—¡Sin viagras ni hostias! Soy un lisiado que folla. ¡Soy un lisiado que folla!

Cuando por fin Asia entró en el baño, cerró la puerta, pero sin echar el pestillo, y se bajó con cuidado el plástico que cubría el tatuaje para verlo en el espejo. Lo tenía un poco inflamado, pero consideró que no corría peligro de infectarse. En ese momento, alguien llamó a la puerta.

—Ocupado.

—Asia, soy Mauro. ¿Puedo pa...
pasar?

Asia, al oír la voz del chico, se sobresaltó. Le había seguido hasta allí, eso tenía que ser una buena señal. Le dejó entrar.

—¿Todo bien?

—Sí.

—Nerea me pidió que viniera a socorrerte. Dice que tienes una herida de guerra...

—Qué tonta... no es nada, sólo un pequeño tatuaje.

—¿Lo puedo ver?

Asia se desabrochó el vestido y giró la abertura para hacerla coincidir con la zona del tatuaje.

—Está un poco inflamado.

Mauro se arrodilló y acercó sus labios.

—Sana, sa.. sana, culito de rana, si no se cura hoy, se curará mañana.

Y le plantó un beso en toda la herida. A Asia le encantó tenerlo allí arrodillado y que la colmara de atenciones con esa cantinela infantil. Aquel podía ser el día en que se cumplieran sus sueños. Asia sólo quería una cosa por encima de todo, sólo una. Estar con él. Y que él quisiera estar con ella.

—Los heridos de guerra necesitan un poco de poción mágica.

Mauro sacó una botellita de cristal del bolsillo de su pantalón.

—¿Quieres?

—¿Qué es?

—GHB. Se lo he birlado al huevón de mi primo.

Asia le miró con cierto temor.

—Eso era lo que tomaba Hugo en *Tabula rasa*.

—Sí, pero en la mierda de... de... la tele lo exageran todo. Y no hay tartajas ni gente en silla de ruedas. ¿Quieres?

—Nunca lo he probado.

—Pues eso se soluciona rápido. — Mauro le echó un poco en la copa—. Si tomas poco es ma... maravilloso.

—¿Qué hace?

—Depende. Saca lo mejor de uno. Si eres un poco monja, te irás pronto a casa, si eres un poco golfa, querrás tirarte a todos. ¿Ave... averiguamos qué eres?

—No sé... —Asia dudaba entre el temor y el deseo—. ¿Tú has tomado?

—Claro.

—¿Y qué eres?

Mauro se lo pensó un momento y luego la miró a los ojos.

—Colocado soy un poco romántico, pero que quede entre tú y yo. Como alguna me sonría de verdad, me enamoro.

Y Asia entonces le sonrió. Y por un momento estuvo tentada a beber de la copa, pero se sabía de memoria el capítulo de *Tabula rasa* en el que Hugo y otros tomaban esa droga y luego pasaba lo que pasaba.

Mejor no.

—No voy a beber, Mauro. ¿Te importa?

—Cuando me case, me casaré con una como tú. Con carácter.

Asia creyó que el corazón se le salía del pecho. Qué suerte la suya. Mauro la respetaba por su decisión. Había hecho lo correcto y ahí estaba el

premio al alcance de la mano: Mauro rendido a sus pies. No cabía en sí de tanta felicidad.

—Es una pena que ni hoy ni mañana vaya a casarme. Pásalo bien en la fiesta. Y, mi... mira, al final no has tenido que drogarte para saber quién eres. —Y a continuación, sonriendo y sin aparentar ninguna maldad, como un niño bueno, se lo dijo como si nada—: Una monja, eso eres.

Mauro, tras soltar aquella bomba, la dejó allí, abandonada en medio de la explosión, y se fue a buscar a su amigo Sergi. Asia tardó unos tres minutos en reaccionar. Acababa de ser rechazada por mojigata, por estrecha, por poco

lanzada. Y no le podía culpar. «Serás tonta, Asia, serás tonta. Lo tenías ahí, al alcance de tu mano, y lo has echado a perder».

Sacó fuerzas de donde no tenía y buscó a Nerea por toda la casa. La encontró en uno de los sofás, morreándose con el dominicano.

—Nerea, creo que me voy. ¡Nerea! Vámonos, por favor.

—¿Ahora? Ni de risa.

—Pues yo me voy.

—Como quieras.

—Pero no puedo irme sin ti. Les dije a mis padres que dormía en tu casa. No puedo llegar a estas horas.

Nerea se levantó y se llevó a Asia a unos metros del chico.

—¿Qué te pasa?

—Que soy una estúpida, eso me pasa. Que quiero ir de una cosa y luego no puedo. Que no me sale, Nerea. Que soy lo que soy. Y a Mauro le gustan de otra manera.

—¿Qué ha pasado con Mauro? Te lo puse en bandeja.

—Es un estúpido. Ni lo menciones. Quería drogarme.

—¿Mauro? ¿Te obligó a tomar algo?

—No, claro. Pero me ofreció.

—Ay... a veces eres tan niña.

—¡No me voy a drogar, Nerea!

—¿Te he dicho yo que lo hagas? Pero si hubiera querido drogarte, ya lo habría hecho y sin que te enteraras. De ese —señaló a uno— o de ese, no te fíes, pero de Mauro... puedes.

—¿Nos vamos?

—No. Acabas de cumplir dieciséis años. Sólo se cumplen una vez. Te quedas y nos lo pasamos bien. ¿Vale? Déjame diez minutos con el mulato y luego voy a buscarte.

Asia refunfuñó, pero acabó aceptando. Salió a la piscina y se sirvió otra copa. Dos chavales de clase se pusieron a hablar con ella y lamentaron que la piscina no tuviera agua. A Asia le

daba igual, lo único que quería era irse. Pero aguantó la conversación de los chicos hasta que Nerea fue a por ella.

—¿Nos vamos?

—Qué pesadita estás. De aquí no se va nadie. Vamos a buscar a tu Mauro.

Nerea la cogió de la mano y la llevó por todo el jardín, hasta que entre dos manzanos vieron al chico agarrado a la del anuncio de la óptica. Su lengua debía de estar ya en el esófago de ella.

—Qué desgraciado. Vámonos, Nerea, ahora ya sabemos de qué palo va.

—Eso siempre lo hemos sabido. Y tú también.

—No... —Pero Asia lo dijo con la boca pequeña.

—Tú deberías ser ella. Y él debería ser tu regalo de cumpleaños.

—Pero no ha pasado nada.

—Aún puede pasar. ¿O quieres recordar este día como el día que no conseguiste lo que más deseabas? ¿Te atreves con un tatuaje y luego...?

Asia pensó en su tatuaje. En que era el mismo que llevaba Rebeca, la de la serie. ¿Qué hubiera hecho ella en su lugar? Pero Rebeca era un personaje de ficción, no era real... No podía compararse con ella. Rebeca era todo

seguridad, acción, iba a por lo que quería, dominaba a los chicos. Jugaba y ganaba.

—Depende de ti, Asia. Todo depende de ti.

En eso Nerea tal vez tuviera razón. ¿Y por qué no darse una oportunidad? ¿Por qué no atreverse a cambiar justo el día en que cumplía dieciséis años?

—¿Qué tengo que hacer?

Nerea le hizo un gesto para que se quedara donde estaba y se acercó a Mauro. Asia vio cómo el chico se reía y le daba una botellita de cristal. Nerea volvió al lado de su amiga.

—Dos o tres gotas en tu copa. Yo voy a tomar.

—Nerea...

Nerea no hizo caso a sus protestas, echó el líquido y se tragó media copa de golpe.

—¿Me vas a dejar sola en esto? — preguntó Nerea—. Mala amiga.

—Mi madre tenía razón. —Asia sonrió—. Eres una mala influencia.

—Tres gotas y te tomas de un trago lo que queda de copa. Si a mí no me pasa nada, a ti tampoco.

Asia miró a Nerea y luego a Mauro, que seguía a lo suyo con la del anuncio. Cerró los ojos y bebió. Que pasara lo que tuviera que pasar. Y que

Mauro fuera suyo esa noche, por favor.
Por favor. Poción mágica, hazlo posible.
Que sea mío y sólo mío.

Asia vomitó en cada uno de los rincones del jardín y luego en el baño. Vomitó también en el fregadero de la cocina. El GHB le había sentado fatal, pero no se arrepentía, porque durante varios minutos se había sentido flotar y al mirarse en un espejo había visto un reflejo de sí misma que le había encantado, con facciones simétricas y una mirada atractiva. Espejito, espejito, ¿acaso no soy la más guapa de la fiesta? Todo era más brillante y más preciso

bajo los efectos de esa droga. Todo estaba bien, y todo era sexo a su alrededor, como si no pudiera ser de otra forma, como si siempre hubiera sido así y ella justo ahora lo acabara de descubrir. Y, además, Mauro tenía razón, ahora sabía quién era. ¡Qué importaban los vómitos! Ese era el pequeño precio que tenía que pagar por conocerse. Aunque Mauro se equivocaba en algo.

—Nerea, no soy una monja, soy una guarra. Me ponen todos. Están más buenos que nunca... Mira a Andrés en su silla de ruedas... Hasta él tiene un polvo. ¿Por qué la gente no se está bañando en la piscina?

—Porque la piscina está vacía.

—Vaya mierda. Yo quiero darme un baño.

—Los padres de Mauro tienen un *jacuzzi* enorme en el gimnasio.

—¿Sí?

Y lo siguiente que Asia recordaba es que estaba metida en ropa interior en el *jacuzzi* de los padres de Mauro. Se sentía en un espacio irreal. Y no sabía si era fruto del colocón o porque realmente ese lugar no pegaba nada con el resto de la casa. Era amplio y moderno. Como si los padres de Mauro hubieran decidido remodelar la casa y hubieran empezado por ahí, por lo más superfluo, el

gimnasio con sauna y *jacuzzi*. El agua estaba tibia y había millones de burbujas.

Asia se preocupó al ver que el agua se teñía de negro.

—Nerea, mi tatuaje... está destiñendo.

—Tranquila, es normal, no te preocupes. A mí también me pasó con el mío. Y luego queda guay.

Asia se tranquilizó, su amiga siempre lograba hacerla sentirse bien. Chapotearon en el agua. Se rieron. Se sentían como unas reinas y Nerea, ocurrente, trató de alteza real a su amiga. La otra, siguiéndole el juego, le

devolvió el tratamiento. Era divertido sentirse en la corte de María Antonieta. Todo burbujas y decadencia.

—¿Y qué pensáis de lord Mauricio?

—Que está muy rico. —Asia se rio de su propia gracia—. ¿Las reinas podemos decir eso?

—Las reinas podemos decir lo que nos dé la real gana.

Las dos amigas siguieron diciendo tonterías y riendo sin parar. Asia no sabía el tiempo que llevaban allí, sólo sus dedos le daban una pista porque los tenía completamente arrugados. De pronto, la puerta del gimnasio que estaba al fondo se abrió. Y se asomó

Mauro, que, al verlas, entró haciéndoles una señal a Sergi y a unos cuantos chicos para que pasaran. Sergi entró montado en su *skate*, pero enseguida lo abandonó por ahí.

—¿Estáis aquí? Pensé que ya os habíais ido con los demás.

—¿La gente ya se ha ido? — preguntó Asia.

—Sí, sólo quedamos nosotros.

—¡Qué bien os lo pasáis!, ¿eh? Estáis de foto, joder. Dos pibitas en un *jacuzzi*. Esto parece la mansión del tío de *Playboy* —dijo Raúl, el más cretino de segundo de bachillerato. Llevaba un pedo de cuidado.

—No somos chicas *Playboy*, somos reinas, imbécil —bramó Nerea.

—Reinas no, conejas. Conejitas *Playboy* —insistió un balbuceante Raúl.

A Asia los comentarios ofensivos de Raúl y la mirada de alguno de los chicos empezaban a darle muy mala espina.

—A lo mejor deberíamos irnos —le sugirió a su amiga—. Mauro, ¿nos dejas un poco de privacidad para que nos cambiemos?

—Uh... son conejitas tímidas.

Mauro le dio un golpe a Raúl.

—Deja de hacerte el chulo, tío. Que las estás asustando.

—¿A nosotras? ¿Este imbécil? —

Nerea se mostraba muy segura, muy en el papel que se había inventado—. Tranquilo, Mauro, aquí el único que se asusta al ver a dos mujeres de cerca es él.

—Cómemela un rato, y ya veremos quién pasa miedo.

Mauro, harto de la bravuconería del chaval, lo cogió de la camiseta.

—Tío, vete de aquí, ¿vale? Qué mal beber tienes. Te pones pesadísimo.

Y Mauro acompañó al chico hasta la puerta. Este protestó un poco, pero se dejó llevar.

—Que estoy de broma, coño, que soy inofensivo...

Mauro le echó fuera y cerró con pestillo para que no les molestara más. Asia se relajó un poco, pero, aun así, no quería prolongar el baño.

—Nerea, vámonos, venga, que yo ya tengo los dedos que no los siento.

—¿Ahora, alteza? —protestó Nerea—. ¿Ahora que por fin la fiesta acaba de empezar y los indeseables han sido expulsados os queréis perder lo mejor?

Asia dudaba. Miró a los chicos. A Mauro. Sonrió dispuesta a dejarse convencer.

—No sé, Nerea...

—Hacedme caso, alteza. Esta es vuestra fiesta. ¡Traed algo para que la reina beba!

Nerea se acercó al oído de la chica.

—Si de verdad quieres que nos vayamos, nos vamos. Pero lo mejor está por venir, ya verás. Tú decides.

Asia sintió en ese momento una especie de bienestar que le recorrió todo el cuerpo y lo tomó como una señal para quedarse. Asintió con una pequeña sonrisa de felicidad.

—Así me gusta, alteza.

Mauro y los chicos no entendían muy bien por qué Nerea trataba a Asia con esos apelativos.

—¿Qué es eso de alteza?

—Somos reinas y nos estamos dando un baño real. ¿No hay bebida?

—Qué piradas estáis —dijo uno de los chicos riéndose—. ¿Sirve una cerveza? Está un poco calentorra.

Nerea aceptó y el chico le pasó la cerveza. Le dio un trago y miró a los cuatro chavales sopesando las posibilidades que representaban. Dos de ellos eran sin duda de los más guapos del colegio. Mauro, con esa sonrisa de anunciar dentífrico, y Gus, con su flequillo lacio que le cubría la mitad de la cara. Cuerpos de deportista, con los músculos ya en su sitio y las extremidades proporcionadas: no como

la mitad de la clase, que o tenían el culo gordo o acababan de pegar tal estirón que parecían alambres mecidos por el viento. Por no hablar de los granos, esos granos apestosos que adornaban la cara de casi todos.

Pero Mauro y Gus no, ellos se habían librado de los estirones desacompañados y del acné furibundo. También estaba el chico mulato, William, al que ella había besado, y Sergi, la sombra de Mauro. Sergi era... era un buen chaval. Con los ojos grandes, el pelo castaño rojizo, casi pelirrojo, delgadito pero con un culo como para anunciar vaqueros. Nerea le pasó la cerveza a Asia.

—¿Sabéis cuál es el deseo de la reina que cumple años? Quiere que uno de vosotros le haga compañía aquí dentro.

—¡Nerea! —protestó Asia.

—Dejad que yo me encargue —le dijo Nerea—. Sólo uno tendrá derecho. —Miró a los chicos con la mejor de sus sonrisas, la que nunca le fallaba, y les preguntó—: ¿Os interesa?

—¿Y qué hay que hacer? —preguntó William.

Nerea sonrió disfrutando del momento. La fiesta por fin se ponía interesante.

—La reina y yo os tenemos que ver. Sin ropa. Porque estas reinas sólo montan a los mejores potros.

—No te pases, tía. —Asia se rio entre muerta de la vergüenza y de la excitación.

—Desnudaos y ella decidirá.

Los chicos estaban tan borrachos y colocados como ellas o incluso más. Calibraron la situación. Tenían a dos chicas en ropa interior dándose un baño y jugando a ser las más zorras de la noche. Y sólo les estaban pidiendo que se desnudaran. ¿Cómo negarse a participar? Se rieron. Sergi el que más, y con una risa nerviosa. Todos comenzaron a desnudarse. El primero en

quedarse en calzoncillos fue Mauro. Llevaba unos bóxers de H&M que le hacían un buen paquete y un culo precioso. Continuó William. El chico mulato tenía un tipo del montón, no era muy alto y le sobraban cuatro o cinco kilos, su cuerpo de niño no había dado paso aún al adulto, aunque el color de su piel era precioso.

Pronto se quedaron todos en calzoncillos.

Nerea y Asia estaban disfrutando de tener a cuatro chicos semidesnudos a su disposición. Eran las reinas y el poder molaba. Asia, debido a los efectos de la droga, por instantes los veía como a dioses, con cuerpos

perfectos y ansiaba rozar su piel con la de todos ellos, aunque luego la cordura asomaba a su cabeza y un escalofrío de terror le recorría la espina dorsal. No entendía cómo había llegado hasta ahí. E intuía que ella y Nerea estaban jugando con fuego. Debido a su estado de embriaguez todo le parecía un sueño. Las palabras alteza, súbdito... eran atractivas, peligrosas y le sonaban de algo... ¿No habían utilizado palabras parecidas en un juego sexual de un capítulo de *Tabula rasa*? Y la cosa había acabado de mala manera. Asia sabía que debía parar ya esa fantasía antes de llegar demasiado lejos.

Los chicos empezaban a estar cada vez más excitados. Lo veía en sus miradas, en sus gestos, en las bromas que hacían entre ellos y, sobre todo, en el bulto de sus calzoncillos.

—¿Quién gana? —preguntó Mauro—. ¿Quién se mete dentro?

—Dijimos desnudos. ¿Estáis desnudos? —Nerea negaba con la cabeza—. Yo creo que aún os queda ropa...

Los chicos se miraron entre sí y sin apenas hacer un gesto decidieron seguir adelante. Mauro fue el primero en bajarse los calzoncillos y Nerea entonces gritó.

—¡No! Tú se los bajas a él y él te los baja a ti. Y él se los baja al otro y...

—Nerea, te estás pasando de guarra.

—Son las normas si quieres gozar de la reina.

—Joder, tía, espero que esto merezca la pena —dijo un excitado Gustavo.

Nerea, para hacerles ver que sí iba a merecer la pena, se quitó el sujetador y lo dejó encima de las baldosas. Le quitó el suyo a Asia, que en esos momentos sonreía de placer.

—¿Responde esto a tu pregunta?

Los chavales, estimulados por ese gran gesto, obedecieron raudos y veloces. El mulato le quitó el calzoncillo a Mauro, Mauro se lo bajó al mulato. Y Gustavo se lo quitó a Sergi. Este, incómodo, intentó ocultar su erección. Mauro al ver el empalme del chico, le señaló y se rio.

—Joder con el Sergi. Así se hace, campeón.

Pero a Sergi no le hizo ninguna gracia. Y levantó el dedo corazón a modo de insulto. Mauro respondió con una sonrisa.

—¿Y ahora qué? —preguntó—. ¿Quién gana?

Asia miró a los chicos desnudos. Mauro y Sergi se tapaban los genitales con las manos mientras los otros dos exhibían orgullosos su anatomía. Y no era para menos. Aparentó pensárselo, pero enseguida señaló a Mauro. Por él y sólo por él se había tatuado, emborrachado y drogado esa noche. Sólo por él estaba ahora en un *jacuzzi* prácticamente desnuda y rodeada de chicos en bolas. Mauro, al saberse el afortunado, corrió feliz a meterse en el agua. En menos de tres segundos estaba besando a Asia. Los otros se quedaron mirando sin saber muy bien qué hacer. Estaban ahí desnudos, viendo cómo sólo uno disfrutaba de los favores de la

chica.

—Feliz cumpleaños, alteza —le dijo Mauro cariñoso—. Tienes las pupilas muy dilatadas. ¿Estás bien?

—En una nube... de burbujas. —Asia no podía ser más feliz, no podía volar más alto. «Que la vida sea siempre esto», pensó. Vivan los dieciséis años.

Nerea vio cómo ambos se devoraban y entonces le hizo una señal al mulato para que se metiera. Este no se lo pensó dos veces, miró a sus compañeros triunfante y se metió en el agua. Fue a besar a Nerea, pero ella negó.

—A la reina primero.

El chico mulato la miró un poco extrañado, pero ante la insistencia de Nerea se acercó a Asia y empezó a besarla.

—¿Qué haces? —protestó Asia.

— Es vuestro cumpleaños, majestad —le aclaró Nerea.

—Nerea...

—Chiss... Los súbditos han accedido a nuestros deseos. Se han desnudado para nosotras. ¿No se merecen un premio?

—No sé...

—¿No confías en mí? ¿No quieres que tu fiesta de cumpleaños sea inolvidable?

—Nerea...

—Bésala.

Y el chico mulato le tapó la boca con un beso.

Nerea tenía razón en una cosa.

Para Asia ese cumpleaños iba a ser inolvidable.

Aunque los días siguientes no pudiera recordar casi nada.

5

La comida con Sandra

Sandra Sueiro miraba y remiraba la carta de vinos. Pero ninguno parecía convencerle. No se tenía por experta ni por una sibarita, pero en comparación con Quique, que sólo distinguía el vino tinto del blanco, era una sumiller. El camarero aguardaba pacientemente a

que la productora se decidiera y Quique comenzaba a mirar a Sandra con cierta impaciencia.

—Sandra, que da igual el vino, que a mí no me tienes que impresionar.

—¿Sabes qué decía mi maestro Jimeno? —preguntó con esa voz ronca propia de las mujeres que llevan fumando y bebiendo más de treinta años —. Las conversaciones difíciles mejor regarlas con un buen caldo.

Sandra, a sus cincuenta y ocho años, orgullosa de sus arrugas y con un estilo vistiendo que parecía salida de un safari, era una de las profesionales mejor consideradas del sector audiovisual, porque tenía olfato para el

éxito, don de la oportunidad, la osadía justa pero necesaria para atreverse donde otros no se atrevían y, sobre todo, porque en sólo cinco años había reflatado una productora moribunda. Y siempre, en cualquier ocasión, citaba a su maestro Jimeno, uno de los primeros grandes realizadores que había dado TVE, para el que Sandra había trabajado más de quince años, cuya máxima era: «Sólo tenemos un sirviente: el público».

—Dime que tú no le llamas caldo al vino —bromeó Quique.

Sandra ignoró su comentario y se concentró en la carta. Miró al camarero.

—¿Nos da cinco minutos?

El camarero les dejó solos.

—¿Sabes qué te digo? —dijo Sandra cerrando la carta de vinos—. Que me niego a tener esta charla en un sitio con una carta tan miserable. —Y dicho eso, cogió su móvil e hizo una llamada—. Pepe, soy Sandrita, ¿tendrías una mesa para dos en cuarenta minutos? Gracias, amor. —Colgó y miró a Quique—. Vámonos.

—¿Qué? ¿A dónde? No me jodas, Sandra, que voy a quedar fatal con esta gente, que me conocen.

—Me echas a mí la culpa y listo. Diles que tu jefa es una esnob y una gilipollas. Seguro que no te cuesta nada mentir —dijo con cierta ironía—. ¿A que no? Vamos.

Sandra se levantó de la mesa y Quique no tuvo más remedio que seguirla.

—¿A dónde me llevas?

—A veinte minutos en coche.

—¿De verdad me lo estás diciendo? —protestó Quique—. ¿No íbamos a comer en el centro?

—¿Y yo qué culpa tengo si no hay restaurantes decentes? Yo no sé qué le veis al centro. Sobrevaloradísimo está. Y tú ya empiezas a tener edad para comprarte una casa decente y grande en otra parte. Y no ese nicho en el que vives.

—No es un nicho, tiene siete balcones.

Entraron en el p arking y se subieron al cochazo que Sandra había estrenado hace nada. Un Mercedes GLK que olía a dinero a distancia.

—Os pas is el día llorando porque no hay dinero y lo de este coche es indecente.

—No te confundas, me lo regal  mi marido por nuestro aniversario. Veinticinco años aguant ndolo.

—S , tu marido el funcionario te va a regalar esto...

—Quique, si quieres, vamos en metro. Sube y calla.

Quique obedeció y Sandra puso a Chopin en el equipo de música antes de arrancar.

—¿Sabes que tan pronto pueda voy a meter algo así en un capítulo?

—¿El qué?

—Una que se va de un restaurante porque la carta de vinos no es de su agrado. Como definición de personaje es cojonuda.

—Haz lo que quieras. Ya sabes que a mí ese tipo de tonterías no me molestan. Pero que ni se llame ni se apellide como yo.

Sandra salió del p arking despu es de quejarse de que le hubieran clavado tres euros en menos de media hora.

—El centro, ¿ves? Esto sólo pasa en el centro. Si es que no s  que le veis. Son todo desventajas. Y mira qué calles

más sucias... y ese olor a meados...

—Sandra, sí, ya lo he pillado. Vivo en el infierno y he cometido el error de traerte hasta aquí.

La mujer subió el volumen de la radio para no escucharle.

—¿No íbamos a hablar? — preguntó Quique—. ¿O es tan grave la cosa que necesitas emborracharme para contármelo? Si me vas a despedir...

—Más quisieras. Claro que no te voy a despedir. Lo que quiero es dibujarte un panorama exacto de cómo están las cosas ahora mismo. A ver si te entra en la cabecita. —Bajó el volumen y comenzó con su discurso—: ¿Sabes por qué la cadena no nos ha subido un

euro el presupuesto desde el capítulo uno a pesar de que hemos mantenido, incluso superado, la media de audiencia de la primera temporada?

—Por la crisis —dijo cansinamente Quique, que estaba de la puta crisis hasta los mismísimos. Harto de que fuera la excusa nacional y de que sirviera para un roto y para un descosido.

—Sí, la crisis. La publicidad es muchísimo más barata. Se acabaron las vacas gordas. Ya nadie paga la pasta que se pagaba antes por un anuncio.

—Sí, pero nosotros seguimos siendo el programa que más solicitan los anunciantes. Quieren estar ahí sí o sí.

—No todos, algunos ya se han empezado a quejar.

—¿Y de qué se quejan? ¿De que tenemos una media de un veintidós por ciento de audiencia? ¿De que el sesenta por ciento de los menores de veinte años están viendo nuestra serie? ¿De eso se quejan?

—El panorama ha cambiado mucho. Y no sólo por la publicidad. ¿Tú sabes cómo están ahora mismo las cosas dentro de la cadena?

—¿Qué le pasa a la cadena?

—Que están temblando con la llegada del nuevo gobierno. ¿Tú no te has enterado de que les quieren quitar varios canales de la TDT?

—¿Y eso qué tiene que ver con nosotros?

—Que van a hacer lo que sea para congraciarse con ellos. Y si para quedar bien, de repente necesitan eliminar algún programa molesto, pues lo van a hacer. ¿Por qué te crees que se cargaron *Fruta de verano*?

—¿Porque estábamos en invierno?

—Eso, tú tómatelo a cachondeo. Lo han hecho como primer gesto de buena voluntad.

—¿Qué más les da a los del gobierno lo que se cuente en una serie de chavales?

—Son de derechas, conservadores, meapilas. En Italia acaban de censurar la serie y ya sabes cómo es el efecto contagio.

—En Italia emitían a las tres de la tarde, no es una serie para esas horas. En un canal público. Y ya sabemos que allí la sombra del Vaticano es alargada. Aquí es distinto, emitimos por la noche y en un canal privado.

—Yo sólo te digo que lo de Italia no nos viene nada bien. Los diarios conservadores de allí ya están diciendo que la serie representa los valores de la izquierda más permisiva y desnortada.

—Menuda gilipollez.

—Sí, pero como se siga diciendo, ya verás qué pronto encuentran estos una excusa para quitarnos del mapa. Yo sólo te digo que no se la demos nosotros. El director general de la cadena nos tiene en el punto de mira. Somos los siguientes.

—Eso es mentira. Exageras.

Sandra perdió los nervios y gritó mientras daba un golpe al volante.

—¿Y por qué iba a mentirte? Yo jamás te he mentado, joder. Me cago en la puta.

—Vale, vale, tranquilízate, que todavía nos vamos a matar.

—Te estoy hablando muy en serio.

—Lo sé, lo sé, cuando metes más de tres tacos en una frase ya sé que vas en serio. Lo pillo.

—Así de chungu está la cosa. Y por eso más que nunca tenemos que andar con pies de plomo. ¿O tú quieres perder el curro? A ver, ¿dónde te van a pagar el sueldazo que te doy? Que si no te compras un coche como este es porque no quieres.

—¿Y qué propones? ¿Que por dinero y para no perder nuestro estatus cedamos a todas las tonterías y cursiladas que nos exijan?

Sandra desprendía ira en su mirada.

—Vamos a seguir esta conversación con una buena botella de vino, porque si no, todavía atropello a alguien.

Y dicho esto, Sandra subió el volumen de la radio.

No dijeron ni palabra hasta que llegaron al restaurante y el camarero descorchó una botella de setenta euros. Sandra paladeó con delicadeza la pequeña cantidad de líquido que le acababan de servir y aceptó con un ligero gesto.

—Excelente.

Quique le dio un buen trago a su copa y tuvo que admitir que el vino estaba bueno de narices.

—Pero déjalo que respire, animal —se indignó Sandra.

—Con la siguiente botella lo hago.

Quique daba por sentado que después de esa botella vendría otra, con Sandra siempre era así. Su jefa volvió a repetirle el discurso del coche, aunque de manera más florida y didáctica. En eso era una experta. Insistía una y otra vez en sus ideas para que a todo el mundo le quedaran claras. Insistía hasta el aburrimiento, aunque era verdad que tardaba en aburrir porque tenía una gran capacidad discursiva. Y además era

entusiasta y sabía transmitir con pasión, y con muchos tacos, aquello en lo que creía. Ese era uno de los rasgos que Quique valoraba más en ella, y aunque muchas veces la mandara a freír espárragos o hiciera mofa con su equipo de guionistas por lo machacona que se ponía, todos sabían que Quique la respetaba e incluso la admiraba.

—Dime que te vas a pensar todo lo que nos pidieron cambiar en la reunión.

—Sandra, si ya no es por ceder o no, ¿tú sabes lo que supondría aceptar esos cambios? Es cargarse todo el arco de temporada de esos dos personajes. Y eso, a estas alturas, es una tragedia. Y un arco que ellos mismos habían aprobado.

—Quique, no tengas morro, que tú eres un artista para colarle todo lo que te da la gana en los documentos de inicio de temporada, porque no puedes ser más ambiguo y elegante, pero luego, cuando concretas capítulo a capítulo, todos nos llevamos las manos a la cabeza.

—Sí, pero bien que funciona, y ahí tenemos al público enganchado.

—Seguro que se puede conseguir de otra manera.

—¡No! Si ahí es donde os equivocáis, no hay otra manera. ¿Por qué crees que ha funcionado esta serie de adolescentes y no todas las que vinieron detrás? Porque las otras

cedieron a todo lo que pidieron las cadenas. Porque huelen a fórmula blandurria que echa para atrás. Porque pensaron sólo en el éxito y creyeron que era muy fácil imitarnos, pero únicamente cogieron lo superficial.

—Te lo tienes un poquito creído, ¿no?

—Sólo digo que nosotros hablamos de frente, sin tapujos, y a veces nos volvemos un poco locos, sí, pero es porque estamos en conexión con la calle, con lo que pasa. ¡Y funciona!

—¿Me vas a decir que la trama que quieren cambiar en la cadena y por la que estamos discutiendo pasa en la vida real?

Quique se lo pensó un par de segundos antes de contestar.

—No lo sé, podría.

—Te la resumo: la profesora de matemáticas comienza a tomar coca y poco a poco se va haciendo adicta y empieza a tener problemas de dinero. Cambia de camello porque le han hablado de uno más barato y ese camello resulta ser uno de sus alumnos, que se ha puesto a traficar con coca porque él también está enganchado. Y al ver que ella apenas tiene dinero para pagarla, él le propone algo. Que le vaya pasando todas las preguntas de los exámenes que esta haga hasta final de curso, para que él pueda vendérselas a

los ricos de la clase. Ella accede, porque está muy enganchada y muy desesperada. Y cuando el jefe de estudios la pilla y decide echarla, hace todo lo posible para que no la echen. Que es lo siguiente: como el jefe de estudios, casado, del Opus y con cuatro hijos, está muy coladito por ella y ella lo sabe, se abre de piernas en el baño de profesores y le echa unos cuantos polvos de quitar el hipo.

Sandra bebió un sorbo de su copa y miró a Quique a los ojos.

—¿Crees que pasa eso en la vida real?

—Hombre... resumido así. Si le quitas toda la poesía y toda la intención...

—Es que eso es lo que ocurre en la trama. Y encima sin ningún tipo de consecuencia para los personajes. Venga a drogarse y a intercambiar favores sexuales y aquí nunca pasa nada. Al final van a tener razón los que nos acusan de inmorales.

—Claro que hay consecuencias, pero no son obvias.

—Y tanto que no son obvias, como que apenas se ven, están ocultas entre esa trama tan excesiva. Porque todo esto es un exceso.

—Bueno, sí, ¿y qué? En esta serie siempre hemos ido a más. Pero es inevitable, está en la esencia. Fíjate lo que hace Ryan Murphy en *Nip/Tuck*, o en *American Horror Story*, siempre es un ir a más, y sí, a veces se vuelve loco. Pero a la gente le encanta.

—No, no, no.. Me niego a que vuelvas a citar a Ryan Murphy, a Alan Ball, a Aaron Sorkin o a la madre que los parió. Cuando tú escribas *El Ala Oeste de la Casa Blanca*, entonces me los citas, pero hasta ese momento no.

—Si es que no me dejáis. Para que exista un Aaron Sorkin son necesarios unos ejecutivos que le dejen serlo.

—Ya, que la culpa de que no tengas ese talento es nuestra. Si en tus delirios de grandeza te lo creerás y todo.

—Pues en parte... ¿tú sabes lo agotador que es estar siempre discutiendo sobre lo mismo? Debería emplear toda esta energía escribiendo. Que a veces pienso que me pagáis por estas discusiones en vez de por escribir.

—Discutimos porque tú eres muy obtuso y muy tozudo.

—Porque defiende la serie. Alguien tiene que hacerlo.

—Claro, los demás nos tocamos los cojones. Qué valor tienes, Manzano, que valor tienes.

La botella de vino se había acabado. Y Sandra pidió otra. A Quique se le empezaban a trabar las palabras. Con Sandra siempre había que tener cuidado porque cuando no te convencía con su oratoria lo hacía a base de dejarte fuera de combate con alcohol. Así que, para despejarse, Quique se fue al baño. Se mojó la cara con abundante agua fría. Y al intentar secarse descubrió que no había papel, así que tiró de un *kleenex* que tenía en el bolsillo. Al sacarlo, una bolsita de coca cayó al suelo. Y aunque había jurado no meterse nunca más antes de una reunión importante, pensó que era sábado, que estaba casi borracho y no quería estarlo

y que... Antes de buscar una nueva excusa ya estaba inhalando una raya generosa.

—Y además está Alba —continuó diciendo Sandra tan pronto como el guionista se sentó.

—¿Qué le pasa a nuestra estrella?

—Que tampoco quiere hacer esa trama.

—¿Alba? Pero si Alba nunca se ha metido en contenidos. Si es una kamikaze, si le da igual ocho que ochenta.

—Pues se ha quejado. Que no quiere hacerla. Que lo de follar con el jefe de estudios no lo ve. Y lo de la coca...

—Pero lo de follar no lo dice por una cuestión moral, sino porque el actor está muy gordo y le da asco. Si la conoceré.

—Me da igual el motivo. Pero no quiere hacerla. Y ya sabes lo cabra loca que es, esta es capaz de dejarnos tirados. No es la primera vez que amenaza con largarse. Y sin ella no tenemos serie.

—Vamos a ver... Lleguemos a algún acuerdo, ¿te parece? ¿Qué tal si quito toda la parte del jefe de estudios y la cambio por algo más *light*?

—No sé si aún va a colar con Alba...

—Déjame a Alba a mí. ¿Si la convenzo mantenemos la trama?

—Pero le tendremos que dar algún cambio más a la cadena.

—Vale, algo se me ocurrirá.

Sandra sonrió satisfecha.

—¿Ves como cuando quieres puedes? Si no era tan difícil. Menos mal que estoy yo para templar... Cuando yo me jubile, no sé qué vais a hacer.

—Eso, ponte todas las medallitas que quieras. —Y se burló de manera cariñosa—. Ay, si no fuera por ti...

—¿Tú crees que yo le hablaba así al maestro Jimeno?

«Si yo no puedo citar a Ryan Murphy, tú te podías cortar un poco con el Jimeno de mierda», pensó Quique. Y a punto estuvo de decirlo, pero se calló. Mejor gastar esa impertinencia en otro momento. Ahora, además, tenía que ahorrar fuerzas para la charla con Alba. A ver cómo rayos la convencía para que aceptara involucrarse en la trama. Lo mejor sería ir llamando a su camello y pedirle cinco o seis gramos de coca.

El camello repartió esos seis gramos en tres bolsitas de dos. Maldita la hora.

6

Preocupados por Asia

I

Petra y Pablo llamaron a todos los hospitales que vieron en la guía. Tardaron más de una hora en abarcar sólo la mitad de la lista que venía en las Páginas Amarillas. Petra hizo un descanso para encenderse otro cigarro.

Con la primera calada fue consciente de lo que estaba haciendo, llamando a los hospitales para preguntar por su hija, y un escalofrío le recorrió todo el cuerpo. Pero era mejor no pensar. Lo que tenían que hacer era seguir llamando, estar ocupados hasta que apareciera. No pensar, no pensar. Para no imaginar. Petra apagó el cigarro en el cenicero que Asia había hecho con sus propias manos a los cinco años y marcó el siguiente número de la lista. Y luego otro y otro.

En ninguno estaba ingresada Asia.

—Eso sólo puede ser una buena señal, ¿verdad?

Pablo asintió. Él también quería creerlo. Aunque sólo fuera para mantenerse fuerte y así intentar tranquilizar a su exmujer. Pero era consciente de que le iba a suponer un gran esfuerzo porque tenía los nervios a flor de piel y como padre no le costaba nada ponerse en lo peor. Eso era inherente al hecho mismo de tener descendencia. Lo había descubierto al segundo día del nacimiento de su hija. Alerta, temor, miedo, y la capacidad de imaginarse atrocidades que antes de tenerla ni se le hubieran pasado por la cabeza. Caídas, accidentes, enfermedades, miedo a que no comiera o a que comiera demasiado, temor a que

esa tardanza en caminar supusiera algún tipo de discapacidad... Y luego la guardería, la inquietud de dejarla con extraños tantas horas, y luego el colegio, los amigos con los que se juntaba y con los que no, ¿no era demasiado solitaria?, y después la adolescencia... Con su hijo Rómulo la cosa no había mejorado. El miedo había llegado para quedarse. Con sus hijos había aprendido que la alegría y la plenitud que tantas veces le proporcionaban tenía un precio, ese miedo sordo, esa preocupación incesante. Había descubierto que la vida era como una balanza más o menos equilibrada, en un platillo la alegría y en el otro el miedo y el peso de la

responsabilidad. Y si el platillo de la felicidad aumentaba, también lo hacía inmediatamente el del otro lado. La de cosas que Pablo había aprendido siendo padre. Tantas que a veces creía que uno no maduraba hasta que tenía hijos.

El móvil de Petra sonó con la llegada de un mensaje y se precipitó a leerlo.

—¿Es Asia?

—No, no.

Era el piloto. Quería saber por qué se había desconectado sin despedirse y si aún seguía en pie el vuelo de esa tarde o si la muy cobarde se había rajado.

—No es nadie.

Petra tecleó una evasiva utilizando muy pocas palabras: «No puedo, ya te cuento luego».

Las horas fueron pasando y Asia seguía sin dar señales de vida. La situación era cada vez más inaguantable. Pablo y Petra intentaban no hacerse reproches y menos en presencia de Rómulo, que también se iba inquietando al ver a sus padres tan nerviosos.

—Seguirá durmiendo la mona.

Pablo le revolvió el pelo.

—¿De dónde has sacado tú eso?

—Es dormir mucho, ¿a que sí? —

preguntó mirando a su madre.

Petra intentó esbozar una sonrisa.

—Rómulo, corazón, ¿por qué no vas a tu cuarto a jugar un rato a la consola?

—Hoy ya he jugado dos horas.

—Da igual, te dejo que juegues más. No pasa nada.

Rómulo dudaba, miró a su padre y este le hizo un gesto para que obedeciera a su madre. Y salió de la cocina.

—Pablo, vámonos a buscarla.

—¿A dónde?

—No sé... Llamo a Dunia y que se quede con el niño. Seguro que no le importa venir hasta aquí aunque sea domingo.

—Mejor llamamos a la policía.

A Petra se le congeló el gesto al oír a su marido. Ella llevaba más de una hora pensando en esa posibilidad, pero le daba pánico formularla en voz alta. Como si al hacerlo la cosa ya fuera irremediable y no hubiera marcha atrás.

—Pero no han pasado ni veinticuatro horas.

—¿Tú sabes la de cosas que le pueden pasar a una niña en menos de un día?

Dos agentes se presentaron en casa. Eran jóvenes, casi unos niños, pero hablaban como policías y se

comportaban como tales. Le hicieron las preguntas de rigor. ¿Bebe? ¿Se droga? ¿Hay problemas en casa? ¿Alguna discusión reciente? ¿Falta algo de ropa en su habitación?

Petra contestaba a cada una de las preguntas sin estar segura de las respuestas, aunque queriendo estarlo. Quería parecer convincente, pero no por hipocresía, es que necesitaba creérselo. Pero de repente todo eran dudas.

—No, si ella es una chica muy sana. O al menos que yo sepa. Sí, sí, lo es. No, no hemos discutido. Y no, no falta nada en la habitación. No se ha podido ir, si mañana tiene un campeonato muy importante y estaba

deseando competir. Ella nada estilo crol. Es muy buena. Y por eso sé que no se droga, porque es una buena deportista. Porque nadie que sea deportista se droga, ¿verdad?

—¿Novio? ¿Se ha podido escapar con él? —siguió preguntando el agente.

—¿Asia con novio? Qué va, yo... yo lo sabría, de verdad. Si nos lo contamos todo.

—Todo excepto que ayer no dormía en casa de su amiga —replicó Pablo.

Petra le miró con odio, pero no dijo nada. Los agentes pidieron un par de fotos de la chica y Petra les dio

cinco, una con el pelo suelto, otra con el pelo largo, otra con el pelo recogido, otra vestida de calle, otra en bañador.

—Con dos es suficiente, gracias. Nosotros ahora nos vamos. Daremos parte en comisaría y distribuiremos sus fotos. Cualquier idea que se les pueda ocurrir, o cualquier cosa que puedan necesitar, no duden en ponerse en contacto con nosotros.

—No le habrá pasado nada, ¿verdad?

Los policías contestaron con una frase hecha, una evasiva que debían de enseñarles en el primer curso de la academia. Les dieron las buenas tardes y se fueron.

—Crees que todo esto es culpa mía, ¿verdad? —le dijo Petra a su ex, encarándose con él.

Pablo la miró y negó con un gesto. Pero fue muy poco convincente. Y como se avecinaba una discusión que pretendía evitar, sacó las llaves de su coche del bolsillo.

—Voy a buscarla.

—¿A dónde? Si tú mismo me dijiste que...

—No sé... A la piscina donde entrena, al colegio, a las zonas de botellón. Donde sea. No puedo estar aquí sin hacer nada.

—Voy contigo.

—No. Tú quédate aquí por si aparece.

II

Pablo recorrió todo el barrio de Lucero por cada una de sus calles, la que llevaba al colegio, aquellas donde estaban los cuatro bares donde había cortejado a Petra o las que daban al descampado. Y cada vez que circulaba por el paseo de Extremadura reducía la velocidad para no dejar ni un palmo de arcén sin revisar. Le daba igual que los demás conductores se impacientaran, era domingo y su hija había desaparecido.

Se acercó hasta la Casa de Campo, allí le había enseñado a montar en bici, rodeados de prostitutas, aunque ahora casi no quedaba ninguna desde que el ayuntamiento las había ido desalojando a la fuerza. Allí también Asia había estrenado las katiuskas rosas que le había comprado al cumplir siete años. Unas katiuskas rosas que a Asia le parecieron el mejor regalo posible, mejor que los patines, mejor que las Bratzs, el mejor de todos. «Y de color rosa, papá, que es el color más bonito del mundo». Y no había quedado ni un charco por saltar, y habían llegado a casa completamente empapados y manchados de barro. Y Petra les había

echado la gran bronca, pero ellos sólo podían sonreír, porque esa tarde entre charco y charco habían rozado la felicidad. Porque en aquella época la felicidad estaba al alcance de la mano.

Cada vez que Pablo veía a alguna chica de espaldas que pudiera ser Asia el corazón le daba un vuelco. Pero nunca era ella. Se acercó a la piscina de Lago, donde Asia entrenaba, y no dejó un palmo de pabellón sin recorrer, hasta entró en los vestuarios de chicas y aguantó con paciencia las protestas de todas las mujeres, «largo de aquí, pervertido, eh, cerdo, ¡fuera!», pero tampoco la encontró.

Pablo volvió a casa de Petra, hasta hace dos años su casa, después de haber deambulado por el centro de Madrid: Malasaña, Alonso Martínez, La Latina y Moncloa. No se le ocurrían más lugares donde los chavales se pudieran reunir. Petra le abrió la puerta con la esperanza de que la hubiera encontrado, pero su gesto decía lo contrario. Y ella ladeó la cabeza, resignada y muerta de pena. Y tuvo el impulso de abrazarse a Pablo, pero se contuvo.

Atardecía y las horas se iban dilatando. Como si el reloj se hubiera detenido. Los miedos infundados de la mañana, las posibles excusas: se habrá quedado dormida, estará resacosa y le

da vergüenza regresar, daban ahora paso a un miedo mucho más sólido y aterrador. Cada minuto les acercaba más a la tragedia. Petra había dejado atrás las amenazas de estamparla contra la pared cuando apareciera, los mil castigos que le iba a imponer: se acabó el móvil e internet, Facebook, Tuenti, todo, de clase a casa y de casa al entrenamiento, y ahora rogaba a un Dios en el que no creía que se la devolviera sana y salva. Por favor. A mi niña no. Que no le haya pasado nada. A ella, no, por favor.

Volvió a sonar el móvil. Otro mensaje.

—Petra, coño, ¿no puedes quitarle la voz a ese aparato o decirle a ese novio tuyo que deje de mandarte mensajes?

—¿Qué novio? ¿Pero de qué hablas?

—Que me va a dar un infarto cada vez que suena y no es ella.

Petra lo silenció, como cuando atendía a algún paciente. Aunque enseguida cambió de idea.

—¿Y si está perdida? ¿Y si se ha dado un golpe y no sabe volver a casa? ¿Y si...?

Y ese momento sonó el móvil. Era el número de Nerea, la amiga de su hija. A Petra se le iluminó el rostro y

descolgó en una milésima de segundo.

—¿Nerea? ¿Eres tú?

—Sí.

—Dime que Asia está contigo.

—No.

7

El día después

I

Asia se había despertado con dolor de cabeza y el cuerpo congelado. Tenía frío. Y una sensación pastosa en la boca, sin duda por culpa del alcohol y las drogas de unas horas antes. Le había costado abrir los ojos, ya no por el sol,

estaba muy nublado y apenas se colaban los rayos entre las nubes, sino por sus pestañas, que parecían enredadas las unas en las otras, tal vez por el exceso de rímel acartonado y reseco. Y a saber si anoche le habría caído algo de alcohol por la cara. Notaba la piel muy reseca. Miró a su alrededor. Estaba rodeada de azulejos pequeños y azules. Había charcos en el suelo. Enseguida se hizo composición de lugar. Estaba dentro de la piscina. Olía a humedad. Una toalla gris la cubría de la desnudez más absoluta. A su lado dormía Andrés, en la silla de ruedas. El chico sólo llevaba puestos unos vaqueros desabrochados. ¿Por qué estaban los dos

dentro de la piscina? ¿Cómo habían llegado hasta ahí? Sobre todo él, con la silla de ruedas. Aunque la piscina tenía una pendiente escalonada y no debía de ser del todo imposible bajar con la silla. Asia dudó si despertar al chico para que la sacara de dudas, pero antes tenía que vestirse. No quería que él la viera así. Al menos no a la luz del día, porque parecía obvio que por la noche ya la habría contemplado sin nada de ropa. Asia intentaba recordar, pero sólo llegaban fogonazos a su mente. ¿Cuál era su último recuerdo? Ella y Nerea en el agua, los chicos desnudos... Y ahí su mente se nublaba.

Se colocó la toalla alrededor del cuerpo, se la anudó y subió por las escaleras oxidadas de la piscina. Lo que vio fue desolador, como los restos de un campo de batalla. Botellas por el suelo, metros de papel higiénico desenrollado, toallas sucias, ceniceros a rebosar, cristales rotos...

Los cristales le hicieron recordar algo. Unos puños golpeando insistentemente en la cristalera que separaba la zona del *jacuzzi* del exterior. Unas caras sonrientes y lascivas, unos gritos y cánticos como de *hooligans* animando un partido o jaleando una buena jugada, una silla reventando la cristalera... ¿O lo había

soñado? Por más que se esforzaba, no lograba unir los fogonazos en una secuencia coherente y completa. Y aparte de Andrés, no había nadie a quien preguntar. El lugar estaba desierto.

Se acercó a los cristales rotos. Eran de una pequeña ventana, no de la cristalera del *jacuzzi*, como ella recordaba. Por lo tanto, lo había soñado, nadie había entrado por la fuerza. Aunque la ventana daba a un pasillo por el que se llegaba al gimnasio. Pero no, sus recuerdos provenían del sueño, no de la realidad. Seguro.

Notó un pequeño dolor en la vagina, como un pinchazo, y se llevó el dedo índice hasta allí. Tenía algo

pegajoso y reseco entre las piernas y entre los pelos semirasurados de su pubis. ¿Sangre? Pero el dedo no estaba manchado. Se lo llevó hasta la nariz para olerlo. Era agrio, olía como a lejía. Semen. Aquello tenía que ser semen. Y todo su cuerpo reaccionó ante semejante descubrimiento. El vello de su cuerpo se erizó. Un espasmo involuntario le sacudió de arriba abajo. Había follado con alguien. Había follado con alguien y no se acordaba de nada.

¿Con quién? Piensa, Asia. ¿Con cual de los chicos que estaba en el *jacuzzi*? Piensa, piensa. Estáis en el agua Nerea y

tú. Bromeando. Los chicos se acercan. Pero todo está borroso, como con un filtro de esos que utilizas con tu móvil para retocar las fotos. Un filtro borroso y en movimiento. Mauro y el mulato y hay alguien más. Ves sus cabezas enormes, como los ninots de las fallas. Y los cuerpos pequeños y lejanos. Y no sabes si es un recuerdo o un sueño. Seguro que hay alguien más. Los cuerpos se alargan y escuchas las risas. Y palabras que no entiendes. Ves sombras como de aborígenes. Cuerpos que se alejan y se acercan. Más risas. Tú también ríes. Les dices que se metan. No. Nerea lo dice. O tú. Las dos. Besas unos labios enormes que te comen la

cara. ¿Los de Mauro? Y luego... una sensación cálida en el cuerpo, y ganas de vomitar.. Y más besos y risas. Y el agua acariciando cada milímetro de tu piel y manos y pies... Alguien empuja. Dolor, placer. Algo que se infla dentro de tu cuerpo... Y... nada más. No te acuerdas de nada más.

Asia se dirigió al *jacuzzi*, tal vez si volvía al lugar donde había ocurrido todo podía ordenar el caos que tenía en la cabeza. Pero al llegar tuvo que dar la vuelta. No pudo soportar esa visión del agua con restos de jabón, ni el olor, ni la sensación de humedad. Cerró la puerta de golpe. Todo lo que había en esa sala le repelía. No sabía por qué, pero era

así. Se armó de valor para abrir la puerta otra vez, necesitaba coger su ropa. Entró casi sin mirar y se llevó el vestido humedecido, las bragas mojadas y los tacones. Se dio cuenta de que la ropa de Nerea no estaba. Ni la de los chicos.

Asia gritó el nombre de Mauro y el de Nerea, llamándoles. Recorrió todo el jardín y luego, como la puerta estaba abierta, entró en la casa. Y en una habitación de la planta baja, en un colchón sobre el suelo, vio a Mauro y a Nerea dormidos. Estaban desnudos y Mauro le pasaba el brazo derecho sobre el cuerpo de ella y con su mano le agarraba un pecho. Sintió asco. Y odio.

Y rabia. Quiso escupirle a su amiga, zarandearla, gritarle que era una cerda, que eso no se hacía, que con Mauro no, joder, ¿no había mil chicos en la fiesta con los que dormir abrazada? Mala amiga, mala perra, mala puta. Mala más que mala. Quiso gritarle todo eso pero las palabras no le salieron.

Se fue corriendo de allí.

Asia vagó por la zona residencial hasta llegar a una carretera. Vio una parada de bus. Podía esperar a que llegara el próximo que la acercara hasta su barrio, pero decidió caminar. Y mientras caminaba llegó a una conclusión: no podía ir a casa hasta que no se tranquilizara y recordara lo que

había pasado. Y además tenía que ser práctica, no dejarse llevar por el odio que sentía y reaccionar. Arreglar de alguna manera lo del día anterior. Porque al menos algo había que arreglar. Tenía semen entre las piernas y a saber dónde más. Necesitaba pasar por una farmacia y comprar la píldora del día después. Nunca la había comprado, porque la única vez que había echado un polvo había sido en las convivencias del año pasado, en Córdoba, y con el tonto de Juan, que se puso dos condones, uno encima del otro, para aguantar más y aun así no llegó ni a los dos minutos de mete y saca. Ya era mala suerte, que las únicas experiencias sexuales fueran tan

deprimentes, con la primera ni se había acercado a sentir algo de placer, un poco de dolor e incomodidad y ya, y con la segunda, la de la noche anterior, no se acordaba de casi nada. De la píldora le daban miedo sus efectos secundarios, pero por terrible que fuera ese exceso hormonal, siempre sería mejor que acabar con un bombo. No sabía si le venderían a alguien de su edad la píldora, pero siempre podía utilizar el DNI falso que había conseguido gracias a Nerea. Aunque el documento daba el pego por la noche, con poca luz. Dudaba que bajo los focos de una farmacia y ante la mirada atenta de un farmacéutico el carné no cantara *La Traviata*. Mejor

no sacarlo. Con aplomo y arrojo podría conseguirlo. En una farmacia del centro tal vez estuvieran más acostumbrados a recetar ese tipo de medicamentos y quizás no fueran demasiado melindrosos con el tema de la edad. Y, por supuesto, no iba a ir a ninguna de su barrio. Podían reconocerla. Y antes muerta.

Varios coches tocaron el claxon al pasar a su lado. Un cuatro por cuatro aminoró la marcha y se detuvo junto a ella. El conductor, tendría unos veintipocos años, asomó la cabeza por la ventanilla.

—Reina, ¿te acerco a alguna parte?

La palabra «reina» la paralizó. Y Asia miró al chico con cara de terror.

—Tía, parece que has visto un fantasma. Soy de fiar, ¿eh? Pero si no quieres subir, no subas y ya.

Asia negó. Dio las gracias y siguió caminando. Reina. Eso era lo que se habían llamado cuando estaban en el agua. Y Mauro se lo había susurrado mientras... sí, mientras se la clavaba bien dentro. Y ella sonreía y le pedía más. Dale más a tu reina. Asia sacudió la cabeza como queriendo borrar ese recuerdo y aligeró el paso. Había sido Mauro. Mauro la había follado y apenas se acordaba. Y lo había hecho sin condón y con ella en ese estado casi inconsciente. Y después se había

dormido abrazado a Nerea. Qué cabrón. Qué hijo de la gran puta. Y ella más. Ella mucho más.

Caminó durante mucho rato. El sol ya estaba en lo alto. El día comenzaba a despejarse. Y a ella las piernas le empezaban a doler. Príncipe Pío estaba más lejos de lo que esperaba, pero, cuando estaba pensando en claudicar, por fin vio a lo lejos el arco de la rotonda y la antigua estación de tren reconvertida en centro comercial. Unos minutos más y habría llegado.

Se acercó a la primera farmacia y descubrió que estaba cerrada. Era domingo. Tenía que buscar una de guardia. Y, según pudo leer, la más

próxima se encontraba en Gran Vía casi con Alcalá. Y aunque caminando no sería más de media hora ya no podía con su alma. Cogió el metro. Al sentarse en el vagón se vio sorprendida por su reflejo. Tenía un aspecto atroz, con el rímel corrido, el pelo despeinado y el vestido con un par de manchas de las que no había sido consciente al ponérselo. Se atusó el pelo como pudo y sacó un *kleenex* del bolso para limpiarse los ojos. Estaba cansada, tenía hambre y sed y por primera vez miró cuánto dinero llevaba en la cartera. Treinta euros. No estaba mal. Seguro

que era suficiente para comprar la píldora y luego para comer algo en el burger.

—Quería la píldora del día después.

La farmacéutica, una mujer de unos cincuenta y tantos y con gafas de ver de cerca, la estaba examinando de pies a cabeza. Y ante esa mirada crítica toda la seguridad que Asia había aparentado al entrar en la farmacia se estaba viniendo abajo.

—¿Es para ti? —La chica, con un pequeño movimiento de mentón, asintió —. ¿Cuántos años tienes?

—Dieciocho.

—¿Algún documento que lo acredite?

—No tengo por qué tener dieciocho años para comprarla.

—Eres tú la que has dicho que tienes dieciocho.

—¿Me la vende, por favor?

—Eres muy cría. Lo siento.

—Está en su obligación. Lo dice la ley.

—¿Una mocosa como tú me va a dar a mí lecciones de lo que dice o no dice la ley? Hala, con viento fresco.

—Pero...

—Que te vayas. Ya encontrarás a otra que te la venda.

Asia salió de la farmacia. Se sentía impotente e indignada. Justo le había ido a tocar la mujer más carca de Madrid. Enfiló por la Gran Vía. Le tocaba buscar otra farmacia de guardia. Y la más cercana estaba en la calle Almagro. ¿Eso por dónde quedaba?

—Eh, tú.

Un chico con bata blanca y un pendiente negro con una pequeña dilatación en la oreja izquierda se acercó a ella. Y le tendió una bolsita en la que había una caja de medicinas.

—Toma. Ahí tienes. Mi jefa es una rancia y hoy encima la has pillado con el día torcido.

—Gracias —dijo Asia con una gran sonrisa. Estaba a punto de irse cuando el chico la interrumpió.

—Dieciocho con noventa y cinco. Te la regalaría, pero luego no cuadran las cuentas y me meto en un lío.

Asia buscó en su bolso.

—Tengo veinte.

El chico cogió el billete y sacó un euro con cinco del bolsillo.

—Toma. Y quédate con el prospecto, para que te mires bien los efectos que tiene. Que no es un caramelo precisamente.

—Vale.

—Y ya sabes, para la próxima, dile que se ponga condón, que los tíos somos muy perros, pero se folla igual de bien.

Asia no supo qué contestarle. Dio media vuelta y siguió caminando.

—Una *cheeseburger*. Patatas grandes y cola *light*.

Mientras se comía la hamburguesa sintió como si llevara una bomba de relojería en el bolso. Una bomba que podía estallar en cualquier momento. Era raro estar en el burger con eso. No sabía por qué, pero era raro. Varias madres con hijos pequeños parecían estar celebrando un cumpleaños. Los

niños chillaban y reían ajenos a la tragedia de Asia. Todo el mundo era ajeno a lo que ella estaba pasando. Como en una burbuja o como si ni siquiera estuviera allí, como si fuera sólo un holograma. No pegaba en ese lugar. Su estado de ánimo no se correspondía con los colores chillones ni con las luces intensas del burger. Y por eso no se atrevió a tomarse la píldora en medio de todo aquello.

Se fue al baño. Abrió la caja y, recordando las palabras del chico de la bata blanca, se guardó el prospecto en el bolso. Ahora no le apetecía leerlo. Ya lo leería después. No quería que nada la disuadiera de lo que iba a hacer. Salió

del cubículo en el que se había encerrado y utilizó agua del grifo para tragar la pastilla.

Eran más de las doce y media. Su madre ya estaría esperándola. Y su hermano. Había quedado en llevarlo a Xanadú para regalarle una clase de esquí. Pero ahora no podía volver a casa. Así no. Antes tenía que recordar. Tenía que saber exactamente qué había ocurrido para luego inventarse una excusa. No podía presentarse así.

El odio hacia Nerea y hacia Mauro estaba dando paso a la vergüenza. Una vergüenza atroz y una sensación de culpa horrorosa.

Vagó por la ciudad. Pensó en entrar en un cine, pero no le llegaba el dinero. Las horas iban pasando. Tenía que volver a casa, pero a cada hora que pasaba le daba más vergüenza regresar. Y en su mente, ocupada en intentar averiguar qué había ocurrido la noche anterior, no había espacio para inventarse una excusa que a cada hora se hacía más complicada. Era probable que su madre ya hubiera llamado a Nerea, o incluso a la casa de la chica, por lo que ya habrían descubierto su mentira. Sabía que su madre estaría preocupada y, con lo exagerada que era, hasta muerta de angustia. Pero no podía volver. Aún no.

Su móvil estaba muerto, sin batería. No podía llamar a Andrés y preguntarle cómo había acabado en la piscina con él. Ni a Sergi, ni a ninguno de los que estaba en la fiesta. No se sabía ningún número de teléfono de memoria, todos estaban en la agenda del iPhone. ¿Qué podía hacer para recordar? Se sentía como ante un examen en el que se hubiera quedado en blanco. Tenía que encontrar algún estímulo que la llevara al recuerdo de la noche anterior. Pensó en el conductor que la había llamado reina. Esa palabra le había servido. Tal vez más palabras la condujeran al camino de la memoria. Por Rosales había una biblioteca. Y más palabras

que en una biblioteca no iba a encontrar. Y era un buen lugar para pasar estas horas muertas. Allí podría estar cómodamente sentada, dejar vagar su mente entre las páginas de cualquier novela, y tal vez así...

Pero no dio resultado. Lo único que le produjo la biblioteca fue un tremendo sopor y se quedó dormida hojeando una revista. A los veinte minutos alguien la despertó.

—Oye, tú, despierta.

—Eh...

—Estamos intentando estudiar y contigo hablando en sueños no hay manera.

—¿Hablabas? ¿Qué decía?

—No sé... no se te entendía nada.

Pero molestas.

—Perdón...

Asia se levantó desconcertada y muy desorientada. En menos de un minuto se hizo composición de lugar. Estaba en una biblioteca y había llegado hasta allí buscando descanso y respuestas. Pero no se sentía descansada, las siestas a deshoras, de hecho, le dejaban muy mal cuerpo. Y estaba lejos de haber encontrado alguna solución. Por no recordar, no recordaba ni lo que acababa de soñar.

Necesitaba despejarse y quitarse todo el sopor y toda la suciedad de encima. Necesitaba una ducha. Pero no

podía ir a su casa y tampoco quería llamar a ninguna de las compañeras de clase para pedirle que la dejaran ducharse. Sería muy raro. Y además seguía sin batería y, por lo tanto, sin números de teléfono. Decidió ir a la piscina donde entrenaba. Allí se podría duchar sin problemas. Y tampoco estaba tan lejos. Si cogía el metro en Plaza de España en tres paradas habría llegado. Bajó todo Martín de los Heros hasta desembocar en la plaza.

Al llegar a la piscina se dio cuenta de que no tenía toalla. ¿De dónde iba a sacar una? Tal vez tendría que cambiar de idea y no ducharse. Pero no, necesitaba frotar su cuerpo con jabón

(vaya, tampoco tenía gel) y quitarse toda esa suciedad, esa culpa y esa vergüenza de encima. Ni corta ni perezosa cometió el primer acto delictivo de su vida. Robó una toalla de una bolsa del vestuario de los chicos y también un bote de champú. Con eso bastaría.

El contacto con el agua no la alivió como pensaba que lo haría. Y aunque estuvo más de quince minutos debajo del chorro caliente y se limpió bien las piernas, la vagina, el culo, las manos, la boca, los brazos, el cuello, la sensación de suciedad persistía. Cuando sus dedos empezaron a agrietarse, cerró el grifo. Alcanzó la toalla, que olía a humedad, y por un momento pensó que sería un foco

de hongos, pero no tenía más remedio que secarse con ella. Empleó el menor tiempo posible, como si así se redujeran las probabilidades de contagio. Se puso de nuevo las bragas sucias y el vestido con las dos manchas y se peinó el pelo con los dedos. No quiso mirarse al espejo, sabía que no le iba a devolver la imagen que ella quería.

Salió del pabellón y entre los coches aparcados vio uno de la autoescuela Pisa, la misma en la que trabajaba su padre. Y se alejó de allí a paso rápido. La posibilidad de que fuera el coche de su padre era remota, pero, por si acaso, lo último que quería era que la encontrara allí.

Anocheecía y Asia fue consciente de que o volvía a casa o tendría que encontrar un lugar donde pasar la noche. La Casa de Campo no era el mejor lugar para hacerlo. Sobre todo cuando una prostituta la increpó:

—Eh, tú, estos metros me los trabajo yo. Así que agua.

—No, si yo...

—¡Largo!

II

A pocos kilómetros de allí estaba Nerea, que acababa de hablar por teléfono con la madre de Asia. No porque hubiera

querido hacerlo, sino porque cuando había llegado a casa, sus padres estaban hechos una furia. «¿De dónde vienes? ¿Dónde has pasado la noche? ¿Por qué nos mientes? Y llama ahora mismo a la madre de Asia, que está muerta de preocupación, su hija no ha vuelto a casa». Y Nerea les había dicho que sí, que ahora la llamaba, pero luego no lo había hecho. Antes quería averiguar dónde estaba su amiga. Y después de haberle dejado a Asia tres llamadas sin respuesta se había encerrado en su cuarto. Pasaron las horas y cuando creía que se había librado ya de hablar con Petra, su madre golpeó la puerta de su habitación.

—¿Se puede saber por qué no has llamado a la madre de tu amiga? Ha vuelto a llamar y casi me muero de la vergüenza al decirle que creía que ya lo habías hecho. Así que la llamas ahora y conmigo delante, que yo te oiga.

Nerea, antes de salir del cuarto, improvisó una explicación. Había bebido de más y se había quedado dormida en casa de Mauro. Cuando despertó, Asia ya no estaba. Lo mejor de esa explicación es que no era del todo mentira, simplemente, ocultaba parte de la verdad. Y, como bien sabía, era la mejor manera de que no la cogieran en

un renuncio. Y si Petra hacía alguna pregunta más, ya sabría ella cómo salir del paso en el momento.

Nerea había marcado el número y aguantado el chaparrón de una manera bastante digna y convincente.

Y había colgado después de aguantar los lamentos de esa exagerada, ya les valía a las madres, todas iguales, que de cualquier cosa hacen un drama, que su hija ya tenía dieciséis años y pelos en el coño desde hace mucho, y que si no estaba en casa tampoco tenía por qué movilizar al ejército, joder. Y encima había tenido que aguantar, además de su histeria, el tono de reproche, como si ella tuviera la culpa

de cómo era su hija. Se había mordido la lengua para no contarle que Asia no era la inocentona que la otra se pensaba. Pero ya está, ya había pasado. Lo mejor sería volver a llamar a su amiga y decirle que fuera de una vez a su casa y santas pascuas. La llamó, pero seguía con el móvil desconectado. ¿Dónde se había metido? Qué pava podía llegar a ser la tonta esa. Inocentona no, pero pava era un rato largo.

A Nerea le había extrañado, al despertarse en casa de Mauro, que Asia no estuviera allí y que no le hubiera dejado un mensaje o la hubiera avisado

para irse las dos juntas. Seguro que la muy tonta se arrepentía de la noche anterior. Vale que la cosa se había salido de madre, y ahora le habrían entrado mil remordimientos, pero una tiene que apechugar con lo que hace, y si Asia no sabía beber ni controlarse que no fuera de otra cosa. Y también era verdad que la había dejado allí sola en medio del *jacuzzi* con todos esos, pero bien feliz que estaba, y si la había dejado con tanto rabo para ella sola era porque se estaba meando y no se iba a mear allí, que era una guarrada. Y una vez en el baño se había quedado dormida en la taza, y el ruido de unos cristales la había despertado, pero ella,

cansada como estaba, se había quedado frita otra vez. Y luego, casi al amanecer, Mauro había ido a por ella, la había cogido en brazos y lo último que recordaba era haberse despertado con el brazo del chico encima. Que ya le valía a Mauro, qué aprovechado, dormir con ella en plan novios y todo porque habían compartido un ratito tonto en el *jacuzzi*. Después decían que las chicas se ponían sentimentales y eran ellos los que a la primera de cambio ya estaban con los abrazitos pegajosos y esos mensajes cursis que daban una vergüenza ajena que para qué.

Nerea decidió llamar a Mauro. Pero para eso necesitaba salir de casa. Por nada del mundo quería que sus padres oyeran nada de esa conversación. Sin que la vieran, derramó por el fregadero toda la leche que había en la nevera y le dijo a su madre que bajaba al chino a por un cartón, que no quedaba.

—Hola, Mauro, soy Nerea. Asia no ha ido a su casa en todo el día.

—¿Y?

—Que he tenido que hablar con su madre, está histérica. Hasta han llamado a la policía.

—No jodas.

—Pues sí, Mauro, pues sí. Tenemos que hablar.

—¿Por qué?

—Mauro, si Asia no aparece, la policía va a empezar a hacer preguntas. A todos nosotros. ¿Cuándo fue la última vez que la vimos? ¿Qué estábamos haciendo?

—Coño...

Ahí Mauro se dio cuenta de la gravedad del asunto.

—Y estaría bien —continuó diciendo la chica— que todos contáramos una misma versión de lo ocurrido. Vamos, digo yo.

—A ver, Nerea... que no hicimos nada malo. O, al menos, nada que no quisiéramos, ¿no?

—¿Seguro? Entonces, ¿por qué crees que Asia no ha vuelto a casa?

—Yo que sé...

—¿De verdad quieres que sus padres y los nuestros se acaben enterando de lo que pasó anoche? Llama a los otros.

Y Mauro, ante la posibilidad de tener que relatarles a sus padres parte de la noche anterior, reaccionó.

—¿Dónde nos vemos?

Los chicos se encontraron a las diez de la noche en el centro comercial de al lado de la casa de Nerea. Estaban Mauro, Gus, William y ella.

—Tengo muy poco tiempo. Que mis padres están con la mosca detrás de la oreja. ¿Dónde está Sergi? —preguntó Nerea.

—No sé, ahora vendrá, digo yo.

Entre todos pactaron enseguida una versión para todos los públicos de lo que había pasado la noche anterior. Nerea tampoco quiso indagar en lo que había ocurrido mientras ella dormía. A veces era mejor no saber. Y aunque se moría de ganas de que los chavales entraran en detalles, sólo dijo una cosa.

—Decidme que mientras yo estaba frita en el baño ninguno le dio un golpe o un cenicerazo y os dio por descuartizarla y enterrarla en el monte.

—Tía, no seas bruta.

—Nadie le hizo nada que no quisiera —insistió Mauro por quinta vez.

—Mauro, coño, deja de decir eso, que de tanto insistir me está dando muy mal rollo —dijo Nerea.

—¿Pero tú la viste? Si fuisteis vosotras las que nos dejasteis en bolas... las que nos dijisteis a quién besar primero, cómo meteros mano...

—Que sí, que sí, pero eso tampoco hace falta que lo contéis, ¿vale? Digo, que yo ya tengo fama de putón en el colegio, pero tampoco es cuestión de que se enteren la poli y mi familia.

—Pero es la verdad. Fue lo que pasó —dijo William.

—Ya, y a vosotros luego no se os fue calentando la polla, ¿no? Porque un poco animales si os empezabais a poner...

—¿Alguna queja? —preguntó Gus con arrogancia.

—Eso preguntáselo a Asia, que es la que no ha aparecido.

—Tía, nadie hizo nada que no quisiera hacer —volvió a escapársele a Mauro.

—Y dale, tú en tus trece.

Y sí, Mauro insistía porque empezaba a tener muchas dudas. Es verdad que se habían dejado llevar, que habían descontrolado mucho. Que él nunca se había imaginado así, tan burro, tan bruto, tan animal. Pero no había sido sólo él. Había sido la situación, la inercia del grupo, como si una fuerza animal e independiente hubiera tirado de ellos, impulsados por un torbellino salvaje. Hubo un momento en el que ya no pudieron parar. Y si alguien dijo no, desde luego ellos ya no lo escucharon.

Tal vez Asia en algún momento se hubiera revuelto o quejado, podría ser, pero las risas, la ceguera, el deseo, el impulso atávico, animal y placentero no les había dejado hacer otra cosa. Y qué coño, Asia se había reído, y aunque había dicho que no, luego había cogido el rabo de Gus y se lo había llevado a la boca... Joder, que era ponerse a pensarlo y se ponía palote. Que fue un subidón, y que ya está, había pasado y ya. Y vale que después...

Nerea le sacó de sus pensamientos.

—Oye, ¿y Sergi?

—Yo qué sé. Le he dejado ya tres mensajes.

Nerea se llevó aparte al chico.

—Pues queda con él.

—Vale.

—Pero hazlo. Y cuéntale todo lo que hemos decidido. Todo.

—Que sí, tía, que por Sergi no hay problema, que es mi mejor colega.

—Ya... bueno...

—¿Qué pasa?

—Que no ha venido y que tengo mis dudas con Sergi, eso pasa —dijo la chica.

Mauro no entendió a que venían las dudas de Nerea, pero asintió. Él se encargaría de su amigo.

O eso creía.

8

Quique y Alba en el cumpleaños de Óscar

I

Quique le había dejado varios mensajes en el móvil a Alba, pero durante todo el sábado ella no dio señales de vida. A saber si estaba en Madrid y, si lo estaba, a saber en qué condiciones. La mala

fama perseguía a Alba Blanco. Era una mujer excesiva y volcánica. De una belleza animal a sus treinta y tres años, un talento innato y con un magnetismo increíble. La cámara la adoraba. Y tenía esa extraña capacidad de defender cualquier tipo de conducta para su personaje sin que a nadie le molestara. Si ella lo interpretaba, la gente lo aceptaba como normal. Y eso era oro. Y por eso se podía permitir el lujo de decir y comportarse como le diera la gana, tanto con los hombres, a los que volvía locos, como en el plató. Y además la tía tenía gracia, aunque les trajera a todos por la calle de la amargura. Lo que más valoraba Quique

de ella era que con esa inconsciencia que la caracterizaba era capaz de soltar por esa boca cualquier tipo de burrada sin pensar en las consecuencias. Para Quique era una fuente de inspiración inagotable, y siempre acababa robando muchos de sus comentarios y actitudes, aunque generalmente no lo hacía para caracterizar al personaje que ella interpretaba, prefería emplearlos en los adolescentes. Era mucho más creíble. Excepto esta vez. Esta vez, con la trama de la cocaína y el sexo, se había inspirado en ella y se lo había dado a su personaje. Tal vez por eso Alba estuviera enfadada y tal vez por eso no quería interpretarlo. Tenía que aclararlo,

disculpase y convencerla de que se atreviera. La necesitaba de aliada. De ella iba a depender que esa trama continuara o no.

Quique había empleado todo el fin de semana, desde la comida con Sandra, en sólo dos asuntos: intentar localizar a la actriz y conseguir que el chico del Cam 4, el pelirrojo con esos labios perfilados como de dibujo manga o de modelo francés, con esa mirada entre desvalida y perversa, que se había desnudado para él y que no conseguía quitarse de la cabeza, se conectara al Skype. Hacía mucho que no le ocurría eso con un desconocido, ese tipo de obsesión. Y una vez más reflexionó

sobre los misterios del deseo. ¿Qué diferenciaba ese encuentro casual y a través de la webcam de todos los cientos que había tenido? ¿Qué tenía de especial ese chico y por qué había despertado en él ese entusiasmo, esas ganas de vivir y, sobre todo, esa imperiosa necesidad de encontrárselo de nuevo?

Aunque tuvo toda la tarde del sábado el Skype conectado y lo miraba a cada rato, el chaval no se conectó. Y, por fin, el domingo por la mañana, cuando ya creía que el chico le había dado un nombre de usuario falso, lo vio conectado. Y sin dudarlo le saludó. El chico tardó bastante en contestarle y,

cuando lo hizo, además de arrancarle su nombre con mucho esfuerzo —Sergi, se llamaba—, necesitó todo su poder de convicción para que el chico conectara la cámara. Finalmente lo consiguió, pero con la promesa de que la conversación no durara más de diez minutos, porque el chaval había dormido muy poco, estaba muy cansado y quería echarse en la cama. Cuando Quique vio su rostro, se dio cuenta de que el chico no mentía. Tenía ojeras y mala cara. Aun así, seguía manteniendo intacto su atractivo y su poder de seducción. Su belleza era un milagro, pensó Quique. Aunque era verdad que el cansancio no sólo se reflejaba en su rostro, su actitud era muy

distinta de la del día anterior. Estaba apagado, ¿triste? Cuando Quique se lo hizo notar, Sergi se excusó diciendo que había sido una noche larga e intensa.

—No me digas que te acabo de conocer y en una noche ya te has enamorado de otro.

—Qué va. Todo lo contrario.

—Mejor.

—¿Mejor por qué?

—Porque así aún tengo esperanzas

—soltó Quique.

—Para eso tendría que verte primero —le dijo Sergi.

Quique no había conectado su cámara y le hablaba escribiéndole. Antes de atreverse a encenderla, se miró

en el espejo para evaluar su aspecto. Al hacerlo, decidió cambiarse de camiseta. Mejor una que resaltara su cuerpo y le diera un aspecto más juvenil para que el chico no se asustara. Se probó cuatro distintas a toda velocidad antes de dar con una que le satisfizo. Y por fin conectó la cámara. Se comunicaban alternando la voz y la escritura. A veces hablaban y a veces escribían, sin que se estableciera una pauta concreta para cambiar de método de comunicación.

—¿Me ves? —preguntó Quique.

—Sí.

—¿Y te gusta lo que ves?

Sergi tardó en contestar y escribió:

—No sé.

Vaya. No era la mejor respuesta, pero tampoco la peor. Un «no sé» se podía convertir con mucho trabajo en un tal vez, y de un tal vez a un primer encuentro en la vida real no había tanta distancia. Y Quique era un maestro en convertir las dudas iniciales en triunfos. Y lo que le excitaba era sin duda la mejor parte de todo el proceso.

Sin embargo, por mucho que Quique sacó toda su artillería pesada, el chico estaba muy lejos de sentirse impresionado. Se le iba a escapar. Hasta que de repente vislumbró una posibilidad, y fue cuando el chico le preguntó el porqué de su *nick*: Guionista 30. Y ahí Quique se entregó. Y le contó

que se había puesto ese nombre porque era su profesión y que llevaba tiempo escribiendo series.

—¿Alguna que conozca?

—Puede.

Quique sabía cómo hacerse el remolón. Si controlaba los tiempos en un capítulo para conseguir alargar la tensión, también sabía hacerlo en una conversación de chat.

—Dime en cuál.

—Es que no me gusta hablar de mi trabajo. Es muy aburrido —mintió Quique.

—Mentiroso. Si no te gustara hablar del curro, te habrías puesto otro *nick*.

—*Touché* —reconoció Quique. El chaval, además de tener esa belleza escandalosa, no era tonto.

—Venga, no te hagas el interesante y cuéntamelo.

—*Tabula rasa*.

Sergi, al leer ese nombre, se quedó sin palabras. Y luego negó.

—Anda ya. No me lo creo.

—¿Por qué no?

—Porque es imposible que yo esté hablando con uno de los guionistas de esa serie.

—Con uno de los guionistas, no. Con el creador.

—¿Con el creador? Peor me lo pones.

—¿Por qué? ¿Tanto la detestas?

—No, lo digo porque no tiene ningún sentido que seas él. ¿Qué iba a hacer el creador de *Tabula* hablando con un chaval cualquiera por Skype?

—¿Y quién ha dicho que seas un chaval cualquiera? No hay nada en ti que sea ordinario.

—No desvíes la atención. Te digo que no puede ser.

—¿Sabes por qué sé que no eres un chaval cualquiera? Porque además de tus labios perfectos, tu mirada traviesa y triste, tu pelo naranja hábilmente despeinado, pones tildes cuando escribes.

—Tonterías. Y te estás poniendo muy cursi.

—¿Ves? Mira qué bien puestas las tildes. Así que aquí estamos, yo diciéndote que no eres un chaval cualquiera y tú sin creerte que soy quien digo que soy.

Y entonces Sergi le pidió algún tipo de prueba. Y Quique, por más que lo intentaba, no conseguía convencerle. Le pidió que buscara su nombre en IMDB, pero para Sergi eso no probaba nada. Luego que buscara alguna foto de él en internet. Pero Sergi sólo localizó una muy borrosa. Quique hasta le enseñó su DNI, pero ni aun así le creyó.

—Tu nombre puede coincidir con el del creador. Tal vez haya muchos Enrique Manzano. No es un nombre tan raro.

Y cuando Quique estaba ya a punto de enviarle una foto con varios de los actores en el plató, Sergi recibió un mensaje en el móvil que lo cambió todo.

—¿Qué pasa? —preguntó Quique—. ¿Has recibido una mala noticia? ¿Se ha muerto alguien?

—No, no, sólo es un amigo —le dijo Sergi—. Me pregunta por qué me fui de la fiesta sin despedirme.

—¿Y por eso se te ha puesto cara de funeral?

—Tío, ha sido muy guay hablar contigo, en serio, casi consigues que me olvidara de la noche de ayer, pero... Te tengo que dejar.

—Espera, espera... Si quieres, me puedes contar qué te ocurrió anoche. Y por qué te has puesto así. A veces contarle las cosas a un desconocido ayuda.

—Pero tú no eres un desconocido, ¿no? Eres famoso.

—Ah, ¿ahora ya me crees?

—No lo sé, pero me tengo que ir.

Adiós.

Sergi cerró la conexión con su cámara.

—¿Te conectas luego? —escribió Quique.

—No lo sé. Chao —tecleó Sergi.

Y una vez escrito eso, Sergi se desconectó del Skype.

—¡Mierda! —gritó Quique. Con lo bien que iba, al final por culpa de un mensaje se había ido al garete todo lo conseguido. El guionista no se pudo quitar de la cabeza al chico en toda la mañana. Intentó distraerse, pero nada lograba sacarlo de su obsesión. Probó con un capítulo de *El Ala Oeste de la Casa Blanca*, sin embargo, ni el presidente Bartlet ni ninguno de los personajes le hicieron olvidar al chaval. Y eso que la serie era el mejor antídoto

contra sus diversas obsesiones. Quique dejó el capítulo a medias e intentó concentrarse en el trabajo. Volvió a llamar a la actriz pero siguió sin obtener respuesta.

Por fin, a mediodía, Alba le llamó.

—¿Dónde está el fuego, maricón? Que me has dejado más mensajes que el hijoputa del Charlie. Y mira que yo pensé que a ese no le ganaba nadie a pesado.

El Charlie era su ex, un campeón de boxeo que siempre volvía a la carga, empeñado en que le diera otra oportunidad. Y ella se negaba: «Tiene un

rabo estupendo, pero es muy cansino, y que yo ya estoy a otra cosa. Que boxeo ya he tenido para tres vidas».

—Nos tenemos que ver, Alba. Me tienes que hacer un pedazo de favor.

—¿Tiene que ser hoy?

—Hoy mejor que mañana.

—¿Curro o placer?

—Contigo siempre es placer — dijo el guionista.

—No me seas moñas. Contéstame: ¿es del curro o quieres que te ayude con algún churri?

—Oye, que aquello sólo fue una vez y era porque estaba muy mamado y tú te ofreciste.

—Pero bien que cayó el guaperas ese, ¿o no? Si lo que este par de tetas no consigan... Amortizaditas las tengo.

—No seas burra. Es una cosa del curro.

—Pues casi preferiría que fuera personal. Pero venga, nos vemos. Eso sí, yo tengo un cumpleaños esta noche. ¿Te vienes?

—¿De quién es el cumpleaños?

—Del Óscar.

—Qué pereza, Alba. Si a mí también me invitó, pero van a estar todos los chavales... Y ya sabes cómo se ponen los actores con tres copas, que si quítame esa frase, que si dame más trama, que si...

—Pues tú ni caso. Si quieres verme, va a tener que ser ahí. Porque por mis ovarios que el Oscarini cae esta noche.

—¿Te quieres follar a Óscar? Pero si es un chaval.

—Habló de putas la tacones. ¿Tú no te lo tirarías si pudieras o qué?

—Es hetero.

—Pues eso, y yo una tía. Y aún tengo las tetas en su sitio. Así que mejor me doy prisa antes de que se me empiecen a caer. Que a mí me quedan como mucho cinco años, siete en el mejor de los casos, para poder tirarme a todos los tíos que quiera. Y no voy a perder ni una ocasión.

—Vale, voy al cumpleaños, pero déjame que vaya a buscarte a tu casa y te cuento de camino.

—Vale, y tráete algo. Que estoy bajo mínimos y tengo al otro en Panamá.

Quique sabía muy bien qué significaba llevar algo. Cocaína.

—¿Pero tú no habías bajado el ritmo? —preguntó.

—Claro, igual que tú.

—Ya lo tengo todo previsto, tonta. He pillado de sobra.

—Ay, si es que eres un amor. A las once en mi casa. Si vienes a las diez, te hago un gazpachito. Huy, mejor no, que a esa hora aún va a estar el Charlie por aquí.

—¿Pero no habías pasado del Charlie?

—Claro, pero llevo todo el finde a pan y agua. Y él tiene pan para rato.

—Lo tuyo es muy fuerte.

—Es que no quiero ir muy ansiosa al cumpleaños. Para que caiga Óscar es mejor ir relajadita y que no se me note. Tú ya me entiendes.

—Como para no entenderte. Te explicas como un libro abierto.

—Venga, un beso, maricón. Te veo luego.

II

Quique se pasó por casa de Alba a las once y media, no quería encontrarse con el boxeador. Las pocas veces que lo había visto se había sentido muy incómodo a su lado. Los dos se esforzaban por buscar temas de conversación en común y la cosa siempre acababa en desastre. Quique no sabía nada de boxeo, ni de fútbol ni de coches, que eran los únicos temas que apasionaban al otro, además de las chicas. Y el boxeador intentaba hacerse el culto y el interesante hablándole del libro que estaba leyendo: *El código Da Vinci*, y que le estaba durando lo suyo. «Es que no veas la de páginas que tiene». A lo que Quique siempre le

contestaba: «Muchas, sí, de ahí que lleves ocho meses leyéndolo». Y el otro, sin pillar la ironía, asentía. Claro que un día se iba a dar cuenta de que Quique se mofaba y le iba a meter un guantazo de los que te llevan al otro barrio sin pasar antes por urgencias.

No sirvió de nada la estrategia de llegar media hora tarde. El boxeador estaba en casa de Alba y, de hecho, fue él quien le abrió la puerta. Iba en calzoncillos.

—¿Qué pasa, Quique? ¿Vienes a por mi princesa? Te la dejo porque eres julandrón, que si no...

Quique se limitó a sonreír. A veces era lo mejor.

—Pasa, pasa. Alba sale ahora, que se está maqueando. ¿Qué tal todo?

—Bien, ¿tú? ¿Qué tal ese boxeo?

—Ahí vamos. En el último combate me partieron tres costillas y perdí una muela, pero tenías que haber visto al otro.

—Je...

—A ver si un día te vienes con Alba a verme pelear. Que siempre tengo un par de asientos en primera fila para los colegas.

—A mí es que lo de que me salpiquen de sangre no creas que me gusta... Lo encuentro demasiado *underground*. Y yo soy más *mainstream*.

—Lo raro que hablas siempre, colega. Oye, recomiéndame un libro.

—¿Ya te has acabado *El código Da Vinci*?

—A puntito. Me quedan unas cincuenta páginas. No me cuentes el final, ¿eh? Que te meto.

—No, si yo no lo he leído.

—No me jodas, con lo listo que tú eres.

—No te creas, engaño mucho.

—Qué cabrón — le dijo Charlie mientras le daba una palmaba en la espalda que casi tiró a Quique en el sofá.

Alba salió de la habitación. Estaba radiante. Apenas llevaba maquillaje y el vestido podía ser perfectamente de H&M, pero con los taconazos y la melena al viento bastaba para derretir el hielo de los polos.

—Y que tú al verla no te plantees lo de tu mariconismo... —le dijo el boxeador.

—No seas simple, Charlie —le riñó Alba—. Que a cada combate que peleas parece que pierdes más neuronas.

El boxeador se rio.

—Y es que encima es graciosa la condenada.

Charlie se abalanzó sobre ella para abrazarla.

—Ni me toques con esas manazas que me arrugas el Dolce.

—¿A qué hora vas a venir?

—Prontito, que mañana me recogen a una hora inhumana para llevarme a plató.

—Guay, pues si quieres me quedo aquí y te espero.

—De eso nada. Tú a tu casita, que ya has tenido bastante ración de la Blanco por hoy.

El boxeador miró a Quique.

—Se hace la arisca pero está loquita por mí.

—A él le hace ilusión creérselo y mientras se le levante... —le dijo Alba en el ascensor.

—Claro, para qué te vas a complicar la vida.

—Sí, con él todo es muy simple.

—Como para no serlo.

—¿No estarás llamando tonto a mi Charlie? —ironizó Alba.

—¿Al Premio Nobel de Boxeo? Para nada.

—No me hagas reír, que con este vestido no me da. A ver, ¿qué era eso tan importante que tenías que decirme? Pero antes ponme una raya.

—¿En el ascensor?

Y Alba por toda respuesta dio al botón de parada.

—Así ya no nos molesta nadie.

Quique se hizo dos rayas generosas que a Alba le parecieron pequeñísimas.

—Pon más, no me seas rata. Y cuéntame.

—Pues... Me ha dicho la productora que tenías problemas con la nueva trama. Y me ha sorprendido bastante, la verdad. Porque tú no eres de las que se quejan por esas cosas.

—Es que te has pasado un rato largo.

—¿Por qué?

—Porque no veo yo a mi personaje, a Cris, metiéndose rayas.

Quique observó cómo Alba decía eso mientras inhalaba una raya kilométrica.

—Sí, sería superincreíble. Vamos, Alba, no me jodas. Si lo harías divinamente.

—Que no es por mí, que es mi nuevo representante, que lo ha leído y dice que no le conviene nada a mi carrera.

—¿Perdona? ¿Y ese qué va a saber lo que le conviene o no a tu carrera? Si tienes carrera, es gracias a esta serie, joder. Que eras modelo de Pronovias, coño.

—¿Así pretendes convencerme?

—Perdona, perdona... es que hay cosas que me sulfuran.

—¿Hace cuánto que no echas un polvo?

—Antes de ayer —dijo Quique

—No, pero uno bueno, digo. De los que te quitan todas las tiranteces de la cara.

—¿De esos? Meses. Por no decir años —dijo Quique con cierto dramatismo.

—Pues eso hay que solucionarlo.

—Antes mejor solucionamos lo de la trama, que me preocupa más.

Pillaron un taxi y el taxista se pasó todo el trayecto mirando a Alba por el retrovisor. Tan concentrado iba en la

chica que casi chocó con un coche de policía.

—Tú, que te comes a los maderos —espetó Alba.

—Te estaba mirando y sí, ahora que has hablado, sé que eres tú. ¿No eres la de esa serie?

—Esa misma.

—Un poco guarra.

—Eh, sin faltar.

—No digo tú, la serie —se disculpó el taxista.

—Pues las quejas aquí al colega, que es el que la escribe.

—Ah, perdón —dijo el taxista mirando a Quique.

Quique apenas se inmutó.

—No, si ya está acostumbrado —
remató Alba.

—Es que hay mucha promiscuidad
y abuso de sustancias —argumentó el
taxista.

Alba miró a Quique sin acabar de
creerse lo que había soltado por esa
boca el taxista.

—Mira, nos ha salido crítico el
hijoputa. —Y encarándose al taxista, le
preguntó—. ¿Y qué? ¿En la vida no hay
promiscuos y la peña no se mete de
todo?

—No, si yo en el taxi he visto cada
cosa...

—Pues eso. Cuando llegaron a la discoteca, una de moda cerca de la plaza de Callao, se encontraron a los actores disfrutando a tope de la fiesta. Los relaciones públicas les habían reservado medio local para ellos solos, y así no eran incomodados por los fans. Alba saludó a todos los compañeros de trabajo en la distancia. No quería que ninguno le arrugara el vestido. Quique, sin embargo, se paró con cada uno. Por mucho que dijera que le aburrían, en realidad le encantaba de vez en cuando dejarse querer. Óscar Antunes, el actor cachitas que cumplía diecinueve años, se acercó hasta él.

—¡Qué guay que hayas venido!
¿Me has traído regalo o has hecho como el resto?

Quique se dio cuenta de que ni se le había pasado por la cabeza e improvisó lo mejor que pudo.

—Claro que te lo he traído, pero no te lo puedo dar aquí delante. En el baño mejor.

—Guay. ¿Keta, pastis o MDMA?

—Coca.

—Genial, también me vale.

El chico le pasó varios tiques para copas. Y Quique enseguida se fue a la barra para hacer uso de ellos. Cuando llevaba dos cervezas, tres *gin-tonics* y cuatro o cinco promesas a diversos

actores de que revisaría sus tramas para darles más papel, Alba se acercó acompañada de Óscar.

—¿Vamos al baño?

Ya en el servicio, después de que Alba cerrara la puerta con pestillo, Quique le dio una bolsita con dos gramos a Óscar.

—Dime que mañana no trabajas.

—Sí, pero a las doce.

—Vale, pues controla y que no se entere nadie de la serie que te lo he regalado. Que es lo que necesito, que se corra la voz de que voy regalándole coca a los chavales.

—Eh, que cumplo diecinueve, que no soy ningún chaval. —Y mirando a Alba, le dijo—: ¿A que no, profe?

—Vuélveme a llamar profe y te meto una leche.

—Al chaval le gusta meterse en el papel, no le culpes. Y en la serie eres su profe —terció Quique.

—Coño, es que si me llama profesora, a mí me corta el rollo. Porque me imagino dándole clases y se me quitan las ganas de meterle mano.

—¿Tienes ganas de meterme mano?
—preguntó Óscar muy sorprendido.

—A ver a qué te crees que he venido —sentenció la actriz.

—Cuánta sutileza —ironizó el guionista—. Menos mal que querías que no se te notara, Alba.

—¿Me das las bolsita? —preguntó el actor a Quique.

—Claro —le dijo él pasándosela.

—Dale un beso en los morros para agradecerse lo —soltó Alba.

—No digas tonterías, Alba —protestó Quique.

—No, si a mí no me importa —dijo Óscar haciéndose el moderno. Y sin cortarse, le plantó un pico en los labios al guionista.

—¿Eso es un beso? —preguntó Alba—. Un beso es esto.

Y sin más, Alba besó a Quique como si le fuera la vida en ello.

—Así se agradecen dos gramos de coca —sentenció—. Venga, que yo te vea.

El chaval dudó. Y cuando ya se estaba acercando a los labios del guionista, este se apartó.

—Oye, que yo le he regalado eso porque es su cumple, no para que me lo agradezca de ninguna manera.

—No, si no me importa —dijo el chaval acercándose de nuevo a los labios del guionista.

—Que no —dijo Quique. Aunque se estaba muriendo de ganas.

Y entonces, Alba, con las dos manos sobre los hombros del chico, lo apartó del guionista.

—Pues nada, ya aprovecho yo ese beso.— Y diciéndolo, cogió la cara del chico y se llevó sus labios a la boca.

—Yo mejor os dejo solos — sentenció Quique.

—Espera, espera, nos metemos una raya y luego te vas —dijo Alba.

Quique salió del baño dejándoles allí a lo suyo. Lo que Alba se proponía, Alba lo conseguía. Quique se sentía orgulloso de no haber accedido al beso con Óscar, estaba muy bueno y era el sueño húmedo de las adolescentes de todo el país, pero mejor no complicar

las cosas. Bastante mal se sentía habiéndole regalado dos gramos como para añadir a su malestar ese morreo por obligación. Y conociendo a Óscar, que siempre se las daba de moderno, pero luego era más cateto que el boxeador, mejor que no hubiera pasado nada.

En la discoteca los chavales ya se empezaban a ir. Muchos madrugaban al día siguiente, les esperaba un día duro con diez secuencias por delante que grabar y querían estar frescos. Aunque en la prensa de cotilleos se hicieran eco continuamente de las fiestas salvajes de los chicos, en realidad casi todos eran unos trabajadores infatigables que se

tomaban en serio su oficio. No había otra manera además de aguantar el ritmo de una serie. Desde fuera todo parecía *glamour*, pero desde dentro, al final era un trabajo como otros. Incluso más esclavo de lo que muchos se imaginaban. Y a veces a Quique le sorprendía que chavales tan jóvenes tuvieran esa disciplina y esa capacidad de trabajo. Madrugaban, se pasaban mil horas en plató y cuando llegaban a sus casas tenían páginas y páginas de diálogos que memorizar. Leo, la chica que interpretaba a Rebeca, fue la primera en despedirse del guionista.

—Me voy.

—¿Ya?

—Sí, que ruedo la primera, y ligerita de ropa. Enseño carne, así que me tienen que dibujar el tatuaje, y no veas lo que tardan las de maquillaje en hacerme la pistolita.

—Tenía que haberme inventado un tatuaje más sencillo, ya lo siento.

—No te preocupes, si ya estoy acostumbrada. Ha sido genial verte, Quique. A ver si te dejas caer más.

—Si fueran todos como tú, lo haría.

—¿Por?

—Eres de las pocas que no me ha dado la tabarra con los guiones.

—Pero eso es porque no bebo y, al no ir borracha, no estoy tan suelta como los otros. —Y bromeó—: Pero un día te

cojo por banda y ya verás. Un besito.

Cuando ya no quedaba casi nadie, Alba le abordó sin separarse de Óscar.

—¿Dónde está la peña?

—Se han ido ya.

—No jodas, panda de aburridos.

¿Y ahora qué hacemos? Yo no me puedo ir a casa así, con este subidón. Y este — señaló a Óscar— tampoco.

—¿Tú no madrugas? —preguntó Quique.

—Sí, pero no necesito dormir mucho. Ya me conoces —le dijo Alba—. ¿Nos vamos de *chill out* a tu casa? —le preguntó al guionista.

—¿Ahora?

—Venga... Y así me acabas de convencer de lo de esa trama. Además, a Óscar se lo tienes que decir. Que la cosa también va con él.

—Vale. Pero sólo un rato.

Quique había aceptado por una razón. Por mucho que quisiera engañarse a sí mismo argumentando que era por motivos profesionales, en realidad tenía una esperanza, que una vez que estuvieran en casa los tres, pudiera coincidir en el Skype con Sergi y que viera a Alba y a Óscar y así convencerle de que era quien decía ser.

Quique les rogó que no hicieran ruido al subir por las escaleras, que era la una de la mañana de un domingo y los vecinos ya estarían durmiendo. Abrió la puerta de casa y Logan salió a recibirles entre ladridos. Alba lo cogió con una mano.

—Chuchín, venimos a hacerte compañía.

Quique les hizo pasar. Además de Alba y Óscar, se habían apuntado tres o cuatro personas más, y Pepe, el vecino del segundo, al que se habían encontrado en el portal y que era amigo de Quique. Alba enseguida ejerció de anfitriona sin serlo y sirvió copas a todo el mundo. Conocía la casa del guionista, y sabía dónde encontrar las bebidas.

—Óscar, guapo, estírate y pon unas rayas para todos.

Quique encendió el ordenador con la excusa de poner música y conectó el Skype. Pero Sergi no aparecía conectado. Mierda.

Cada quince minutos Quique se acercaba al ordenador para comprobar si el chico se asomaba. Y Alba, cansada del trajín que se traía Quique, se levantó del sofá donde estaba acurrucada con Óscar y se acercó al guionista.

—¿Se puede saber qué te pasa? La fiesta está ahí, no aquí.

Y justo en ese momento, casi por arte de magia, Sergi se conectó al Skype. Alba estaba a punto de volverse

al sofá, pero Quique la retuvo.

—Alba, espera, que quiero que saludes a alguien.

Quique pinchó sobre el símbolo de llamada y en menos de dos segundos la ventana con Sergi al otro lado se abrió.

—¿Y este niño quién es? — preguntó Alba.

—No es un niño, tendrá la edad de Óscar. Es un amigo. Salúdalo.

—Este no llega a los dieciocho, te lo digo yo.

—Que sí, tonta. Saluda.

Alba saludó con un gesto al chaval.

—Hola, amigo de Quique, ¿cómo te llamas?

Sergi, desde el otro lado, abrió bien los ojos, sorprendido de encontrarse al otro lado a una de las profesoras de *Tabula rasa*.

—¡Cristina!

—No —le corrigió—. Cristina es la pavisosa a la que interpreto.

—Sergi, te presento a Alba. Alba, Sergi.

—Encantada, guapo.

—Dile quién soy yo —le pidió Quique.

—¿Tú? ¡Quique! ¿Quién vas a ser?

—Ya, pero dile a lo que me dedico.

—A dar mucho por culo, se dedica.

Literal y metafóricamente hablando. ¿El tuyo ya lo ha *catao*?

—¡Pero serás bruta! —le chilló Quique empujándola y quitándola de la pantalla—. Ni caso, que lleva un par de copas.

—Y lo que no son copas —puntualizó Alba asomándose de nuevo.

Quique volvió a apartarla y le pidió que se fuera al sofá. En ese momento Óscar se acercó a ellos.

—¿Con quién habláis?

Y Sergi, al ver a otro de los actores, el más cañón de la serie, no pudo reprimir una sonrisa de emoción.

—Coño, ¡César!

—Óscar para los amigos. ¿Quién eres?

—Hosti, cuando lo cuente mañana en clase, no me van a creer. Es que no me van a creer.

Óscar miró a Quique buscando una respuesta.

—¿Nos has traído para presumir?

—Oye, que habéis sido vosotros los que habéis insistido en venir.

Alba intervino y miró a la pantalla del ordenador.

—Oye, estamos de fiesta aquí con el míster creador, ¿por qué no te vienes?

—¿Ahora? —preguntó Sergi.

—Claro. A no ser que estés en otra ciudad, o en otro país, claro.

—No, vivo por Batán.

—Pues eso es casi otro país —
sentenció Alba.

—Qué va —dijo Quique—. Si en
metro se llega en quince minutos. Vente.
Si quieres, claro.

—Ojalá pudiera. Pero es la una de
la mañana. No hay manera de que mi
madre me deje salir un domingo a estas
horas.

Alba le hizo un gesto a Quique
cargado de intención.

—¿Ves? Madre de por medio.
Menor.

Quique la ignoró y se dirigió al
chico.

—Pero seguro que tu madre está ya durmiendo. Te puedes escapar sin que se entere.

—Ni de coña, está pegada a la tele. No hay manera.

—Bueno, pues otro día, que aquí Quique tiene muchas ganas de conocerte en persona —le dijo Alba y luego miró al guionista—. Porque a este fijo que aún no te lo has tirado. Si al final siempre te salvo yo la papeleta.

Quique volvió a empujarla.

—Eso, tú encima trátame a empujones.

Quique obligó a Alba y a Óscar a que volvieran al sofá y se quedó charlando con Sergi.

—¿Qué? ¿Ya me crees?

Sergi sonrió asintiendo.

—Una pena que no puedas venir — dijo Quique—. Se ha liado una buena en mi casa.

—Bueno, pero podemos charlar por aquí.

Alba acababa de subir el volumen de la música.

—¡Dame diez minutos y soy todo tuyo! —dijo gritándole al chico para que le escuchara con el follón.

Quique necesitó más de diez minutos para echar a todos de su casa, porque ninguno se quería mover.

—¿De verdad que nos quieres echar ya? —protestó Alba—. Ya te has *encaprichao* del crío, ¿no? Y quieres intimidad. Pero si aquí no te molestamos. Y estamos la mar de a gusto.

Quique miró desesperado a su vecino Pepe. Y este salió al rescate.

—Si queréis, podemos seguir en mi casa. Es dos pisos más abajo.

Y con eso convenció a todo el mundo, y Quique pudo finalmente quedarse solo. Aunque antes de que Alba saliera por la puerta le hizo jurar que no pondría pegas a la trama de la cocaína.

—Claro que no, tontorrón. Si siempre haces de mí lo que quieres.

Quique le dio un beso en los morros en señal de agradecimiento.

—Y no estéis hasta las mil que mañana vosotros dos curráis.

—Que sí, papá.

Quique cerró la puerta y se sentó enfrente del ordenador, volviendo a saludar al chico, que, para su alivio, le había esperado pacientemente.

Estuvieron hablando casi hasta el amanecer. De la serie, de la vida, de ellos dos. De todo, menos de lo que le había ocurrido a Sergi la noche anterior en casa de Mauro. La conversación era cada vez más estimulante, a veces se

hacía íntima, a veces divertida, a veces se ponía guarra, y Quique consiguió que el chico se pusiera su traje de kárate y luego un casco de rugby que tenía en la habitación, y también le enseñó una pistola de fogeo, porque a Sergi le flipaban los monopatines, las cámaras, el deporte y las armas. Y Quique pensó: «¿Por qué nunca se me ha ocurrido un personaje gay así de especial?».

A las siete de la mañana Quique le arrancó la promesa de que al día siguiente se encontrarían.

9

Anochece

I

Asia salió lo antes que pudo de la Casa de Campo. ¿Y si no volvía a casa? ¿Acabaría como una de esas chicas, vendiendo su cuerpo como única manera de ganar dinero? Por lo poco que recordaba de la noche anterior era un

oficio que se le podía dar bien. Pero sabía que en la calle no duraría ni una semana. No sabría ni por dónde empezar para intentar sobrevivir. Si hasta era incapaz de pensar un lugar donde pasar la noche. No tenía dinero para pagar una pensión, no podía quedarse en un vagón del metro porque cerraba a las dos. Podía dormir en algún búho, pero no estaba segura de si el precio del viaje lo cubría su metrobús. Y seguro que en un albergue para pobres le pedían algún tipo de documentación y entonces la descubrirían y la mandarían a su casa. Tenía que tomar una decisión, tenía que echarle valor y volver. Dejar de dar vueltas como una tonta. Llegar a casa,

disculpase, inventarse cualquier mentira y seguir con su vida, como si no hubiera pasado nada. Seguro que la perdonaban, antes o después tenían que hacerlo. Si caminaba a paso ligero, en veinte minutos estaría en casa. Con un poco de suerte pillaba a su madre durmiendo y así no tendría que enfrentarse a ella hasta el día siguiente, y se levantaría con el tiempo justo para ir al colegio, y así no tendría que soportar mucho rapapolvo. Sí, eso haría. Esperaría hasta las dos de la mañana y entonces entraría en casa.

Pero entonces pasó algo.

II

—¿Por qué no te quedas a dormir? —le preguntó Petra a su ex—. Te traigo unas sábanas y una almohada y te quedas en el sofá. O si lo prefieres, me quedo yo y tú te vas a la cama. Si total, dudo que pueda pegar ojo.

—Petra, ¿y tú crees que yo voy a dormir? —Y al ver el gesto de su exmujer, aclaró—: Pero me quedo, me quedo.

—Voy a por unas sábanas.

Petra agradeció que Pablo se quedara a pasar la noche. Sabía que no iba a poder aguantar esas horas sin su

apoyo. Salió de su cuarto con sábanas, una manta y una almohada y las dejó sobre el sofá. Pablo había encendido la tele y había bajado el volumen para no despertar a Rómulo.

—Gracias. ¿El niño se ha quedado dormido?

—Creo que sí. Está tan asustado como nosotros. Por mucho que le hayamos insistido en que no es grave, no se lo ha tragado.

—Tiene once años, pero ni un pelo de tonto.

—Sale a ti —dijo Petra.

—¿A mí? Pues esperemos que llegue más lejos que a profesor de autoescuela.

—Hay trabajos peores.

—Siempre hay trabajos peores.

Petra calló. Sabía que el divorcio había truncado las perspectivas de Pablo de abrir su propio negocio. Los pocos ahorros que tenía se habían agotado enseguida, y su sueldo apenas llegaba para la manutención de los críos, y pagar otra casa, aunque llamar casa al nicho que había alquilado era decir mucho, y además aún tenía que afrontar parte de la hipoteca del piso en el que se habían quedado ella y los niños, así que, descontado todo, le quedaba lo justo para vivir. Y en esas circunstancias no había habido banco que le quisiera dar una línea de crédito

o un préstamo para abrir su propia autoescuela. Por su culpa estaría condenado a trabajar para siempre como profesor, haciendo doce horas diarias, ahora a la derecha, ahora a la izquierda, mira por el retrovisor que para eso están, pisa a fondo el embrague...

—¿Has vuelto a mirar créditos?

—¿Para qué voy a perder el tiempo? No es un buen momento para nadie. Y al final ha sido una bendición no empezar un negocio. Tal como están las cosas, no habría podido salir adelante.

Petra agradeció las palabras de Pablo. Cuando quería, podía ser el hombre más considerado de todos. Se

sentó a su lado. Pablo le pasó el mando a distancia.

—Deja lo que está puesto, si total, no me voy a enterar de nada.

Se esforzaron por seguir el argumento del capítulo que emitían en uno de los canales de la TDT. Era una de esas series de crímenes, *Bones*, *Mentes criminales* o *CSI*, y cuando apareció el cadáver de una niña de quince años, Pablo automáticamente cambió de canal.

—A nuestra niña no le va a pasar. No le va a pasar eso. ¿A que no? Porque yo, Pablo, no lo podría soportar. Yo no soy una madre coraje. Yo, directamente, me corto las venas o... me dejo morir.

—Petra, no te pongas en lo peor, eso no va a traer a tu hija antes a casa.

—Lo sé, lo sé.

III

A Asia le fallaban las fuerzas. Estaba a punto de echar el bazo por la boca. ¿Cuánto tiempo llevaba corriendo? Iba con los pies descalzos porque con los tacones era imposible. Y notaba cómo los pies empezaban a sangrarle. Y esos seguían persiguiéndola. A pocos metros. La iban a alcanzar. Tenía que llegar a un lugar seguro. O que alguien la viera y gritar auxilio, pero la calle estaba

desierta. Maldito paseo peatonal, a esas horas no paseaba nadie, si fuera como antes, cuando había coches, se podría haber echado a la carretera y parar a alguno, pero ahora no, ahora no había nadie. Tenía que seguir corriendo, tenía que aguantar. Y los pies le dolían, y las lágrimas asomaban a sus ojos, y estaba jadeando, apenas podía respirar. No iba aguantar, la iban a coger. Corre, Asia, corre. No te pares, por lo que más quieras.

—No corras, puta, te vamos a pillar. Te vamos a rajar de arriba abajo, puta.

Y ellos se reían. Ellos, con el pelo rapado, y sus cazadoras bomber, y sus linchacos y sus porras.

—Vamos a limpiar el barrio de putas sudacas como tú.

Asia no podía más, ya no tenía fuerzas. No le llegaba el aire. Y paró un segundo. Iba a morir apaleada por unos skins de mierda. La iban a matar. A ella. Por puta. Por estar en el sitio equivocado en el momento equivocado.

Los matones se acercaban y Asia volvió a correr y comenzó a gritar.

—No soy una puta, no soy una puta. Le dolían los pies, notaba la sangre corriendo por la planta. Quería parar, pero si lo hacía, lo pagaría muy caro.

Tenía que aguantar. Y ya no sabía si gritaba o simplemente lo estaba pensando...

—No soy una puta. Os confundís. Vivo en Lucero, en la calle Cebreros, soy de aquí. No soy una puta. Dejadme en paz. Por favor.

Ellos le gritaban e insultaban, aunque las voces empezaban a escucharse a lo lejos. Y de repente, entre todos los insultos, un pitido fue haciéndose más nítido y fuerte. Era una sirena. Una sirena de un coche patrulla. Asia lo vio y se abalanzó hacia él. El policía que iba conduciendo tuvo que meter un frenazo para no llevársela por delante.

Asia se dejó caer al suelo como un saco pesado que no tuviera un punto de sujeción. Uno de los agentes era una mujer, se acercó a ella corriendo y la levantó.

—¿Estás bien? ¿Estás bien? ¿Quién te persigue? ¿Me escuchas? ¿Me entiendes?

—Unos skins, allí, allí...

Asia apenas podía hablar porque el llanto y un hipido tonto e insistente se lo impedían. Escuchó cómo el otro agente pedía refuerzos.

—Ven, ven hasta el coche. ¿Puedes caminar?

Asia hizo un esfuerzo titánico para ponerse en pie. Las piernas le fallaban. Pero con la ayuda de la agente consiguió llegar hasta el coche. La policía abrió una de las puertas de atrás y Asia se sentó. Las piernas le colgaban sobre el arcén.

—¿Cómo te llamas? ¿Seguro que estás bien?

Asia necesitó más de un minuto para tranquilizarse, pero por fin consiguió hablar.

—Asia. Me llamo Asia. Estoy bien, sólo me sangran los pies... me tuve que quitar los zapatos para correr.

—¿Dónde vives, Asia?

—En Lucero. Con mi madre y mi hermano. No soy una puta.

—Muy bien, cariño, tranquila.

—No soy una puta. No soy una puta.

III

Pablo había quitado todo el volumen al televisor. Petra estaba con la cabeza apoyada en su hombro. Se estaba meando, pero no quería moverse, porque con un poco de suerte Petra se habría quedado dormida y no quería despertarla. Sonó el telefonillo de la puerta de abajo. La mujer se levantó

como un resorte. Miró a Pablo llena de temor y esperanzada. Pero algo le nubló la ilusión.

—No puede ser Asia, ella tiene llaves.

—Ve.

Petra se acercó a la puerta, cogió el telefonillo.

—¿Sí?

—¿Petra García?

—Sí.

—Soy una agente de policía. Venimos con su hija.

—Mi niña... ¿está bien?

Y entonces Petra se echó a llorar mientras pulsaba el botón de apertura. Pablo se acercó corriendo a su exmujer.

—Es ella, Pablo, es ella. Está bien.

Y esta vez Petra sí se abrazó a su exmarido.

El ascensor llegó hasta el sexto piso y la puerta se abrió. Dos agentes de policía acompañaban a Asia. Petra corrió a abrazarse a ella. Tenía los ojos enrojecidos y muy mal aspecto.

—Cariño, dime que estás bien.

Asia asintió. Pero no dijo ni una sola palabra. Petra la revisó de arriba abajo, llevaba el vestido manchado, el bolso cruzado a modo de bandolera, estaba descalza y tenía los pies manchados de sangre.

—¿Qué te ha pasado, corazón?

La agente de policía habló por ella.

—Sólo ha sido un susto. A su hija la perseguían, pero hemos llegado a tiempo para impedir que le hicieran nada.

—¿Qué? ¿Quién la perseguía?

—Creemos que unos skins. O eso dice ella. La confundieron con una prostituta.

Petra hizo pasar a los agentes a casa. Pablo se abrazó a su hija.

—Papá...

Y al contacto de los brazos de su padre, Asia se echó a llorar.

—Ya está, ya pasó. Déjame que te vea esos pies. Siéntate.

—Estoy bien, sólo quiero dormir.

—Sí, pero antes déjame que mamá y yo te curemos las heridas...

—Mañana, por favor...

—Asia, que se te puede infectar.

—Pues ya lo hago yo.

Y Asia se encerró en el cuarto de baño. Los padres se miraron. La agente de policía intentó quitarle importancia.

—No se preocupen, sólo está algo asustada. Pero mañana se le habrá pasado. Ha tenido la suerte de que pasáramos por allí en ese momento.

—¿Pero qué ha pasado? ¿Dónde estaba?

—Estaba en la Casa de Campo y la hemos encontrado muy cerca de allí.

—¿Y los skins esos?

—Nosotros no los vimos. La encontramos huyendo, pero ya nadie la seguía. Le hemos preguntado si quería ir a comisaría a denunciarles, pero lo único que quería era olvidarse de todo. Pueden pasarse mañana con ella.

—Gracias, ya veremos. Muchas gracias.

Mientras Petra se despedía de ellos y les daba de nuevo las gracias, Pablo se acercó a la puerta del baño.

—Asia, cariño. Deja que te ayude yo, y luego te vas a dormir. Venga.

—¡No!

Pablo oyó el grifo de la ducha. Petra se aproximó a él.

—Deja que se duche y se tome su tiempo. Lo importante es que está aquí, en casa, con nosotros.

—Pero las heridas de los pies...

—Pablo, a nadie le pasa nada por correr sin zapatos un rato...

—¿Y si se ha clavado algo, una jeringuilla, un...?

—Hey, que aquí la histérica soy yo, ¿vale? Está en casa. Sana y salva.

Rómulo salió de su habitación. Con los ojos apenas entreabiertos, preguntó qué ocurría.

—Tu hermana, que ya está aquí. Vete a la cama. Mañana la ves.

—¿De verdad que ha vuelto?

—Sí está en el baño, dándose una ducha.

—¿A estas horas?

—Venga a la cama. Que si no mañana no hay quien te levante.

Rómulo se fue de mala gana a su cuarto. Él también quería comprobar que su hermana mayor estaba bien, y también quería preguntarle por qué había estado todo el día fuera, dejando a papá y a mamá tan preocupados.

Pero esa noche ni él ni sus padres tuvieron respuestas. Asia salió del cuarto de baño tres cuartos de hora después. Con los pies cubiertos de gasa y de un color amarillo chillón. Se había

echado betadine para que no se le infectaran las heridas. Los padres, sentados en el sofá, se levantaron.

—¿Quieres que te prepare un Cola Cao? ¿O algo de cena...? ¿Un sándwich?

—Sólo quiero dormir, mamá.

—Ya, cariño, pero tenemos que hablar.

—Mañana, de verdad. Mañana hablamos de lo que queráis. Estoy bien.

Y sin más Asia se encerró en su cuarto y echó el pestillo.

—¿Y ahora qué? —preguntó Pablo.

—No sé, supongo que es mejor dejarla dormir.

—¿Qué hago? ¿Me voy? ¿Me quedo?

—Duerme aquí. Me encantaría que estuvieras para el desayuno. No quiero enfrentarme a esto sola.

—Claro. ¿Tienes alguna pastilla para dormir? Porque como no me tome algo no pego ojo.

Petra le trajo una dormidina.

—Esto no me va a hacer nada.

—Pues es lo único que tengo, hace más de tres meses que tiré todos los ansiolíticos.

—¿Tú dónde crees que ha estado todo el día?

—Y yo qué sé, Pablo. Mañana le preguntamos.

—La verdad es que le ha venido al pelo que casi la atacaran esos malnacidos.

Petra se escandalizó.

—¿Pero cómo puedes decir semejante cosa?

—Ya, ya... Sólo digo que con esa entrada que ha hecho, con la policía, los pies descalzos y sangrando, cualquiera le echaba la bronca...

—Duerme, anda. Mañana hablamos con ella.

Ni Petra, ni Pablo, ni Asia pasaron buena noche. Petra dio mil vueltas en la cama antes de conciliar el sueño. Pablo se levantó varias veces a beber agua, e incluso se tomó otra dormidina y a las

seis y pico por fin el sueño le venció. Asia tenía demasiadas imágenes en la cabeza. Demasiadas emociones. Pero por fin logró dormirse.

Los matones se iban acercando. Eran cinco. Asia se dio la vuelta y, con un hilillo de voz, porque no tuvo fuerza para más, se dirigió a ellos, entre lágrimas.

—No soy una puta. Os confundís. Vivo en Lucero, en la calle Cebreros, soy de aquí. No soy una puta. Dejadme en paz. Por favor.

Los skins se acercaron a ella. Eran como perros de presa. Ya habían encontrado la suya y no iban a atender a razones ni a excusas. Estaban a un metro de Asia, olían a alcohol y en su ojos había odio y desesperación. Estaban ávidos de carne fresca y ella era el bocado de esa noche. Asia suplicó mientras ellos la rodeaban.

—No soy sudamericana, ¿veis?, no tengo acento. Vivo aquí, con mi madre y mi hermano. Por favor, creedme. Estoy en primero de bachillerato, estudio en el Cano, lo conocéis seguro. Me llamo Asia Prieto. Soy de aquí. Por favor...

Ella había leído en alguna parte que si conseguías que te vieran como una persona y no como una presa más, los agresores se apiadaban de ti.

—Tengo un hermano, se llama Rómulo. De once años. Y mi madre...

Uno de ellos la calló con un bofetón que a Asia le quemó en la cara.

—Calla, puta.

—No, no...

Asia rompió a llorar. Su cuerpo empezó a sacudirse con unos temblores que no pudo controlar. Iba a morir apaleada. Allí. A menos de un kilómetro de casa. A la una de la mañana de un domingo de mayo.

—Por favor, por favor... No me hagáis nada, por favor...

Oía las risas del monstruo, sus jadeos. La tocaban, la empujaban. Le gritaban al oído todas las barbaridades que le iban a hacer antes de matarla. La iban a quemar con gasolina, la iban a...

Y Asia despertó con un grito. Tuvo que mirar las paredes de su cuarto, donde estaban colgados los pósteres de *Tabula rasa*, con sus personajes favoritos, para darse cuenta de que estaba a salvo. De que estaba en su habitación. ¿Pero aquello lo había soñado o realmente había ocurrido? Y por segunda vez en apenas dos días sintió miedo, era incapaz de distinguir lo

real de lo inventado. ¿Se estaría volviendo loca? ¿Qué coño le estaba pasando?

En ese momento Pablo abrió la puerta de la habitación. El grito de su hija le había despertado de un sueño pastoso y pesado.

—Cariño, ¿estás bien?

10

La vuelta a clase

I

Asia no soltó prenda durante el desayuno. Se había hecho la remolona en la cama para acortar lo más posible la charla con sus padres. Petra insistía e insistía en preguntar.

—Mamá, que voy a llegar tarde a clase.

—Me da igual, Asia. Si llegas tarde, te fastidias. ¿Dónde te metiste todo el día? ¿A ti te parece normal desaparecer? ¿Y por qué no me contaste que ibas a una fiesta? ¿En qué estabas pensando?

—Mamá...

—¿Y cómo se te ocurrió ir por la noche a la Casa de Campo? Como si no supieras lo peligroso que es. Menos mal que apareció un coche de policía... ¿Cómo se te ocurre, de verdad?

Y como Asia seguía sin decir nada, la madre insistió.

—Contéstame.

—Mamá... —protestó Asia
malencarada.

Pablo dio un golpe en la mesa que sorprendió a todos por su violencia.

—Ni mamá ni leches, contéstale a tu madre.

—Lo siento, ¿vale? No sé qué me pasó.

—Bebiste, claro —sentenció Petra.

—Sí, mamá, en las fiestas se bebe.

—Pero no a los dieciséis —dijo Petra.

—Llevo bebiendo desde los catorce, joder.

—¿Yo puedo beber a los catorce?
—preguntó Rómulo.

—Rómulo, vete a por tu mochila.

—Siempre me pierdo lo mejor...

Rómulo salió de la cocina fastidiado por no poder asistir al drama mañanero. Pablo tomó las riendas de la conversación.

—¿Cómo que bebes desde los catorce? Eso es mentira. Lo estás diciendo por fastidiar.

—Lo que tú digas. Si vas a vivir más feliz en la ignorancia, puedes creer que no he pasado nunca de la cola *light*.

—Vale, bebiste, ¿y qué más?

—Nada más. Me desperté muy tarde y... Nerea no estaba y quería hablar con ella antes de venir a casa.

—Ella me dijo lo contrario, que cuando se despertó tú ya te habías ido.

—¿Y a quién vas a creer? —gritó Asia a la defensiva.

—Pues no sé, Asia, no sé. Desde que vas con esa chica eres otra.

—Mamá, soy otra porque ya no tengo doce años. Y ya siento no ser lo que tú quieres que sea. Me voy a clase.

Asia se levantó. Pablo la cogió del brazo.

—Siéntate. De aquí no te vas hasta que no te demos permiso.

—Tú ya no vives en esta casa, así que no me des órdenes. —Y más que decirlo, Asia parecía haberlo escupido.

Pablo se sorprendió de esa reacción tan cargada de ira. No es que fuera la primera vez que Asia estallaba,

al fin y al cabo esos estallidos eran propios de la edad y había que llevarlos lo mejor posible, pero lo que le había descolocado era que le hubiera echado en cara que ya no vivía allí.

—¡Asia! Trata con respeto a tu padre.

—Me voy. Mamá, dile que me suelte.

Pablo se dio cuenta de que aún la tenía sujeta por el brazo. Abrió sus dedos y Asia se marchó de la cocina.

—Lo hemos hecho genial —ironizó Petra.

Asia gritó desde su habitación:

—Mamá, ¿dónde me has puesto el bañador? Hoy tengo la competición, joder.

Pablo seguía alucinando y se encaró a su exesposa.

—¿Vamos a dejar que nos hable así?

—Es su manera de defenderse. Ya sabes lo que dicen, la mejor defensa es un buen ataque. Tenemos que ser más listos que ella y no entrar al trapo.

Petra se levantó y se acercó a la habitación de la chica.

—Lo tienes en el armario, en el primer cajón, con la ropa interior.

—¿Y por qué lo pones ahí? Es un bañador.

Petra inspiró una bocanada larga para no responder una barbaridad. Tenemos que ser más listos. Tú, como si nada. Sé comprensiva.

—¿Tú crees que hoy estás con la cabeza y el cuerpo para nadar?

—Sí. Tengo que ir, me juego mucho.

Asia abrió el cajón del armario y metió el bañador en la bolsa. Cuando estaba abriendo la puerta de casa, su madre la interrumpió.

—Papá y yo iremos a verte.

—Haced lo que queráis.

Y sin más, Asia se fue del piso dando un portazo.

—Esa niña lo que necesita es un buen cachete —dijo Pablo sin poderse contener.

—Va a ser un poco tarde para ir de padres intransigentes y antiguos.

—¿Pero tú has visto cómo nos ha tratado?

—Paciencia, Pablo. No nos queda otra. ¿Te veo en la piscina a las ocho?

—Yo no creo que pueda ir a verla. Tengo clases. Y ya falté ayer.

—Es tu hija, Pablo. Y aunque parezca lo contrario, ahora mismo nos necesita pegaditos a ella.

Pablo resopló.

—A ver qué puedo hacer...

Petra entró en el cuarto de su hija. Y le extrañó ver el colchón de la cama sin las sábanas. El edredón estaba en el suelo, pero las sábanas no. Se acercó al cuarto de la plancha y vio que Asia las había metido en la lavadora. Tuvo un mal presentimiento, su hija jamás cambiaba las sábanas a no ser que ella le obligara a hacerlo ya fuera a base de chantajes o de amenazas. ¿Por qué lo habría hecho esta vez? Las sacó de la lavadora. Las examinó. Y vio unas manchas negras, como de tinta. Y estaban mojadas. Notó un olor que le resultó familiar.

—¿Qué haces?

Pablo se había acercado hasta allí. Petra, por un momento, pensó en ocultárselo, pero acabó diciéndole la verdad. Necesitaba compartirlo con alguien.

—Se ha meado en la cama.

II

Asia sabía que en el colegio iba a encontrarse con todos los de la fiesta. Con Nerea, con Mauro, con Sergi, con Gus, con Andrés. Mauro y Sergi iban a su clase, los demás no. Con Nerea coincidía en natación. Si no se la encontraba por los pasillos, la vería por la tarde en la piscina. Asia no tenía

claro si quería cruzarse con ella antes o no. No sabía cómo comportarse. Quería enfrentarse a ella, echarle la bronca, que le explicara por qué había sido tan cerda de acabar abrazada a Mauro, pero tal vez lo mejor fuera obviar el tema. Hacer como si nada hubiera pasado. Borrar toda esa noche y todo el día siguiente de la cabeza. Aunque conociendo a los chicos, puede que ya se hubiera corrido el rumor de lo que había sucedido en la fiesta.

Asia recorrió los pasillos con miedo, intentando averiguar en las miradas de los demás si ya estaban al

corriente de todo. Pero o disimulaban de maravilla o aún no se había corrido la VOZ.

Vio al fondo del pasillo a Andrés en su silla de ruedas. El chico, al verla, dudó, no sabía si saludarla o no, acercarse o no. Pero antes de que tomara una decisión, Asia la tomó por él y se escapó por un pasillo. Aún era demasiado pronto para enfrentarse a la verdad.

Se encaminó a su clase. Se sentía como si hubiera pasado un siglo desde el viernes. Le habían ocurrido tantas cosas... Y sin embargo, en el colegio todo parecía igual que antes del fin de semana. Ella había cambiado, los demás

no. Y era extraño. Como venir de un viaje largo y descubrir que todo sigue en el mismo sitio, todos hacen las mismas cosas, y tú, que vienes con la mochila cargada de mil vivencias que te han transformado, no tienes más remedio que adaptarte a esa realidad, la misma que habías dejado cuando te fuiste, aunque tú ya seas otra.

Antes de entrar a clase se topó de frente con Nerea. Esta sonrió con alivio al verla. Aunque enseguida frunció el ceño en clara señal de desaprobación.

—Tía, ¿dónde coño te metes? Ya pensé que te habían asesinado.

—Llego tarde, Nerea.

—Pues pasa de la primera clase y te vienes a fumar un piti.

—No.

A Nerea le sorprendió la negativa de su amiga. Siempre accedía a sus deseos.

—Venga, vente y me cuentas. Que menudo cirio has montado, tu madre estaba atacada. Y contagió a la mía. Numerazo, numerazo. Ya te vale.

—De verdad, que no quiero hablar. Y menos contigo.

—¿Conmigo por qué? ¿Yo qué tengo que ver en todo esto? ¿Es porque no me fui contigo de la fiesta?

—No quiero hablar de esa noche.

—¿Se puede saber qué coño te pasa? —preguntó Nerea, haciéndose la tonta, como queriendo quitar importancia a lo que había pasado en el *jacuzzi*. Pensaba que si lo trataba de manera trivial tal vez acabara contagiando a su amiga. Pero enseguida se dio cuenta de que la estrategia no estaba dando resultado.

—Que me olvides, Nerea, que yo como si me hubiera muerto. Va a ser lo mejor para las dos.

Asia dio media vuelta y se dispuso a entrar en clase. Pero Nerea la cogió del brazo.

—¿Tú de qué vas? ¿Te crees que puedes pasar así de mí? ¿Y de esta manera? Como si yo te hubiera hecho algo.

Asia se revolvió con fuerza.

—No me toques. No me vuelvas a tocar en tu puta vida. ¿Te enteras?

—Tú no estás muy bien de la cabeza, tía.

—¿Yo? ¿Y tú? —Asia entonces la imitó con mucho desprecio—: «Que paso de Mauro, que a mí el tartaja no me gusta», y te faltó tiempo para acabar abrazadita a él.

Nerea entonces respiró aliviada. No era el *jacuzzi* lo que le preocupaba, era el abrazo de Mauro. Si era por eso,

la cosa tenía fácil arreglo.

—Ah, ¿estás cabreada por esa tontería? Pero si fue él, ya ves tú. Me vio dormida y se arrejentó. Si yo flipé cuando vi que el muy baboso me tenía agarrada una teta. Menuda bronca le cayó, le puse de vuelta y media.

—No te he pedido explicaciones.

—Ya, bueno, pero yo quería aclarártelo. Y que no voy a permitir que tú y yo nos cabreemos por esa tontería.

Nerea le sonrió como sólo ella sabía hacerlo. Siempre le daba resultado. Con todo el mundo: con sus padres, con sus amigas, con los chicos con los que salía, pero, sobre todo, con Asia. Por eso se quedó helada al

descubrir que su sonrisa, en vez de surtir efecto, había despertado la ira de su amiga.

—¿Pero quién te crees que eres para decirme lo que me vas a permitir y lo que no? Olvídame.

El profesor de mates les llamó la atención.

—Asia, ¿entras o te quedas fuera?

—Voy. —Miró a su amiga—: Como si estuviera muerta. Para ti, lo estoy.

Y entró a clase. Nerea se quedó con un palmo de narices. Y enseguida reaccionó. Le mandó un *whatsapp* a Mauro: «Asia está que muerde. A ver si la puedes tranquilizar».

Mauro, que ya estaba dentro de clase, oyó el pitido de su móvil y leyó el mensaje justo cuando Asia se sentaba en su silla.

El chaval se pasó toda la hora mirando de reojo a la chica. Se sentía mal, muy mal. Había pasado el domingo con una sensación extraña que se había acrecentado por la noche en el centro comercial durante la charla con Nerea. Y entonces el mal cuerpo había dado paso a una culpabilidad intermitente. Por momentos creía que todo lo del *jacuzzi* había sido un error, una gran cagada, una ida de olla, pero al rato volvía a justificarse. No lo habían empezado ellos, a ellos jamás se les

habría ocurrido. Vale que luego se entregaron como si no hubiera un mañana. Pero ahora lo importante era que Asia había aparecido, estaba entera, de una pieza. Ahí delante de él. Todos podían seguir con sus vidas como siempre. Pero si nada malo había ocurrido, ¿por qué cada vez que la miraba sentía una punzada de desprecio hacia sí mismo?

Tan pronto el coñazo de Fito, el profe de mate, se fue de clase, Mauro se acercó a la chica.

—Asia, nos tenías acojonados. Que bien que hayas aparecido.

—Oye, que sólo estuve unas horas por ahí. No sé a qué viene tanto drama.

—Estábamos preocupados. Sobre todo yo.

—Ya, tú, seguro —dijo con toda la ironía de la que fue capaz.

—Sí, yo. ¿Qué pasa? ¿No me crees?

La profesora de física acababa de entrar. Generalmente tenían unos diez minutos de descanso entre clase y clase, pero el Fito se había alargado, cómo no, en la suya, y de ahí que se hubieran quedado sin sus minutos de asueto.

—¿Hablamos luego? —le preguntó Mauro.

—No sé, no creo que haya mucho de lo que hablar.

—Yo sí que quiero hablar contigo.

—Mauro le sonrió—. Aunque no te lo creas, no he dejado de pensar en ti desde el sábado. No sabía que eras tan... —buscó la palabra precisa, pero se acabó decantando por un... — guay.

—Claro, y por eso te dormiste abrazado a Nerea. —Asia se arrepintió al instante de haberlo dicho, porque de verdad que no lo quería decir, tenía que estar por encima de todo eso, pero no pudo evitarlo.

—A ver... qué remedio, si a ti no había quien te separara de Andrés. Que parecíais pegados con Loctite.

La profesora empezó la clase pidiendo a todo el mundo que se sentara. Mauro volvió a su sitio. Asia había recibido la información de Mauro como si le acabaran de dar un mazazo. ¿Sería verdad? ¿Ella pegada a Andrés? Lo cierto es que se había despertado a su lado en el fondo de la piscina. Miró a Mauro desde su asiento. Tal vez no sería mala idea tener una charla con él y que le contara exactamente lo que había ocurrido.

Al acabar la clase, Mauro le propuso saltarse la siguiente hora e irse por ahí. Asia aceptó. Cómo no iba a hacerlo. Llevaba todo el curso deseando que ocurriera algo así.

Con él, con Mauro.

Lo que pasó durante ese paseo fue algo imprevisible para los dos. Estaban debajo de uno de los túneles de peatones llenos de grafitis que se utilizaban para pasar de un lado a otro de la carretera de Extremadura. Olía a orín y a humedad. Mauro, sin saber muy bien por qué, le propuso algo inaudito, como si él mismo no fuera dueño de las palabras que estaban saliendo de su boca.

—Tía, ¿por qué no quedamos un día de estos para ir al cine o dar una vuelta? Tú y yo. A ver qué tal.

Mauro no era así. Él nunca pedía una cita de manera tradicional. Lo suyo siempre era mucho más espontáneo, le salía solo. Sin pensar. Desde los trece fue consciente de su atractivo, del poder que su belleza ejercía sobre todos. Se sentía seguro, y un ganador en ese terreno. Lo de seducir venía de serie en él. Y no le costaba ningún esfuerzo. Atraía, era un hecho consumado, y a él le gustaba ese efecto, por eso apenas necesitaba palabras para acercarse y conseguir a la chica que quería. Mauro había perdido la virginidad a los trece y nunca había entendido todas esas películas americanas en las que la única trama era la obsesión de los chavales

por echar un primer polvo y lo difícil que les resultaba. Para él había sido la cosa más sencilla del mundo. Todo en su cuerpo parecía emanar sexualidad y sus amigos le envidiaban, él lo sabía, y por eso siempre se mostraba generoso con ellos. Les ayudaba para que consiguieran a las chicas, y usaba todo su encanto, ya no sólo para hacer de celestina con ellos, sino que, si era necesario, alentaba encuentros a tres o cuatro bandas para que los más torpes pudieran mojar. No sólo lo hacía por generosidad, a él también le ponía mucho estar, por ejemplo, en un coche, con una tía dale que te pego y que en el asiento de atrás estuviera un colega con

otra también a lo mismo. Mirarse en su desnudez, compartir ese momento, incluso intercambiarse a las chicas, no había nada más excitante. Lo había probado por primera vez a los quince. Y ya no hubo marcha atrás. Le gustaba jugar, y mucho. El sexo romántico, el de las películas, enseguida le aburría, y pocas veces le excitaba. Lo divertido era probar, cuantas más cosas mejor, y ahí estaba el reto, porque lo otro, lo de conquistar a una chica, estaba demasiado tirado y por eso mismo tenía muy poca gracia. De ahí que, aunque había sido Nerea la que había alentado el juego del *jacuzzi*, si la cosa había ido para adelante, había sido gracias a él. A él no

le importaba desnudar a sus amigos, y rozarles la polla o el culo. Y aunque jamás se había imaginado follando con un tío, en un momento dado sí que le excitaba la idea de ver a sus colegas entregados a unas pibas. Y también le gustaba guiarles, con la voz, o incluso con las manos, para que hicieran todo lo que les volvía locas. Así que Mauro podía decir que un cuerpo masculino no le excitaba por sí mismo, pero tampoco le daba miedo. ¿Acaso no tenía entre las piernas lo mismo que ellos? ¿Qué más da si se la tocaba a otro? ¿Se iba a desintegrar? Y además, lo de las pajas compartidas lo había empezado a hacer a los doce, así que esto sólo era un paso

más. Y Mauro sabía que tenía que ser él quien iniciara o alentara la situación, para que sus amigos, menos expertos, más cortados, menos osados, más temerosos, fueran capaces de entrar en el juego sin sentirse incómodos. O para que simplemente se atrevieran.

Así era Mauro, y por eso se sorprendió al proponerle algo tan tradicional a Asia.

Y Asia respondió a esa petición de una manera incluso más extraña. Sólo en sus sueños se había imaginado a Mauro diciendo algo así. Y sin embargo, de sus labios salió un: «No sé». De repente había algo que no, que no encajaba. Como si todo hubiera cambiado.

Mauro, para convencerla, se acercó a ella y la besó. Y Asia entonces, de manera automática e involuntaria, lo apartó con los brazos. No sabía si era por el beso en sí, por el lugar en el que estaban, por el olor desagradable del túnel, pero sintió algo muy parecido al asco.

—¿Qué haces? —protestó ella—. Te he dicho que no lo sé.

—Perdona, pensé que lo deseabas más que yo.

—No lo sé, Mauro, no lo sé. Tampoco hay que forzar las cosas.

—Ah, que ahora vas de estrecha. Asia sintió un deseo intenso de golpearlo. Pero se contuvo.

—¿Y tú de qué vas? ¿De subnormal? —Y más que una pregunta, había sido un escupitajo.

Mauro se dio cuenta de que con sólo un adjetivo había fastidiado todo lo que había conseguido hasta ese momento. E intentó sonar lo más sincero y arrepentido que supo. Porque lo estaba.

—Perdona, perdona. Que sólo quería decir que lo del sábado moló. Que fue flipante y que no sabía que eras así. Pero nada, tú a tu ritmo. Tómate el tiempo que quieras, claro.

Asia se dio cuenta del esfuerzo de Mauro por reconducir la conversación e hizo un esfuerzo por serenarse.

—Ahora prefiero volver sola a clase. Si no te importa.

—Vale, vale.

Durante el camino hasta el colegio, Asia intentó ordenar sus pensamientos y descifrar todo el torbellino de emociones que estaba sintiendo. Deseaba a Mauro, pero también le repelía. Seguía siendo el chico más guapo del mundo, pero, de pronto, había algo en él que le chocaba... ¿Qué era? ¿Por qué no se acababa de fiar? ¿Por qué de repente esas prisas por querer salir con ella? ¿Y por qué había sentido ese rechazo tan rotundo cuando él había posado sus labios en los suyos?

Mauro, por su parte, también estaba dándole vueltas a todo lo ocurrido. ¿De verdad quería salir con Asia? Si nunca se había fijado en ella. ¿Por qué de repente ese interés y ese empeño? ¿Quería mitigar lo ocurrido o tal vez imponérselo como penitencia? Si se sacrificaba y salía con ella, todo volvería a ser como antes del sábado. ¿Era eso? ¿O era una manera de demostrar que si ella accedía a salir con él todo estaba bien?

Pero no tenía una respuesta. Sentía que pisaba un terreno desconocido para él y que a cada paso que daba tenía que tener cuidado de no ser engullido por arenas movedizas.

Asia se fue sintiendo peor a lo largo de la mañana. No estaba a gusto dentro de su piel. Se volvió a sentir sucia, asqueada de sí misma. Y, en medio de una clase, tuvo que pedir permiso para salir al baño.

Allí vomitó.

11

En el plató de *Tabula*

I

A Quique le despertó el teléfono de casa. Sonaba insistentemente. Miró el despertador: las nueve y media de la mañana. Apenas había dormido tres horas. El móvil estaba en silencio y comprobó que tenía siete llamadas

perdidas. Y todas eran de trabajo, le habían llamado desde plató y también Sandra. Tanta insistencia no podía significar nada bueno. A ver qué fuego le tocaba apagar y a qué precio. Se lavó la cara con agua fría y antes de meterse en la ducha la llamó.

—¿Dónde te metes? —le gritó Sandra.

—Me acosté tarde, ¿qué ocurre?

—La muy cretina de Alba no estaba en su casa esta mañana cuando ha ido el conductor a buscarla. No sabemos dónde está, le hemos dejado mil mensajes y no se ha presentado a rodar. Y tampoco Óscar. No hay manera de localizarlos y tenemos el plató parado.

En todas las secuencias que teníamos para hoy salen ellos. Mira a ver si al menos reescribiendo los puedes quitar de alguna y nosotros intentamos mover otras secuencias de esta semana para hoy. La voy a matar. Y al otro también.

Quique les maldijo en silencio. ¿Cómo podían ser tan capullos? Y encima tenía que ser él quien pagara el pato y ponerse a escribir una chapuza de urgencia. Pero no quedaba otra.

—Dime qué secuencias rodabais hoy, a ver qué puedo hacer.

—Te lo ha mandado el ayudante de dirección en un *e-mail*. Sácalos de todas las que puedas y cuanto antes, por favor.

Y entonces Quique tuvo una idea. Era arriesgada y se le podía ver el plumero, pero ¿por qué no intentarlo?

—Oye, creo que puedo hacer algo mejor.

—¿El qué?

—¿Qué te parece si en menos de una hora tienes allí a Alba y al chico?

—¿Tú los puedes localizar?

—Creo que sí.

—Te pongo una estatua.

Quique se puso los vaqueros de la noche anterior. Olían a tabaco, pero le dio igual. Cogió la primera camiseta que encontró y bajó al piso de Pepe. Tuvo que llamar durante un minuto para que el vecino se dignara abrir la puerta.

—¿Están aquí?

—Supongo, les dejé la habitación de allí...

Quique entró sin pedir permiso y se dirigió hacia la habitación que Pepe le estaba indicando. Abrió la puerta sin llamar. Y allí estaban los dos, Alba y Óscar, dormidos, casi desnudos y abrazados.

—¡Os voy a matar a los dos! —gritó Quique—. ¡Arriba!

Alba abrió un ojo.

—¿Qué pasa? ¿Qué haces aquí? ¿Dónde estoy?

—Estás donde no tenías que estar. Os esperan en plató desde hace dos horas.

—Coño... Pues di que estoy enferma, no me puedo mover. Qué resacón, por Dios...

—Y una mierda. Ahora mismo os dais una ducha en mi casa y corriendo para el plató.

—Que no, que no, que no puedo.

Óscar se despertó en ese momento.

—Tú, arriba.

—¿Qué hora es?

—Tardísimo, venga. En menos de quince minutos tenéis que estar cogiendo un taxi.

—Dos taxis, que no pienso llegar a la vez que este —dijo la actriz.

—Los vais a pagar vosotros, así que me la suda. Como si alquiláis dos helicópteros. ¡Arriba!

Quique cogió sus ropas del suelo y se las tiró encima de la cama. Apenas reaccionaban y volvió a meterles prisa.

—Ya va, ya va —se quejó Alba—. Y un poquito de intimidad no estaría mal —le dijo a Quique, que seguía plantado delante de ellos observándoles.

—De eso nada, yo no me despego de vosotros hasta que no os meta en los taxis.

—¿Y qué coño decimos en plató? —preguntó Óscar, que se estaba agobiando por momentos.

—A Quique seguro que se le ocurre una excusa —dijo Alba—, que para algo es guionista. Bueno, mejor dos excusas, porque tú y yo no hemos pasado la noche juntos.

Quique los subió a su casa, después de jurarles que no se iba a inventar ninguna historia que sirviera para justificar su retraso. No era su problema.

—Tenéis cinco minutos para ducharos.

—Si nos duchamos juntos, ahorramos tiempo y agua —propuso Óscar.

—No lo flipes. Yo me ducho solita. Y me pido primera.

Alba se encerró en el baño y Quique y Óscar se quedaron a solas.

—¿Estaban muy mosqueados en plató?

—¿Tú qué crees? No podéis hacer esto, Óscar. Y menos tú.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Estáis pensando en largarme?

—No, no. Pero mejor no des motivos.

—¿No estáis contentos? Por eso cada día tengo menos papel, ¿no?

—¿Pero qué dices? Si tienes una trama cojonuda en esta temporada y vas a salir más que nadie.

—¿Seguro?

—Que sí.

Alba se demoró más de quince minutos en la ducha, y si finalmente salió fue porque Quique amenazó con tirar la puerta abajo, y poco le faltó para hacerlo de todos los golpes que le propinó a la madera.

—Ya estoy, agonías. ¿Tú crees que este aspecto se consigue en cinco minutos? —dijo Alba saliendo en sujetador y bragas—. Déjame una camisa que no huela a choto.

Quique abrió su armario para que eligiera ella misma y mientras le rogó a Óscar que se duchara en menos de cinco minutos.

Quique les acompañó hasta el taxi. Y les proporcionó las excusas que ella le había pedido que se inventara.

—Tú acabaste en casa del boxeador —le dijo a ella.

—Y tú ligaste con una tía que vivía en la calle Hortaleza, amiga mía, y por eso sabía dónde estabas, ¿de acuerdo? —le dijo al chico.

—¿Cómo se llama? Tu amiga, digo.

—Se llama como a ti te dé la gana.

—Lo digo por si luego te preguntan a ti y damos nombres distintos.

—No sé... Raquel.

—Vale. ¿Está buena?

—Sí, Óscar, sí. Todo lo buena que quieras.

—Yo salgo ya. Tú tarda un ratito, anda —le dijo Alba al actor.

II

Quique, una vez en casa, se hizo un café largo y encendió el ordenador. Era lunes y, cómo no, tenía mucho trabajo por delante. Debía escribir al menos diez páginas antes de presentarse a la lectura técnica en el plató a las tres de la tarde. Odiaba ponerse a escribir sin apenas dormir, pero no le quedaba otra. Conectó el Skype, dando por hecho que Sergi estaría en clase y, de repente, se lo encontró conectado.

—Hey, ¿qué haces aquí? ¿No tienes clase?

—Estoy enfermo.

—¿Sí? ¿Qué te pasa?

—Estómago revuelto, algo de fiebre... Y que me apetecía hablar contigo.

Quique sintió cómo el corazón aumentaba su ritmo cardíaco. Nunca una frase tan manida como esa —«me apetecía hablar contigo»— había surtido tal efecto en él. Ay, Dios, que se estaba enamorando de un desconocido. De alguien que no debía de tener más de dieciocho años, si es que los tenía. Al

igual que Quique se había quitado dos años, tal vez el chico se hubiera puesto uno.

—¿Sí? ¿Por eso no has ido a clase?

¿Porque te apetecía verme?

—Bueno, y porque estoy algo enfermo. Tampoco te lo creas mucho.

—Vale, vale —dijo Quique sonriendo.

Esa mañana, Quique escribió muchas palabras. Pero ninguna del guion que le tocaba. Y antes de que se percatara dieron las dos de la tarde. Se despidió arrancándole a Sergi la promesa de que se verían esa tarde y se metió corriendo a la ducha. No quería llegar tarde a plató.

La lectura técnica era del capítulo ochenta y tres. Ese capítulo lo dirigía Berto. Quique lo consideraba el mejor director de todos los que había, pero tenía el problema de eternizarse en las reuniones. Era minucioso hasta la exasperación. Discutía cada detalle del guion con los diferentes departamentos: fotografía, maquillaje, producción, arte y, por supuesto, guion. Y así, unas reuniones que normalmente duraban tres horas, con él se podían alargar hasta seis o siete.

A Quique no le había dado tiempo a comer y pasó antes por el cátering para robar algo de fruta. Estaba feliz, radiante. No dejaba de pensar en Sergi y

en que lo conocería esa tarde. Su felicidad contrastaba con el ambiente algo tenso que notó alrededor, pero prefirió no darle importancia.

La zona de cátering estaba en una pequeña nave adyacente a la principal, donde se rodaba la serie. Y era apenas un barracón comparado con la nave del plató, que tenía mil quinientos metros cuadrados muy mal acondicionados en los que te asabas en verano y te morías de frío en invierno. Por no hablar de la insonorización, la de veces que se tenía que repetir una secuencia porque se había escuchado el motor de un avión o el compresor de una obra.

Si el público supiera lo artesanal y poco glamouroso que era rodar una serie, se sentirían bastante decepcionados. El cartón piedra de los sets, el caos de cables y trípodes, las prisas, los agobios y, a la vez, todos los tiempos muertos mientras se colocaban las luces, o se movía a la figuración, y luego improvisar tantas cosas sobre la marcha, la acumulación de horas extras, los miembros de los equipos cansados... Es verdad que cuando se estaba a punto de grabar y el ayudante de dirección gritaba la palabra «acción» muchas veces se producía la magia, y de repente las palabras del papel cobraban vida y ese momento era maravilloso, estaba

cargado de adrenalina y era muy adictivo. Si te gustaba eso, lo más probable es que te pasaras el resto de tu vida trabajando en un plató. Si te resultaba indiferente, lo más probable es que huyeras de allí lo antes posible, porque aquello te podía parecer una tumba, en donde todo va a cámara lenta y casi nunca pasa nada. Quique era de los que intentaba huir siempre que podía de plató. Le resultaba muy tedioso ese trabajo. Y además, como guionista, siempre creía que no pintaba nada allí, sólo estorbaba. Aunque esta era en la primera serie en la que sentía que su presencia no incomodaba, se llevaba bien con casi todo el equipo e incluso

escuchaban y buscaban su opinión cuando les visitaba, lo que ocurría al menos dos veces por semana.

Al llegar a la sala de reuniones, otro barracón adyacente a plató, muy desangelado y siempre a una temperatura gélida a pesar de los calefactores eléctricos que alguien de producción encendía dos horas antes, el ayudante de dirección le hizo un gesto a Quique que él no supo cómo interpretar.

—¿Qué pasa?

—Tienes a Sandra calentita.

Quique se alarmó.

—¿Por qué? Si esta mañana me quería poner una estatua.

—¿No te ha llamado después?

—No. ¿Qué pasa?

Al ayudante de dirección no le dio tiempo a contestar, porque en ese momento Sandra entró en la sala y le indicó a Quique que saliera. Este obedeció.

—¿Tú de qué vas? ¿Estás boicoteando la serie desde todos los frentes posibles o qué coño estás haciendo? —le gritó Sandra después de haberlo llevado al exterior más apartado del plató, para que nadie les escuchara.

Quique la miró sin entender de qué estaba hablando.

—Como no te expliques...

—No, si las explicaciones me las tienes que dar tú.

Sandra le enseñó una bolsita con restos de cocaína.

—¿Y esto? —preguntó Quique.

—¿Se la diste ayer a Óscar? ¿Al protagonista de la serie que tiene diecinueve años?

—¿Qué?

—¿Se la diste o no?

—A ver, a ver, a ver... ¿Eso te lo ha contado él?

—Sí, esta mañana lo acorralé para que me contara por qué llegaba tres horas tarde y acabó confesando. Dime que no es verdad.

—A ver... —Quique intentaba buscar la mejor manera de contarle.

Y Sandra, al notar su debilidad, atacó sin ningún tipo de contemplaciones.

—Si por eso tú sabías dónde estaba... Estaría en tu cama.

—¿Pero qué dices? ¡Que me voy a acostar yo con él! Pero si es heterosexual, Sandra.

—Pues casi preferiría que te lo follaras a que le dieras coca. Porque hay que estar muy mal de la cabeza para que el máximo responsable de guion de la serie, el creador, como te gusta llamarte, corrompa a los chavales y haga de camello con ellos.

—Sandra, por Dios, no saques las cosas de quicio. Que yo a ese no le he dado su primera ni su segunda raya. Que ya venía muy aprendido de casa.

—No sé si le has dado la primera o no. Sólo sé que le has regalado dos gramos.

—Era su cumpleaños.

—Pues haberle comprado un libro, coño. O un dvd, o una puta. Pero no cocaína.

—Sandra, intenta calmarte. Fui al cumpleaños para hablar con Alba y convencerla de la trama. Y no llevaba regalo y... vale, fue una cagada. Pero ya está.

—Ya está no. Que hay que tener más cabeza, Quique.

—A Alba la convencí para que hiciera la trama. No hace falta que me des las gracias.

—Hoy no tengo ninguna gana de darte las gracias por nada. Porque mira que puedes ser imbécil.

Quique calló.

—¿Tú sabes todo el dinero que hemos perdido hoy? Por no hablar de que vamos a necesitar toda la semana para recuperar el ritmo. ¿Pero cómo se te ocurre hacer una fiesta en tu casa con los actores a las tres de la mañana de un domingo y drogarlos?

—Sandra, yo no drogué a nadie, y a mi casa sólo fueron dos actores. Mayores de edad, por cierto. Y los eché a la una y media. Y que no soy su niñera, joder.

—No, eres su peor influencia.

—Lo que tú digas. ¿Empezamos la reunión o quieres seguir llevándote las manos a la cabeza como si acabaras de descubrir que en este plató hay gente que consume cocaína? Algo inaudito en el mundo de la tele, vamos.

Sandra aceptó comenzar la lectura técnica. Al guionista le costó concentrarse, no se podía quitar de la cabeza al capullo de Óscar. Con lo contento que estaba él, joder. Y cuando

el ayudante de dirección al cabo de hora y media hizo el primer descanso para que la gente saliera a fumar un pitillo, Quique lo aprovechó para entrar a la nave del plató y subir a los camerinos.

—¿Tú eres tonto o eres tonto?— le gritó a Óscar.

El chico estaba cambiándose de ropa para una nueva secuencia y el exabrupto de Quique le pilló desprevenido, tanto que casi perdió el equilibrio.

—Lo siento, tío. De verdad. Es que no veas cómo se puso la jefa.

—¿Así me pagas que te haya regalado coca y que te haya invitado a mi casa? Si hasta me inventé una excusa para que la dieras esta mañana. Y te pagué el taxi, joder...

—Lo siento.

—¿Pero qué tienes en la cabeza, joder? ¿Tú sabes lo que piensa ahora mismo Sandra de mí? Que soy un puto pervertidor de menores.

—Yo no soy menor. Tengo casi veinte años.

—Pues no lo parece, coño.

—Lo siento.

—Deja de decir lo siento. Óscar, jamás en tu vida vuelvas a dejar en bragas a un compañero del curro. Eso no

se hace, por mucho que te estén presionando. Que es muy feo.

—Ya...

—¿Y tú sabes lo que piensa Sandra ahora? Que te he drogado para follarte.

—No jodas...

—A ver, si encima llegas tres horas tarde... y cuentas una verdad a medias, y me haces quedar como que te obligué a meterte rayas.

—Voy a decirle ahora mismo que tú y yo ni nos tocamos.

—Déjalo estar, anda, déjalo estar, que vas a conseguir el efecto contrario.

—Tío, es que no quiero que se corra la voz de que tú y yo... vamos, no me jodas.

—Claro, eso es mucho más preocupante que hacerme quedar como un camello. Tu virilidad que quede intacta, no vaya a ser...

Quique no dejó que el actor contestara a eso y salió del camerino. El resto de la lectura técnica se desarrolló sin sobresaltos y fue mucho más corta de lo habitual. El director se había dado cuenta del mal ambiente que había entre los máximos responsables de *Tabula* y prefirió ir al grano.

Quique se despidió de todos sin sus comentarios jocosos habituales. Sandra se acercó a él antes de que se subiera al taxi.

—¿Nos tomamos algo? —le preguntó con el mejor tono del que fue capaz.

—Sandra, agradezco el intento, pero la verdad es que no me apetece mucho. Tengo que hacer los cambios que han surgido en la lectura y darle vueltas a la trama de Alba. Aún tenemos que contentar a los de la cadena, ¿no?

—Perdona si me exalté demasiado...

—Vamos a dejarlo estar. Sólo espero que no pienses que voy acostándome con los chavales. Y menos obligándoles. A lo mejor te parece muy

increíble, pero por ahora aún puedo follar utilizando sólo mi atractivo. Que no es mucho, pero funciona.

—A mí mientras no interfiera en el curro, me da igual lo que hagas, Quique.

El guionista la miró e intentó serenarse.

—No te da igual, pero gracias por decirlo. Hablamos mañana, ¿vale?

Sandra asintió.

III

En el taxi, Quique, para intentar relajarse y olvidar esas últimas horas, comenzó una partida al *Apalabrados* y

se metió en las páginas web de noticias sobre la tele. Y ahí descubrió que uno de los ejecutivos de la cadena para la que hacía *Tabula rasa* acababa de ser destituido. Y de repente eso le dio una idea. Llamó a los guionistas de la serie y les convocó para una reunión de urgencia en su casa en un par de horas. El encuentro con Sergi se tendría que retrasar, pero el curro era lo primero, por mucho que le fastidiara. Le mandó un mensaje al chico: «Sergi, no sé si nos podremos ver hoy. Problemas en el curro. Luego te digo. Sorry».

—Sabéis que estamos teniendo problemas con la cadena para vender la trama de Alba —fue lo primero que les dijo a los cuatro guionistas—. Así que estoy pensando en darle un giro radical.

—¿A estas alturas? —preguntó Gema, la guionista con más talento y la más peleona—. Pero si tenemos los episodios lanzados. Yo ya casi estaba acabando la escaleta.

—Lo sé, lo sé. Por eso os he llamado, porque es una decisión que tenemos que tomar entre todos y ver si es factible. Es que ha ocurrido algo. ¿Os habéis enterado de que acaban de echar a Damián Requejo?

—Sí, ¿y? ¿Eso qué tiene que ver con la trama de Alba? —preguntó Álvaro.

—¿Os acordáis cómo era la trama en un principio? ¿Tal y como la propusimos?

—Sí, Cristina estaba enganchada a la coca, cambiaba de camello porque estaba mal de pelas, y cuando descubría a César traficando, intentaba sacarlo de ese mundo. Pero no lo consigue, porque el chico se muere de una sobredosis. Y eso a Alba le hace reaccionar y deja la coca.

—Sí, algo así. No lo pudimos hacer porque Damián Requejo puso el grito en el cielo con la idea de cargarse

a César. Su hija adolescente estaba muy enamorada del chico y por nada del mundo iba a permitir que nos lo cargáramos. A pesar de que no es el más valorado por el público de la serie. — Quique miró a todos los guionistas antes de continuar—. Damián Requejo ya no está. Podríamos volver a intentarlo.

—¿Quieres matar a César?

—La pregunta es: ¿hay alguno de nosotros que no quiera matarlo? Hace mucho que su personaje no da más de sí, por no hablar del actor. Todos los directores se han quejado de él, y yo creo que la serie no se resentiría. Si en vez de matarlo por una simple

sobredosis, hacemos algo más chulo y elaborado, podemos incluso provocar un buen pico de audiencia.

—¿Y en qué capítulo lo matamos?

—La próxima semana empiezan a rodar el ochenta y tres. ¿Qué tal en el ochenta y cuatro?

Álvaro entonces protestó.

—Pero si ese lo he escrito yo, y ya casi estaba aprobado por la cadena.

—Yo lo reescribo —dijo Quique—, no te preocupes.

—No, si no lo digo por no currar más, es por...

—Ya, pero es que a mí me hace especial ilusión escribir su muerte.

—Qué sádico —dijo Gema.

—Ni te lo imaginas.

12

¿Qué ocurrió en la fiesta?

I

Petra fue con Rómulo al pabellón donde se celebraba el campeonato. Escogieron asiento y, antes de sentarse, se quitó el abrigo y lo puso en la silla de al lado para reservarla: esperaba que Pablo se presentara para ver nadar a Asia.

Aunque la hora se estaba acercando y, por más que miraba a las personas que entraban a las gradas, ninguno era él. Rómulo bebía con un pajita de un vaso de plástico gigante. Señaló hacia la piscina.

—Mamá, ya salen.

—¿Ves a tu hermana?

Las chicas, todas con bañadores de distintos colores, se estaban poniendo en posición. Petra localizó a Nerea, y eso que con el gorro de baño y con esos cuerpos tan similares, era difícil distinguirlas, pero ni rastro de su hija.

—Sí, está allí. Mira.

Asia fue la última en entrar y en situarse al borde de la piscina. Petra temía que las pequeñas heridas de los pies le impidieran hacer una buena carrera, pero desde donde estaba sentada vio que ya no llevaba vendajes. Se preocupó por miedo a que con el contacto del agua se le pudieran infectar, pero luego pensó que el cloro acababa con todo, y, además, esa no era una piscina pública en la que hubiera mil gérmenes y bacterias campando a sus anchas. El agua no podía estar más limpia y transparente. Todo iba a ir bien. Rómulo saludó a su hermana con la mano, pero ella no le vio, porque en ningún momento alzó la vista. Así como

las otras chicas miraban y buscaban a sus allegados entre el público, Asia parecía muy concentrada y daba la sensación de que no quería que nada la distrajera de esa carrera tan decisiva. Necesitaba quedar entre las tres primeras.

Pablo tocó el hombro de Petra.

—¿He llegado a tiempo?

—Por los pelos, pero sí.

—Hola, papá.

—¿Qué tal, campeón? ¿Qué dices, tu hermana va a ganar o no?

—Fijo.

El árbitro ocupó su lugar. En menos de un minuto daría la señal de salida. Asia miró hacia el agua. Sabía que su

amiga estaba en la calle uno, pero en ningún momento giró la cabeza para comprobarlo. No la quería ver. Y lo mejor que podía hacer era ganar esa carrera y ganarle a ella. Sobre todo a ella, para que se jodiera pero bien.

Asia notaba las tripas revueltas. Apenas había comido. Y al curvarse para ponerse en la posición de salida, con los pies pegados al bordillo, las manos extendidas tocando casi el borde del agua, sintió vértigo y mareos. Estaba débil. Y había algo más. El olor a cloro de repente le daba náuseas. Sí, no era por la debilidad, era por el olor, y el hecho de imaginarse zambullida en el agua hizo que se le erizara la piel. El

arbitro dio la señal de salida. Y todas las chicas se lanzaron al agua. Todas menos ella, que seguía allí, parada, en la posición para tirarse de cabeza pero sin reaccionar. La entrenadora le gritó.

—¡Asia, al agua!

Pero Asia no se movía. Petra y Pablo se miraron. Rómulo dejó de beber y giró la cabeza hacia sus padres.

—¿Por qué no se tira? —Y entonces le gritó a su hermana—: ¡Asia! ¡Asia, venga!

Con los gritos de Rómulo Asia reaccionó y miró hacia el lugar del que provenían. Y allí vio a sus padres y a su hermano. Entonces se incorporó y salió de la piscina.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó Rómulo.

—Tal vez no se encuentre bien. Voy a ver —dijo Petra levantándose—. Esperadme aquí, ahora vuelvo.

—¿Quieres que vaya contigo?

—No, quédate con el niño.

Petra entró en los vestuarios. Pero Asia no estaba allí. La llamó.

—Asia, soy yo. ¿Estás?

Nadie contestó. Petra siguió buscándola. Se acercó hasta las duchas y allí, sentada en el suelo, agarrada a sus piernas y con los ojos cerrados, estaba su hija.

—Asia, cariño, ¿qué te pasa? ¿Te encuentras mal?

—No he podido saltar. No he podido.

—No pasa nada, tonta. No te preocupes. Si es que no tenías que haber venido, que no estás para esto ahora.

Petra se acercó para ayudarla a levantarse. Pero Asia se lo impidió poniéndole las manos delante.

—Déjame.

—Cariño, déjame que te ayude.

—Vete, mamá.

—Venga, no seas tonta. No hagas un drama de esto.

—Vete.

Petra se puso de cuclillas y estiró su brazo derecho para alcanzarla. Entonces, Asia, con su mano izquierda, abrió el grifo de la ducha y empapó a su madre.

—Asia, ¿pero estás gilipollas?

—¡Te dije que me dejaras!

—Esta niña es imbécil.

Petra salió de la ducha sin dejar de mirarla.

—No sé qué te está pasando, pero tú no estás bien. ¿A ti te parece normal empapar a tu madre? ¿Te parece lógico?

—¡Que me dejes!

—Mira cómo me has puesto. De verdad... Ahora salir así. ¿Dónde tienes tu toalla?

Asia no contestó. Petra buscó entre todas las bolsas de deporte la de su hija. Pero no consiguió encontrarla. Así que cogió la primera toalla que vio.

—Esta misma.

Petra se secó el pelo y, como pudo, también la blusa mientras se miraba al espejo y negaba con la cabeza.

—Te esperamos fuera. Date prisa.

—Ya iré yo por mi cuenta.

—¡De eso nada! Te vienes con nosotros. Y no hay más que hablar. Se acabaron las tonterías.

Petra no se atrevió a subir a las gradas. No quería que la vieran con el pelo y la ropa empapados. Cogió el móvil, que por suerte no se había mojado y llamó a Pablo.

—¿Has venido en coche?

—Claro, ¿por?

—Os espero allí.

—¿Y Asia? ¿Está bien?

—Ahora te cuento.

Pablo y Rómulo salieron del pabellón y en el p rking, apoyada en el coche de la autoescuela, vieron a Petra. Estaba mojada.

—¿Qué te ha pasado?

—Tu hija, que es imbécil.

—Mamá...

Pablo recriminó con una mirada a su exmujer. Habían quedado en limitar los insultos en presencia de Rómulo, pero a Petra le dio igual.

—Si es tonta, es tonta, Pablo. No quería hablar conmigo y abrió la ducha para espantarme. ¿Tú te crees?

—¿Dónde está?

—Ahora viene. Espero. Abre el coche, anda, que con este aire frío todavía me voy a constipar. Y era lo que me faltaba.

Los tres esperaron dentro del coche a que Asia llegara. Rómulo se bebía con su pajita lo poco que le quedaba de su gran vaso, haciendo un ruido molesto.

—Rómulo, hijo, ¿por qué no tiras eso ya? Que no queda nada.

—Queda un poquito.

Y Rómulo volvió a chupar. Petra se dio la vuelta y le quitó sin más miramientos el vaso. Abrió la puerta y lo tiró al suelo del p arking. El niño miró a su padre.

—Lo ha tirado a la calle.

—Ya lo he visto, s . Petra,  qu  tal si te tranquilizas? Que vas a acabar asustando al chaval.

—Si yo no me asusto.

— Ves? No se asusta.

—Bueno, pero no es muy buen ejemplo tirar cosas al suelo.

—Ay, déjame en paz,  quieres?

Asia salió en ese momento del pabellón. Pablo tocó el claxon para que su hija los ubicara. Con paso desganado, la chica se dirigió hasta el coche. Abrió la puerta de atrás.

—Llevamos mas de veinte minutos esperándote —le recriminó Petra.

—Pues ya estoy aquí. ¿Nos vamos?

Pablo arrancó mientras la miraba por el retrovisor. Durante todo el camino fueron callados. Nadie se atrevió a decir nada. Ni siquiera Rómulo, él, que no callaba ni debajo del agua.

Al llegar a casa Asia se encerró en la habitación, echando el pestillo. Petra golpeó la puerta, primero con suavidad, luego con insistencia.

—Asia... venga, vamos a hablar. Queremos ayudarte. Si sabes que con nosotros puedes hablar de lo que sea. Que no nos vamos a asustar.

Pero Asia no respondía. Petra le hizo un gesto a Pablo para que lo intentara él.

—¿Por qué no me dejas entrar? — le preguntó Pablo a través de la puerta —. Sólo entro yo, te lo prometo.

No dio resultado. Petra decidió mandar a Rómulo a casa del vecino. Quería solucionar la situación sin que

estuviera delante. Rómulo no tuvo más remedio que irse, aunque habría preferido quedarse allí para ver cómo se desarrollaba todo el asunto.

No sabían qué hacer. Dejaron pasar una hora larga para darle la oportunidad de que saliera de la habitación, pero Asia seguía encerrada.

—No podemos dejar que esto se convierta en una dinámica. No se puede encerrar en su cuarto cuando algo no le gusta. Tenemos que hacer que salga, tenemos que imponernos, Petra.

—¿Y cómo? ¿Tiramos la puerta abajo? Fuiste tú el que quiso ponerles pestillos, para que tuvieran intimidación, ¿recuerdas?

—Intimidación, sí, pero no para que se encierren cuando les venga en gana.

—Pues ya me dirás tú qué hacemos.

Petra consumió cinco cigarros más antes de tomar una decisión. No estaba nada segura de hacerlo, pero aun así se decidió.

—Pablo, esta mañana, cuando te fuiste —le dijo Petra en el salón— entré en la habitación de la niña a poner otras sábanas. Y... de pronto, sonó el móvil de Asia, debajo de la cama, se lo había dejado dentro del bolso. Cosa extrañísima, porque tu hija jamás sale sin el móvil. Puede salir sin peinar, o en chándal, pero sin móvil jamás. No

quería abrir su bolso, pero tampoco podía dejarlo ahí, no quería. Así que me lo llevé. —Pablo la miró con extrañeza—. Y de verdad que no lo he abierto, porque yo no voy a convertirme en ese tipo de madre fisgona, pero no sé... a lo mejor es el momento, tal vez no haya nada, o... no sé...

—¿Dónde lo tienes?

Petra le señaló la cocina. Pablo no dudó en coger el bolso, pero cuando empezaba a abrir la cremallera, Petra le frenó.

—Pablo, espera. Va a ser una mala idea. Vamos a dejar que se explique. Si cruzamos esa frontera, corremos el riesgo de perderla para siempre.

—No exageres, que te gusta más un drama que...

Pablo abrió del todo la cremallera y vació el contenido encima de la mesa del salón. Dentro estaba el móvil, con su carcasa de Hello Kitty y también había unos *kleenex*, un par de pases para una discoteca, un chupachups, dos preservativos. Una barra de labios. Unas fotos de fotomatón de ella y Nerea haciendo gestos obscenos y... un prospecto de alguna medicina... y un envoltorio de una unidad de alguna pastilla vacío.

—¿Esto qué es? —preguntó Pablo. Abrió por los pliegues el prospecto y al empezar a leerlo se dio cuenta de lo que

era. Le cambió la cara y se lo enseñó a Petra—. De la píldora abortiva. ¿Qué coño hace con esto? ¿De dónde lo ha sacado? Pero, por favor, si es una cría. No puede ser —dijo mientras miraba el envoltorio vacío. Y de manera tajante y furiosa añadió—: Llámala. Llámala ya.

—No, Pablo, vamos a tranquilizarnos antes. Por favor. No somos ese tipo de padres.

Ese tipo de padres que en vez de comunicarse gritan, pensó. Ese tipo de padres que creen que su hija vive entre algodones, que será siempre una niña, que no tiene deseos sexuales, que nunca le ha dado una calada a un porro o que jamás la acompañarían a una revisión

con el ginecólogo. No somos ese tipo de padres. No nos convirtamos ahora en eso. Y sólo porque ha cometido un error y sabe cómo enmendarlo. Lo pensó, pero no lo dijo.

—O la llamas tú o lo hago yo. Y si tengo que coger un destornillador para desmontar la puerta, lo hago.

—Pablo, por favor.

Pablo se dirigió hasta la habitación de su hija y golpeó la puerta con fuerza.

—Asia, tenemos que hablar. — Pablo no gritaba, pero sí había firmeza en su voz—. Abre ahora mismo. ¡Asia!
—Del otro lado de la puerta no se oyó

nada—. Asia, me vas a explicar qué haces tomando la píldora del día después. ¡Asia! ¡Asia, abre!

Pablo volvió a golpear la puerta. Petra movía la cabeza en señal de desaprobación.

—Estamos montando un número ridículo.

—¡Asia!

El cerrojo sonó. Pablo empujó la puerta y allí estaba Asia, de pie, mirándoles de frente, en silencio.

—¿Qué significa esto? —preguntó Pablo blandiendo el folleto.

—Se nos rompió el condón. Así que ayer fui a por la píldora a una farmacia de guardia. Era eso o venir a

casa con un bombo. ¿Contentos?

Asia entornó la puerta y volvió a la cama. Pablo y Petra entraron a la habitación. Y les llamó la atención ver que los pósteres que Asia tenía en las paredes estaban arrancados y tirados en el suelo. Eran de la serie de *Tabula rasa*. Hugo y Rebeca en actitud provocativa y ligeros de ropa. Otro, con todos los protagonistas juntos. Por la parte de atrás de uno de ellos se veía a otros dos personajes de la serie. Estaban en el baño del colegio fumándose un porro. Pablo comprobó que parte de las fotos de la pared también estaban arrancadas, y siguió con la vista hacia el armario. En lo alto estaban las katiuskas

rosas que hacía muchos años que ya no le servían, pero que seguía conservando como uno de sus bienes más preciados. Y ahora, las katiuskas, rosas y de ese tamaño, eran como un anacronismo dentro de la tragedia que parecía estarse gestando. La huella de un tiempo mejor que no se volvería a repetir. Las katiuskas parecían estarse riéndose de él en ese instante.

—¿Cómo que se os rompió el condón? Los condones no se rompen.

Petra carraspeó, tenía bemoles que justo Pablo dijera eso. Estaba hablando precisamente con el fruto de un condón

que se había roto... Pablo miró a Petra para indicarle que no era el momento y siguió hablando con Asia.

—Di más bien que no utilizasteis.

—Lo que tú digas, papá. ¿Me dejáis dormir? Estoy cansada.

Asia estaba tumbada, dándoles las espaldas. Petra intentó hablar con calma.

—Cariño, estamos preocupados, tú no eres así. Cuéntanos. Si siempre lo hablamos todo.

Asia no dijo ni palabra. Pero su espalda empezó a moverse con pequeños espasmos. Estaba llorando. Pablo miró a Petra, y esta, corriendo, se sentó en la cama para acariciar a su hija.

Le tocó sin saberlo el tatuaje y ella dio un respingo de dolor. La madre entonces lo vio.

—¿Y esto qué es? Asia, ¿te has hecho un tatuaje?

—¿Qué? —bramó Pablo.

Asia, de pronto, rompió a llorar desconsoladamente.

—Asia, corazón, si el tatuaje es... —quería buscar una palabra amable para definirlo, pero la verdad es que a Petra le parecía horroroso, una pistola y casi en el pubis, ¿cómo se le había ocurrido semejante idea?, aun así se contuvo para no emitir un juicio—, bueno, es un tatuaje, tampoco pasa nada. Y al menos ahí no se ve mucho.

—A no ser que lo vaya enseñando
—rezongó Pablo ante la mirada reprobadora de su ex.

—Pero ¿por qué una pistola?

Y entonces Pablo encontró la respuesta que había formulado Petra en el cartel que estaba tirado. La chica del póster, la protagonista de *Tabula rasa*, llevaba el mismo tatuaje. Y se lo señaló a Petra.

—Mira.

Petra suspiró y acarició el pelo de su hija.

—Cuéntanos, ¿qué ha pasado?

—Lo que les pasa a las zorras como yo.

El corazón de Pablo se encogió al oír semejante exabrupto de los labios de su niña.

II

No hubo manera de que Asia soltara palabra. Estaba empeñada en guardarse para ella todo lo que hubiera ocurrido. Sólo lloraba y gritaba que la dejaran en paz, que no había pasado nada, que se fueran de la habitación. Petra entonces se llevó a Pablo del cuarto. No estaban sacando nada en claro, sólo aumentaba

su impotencia y, con ella, el nerviosismo. Algo inútil se mirara por donde se mirara.

—¿Y nos vamos a quedar sin saber qué ha pasado? —preguntó Pablo ya en la cocina—. Lo siento, pero no. —No se iba a dar por vencido tan fácilmente—. Tenía su móvil en el bolso, ¿verdad?

—Pablo... —protestó Petra.

—Si quieres mantenerte al margen, tú misma, ya hago yo el trabajo sucio, como siempre.

Petra le miró dolida. Cogió el bolso de su hija y se lo pasó. Pablo cogió el móvil. No tenía batería y Petra le acercó un cargador. Lo conectó y el móvil recobró la vida.

—Tiene varios *whatsapp* sin leer. Son de un tal Ne. ¿Sabes quién es?

—Nerea.

—También le ha enviado una foto.

Pablo abrió la foto y vio a su hija desnuda. Con el tatuaje enrojecido. Asqueado, dejó caer el móvil en la mesa. Sabía que su hija estaba en una edad difícil y que, como todas las adolescentes, quizás ya se había estrenado en el sexo. Lo sabía, pero una cosa era saberlo y otra encontrárselo así, de sopetón. Él no tenía ninguna necesidad de indagar en la vida sexual de su hija. Ninguna. Pero era ella, con su

actitud, con sus lloros y su silencio, la que le estaba obligando. Tenía que averiguar qué había ocurrido.

—¿Qué coño...?

Petra cogió el móvil y, al ver la foto, se le encogió el corazón.

—¿Pero...?

Pablo, sobreponiéndose, le quitó el móvil de la mano y abrió uno de los mensajes que le había mandado Nerea: «Asia, tonta, no te rayes. Nos apetecía a todos, x eso lo hicimos, a ti tamb».

—¿Qué es lo que hicieron? ¿Y quiénes son todos? ¿De qué va todo esto? ¿Y por qué le dice que no se raye?

—Pablo, sé lo mismo que tú.

Pablo abrió el otro mensaje, también de Ne. «Llama y hablamos».

Abrió el último: «Tía, k al final me voy a preokupar».

—Vamos a llamarla, y que nos lo cuente ella —propuso Petra.

—¿Y crees que nos va a contar algo a nosotros?

—Conmigo no se suele cortar... Si lo hablamos todo.

—Vives en la inopia tú también. ¿De verdad crees que te lo cuentan todo? ¿Te contó Asia lo del tatuaje? ¿O lo de que ya tenía relaciones sexuales? ¿Te lo contó?

Petra calló. Pablo entonces tuvo una idea.

—Voy a dejarle un mensaje como si fuera ella.

—Pablo...

—No te estoy pidiendo permiso.

Pablo escribió: «Ne, conektate».

—¿Lo escribo así? ¿Parecerá de Asia? —le preguntó a Petra mientras se lo mostraba.

—Yo creo que conecta lo escriben con c, pero no estoy muy segura.

—Vale, lo cambio. ¿Dónde está el portátil de Asia?

Petra y Pablo encendieron el portátil de la chica en la cocina. Tenía contraseña.

—¿Te la sabes?

—Creo que es Rebeca.

—¿Rebeca?

—El nombre de la chica de *Tabula rasa*. La serie esa de la que se sabe los capítulos de memoria.

La contraseña era correcta. En la pantalla apareció el escritorio. Pablo abrió la página de Facebook y esperaron impacientes a que Nerea se conectara.

—Esto no va a salir bien. —A Petra la consumían los nervios.

—Si me ayudas con la ortografía esa marciana que utilizan, sí. Ya verás.

—No sé, Pablo...

—¿Quieres saber lo que le ha ocurrido a tu hija o no?

En ese momento apareció Nerea en el chat.

NE: *Ya me hablas? Menos mal. Q te pasó en la piscina?*

—Aquí está —dijo Pablo—, ahora concentrémonos.

Pablo comenzó a escribir.

ASIA: *Taba rayada. Fue muy fuerte.*

NE: *Ya t ha dicho Mauro q lo nuestro fue una tontería, no?*

—¿Le contesto que sí? —preguntó Pablo. Petra asintió.

ASIA: *Sí.*

NE: *Ves? Pues asunto aclarado. Y piensa lo bien que lo pasamos, no? Era lo k kerias. Ni Rebeca lo abria echo mejor.*

Pablo miró a Petra.

—¿Qué le contesto a eso?

—No sé.

—Vale, me sirve. —Pablo tecleó.

ASIA: *No sé.*

Petra corrigió rápidamente a su exmarido.

—No le pongas tildes que nos va a pillar.

Pablo le quitó las tildes y le dio a enviar.

NE: *No me seas pava. Te encanto. Y a Mauro y el Gus como babeaba... Q warros se pusieron. Pedazo rabo el del William, e? Casi no nos kabe en la boka.*

Pablo y Petra enmudecieron. Pablo no sabía cómo reaccionar ante la inmensidad de lo que estaba descubriendo. Era la amiga de su hija la que creyendo que hablaba con Asia le estaba diciendo semejante cosa. Su hija había... No. No.

—¿Pero qué han hecho?

—Pablo, es mejor que lo dejemos.

—Petra estaba intentando contener las lágrimas y la respiración, estaba intentando no sentir, no reaccionar—. Déjalo. Yo no quiero saber. Son cosas que los padres no deberíamos... es mejor que no... Pablo, apágalo.

Pablo también deseaba cerrar el portátil, claro que lo deseaba. Hubiera pagado millones por no tener que vivir esa situación, por no estar ahí descubriendo que su hija... Pero ahora que había abierto la caja de Pandora no podía cerrarla. Era imposible. Intentó sobreponerse, tenía que distanciarse lo máximo posible y seguir obteniendo información. El truco era no pensar que eso tenía que ver con su hija. Que era otra. Pablo tecleó, sabiendo que se la jugaba.

ASIA: *Estaba muy borracha, no me acuerdo muy bien. ¿Cuántos eran?*

NE: *Como ¿cuántos eran? Si ¿te hizo efecto el G.*

Petra miró a Pablo.

—¿Qué es eso del G?

—Ni idea.

NE: *Tu guapo Mauro, William, Gus y el otro, Sergi. K noche!!!!*

Pablo miró a Petra. Ella tenía lágrimas en los ojos. No se lo podía creer. Era imposible. ¿Su hija de dieciséis años se había tirado con su amiga a cuatro a la vez? Pero... No podía ser. No podía ser. Como padre estaba preparado para casi todo, al menos eso creía él, pensaba que no iba a ser de esos que se asustaban cuando se enteraban de que su niña ya había

disfrutado del sexo, pero esto, esto no, joder, si acababa de cumplir dieciséis años. Esto no.

—¿Tú conoces a alguno de los que habla?

—A Mauro —dijo con voz balbuceante—. Es de quien está enamorada. O eso creía yo.

—Vale. —Pablo decidió arriesgar y tecleó.

ASIA: Yo solo kería con Mauro.

NE: Pero el no keríacontg. X eso tuve q improvisar.

—Esta es una hija de la gran puta —gritó Pablo.

Nerea siguió escribiendo.

NE: *El creía k eras muy pava. X eso le enseñe la foto. Y le dije q hicieramos fiesta luego. Q trajera amigos al yakusi. Q lo iba a flipar.*

Pablo escribió con furia: *Pero yo no quería.* Y lo escribió así, con tildes y con todas las letras. No pudo evitarlo.

NE: *Para no kerer berreabas komo la q +.*

ASIA: *Hija de puta!*

Y una vez que escribió eso, Pablo cerró el ordenador de golpe.

Al otro lado del ordenador, Nerea vio cómo su amiga se salía de la conversación. La chica apartó su plato

de espaguetis a la carbonara. Se le había quitado el hambre de golpe. A ella, que siempre volvía famélica del entrenamiento, por no hablar de las competiciones, de repente se le había cerrado el estómago. Vaya mierda de día, primero la discusión con Asia y luego, al comprobar que su amiga abandonaba la competición, se había desconcentrado tanto que había quedado de las últimas en la carrera. Pero tenía que reaccionar, de nada servía lamentarse. Lo primero era llamar a Mauro. Y eso hizo.

—Oye, ¿no te dije que hablaras con Asia?

—Y lo hice, y está todo guay.

—Para nada, acabo de hablar con ella. Está histérica. No sé qué coño le habrás dicho, pero no ha funcionado.

—¿Qué le pasa?

—Creo que se está arrepintiendo de todo lo que sucedió el sábado. Y me da mala espina, la veo capaz de cualquier cosa.

—¿Cómo qué?

—No sé, Mauro, no sé.

—Vale, déjame que yo lo arregle.

—¿Qué vas a hacer?

—Algo se me ocurrirá.

13

El primer encuentro

Sergi no se había atrevido a ir a clase. Y no había contestado a ninguna de las llamadas de Mauro. No se sentía a gusto consigo mismo. Todo lo de la noche del sábado había sido demasiado duro como para poder digerirlo sin más. Y encima estaba lo del guionista de *Tabula rasa*.

¿Cómo podía ser que durante meses su vida fuera tan anodina y de repente en sólo dos días ocurriera todo eso?

Había sido genial conocer por internet al creador de la serie justo en ese momento. Mientras hablaba con él, casi había conseguido olvidar la madrugada del sábado.

Ahora la pregunta que se hacía es si se atrevería a quedar con él. El guionista era demasiado mayor, ¿no? Atractivo, sí, pero nunca se había imaginado liándose con alguien de treinta años. Sergi, además, había quedado muy pocas veces con desconocidos por internet. Dos, para ser exactos. Y no había ido del todo mal,

pero tampoco se sentía con muchas ganas de repetirlo. Demasiados nervios, demasiadas expectativas para lo que había sido después. Y, desde luego, no se había atrevido a llegar muy lejos. Les había besado y metido mano, pero cuando los otros le quisieron penetrar, a él le entraron todos los miedos y no lo permitió.

En otro momento de su vida con el guionista no hubiera cruzado más de cuatro palabras, pero ahora, después de lo del sábado, tal vez era el momento de aceptarse, de dejar atrás otro tipo de anhelos, con Mauro, por ejemplo, y empezar a vivir su propia sexualidad. Sobre todo para que no se volvieran a

repetir situaciones como la de esa noche, tan nocivas, tan perversas, en la que él había acabado aceptando sólo por el deseo de estar pegadito a Mauro, porque sabía que era la única manera que tendría en la vida de estar en contacto con su piel. Pero el precio había sido demasiado alto. Y se sentía asqueado consigo mismo. Lo que habían hecho estaba mal, muy mal. Tan mal que hasta podía ser delito.

Así que tenía que ser valiente y atreverse a quedar con el guionista. Pero tenía dudas. No sabía si le acababa de gustar. Y añadir otra relación frustrante a su corta carrera sentimental no era lo que más necesitaba. Cuando ya estaba

casi pensando en decirle que no, que tal vez más adelante, recibió un mensaje de texto. Iba a ignorarlo porque se imaginó que sería Mauro de nuevo, pero entonces se dio cuenta de que se trataba de Quique, el de *Tabula*. Lo leyó: «Sergi, no sé si nos podremos ver hoy. Problemas en el curro. Luego te digo. Sorry».

Y de repente, que el guionista le diera largas le molestó muchísimo. Y, sobre todo, acrecentó sus ganas de conocerle. «Ahora soy yo el que quiero».

Sergi se conectó al Skype, con la esperanza de encontrarlo, pero no le vio. Fue a la nevera a coger algo de

merendar. Su madre le había puesto post-its por todos lados. Se había ido a trabajar y le había dejado en casa, enfermo, con gran cargo de conciencia. De ahí la profusión de post-its cariñosos y llenos de culpa. Sergi se sintió un poco mal por hacerle creer que estaba tan enfermo como para no ir a clase. Pero la otra opción, la de presentarse delante de Mauro y los demás... No, aún no. Aún no estaba preparado.

Volvió al ordenador. Nada. Quique seguía sin conectarse. Qué rabia. Para hacer tiempo decidió volcar en el disco duro todo lo que había grabado con la cámara en la fiesta. Y entonces se dio cuenta de que no había cogido el *skate*

de la casa de Mauro. Así de trastornado debía de estar la madrugada del sábado para que se olvidara de sus dos bienes más preciados: la tabla y la cámara. Tenía que recuperarlos cuanto antes. Llamaría a Mauro y le diría que se las llevara al día siguiente a clase. Sí, sería lo mejor. Además, no podía alargar durante más tiempo la enfermedad y, antes o después, debía enfrentarse a sus amigos y a todo lo que había ocurrido.

Una hora después el guionista se conectó al Skype.

—Ya he acabado, lo siento. Ha sido un día durísimo —le dijo Quique.

—No pasa nada.

—¿Nos vemos? ¿Te vienes hasta el centro?

Sergi miró el reloj. Su madre llegaría de trabajar en dos horas. Y tenía que estar en casa para entonces.

—No tengo ni dos horas.

—Mejor dos horas que nada, ¿no? Yo tampoco tengo mucho tiempo, que me espera una noche pegado al ordenador reescribiendo entero un capítulo. ¿Te doy la dirección de mi casa?

Sergi asintió. Y aunque se juró a sí mismo que sólo iban a charlar y que no le iba a dar ningún tipo de señal que el guionista pudiera malinterpretar, Sergi se duchó a conciencia. Antes de ponerse su camiseta naranja preferida, tenía

muchas de ese color, pero sólo una era la que guardaba para las ocasiones especiales, se miró en el espejo. Al ver que en el pecho le nacían cuatro pelos mal puestos decidió cortárselos. Sonrió satisfecho al comprobar el resultado final. No es que nadie fuera a verle desnudo, y menos el guionista, pero por si las moscas.

Sergi se bajó en la estación de metro de Tribunal. Miró el mapa en el móvil para no perderse. Conocía el barrio de Malasaña, pero no lo suficiente como para llegar a un sitio concreto de la manera más rápida posible. Bajó por San Vicente Ferrer y, sin estar del todo seguro, giró a la

izquierda en la calle San Andrés. La plaza del Dos de Mayo tenía que estar cerca. Cuando estaba a punto de preguntar, se dio cuenta de que ya había llegado. Buscó el número del portal y cuando estaba a punto de llamar al telefonillo, se lo pensó. ¿Estaba seguro de querer dar ese paso? Aún podía volver por donde había venido, inventarse cualquier excusa y retrasar el momento del encuentro. No se decidía. Qué rara era a veces la vida, pensó. Aquí estoy, a punto de conocer al creador de la serie con la que más veces me habré pajeado y no sé qué hacer. Él siempre había fantaseado con la idea de conocer a alguno de los actores que

interpretaban a los dos personajes gays. La de veces que se había imaginado en la cama con ellos. Y no es que ahora lo fuera a conseguir, porque con quien había quedado era con el guionista, pero también le apetecía conocerle. Desde luego, nunca había fantaseado con tirarse al creador de la serie, entre otras cosas porque hasta el día anterior no le había puesto cara y tampoco estaba seguro de querer hacerlo ahora. Pero sí que le apetecía conocerlo. Mucho.

En el ascensor Sergi se miró en el espejo. Estaba guapo, sí. La camiseta, ajustada, pero no demasiado, dejaba entrever su cuerpo. Decidió ensayar el

saludo. Sonrió primero con timidez, luego con más seguridad y probó a decir en voz alta:

—Hola, ¿qué tal?

No le convenció demasiado y volvió a repetirlo. Hizo cuatro intentos con distintas modulaciones de voz hasta dar con la adecuada. Sí, ese tono entre casual y seguro le gustaba.

El ascensor se paró. Sergi tomó aire y volvió a mirarse al espejo. «Tú puedes, Sergi. Y si ves que el tío es un cuadro, o que la cosa se pone rara, das media vuelta y listo. Y a las malas, utilizas los puños, que el tío por la cam no parecía muy cachas».

Quique abrió la puerta. En menos de dos segundos ambos calibraron al otro mentalmente. «Tampoco es tan mayor, y no está nada mal», pensó Sergi. «Joder, está incluso más bueno que a través de la webcam», pensó Quique.

—Hola, ¿qué tal? —saludó Sergi, aunque el tono no le quedó exactamente como había ensayado. E hizo un gesto que le delató y que no pasó desapercibido al guionista.

—¿Ocurre algo? —preguntó Quique.

—Eh... no, no... el saludo, que en el ascensor me había salido mejor —confesó el chico.

A Quique le desarmó esa sinceridad, además de encantarle, y no pudo por menos que sonreír abiertamente.

—Te ha quedado estupendo. Entra. Esta es mi casa. Y el que ladra Logan, mi chihuahua asesino.

—¿Asesino?

—No, la verdad es que nunca ha matado a nadie. No sé por qué lo he dicho.

Sergi entró y le gustó lo que vio. Era una casa como de serie de televisión. Espaciosa, tipo *loft*, no había tabiques, y la cocina era de un naranja chillón. La decoración era una mezcla: cosas modernas y antiguas, con paredes

grises, y estaba llena de estanterías, donde había libros, dvds y mil objetos diferentes. Más adelante Sergi bromearía con el guionista diciéndole que no sabía qué le había gustado más, si él o la casa en la que vivía.

Quique sólo era consciente de todo lo que había conseguido cuando veía la reacción de alguien, generalmente más joven, al contemplar su casa y su modo de vida. Necesitaba la mirada de otro para darse cuenta de algo que ya daba por asumido: era un hombre de éxito. Lo había logrado poco a poco, escribiendo una serie tras otra, al principio como escaletista en una serie diaria, y luego de guionista raso en otras ya semanales,

y así hasta llegar a ser el creador y el impulsor de sus propios proyectos, y aunque no todos habían triunfado, tenía en su haber más aciertos que fracasos. No había alcanzado el éxito de un día para otro, había ido subiendo de manera escalonada, y tal vez por eso veía como algo natural el nivel de vida logrado. Por eso necesitaba que alguien con la mirada fresca e impresionable de un chaval le recordara todo lo que tenía. Si le hubieran dicho a la edad de Sergi, cuando vivía en un pequeño pueblo gallego, que a los treinta y seis habría hecho realidad casi todos sus sueños y que estaría ganando diez veces más de lo esperado, no se lo habría creído. Con

lo duro que había sido al principio, sobre todo los dos primeros años después de la universidad. Esos dos años, que Quique llamaba su «época negra», en la que todo parecía salir al revés o, mejor dicho, no salir. Fue la única etapa en la que sintió la ciudad de Madrid como un enemigo y como el sitio más hostil del planeta. Adoraba Madrid y la libertad que le había dado, pero qué dura podía ser cuando la autoestima fallaba y el dinero escaseaba. Y un día, como de casualidad, cuando ya estaba a punto de tirar la toalla, hartado de probarlo todo, de dejar su currículum en todas partes, de pedir favores a amigos, de colarse en rodajes para mendigar

trabajo, apareció en el sitio adecuado en el momento adecuado. Le hicieron una prueba de guion, le contrataron, y a partir de ahí todo empezó a funcionar de manera fluida. Cuando daba alguna charla en las escuelas de cine o en distintas facultades los alumnos siempre le preguntaban lo mismo: ¿cómo conseguiste trabajo de guionista? Y él nunca sabía muy bien qué contestar, había sido un cúmulo de factores, decía, pero sobre todo había tenido suerte. La suerte había sido fundamental. Y luego trabajar y trabajar, claro, y no dejar de aprender y atreverse y ser osado y también amoldarse y saber qué batallas luchar y cuáles no. Pero esa era la parte

fácil. Lo difícil había sido llegar, y por eso entendía tan bien las inquietudes de los alumnos al repetir una y otra vez la misma pregunta: ¿cómo lo conseguiste? Porque era cierto, lo había conseguido, sólo había que contemplar la mirada impresionada de Sergi para darse cuenta.

—Hala, tienes como doscientas series en dvds... Y sin piratear... —se asombró Sergi.

—¿Quieres una cerveza? —le preguntó Quique.

Sergi buscó una respuesta apropiada. La pregunta era sencilla, pero no sabía muy bien qué contestar. No debía beber. Su madre, que tenía el

olfato de un perro policía, se daría cuenta de que había bebido y eso iba a suponer un problema, ya que, en teoría, él estaba enfermo. Pero, por otro lado, quería parecer más adulto de lo que era. Y los adultos nunca se niegan a beber una cerveza a no ser que sean alcohólicos. Y tampoco quería parecer alcohólico.

—¿Quieres o no? Yo sólo me voy a tomar una, que luego tengo que seguir escribiendo y mejor estar sobrio.

—No, gracias. Paso.

—¿Agua, zumo, café, leche?

—Agua está bien.

Quique le sirvió un vaso de agua mientras el chico seguía mirando los cientos de dvds y blue-rays que llenaban las estanterías de madera.

—Y pelis también tienes unas cuantas, ¿no?

—Es parte de mi trabajo.

—Claro.

—¿No te quitas la cazadora? — preguntó Quique.

Sergi asintió y no sólo se quitó la cazadora, sino también el jersey. Y mientras lo hacía, Quique vio parte de su torso desnudo, ya que la camiseta se le había subido hasta el pectoral. No pudo evitar un respingo. Qué cuerpo más bonito. Y ahí, tan al alcance de su mano.

Tuvo que reprimir sus ganas de abalanzarse. También se quedó embobado mirando cómo el pantalón de cintura baja dejaba a la vista unos calzoncillos azules.

—¿Slips? —preguntó.

—¿Perdona? —Sergi no sabía a qué se refería.

—Nada, es que te he visto los calzoncillos al quitarte el jersey y me pareció que eran slips...

—Ah, no —sonrió Sergi—. Son bóxers, de los pegaditos.

—Vale, vamos a cambiar de tema, que de repente se me ha bajado toda la sangre a la polla y no voy a poder ni hablar ni moverme.

—Vas a saco tú, ¿no?

—No te preocupes, me reprimo. A partir de ahora me comportaré como un caballero.

—¿Sí? Pues qué aburrimiento.

Sergi se sorprendió de lo que acababa de decir. ¿Había dicho él eso? ¿De verdad?

—Y tú qué peligro tienes. Como no me ayudes a ser bueno, no respondo de mí.

—Seguro que sí, que sabes contenerte, que estarás muy acostumbrado a meter a chavales en tu casa. Así que tampoco lo flipes.

—A chavales como tú no, ya me gustaría.

—¿Y cómo son los chavales como yo?

—¿Quieres que empiece ya a regalarte los oídos? Pensé que me habías dicho a través del Skype que ya estabas cansado de que te piropeará.

—Tienes razón. Es que no sé qué ve un tipo como tú en alguien como yo.

—Te puedo asegurar que es mucho más raro que alguien como tú se atreva a conocer a un viejo como yo.

—Pareces más joven que treinta y dos.

—¿Te dije que tenía treinta y dos?

—Sí.

—Te mentí. Tengo treinta y seis.

Perdona.

—Ah, bueno, no pasa nada. Supongo. Yo también te mentí. No tengo dieciocho, tengo uno menos.

—¿Menor de edad?

—Tranqui, que a partir de los quince si la relación es consentida, no vas a la cárcel.

—¿Vamos a tener una relación consentida?

Sergi calló y sonrió.

—Lo decía por decir.

—Tranquilo, me gusta como ha sonado. ¿A ti?

—¿A mí qué?

—Si te gustaría esa idea.

—Voy a necesitar una cerveza, creo.

Quique sacó una lata de la nevera y se la pasó. Él cogió otra también.

—Oye, si no nos liamos hoy, ¿te molestaría mucho? —dijo Sergi después de beber un buen trago.

—Tú marcas el tiempo, tranqui. Aunque no te lo creas, estoy en tus manos.

—¿Sí?

—Sí. Para mí, el hecho de que estés aquí es tan increíble que ya con eso me doy con un canto en los dientes. Todo lo que pueda pasar a partir de ahora entrará en la categoría de milagro.

—Pero si no me conoces. Podría ser un asesino.

A Quique le divirtió el comentario.

—¿Eres un asesino?

La mirada de Sergi en ese momento se nubló.

—No.

—¿Y qué oculta el chico misterioso? —preguntó Quique, bastante intrigado ante la reacción sombría del chaval.

Sergi estuvo tentado por un momento de contestar. De vaciar su culpa, de confesar su crimen. Pero no, no era el momento. Aún no.

—Oye, ¿te enfadas mucho si después de la cerveza me voy? —preguntó Sergi.

—¿He dicho algo que no debía?

—No, no... ¿te enfadas?

Quique hizo de tripas corazón. Buscó una respuesta elegante. No quería estropearlo ahora dejándose llevar por la decepción y por la ansiedad. Elegante, sé elegante. Piensa a largo plazo, como un estratega. Si insistes en que se quede, a lo mejor se asusta y lo pierdes para siempre.

—Qué va. Si ya te digo que sólo con que hayas venido ya estoy contento. El milagro ya se ha producido.

—Joder, los tienes que volver a todos loquitos con tanta palabrería.

—Bueno... no siempre. Contigo ya veo que no está funcionando.

—¿Por qué lo dices?

—Porque te quieres ir tan pronto acabes la cerveza. Ojalá seas de sorbitos cortos y lentos.

—¿Con todos eres igual? — preguntó Sergi.

—No, sólo la belleza extrema me vuelve tan locuaz.

—Belleza extrema, anda que no eres exagerado ni nada.

—Soy guionista, ser exagerado forma parte de mi trabajo.

—Y también lo de tener respuestas para todo, ¿no?

—Qué va. Tu ombligo casi me deja sin palabras.

—¿Mi ombligo?

—Soy superfetichista de los ombligos. Y el tuyo es de los que quitan el aliento.

Sergi se levantó la camiseta para verse su propio ombligo y para que el otro lo viera.

—¿Ves? —dijo Quique haciendo como que dejaba de respirar.

Sergi sonrió y hasta que no se puso la camiseta en su posición inicial Quique no respiró.

—Qué payaso —le dijo Sergi sonriendo.

Quique lo había vuelto a conseguir. Había logrado desviar el nubarrón negro del ánimo del chico. Sergi volvía a estar

encantado, envuelto de nuevo en la retórica del guionista. Y embriagado con tanta atención.

—A ver, dime, ¿qué tiene mi ombligo de especial?

—Que es tuyo.

Sergi le miró y sin darse apenas cuenta una sonrisa se dibujó en su cara y tomó una decisión. Osada. Pero, qué coño, le apetecía. ¿Y por qué no ser él quien llevara la iniciativa por una vez? Quique había creado el clima adecuado, se sentía cómodo y se sentía valiente. Y, sobre todo, quería hacerlo.

—¿Sabes? Creo que te voy a besar —dijo Sergi—. Pero sólo para que te calles.

Quique sonrió de pura felicidad.

—Es una buena manera para que me calle, sí.

Sergi se acercó a él y Quique no dejó que se lo pensara demasiado. Se besaron. Y fue un beso estupendo. De los que luego Quique intentaba describir y se quedaba sin palabras. A veces era muy mal guionista. Sobre todo cuando las cosas le salían mejor de lo que esperaba.

—Oye, pero no vamos a follar. ¿Vale? —aclaró Sergi.

—Vale. Lo que tú digas. Te acabas la cerveza y te vas.

—En serio.

—En serio. Lo comprendo. Sería un acto contra natura —sentenció el guionista.

—¿Contra natura por qué? —preguntó con sorpresa Sergi.

—Un viejo follando con un chico perfecto. Seguro que provocamos alguna catástrofe, o que alguna estrella eclosione.

—Deja que decir que eres viejo. Si estás muy bien.

—Y tú no digas que estoy muy bien, porque si no va a ser difícil que me comporte.

—Vale, mejor nos callamos los dos.

Sergi no dejó que le desnudara, y a Quique eso lo puso casi al borde de la taquicardia. Recorrió todo el cuerpo del chico con sus manos, por encima de la ropa, por debajo. Sergi sonrió y movió la cabeza negando.

—Eres más guarro que el suelo, chaval —dijo Sergi.

—¿Qué has dicho? —preguntó Quique sin estar seguro de haberle oído bien—. ¿Más guarro que el...?

—Suelo.

Quique estalló en una sonora carcajada. Nunca había escuchado semejante expresión y se la apuntó mentalmente.

—¿Qué pasa? —preguntó Sergi.

—Que esa expresión me la quedo. La meto esta noche en el capítulo que estoy escribiendo.

—¿En serio?

—Claro.

Sergi se sintió orgulloso. Vaya, algo de lo que había dicho iba a quedar plasmado en un capítulo.

—¿Y qué? —preguntó Quique—. ¿Te gusta o no te gusta que sea más guarro que el suelo?

Sergi se lo pensó antes de lanzar un veredicto.

—No está mal. Pero se puede mejorar.

El chico entonces le imitó, pero con más ganas incluso. Y no dejó ni un palmo del cuerpo de Quique sin tocar. Pero de repente paró, no quería perder el control.

—¿Qué hora es? Me tengo que ir ya.

—Aún no te has acabado la cerveza.

—Tío, es tardísimo. Como llegue a casa y ya esté mi madre, me la lía y con razón. Me voy.

—¿Y si no dejas que te vayas?

—Ya me secuestras otro día, de verdad.

Sergi se puso el jersey y la cazadora y se despidió con un beso.

—¿Cuándo te vuelvo a ver? —
preguntó Quique.

—Pronto. Muy pronto.

Quique cerró la puerta. Y apoyó su espalda en ella: un gesto que siempre escribía para sus personajes, pero que él nunca había hecho. Al darse cuenta sonrió. Dios, iba a estallar de felicidad. ¿Cómo podía tener tanta suerte? Y por primera vez, en los tres años que llevaba de guionista en la serie, dio gracias al cielo, a la vida, al destino, o a quien fuera, por haberle hecho llegar hasta allí. Gracias a *Tabula rasa* había conocido a Sergi. Todos los desvelos,

todas las peleas, todos los malos rollos y agobios habían merecido la pena. Y se sintió tan afortunado que decidió que por nada del mundo quería perder el estatus que había conseguido, porque era consciente de que por mucho que el chico se hubiera sentido atraído por su cuerpo o por su personalidad, seguro que lo que realmente le atraía, o por lo menos le había llevado hasta su casa, era el hecho de que él fuera el creador de *Tabula*. Ni más ni menos.

Así que, con fuerzas renovadas, Quique se sentó delante del ordenador. Tenía un capítulo entero que reescribir. E inundado de tanta alegría empezó a tener dudas sobre matar al pobre

personaje que interpretaba el capullo de Óscar. El chaval tampoco se lo merecía. ¿O sí?

Pensó en llamar a los guionistas y abortar todo el nuevo enfoque de la muerte del chico. Pero se dio cuenta de que realmente a la trama le venía que ni pintado ese giro. Además, así contentaría a la productora y a la cadena. Y de esa manera tendrían serie para rato. Por nada del mundo quería que la serie y su puesto de trabajo peligraran.

Después de nueve horas de intenso trabajo, con dolor de ojos y con los dedos entumecidos de tanto teclear Quique envió el guion en un *e-mail* a

Sandra y al ayudante de dirección con la siguiente nota: «A ver qué os parece esta propuesta. Recuperamos la idea original. Sandra, a lo mejor te vuelves a pensar lo de ponerme una estatua. A la cadena le va a encantar».

Quique no podía ser consciente de que otra ficha de dominó acababa de caer. Y de que aquello iba a ser imparable.

14

Petra y Pablo toman una decisión

I

Petra y Pablo estaban sentados en silencio en la cocina. Con toda la información obtenida de Nerea habían intentado hablar con Asia, pero esta seguía sin decir palabra, sólo lloraba.

«¿Hija? ¿Qué te dieron? ¿Tú querías hacer todo eso?». «No... no sé». «¿Dijiste que no al menos?». Pero Asia había sido incapaz de soltar una palabra más. Y la habían dejado en la cama.

En la cocina, Pablo, sobrepasado, de pronto rompió a llorar. Petra al verlo sintió como si algo se le rompiera por dentro. No esperaba que su exmarido reaccionara así.

—No llores, por favor.

—¿Cómo has permitido que pasara algo así? —le espetó Pablo con todo el rencor del que fue capaz.

Petra sintió cómo esa acusación se le clavaba en lo más hondo.

—¿Yo? ¿Crees que es culpa mía?

—Tuya y de la vida que llevas, a saber qué verá en casa.

—¿Pero qué coño estás diciendo? ¿Pero tú qué crees que hago yo en casa?

Pablo calló. Era mejor no seguir por ahí.

—¿Y por qué dejas que vaya con esa zorra? ¿Has visto como iba vestida?

Pablo sabía que aquello no servía de nada, que estaba siendo injusto, pero la ira le estaba devorando y tenía que pagarlo con alguien. Petra lo miró con asco.

—¿Y de los desgraciados que le han hecho eso no vas a decir nada? — preguntó Petra.

—Los desgraciados pensaban con la polla, y la malnacida de su amiga con... pero tu hija no se quedó atrás, por lo que se ve.

—¿Qué me estás diciendo Pablo? ¿Que nuestra hija es una puta y como es una puta se lo merecía?

—¡No! No estoy diciendo eso de mi hija. ¡No! Pero ¿cómo ha pasado? ¿Cómo ha podido pasar? ¿Cómo se les ocurre meterse en un *jacuzzi* y alentar a cuatro a que...? ¡Joder! Antes no era así. ¿Y qué clase de monstruo es su amiga?

Petra calló. Y Pablo, desesperado, empezó a echar balones fuera, a buscar culpables en cualquier sitio. Si no podía

culpar a su hija, si no podía culpar a los chicos, si no podía culpar a su exmujer, a alguien tendría que echar la culpa.

—Es... es la mierda de modelos que tienen a su alcance, en la publicidad, en esas revistas de mierda que leen, en la tele, ¡joder! ¿Por qué coño le permites ver esa serie que es una bazofia? Yo vi un capítulo con ella y aluciné. La protagonista, esa Raquel o Rebeca que tu hija admira tanto, es una buscona de mierda. Igualita que su amiga, por eso se juntará con ella.

—¡Qué tendrá que ver...!

—Algo debe de tener que ver, entre otras cosas porque tu hija se ha tatuado lo mismo que ella y porque lo primero

que ha hecho al llegar a casa ha sido arrancar todos los pósteres de la serie. Algo debe de tener que ver.

Petra calló. Es verdad que su hija admiraba a los personajes de esa serie. Es verdad que se había hecho el tatuaje a escondidas. Todo eso era verdad. Pero también que acababa de cumplir dieciséis años y que estaba explorando, forzando los límites, eso era inevitable. Y tenía que darle la razón a su ex, ella tampoco entendía cómo había podido llegar tan lejos. Y sí, en el fondo también creía que Asia se había metido en la boca del lobo. Sin que nadie la apuntara con una pistola. La pistola ya la llevaba ella tatuada.

—Esos desgraciados no se pueden ir de rositas. Siempre los podemos denunciar —dijo Pablo.

Petra asintió. Tal vez fuera lo único que podían hacer.

—Pero no va ser fácil que paguen —continuó diciendo Petra—. Tú mismo lo estabas diciendo, que no está claro lo que pasó.

—Ya...

—Ella solita se metió en el *jacuzzi*. Ella y su amiga alentaron el juego, y ni siquiera dijo que no. Ni yo sé si eso es violación. La vamos a exponer a un escarnio público para nada.

Tenían que decidir lo mejor para su hija. Tenían que pensar con frialdad y serenidad. No dejarse llevar por la ira.

—Pero la drogaron y la forzaron —
sentenció Pablo

—¿Ahora lo ves claro?

—No sé... no sé...

—Ni siquiera ella ha utilizado esas palabras... —insistió Petra.

—Porque está en estado de *shock*, supongo...

Pablo no tenía respuestas. Y se acabó contagiando de la incertidumbre de Petra. Y de repente, sin ser muy consciente, tomó una decisión que ni él mismo habría pensado tomar si alguien le hubiese contado todo aquello como

una historia ajena. Pero la historia sí había ocurrido y le había ocurrido a su hija.

—Tienes razón, ella no ha dicho que la hayan violado. Quizás sea mejor así.

En ese momento, Rómulo abrió la puerta de casa con las llaves que recientemente su madre le había dado. Y llegó a escuchar esa última frase. ¿De qué estaban hablando? ¿A quién habían violado? ¿Y qué significaba violar? No lo tenía muy claro. Y esa noche en la soledad de su habitación lo buscó en internet. Primero en la Wikipedia.

VIOLACIÓN. El término violación significa, en lenguaje general, «infracción» o «transgresión», por lo que es común emplearlo como sinónimo de «quebrantamiento», sobre todo como parte de términos como *violación de domicilio*, *violación de correspondencia*, *violación de contratos*, entre otros. Sin embargo, se usa sobre todo para referirse a casos en el ámbito de la conducta sexual humana y para indicar que ha existido un quebrantamiento de origen sexual, el cual menoscaba la dignidad humana y atenta contra el derecho de libertad sexual. Así pues, *violación* se define, desde el punto de vista de la sexualidad, como todo aquel contacto sexual con cualquier persona que, por alguna razón, no puede (incapaces mentales, menores de edad, personas que se encuentran en estado de inconsciencia)

o no quiere dar su consentimiento.

Y luego, como siempre tenía muy presente la amenaza de su profesora cuando les decía que si copiaban de la Wikipedia un trabajo ella se iba a enterar y los iba a suspender, porque la Wikipedia no es fiable, buscó la definición en la RAE.

VIOLACIÓN. Acción o efecto de violar.

Y entonces buscó «violar».

VIOLAR. 1. tr. Infringir o quebrantar una ley, un tratado, un precepto, una promesa, etc. 2. tr. Tener acceso carnal con alguien en contra de su voluntad o cuando se halla

privado de sentido o discernimiento. 3. tr. Profanar un lugar sagrado, ejecutando en él ciertos actos determinados por el derecho canónico. 4. tr. Ajar o deslucir algo.

Rómulo, a sus once años, no entendía por qué sus padres estaban hablando de eso. ¿Su hermana había profanado una iglesia? ¿Había infringido una ley? Pero recordó que por la frase que había escuchado era algo que le habían hecho a ella. Algo sexual que le habían obligado a hacer. Rómulo se quedó muy preocupado y con ganas de ayudar a su hermana como fuera, pero sería más adelante. Ahora había entrado a casa por otra razón.

—Venía a buscar la tabla de *skate*, ¿puedo bajar con Nano a la calle?

Los padres le miraron como si les hubiera pillado en una falta o en medio de un polvo. Y Petra respondió sin dudar:

—Claro, pero antes de las ocho en casa.

Rómulo asintió y con el mismo sigilo con el que había entrado cogió la tabla de su habitación y se marchó.

—¿Tú crees que habrá escuchado algo? —preguntó Petra.

—Espero que no.

Pablo continuó con el hilo de la conversación. Esos dos minutos de interrupción de su hijo le habían dado

tiempo a reflexionar.

—Tal vez se les fue la situación de las manos. A ella la primera. A lo mejor le resulta más fácil vivir con eso que con la idea de que cuatro hijos de puta la violaron —dijo.

—¿Quieres que no los denunciemos?

La conversación empezaba a volverse esquizofrénica de tanto marear la perdiz, ahora sí, ahora no. Cambiaban de opinión cada dos segundos, como si se fueran turnando en el papel de fiscal y de abogado defensor. Con la esperanza, inconsciente, de que si repetían y repetían las mismas preguntas pero en

una boca diferente cada vez, acabarían por encontrar un resquicio, un poco de luz.

Petra no estaba preparada como madre para enfrentarse a una situación semejante. Ella siempre había defendido firmemente la idea de que los agresores han de ser denunciados, que ninguna violación o paliza debe silenciarse. Pero ahora, enfrentada a este hecho concreto, a algo que le había ocurrido a su hija, a su propia hija, no sabía cómo proceder. ¿Qué era lo mejor? Si ni siquiera estaba segura de lo que había pasado.

—No lo sé. Te juro que no lo sé. —

Pablo se levantó y se puso a dar vueltas por la cocina como un león enjaulado. Necesitaban tomar una decisión. ¿Por qué era tan difícil? Y de repente, un pitido en el móvil de Asia anunciando la llegada de un mensaje le dio la respuesta.

—Es de Mauro. Voy a leerlo.

Pablo lo abrió: «Nerea dice k stas rayada. Tengo tu foto en bolas. Mejor que se quede todo entre nstros. Ok?».

Y ahí estaba la señal que estaban esperando.

—Este hijo de puta está amenazando a nuestra hija. Se acabó. Ahora mismo vamos a comisaría a

denunciarlos. Se acaba de hacer él solito el haraquiri.

Petra negó.

—Espera, Pablo, pensemos.

¿Vamos a tomar la decisión por ese mensaje?

—Claro, la está amenazando. Los tenemos. Vamos a comisaría.

—Y si...

—¿Qué? —preguntó Pablo perdiendo la paciencia.

—No sé... no sólo se lo hicieron a nuestra hija, también estaba Nerea, ¿no deberíamos hablar con sus padres para ver si quieren poner también una denuncia?

—¿Pero tú has visto cómo ha hablado por el chat? Si esa inconsciente está encantada de su hazaña. Y se la ve de todo menos afectada. Es nuestra hija la que está hecha un ovillo en su cama, la que ha sido incapaz de nadar en la competición y no hace otra cosa que llorar.

Pero Petra insistió:

—Pues yo tengo que hablar con sus padres. Si no quieren denunciar, al menos tienen que saber lo que ha ocurrido.

Y sin darle a su exmarido la oportunidad de replicar marcó el número de teléfono de la casa de Nerea.

—Hola, soy la madre de Asia. Sí, sí, ya ha aparecido, gracias. Sí, precisamente de eso les queríamos hablar mi marido —rectificó en el acto—, mi exmarido y yo. No sé si su hija Nerea les habrá contado algo...

Y Petra, con el puño cada vez más cerrado, tanto que se estaba clavando las uñas en la palma de la mano, empezó a relatarles lo que había averiguado de la noche fatídica.

—Y por eso nosotros vamos a denunciarles. Porque abusaron de dos pobres criaturas.

Petra calló y escuchó lo que la mujer al otro lado del teléfono le decía.

—Sí, entiendo que tienen que hablar antes con su hija, claro. Y sí.. sí... — la conversación se estaba volviendo muy incómoda y complicada—, entiendo que es difícil de aceptar, nosotros aún lo estamos digiriendo. Pero, si quiere, no tenemos ningún problema en ir hasta allí con nuestra hija y sentarnos con su marido y las niñas y hablarlo. —Petra vio cómo Pablo negaba. Así que enseguida añadió—: Pero ya le digo que mi marido quiere ir a la comisaría y poner una denuncia. —Pablo asintió, complacido—. Ya, entiendo, claro, sí. Muy bien, pues llámeme cuando hayan decidido algo. Sí, sí... Adiós.

Petra colgó el teléfono y miró a Pablo negando con la cabeza.

—Me parece que no me ha creído ni una sola palabra, no sé si la pobre estaba en estado de *shock* como nosotros o simplemente piensa que me he vuelto loca.

—¿Y qué esperabas?

—Pues que se comportara como una madre.

Como si sólo hubiera una manera de serlo, pensó Pablo.

—¿Y tú crees que Nerea va a confirmarles algo de lo que le has dicho? —reguntó Pablo—. Te aseguro

que no. Porque aquí la única víctima es nuestra niña. Por eso es mejor que vayamos por nuestra cuenta.

Petra seguía dudando.

—Contéstame una cosa —le pidió Pablo—. ¿Tú crees que Asia se habría metido en algo así por sí misma? Contéstame de verdad.

Petra lo pensó durante un minuto largo.

—Pues... ayer te hubiera dicho que no, que ni de risa. Pero ahora... no lo sé, Pablo, te juro que no lo sé.

—Pues yo sí lo sé. Tu hija, nuestra hija, jamás lo habría hecho. La obligaron. Y eso tiene un nombre: violación.

II

Nerea no se lo podía creer. Su madre había entrado en su cuarto para tener una charla de adultos. Así lo había calificado ella. Y eso le hizo temer lo peor, porque jamás en la vida su madre se había dirigido a ella en esos términos. Era una mujer fría, distante, que nunca ganaría el premio a la madre cariñosa del año, a pesar de los cuatro hijos que tenía. O al menos con Nerea nunca había sido especialmente tierna, tal vez por aquello de que había llegado al mundo cuando nadie la esperaba. Era la menor de los cuatro hermanos y se

llevaban mucha diferencia. El que iba antes de ella ya tenía quince años cuando la llorona nació. Así la llamaron durante los primeros años, porque había tenido problemas de salud de manera intermitente pero constante, que si los oídos, que si la garganta, que si el intestino, y luego aquel susto en el corazón. Pero llevaba años con una salud de hierro, aunque de todo aquella infancia metida en hospitales recordaba vagamente a enfermeras más cariñosas que la doctora de bata verde que además era su madre. Alguna vez se lo había echado en cara, con el ánimo de ganar algún favor, pero la madre no había entrado al trapo. «Eres tan hija mía

como los demás, que fueras una sorpresa no quiere decir que no te deseáramos. Así que no vayas por ahí». Y como lo decía siempre desde esa atalaya fría, y de manera elegante, sin inmutarse, no había posibilidad de hacer mella.

Por eso, cuando se sentó en el borde de la cama para tener una charla de adultos, saltaron todas las alarmas. No era su estilo, para nada, y se la notaba muy incómoda y con ganas de acabar con ese trámite cuanto antes.

—Tengo sesenta y un años. Estoy mayor para esto. Nunca me he metido mucho en tu vida, porque siempre has sabido cuidarte. Dime que no tengo que empezar ahora.

—¿Qué pasa, mamá?

—Me ha llamado la madre de Asia, contándome no sé qué historias de una orgía que os montasteis el sábado en casa de un compañero. Dime que esa mujer se medica y tiene delirios psicotrópicos.

—¿Orgía?

—Prefiero no reproducir todo lo que me ha dicho, es demasiado... grotesco. Y no te imagino yo en esa situación... vamos, que no.

Nerea negó con la cabeza.

—Ni caso.

—¿Necesitas que te pida cita para la ginecóloga o...?

—Mamá, no. No delires.

—¿Quieres contarme algo?

—Claro que no.

—Vale, porque a la señora se le ha ido la cabeza y va a poner una denuncia por violación.

—¿Qué?

—Eso le dije yo.

—¿Pero de qué va?

—¿Hubo violación o se propasaron?

—Mírame, ¿tengo pinta de que me hayan violado? Ni caso, mamá.

—¿Tú has hablado con tu amiga?

—Claro.

—¿Y? ¿Está mal o arrepentida de algo y por eso...?

—Qué va, para nada, si no pasó nada, joder. Si eso debe de ser todo cosa de los padres, vamos, digo yo.

—Habla con ella. No quiero que te salpique nada de esto. Y, sobre todo, no me gustaría que tu padre se enterara.

Y sin más, su madre salió del cuarto.

—Joder, joder, joder...

Nerea, sin perder un segundo más, llamó a Asia, pero no le cogió el teléfono. Acto seguido llamó a Mauro.

—Mauro, ¿me puedes decir exactamente cómo te has encargado de arreglar las cosas con Asia?

—¿Por qué?

—Dime qué has hecho.

—Le mandé un mensajito para que tuviera la boca callada.

—Tú eres tonto. Vamos, más tonto y no naces.

—¿Qué pasa?

—Que la has cagado pero bien. ¿Has hablado con Sergi?

—No, no me coge el teléfono. Y hoy no ha ido a clase. Su madre me ha dicho que estaba enfermo, con gripazo. Supongo que de tanta agua del *jacuzzi* —bromeó.

—Sí, eso, tú tómatelo a risa.

—¿Pero me quieres decir qué pasa?

—Que os van a denunciar por violación. Eso pasa.

—¿Perdona?

III

Nerea y Mauro se encontraron en el Zulo al cabo de media hora. El Zulo era el local que solían frecuentar a menudo a la salida de clase. En realidad el bar tenía otro nombre, pero todos lo llamaban así debido a su sótano. Se bajaba por unas escaleras estrechas, estaba mal iluminado y había una diana con dardos y una mesa de billar que casi todos utilizaban para apoyar sus bebidas más que para jugar; de hecho, faltaban algunas bolas, la negra, entre otras. El

dueño, Manolo, a veces se relajaba con el consumo de alcohol y dejaba que, a pesar de su minoría de edad, pidieran cerveza. Otros días, sin embargo, era inflexible.

—¿De verdad que nos quiere denunciar? Vamos, no me jodas... No puede ser. Esa tía es tonta, coño. ¿Pero qué película se habrá montado?

Mauro daba tragos largos a su cerveza.

—Por eso, ahora más que nunca, tienes que hablar con Sergi.

Mauro no entendía esa obsesión de Nerea.

—Qué empeño.

—¿De verdad que no entiendes por qué estoy tan pesada?

—No.

—Tienes que conseguir que diga exactamente lo mismo que todos nosotros. La versión que pactamos.

—¿Por qué no va a decírla? Si es lo que pasó...

—Dudo de que él piense lo mismo.

Y de pronto Mauro tuvo una imagen clara. Todos se lo estaban pasando bien, follando con las dos chicas, pero Sergi estaba un poco apartado, se limitaba a mirar. Estaba desnudo y muy excitado, vamos, que tenía un empalme de narices, pero no se decidía. Había tenido que insistirle para que se acercara. «Venga,

Sergi, no me seas maricón, que esto pasa pocas veces en la vida, coño». Y entonces, sí, por fin se había acercado. Pero dudaba. «Está muy colocada, tío, ¿y si no quiere más?», había protestado el chico. «¿A ver si el que no va a querer eres tú? No me digas que te asusta el coño de una tía». «¿Pero qué dices?». Y Sergi se había aproximado a ella, se le empezaba a poner flácida y no se decidía. Había tenido que ser el propio Mauro quien le llevara hasta ella y le diera un empujoncito para que se la metiera. «¿A que mola? Está ca... cachonda perdida. ¿Ves como sí quiere rabo?». Y entonces ella había hecho una mueca, pero antes de que pudiera

echarse para atrás, Mauro se había acercado al oído de la chica y la había convencido. Y luego había animado a su amigo: «Métesela bien, como a ella le gusta». Y Sergi le había obedecido.

—Sergi participó como todos, ¿no?

—Pero a quien quería follarse era a ti, no a nosotras.

Mauro, al escuchar semejante conclusión, se quedó lívido. No porque le importara que su amigo fuera más de carne que de pescado, sino porque nunca se lo había imaginado. Y esas cosas, así de pronto, cuando no las tienes previstas, siempre chocan. Sobre todo a él, que se creía el más abierto sexualmente de todo el colegio. Y que

no se hubiera dado cuenta de que su amigo, su íntimo amigo... Miró a Nerea intentando averiguar si estaba tomándole el pelo o iba en serio lo que había dicho.

—No digas estu... estupideces. Si se la folló. Y a ti.

—A mí qué va, no pudo. Y si pudo con ella, fue porque te tenía bien pegadito.

—No... no. —Había algo en Mauro que se resistía a creerlo.

—Vale, como quieras. Yo sólo digo que quedes con él y le aclares que todos estábamos en lo mismo. Y que si él no disfrutó, Asia lo hizo por todos.

—Gracias, tía —le dijo de manera sincera—, no sé muy bien por qué haces esto, porque a ti no te van a acusar de nada, pero gracias.

—Lo hago por mí, no te flipes. Lo último que quiero es que esto se airee y mi viejo se acabe enterando. Porque ese no es como la autómata de mi madre, que ella con tal de no ensuciarse ha sido capaz de sobrevolar el tema como si estuviéramos hablando de un suspenso.

—Qué enrollada.

—No, autómata, al borde del autismo.

—Si es doctora, ¿cómo va a ser autista?

—Lo que tú digas, pero no hemos venido aquí a hablar de mi madre. Tú habla con Sergi. Y olvídate de mandarle más mensajitos a Asia, ¿de acuerdo?

—Vale.

Cuando estaban a punto de irse, Mauro le preguntó:

—Oye, ¿y tú crees que vendrá la poli a casa?

—Si os denuncian, claro.

—Joder, joder... La madre que me parió... Y todo por un polvo, coño.

—Por varios, Mauro, por varios. Con drogas, con cuatro tíos... follando a menores...

—Tía, que menores somos todos, que lo dices de una manera que ni que fuera yo un pederasta...

—Es que las cosas sacadas de contexto se pueden ver de una manera muy chunga. Por eso hay que conseguir no llegar a juicio.

Mauro la miró entre fascinado e intrigado.

—Oye, ¿y tú por qué sabes tanto de estas cosas?

—¿Tú no ves las series de abogados?

—¿Salen tías en bolas?

—¿Eh?

—Pues ya tienes mi respuesta. Si no salen tías en bolas, no las veo.

—Tú hazte el gracioso, que en el juicio te va a ayudar muchísimo — ironizó Nerea.

—Que no va a haber juicio, tonta.

—Pues haz lo que sea, pero lo que sea, para conseguir que Sergi esté de nuestro lado.

Mauro aparentó una seguridad que estaba bastante lejos de sentir.

—Que sí, que es mi mejor colega. Que eso es pan comido.

—Tú verás, pero nos jugamos mucho, sobre todo vosotros. No la cagues.

Mauro no se podía creer lo que estaba pasando. ¿Cómo habían llegado a ese punto? Él conspirando con Nerea y hablando de ajustar versiones. Hace tres días su única preocupación era acabar bien el curso y convencer a su padre para que le dejara sacarse el carné de conducir ese verano y ahora tenía que asegurarse de que su amigo de toda la vida, al que según Nerea le iban los rabos, contara lo mismo que él porque los iban a acusar de violación. Dios... Todo esto le venía grande. Mucho. Y cómo se arrepentía de haber llegado tan lejos el sábado. ¿Por qué? ¿Por qué? Aunque lo mejor era hacer caso a Nerea, dejarse de lamentos y actuar. Siempre

había que hacer caso a las tías, sobre todo a las listas. Y bien mirado, todo lo que le había dicho tenía cierto sentido. Mejor prepararse para lo peor y que no hubiera fisuras en sus versiones. Y si Sergi era tan maricón como Nerea decía, habría que hacer lo que fuera para ponerle de su lado. Y Mauro sabía cómo crecerse en las circunstancias adversas. Siempre se le ocurría algo, alguna solución que nadie había pensado, alguna respuesta para una pregunta imposible de un examen. No sabía de dónde le venía ese don, pero el caso es que lo tenía. Así que su mente enseguida se puso a maquinarse algo.

Volvió a llamar por teléfono. Pero el chico seguía sin responder a sus llamadas. Así que decidió presentarse en su casa con el pretexto de llevarle unos apuntes para clase. La madre de Sergi le hizo pasar a la habitación del chico.

—Mira quién ha venido a verte.

Sergi estaba en la cama con el portátil, había llegado hacía menos de media hora, y por los pelos no había coincidido entrando en casa a la vez que su madre. Al ver a su amigo, cerró de golpe la tapa. La madre les dejó a solas, entornando la puerta para darles intimidad.

—¿Qué haces aquí?

—Levántate, anda, necesito que vengas a ayudarme a limpiar los destrozos de la fiesta.

—Estoy malo.

—Qué va. Venga. Tío, que si no me ayudas tú, lo tengo que hacer yo solo y como mis padres vean la que armé allí me la lían.

—Que no puedo salir de casa, ¿qué le voy a decir a mi madre?

—Que necesitas que te dé un poco el aire.

Y mientras le decía esto Mauro utilizaba su mejor sonrisa. La más encantadora. Y ante eso Sergi no pudo negarse.

—Pero no pienso matarme a limpiar.

—Qué no, que con que me hagas compañía me vale.

Ya en la calle, Mauro le pasó el casco de la moto.

—¿Y para ti? ¿No tienes dos?

—No pasa nada. Si llegamos en diez minutos. Y ahora no hay controles.

Mauro se subió en la moto y Sergi le imitó.

—Voy a darle caña, así que agárrate sin miedo.

Al entrar con la moto hasta el jardín en donde habían celebrado la fiesta, Sergi confirmó lo que ya se temía. Había sido una mala idea dejarse convencer por Mauro. No le apetecía nada revivir la noche del sábado, había sido todo demasiado intenso, demasiado raro, demasiado feo. Y él ahora estaba feliz con el encuentro con el guionista, no quería que nada le borrara esa sensación. Por un momento Sergi tuvo la tentación de compartir con su amigo todo lo que le había ocurrido en esos dos días y esa misma tarde. Pero ¿cómo hablarle del guionista sin desvelar el verdadero motivo por el que lo había conocido? No estaba seguro de querer

salir de esa manera y tan pronto del armario.

—Como ves, lo gordo ya lo he recogido yo, apenas queda mucho, pero no veas la pereza que me da. Oye, ¿unos tiros con la pelota antes de ponernos?

Sergi asintió.

—Pero cinco minutos, que se va a hacer de noche y que no tengo yo el cuerpo para correr.

—Que ya no está tu madre cerca, que puedes dejar de fingir.

Sergi cogió la pelota de baloncesto que estaba en la parte del jardín asfaltado que usaban como cancha y que no era más que la entrada del garaje y tiró a la canasta. A los cuatro minutos

estaban sudando como pollos. Sergi corría tras su amigo para quitarle la pelota.

—¿Y si lo dejamos ya? —preguntó Sergi.

—¿Qué dices? Si no hemos hecho más que empezar...

Sergi le arrebató la pelota. Mauro se cabreó o se hizo el cabreado.

—Coño, si es que con esta mierda de camisa no me puedo mover.

Y sin más se la quitó, y también la camiseta que llevaba debajo.

—Así mejor.

Aprovechó que Sergi había tirado a canasta y no había encestado para quedarse con la pelota.

Siguieron así diez minutos más.
Hasta que Sergi paró.

—Oye, ¿no me habías traído aquí para limpiar?

Mauro, sin hacerle caso, tiró a canasta.

—¡Dos puntos más! Menuda paliza te estoy dando, mariquita.

Sergi no entendía a qué venía todo esto. Era absurdo haber ido hasta allí para jugar al baloncesto. Si Mauro no quería limpiar, al menos podían aprovechar ese momento para hablar. De lo del sábado, por ejemplo. ¿O iban a hacer los dos como si no hubiera pasado nada? Cuando la diferencia de

puntuación fue tan alta como para que Sergi no tuviera ninguna opción de alcanzarlo, Mauro paró el juego.

—Se acabó. Va a ser verdad que estás flojo. Me voy a dar un agua... ¿quieres beber algo? He metido en la nevera del gimnasio las botellas que quedaron. Ven.

Mauro entró en el gimnasio. Sergi le siguió, mentalizándose para lo que pudiera sentir al entrar. Pero así, a la luz del atardecer, en nada le recordaba a la noche del sábado. Mejor. La tabla de *skate* seguía allí, luego tendría que acordarse de cogerla. Mauro le pasó una Coca-Cola fría y se quitó lo que le quedaba de ropa, quedándose desnudo

delante del chico. Con sus abdominales, sus poros sudando, sus brazos musculados, su espalda ancha, su cintura estrecha, esas piernas con tan poco pelo... Y esa polla que hasta sin estar empalmada era bonita, joder. Sergi apartó la vista. Desde luego, el día estaba siendo raro.

—Qué fiestón el sábado, ¿eh? Tenemos que repetirlo pronto, antes de que mis padres sigan con la obra y nos obliguen a mudarnos aquí.

Sergi calló.

—Fue un gustazo total. —Mauro acompañó sus palabras con un movimiento de pelvis, como si estuviera

follando con una de las chicas—. Fue la caña de España.

Sergi intentaba aparentar serenidad. No quería ver a su amigo desnudo, temía que su cuerpo reaccionara y le jugara una mala pasada.

—Yo hoy me he hecho dos pajas ya pensando en lo del sábado. —Siguió diciendo Mauro—. Y mira, es hablar de ello y se me pone morcillona. —Le sonrió con camaradería—. Tenemos que repetirlo pronto.

Sergi se limitó a asentir. Mauro le miró durante dos segundos y luego se metió en el *jacuzzi*.

—Qué gustazo... ¿Te metes?

—No sé...

—Tranqui, que no te voy a pe...
petar el culo...

Sergi no entendía nada. ¿Qué coño estaba pasando? ¿Le estaba tendiendo una trampa? ¿O probándolo? ¿Habría sospechado algo el sábado? ¿Acaso sabía algo de su encuentro con el guionista? Pero eso era imposible. Así que se dejó llevar, con Mauro siempre era lo mejor.

—No tengo bañador.

—Tío, que antes de ayer sólo me faltó comértela. Que somos tíos, hostia. Y será que no te he visto veces en bolas.

Sergi no se decidía.

—Si cupimos seis, para dos hay sitio de sobra —dijo Mauro con la mejor de sus sonrisas.

Sergi entonces se desnudó lo más rápido que pudo y se metió en el agua confiando en que su amigo no se diera cuenta del empalme. Se tenía que haber hecho una paja después de su encuentro con Quique. Eran demasiadas emociones para un solo día y sin haber descargado.

—¿A que mola? La de guarradas que hicimos aquí... —dijo Mauro.

—Ya.

—Te las follaste bien a las dos, ¿eh? Estaban encantadas.

—Bueno...

—¿Y sabes qué? Yo contigo tenía mis dudas... vamos, ya sabes lo que se dice por ahí...

—¿Qué se dice?

—Hostia, pues que... que te van más los culos que los coños.

—¿Quién dice eso? —se alarmó Sergi.

—Tranqui, que ya... lo dejaste claro. Y como alguien diga lo contrario, aquí estaré yo para defenderte siempre. Eso es lo que hacen los amigos.

Sergi asintió. No entendía adonde quería llegar.

—Si tú tuvieras que contarle a alguien la no... noche del sábado...

—No se la voy a contar a nadie...

—Bueno, pero si tuvieras... ¿qué dirías? Que nos lo pasamos bien todos, ¿no? Sobre todo ellas, cuatro para dos. Las hay con suerte... ¿no?

—Sí.

—¿Ninguna duda?

—¿Sobre qué?

—Sobre lo bien que lo pasaron. Yo es que me las imagino ahí abiertas y... buf... me pongo a mil, ¿a que sí?

Y entonces Mauro metió la mano debajo del agua y le tocó la polla a Sergi. Este dio un respingo.

—¿Ves? Tú también estás duro. Si es que no es para menos... Lo pasamos de puta madre... Qué tías... Cómo disfrutaron...

—Sí. Mucho...

—Sobre todo Asia... con ese coñito...

—Sí —claudicó Sergi—.

Supercerda.

Esa era la respuesta que Mauro quería escuchar.

—Guachi. Es que a lo mejor empiezan a hacer preguntas, ¿sabes? Y mejor que todos tengamos bien claro lo que pasó. Y cómo disfrutaron.

—¿Quién va a hacer preguntas?

—No sé, ya sabes, imagínate que se corre la voz de esto. Que es lo más normal, porque una cosa así no pasa todos los días, y sobre todo nosotros, los tíos, somos mucho de largar.

—Yo no voy a decir nada.

—Que no lo digo por ti, pero imagínate que llega a oídos de los padres de Nerea o de Asia... y a saber cómo se lo toman. Porque a los nuestros les daría igual, somos tíos, pero ya sabes cómo se ponen de protectores con ellas. Que se creen que tienen princesitas en casa, como si ellos no se hubieran follado pero bien y guarramente a sus mujeres. ¿O los hijos de dónde vienen? Pues de unos padres ciegos de alcohol y con unas ganas locas de mojar.

Y entonces Sergi entendió lo que había pretendido Mauro al llevarlo allí. Simplemente quería asegurarse de que

estaba de su lado, de que iba a contar la misma versión llegado el caso.

—Por eso tenemos que tener claro lo que pasó. Y si alguien nos pusiera en la situación de contarlo, pues contar la verdad, ¿no? —dijo Mauro mirando a su amigo fijamente a los ojos.

Y claro que Sergi sabía lo que su amigo quería que dijera. La verdad de Mauro, la versión sesgada de lo que había pasado. Y lo que se jugaba si su versión difería de la de su amigo. Este les contaría a todos que él era una nenaza, un maricón de mierda y un traidor hijo de puta. El otro se lo había

dejado muy claro. Ahora sólo tenía que decidir qué verdad contar si la cosa se ponía chungu.

15

La denuncia

I

Asia no quería ir a comisaría. Le parecía un disparate esa idea de sus padres. Ella no quería poner ninguna denuncia. Y menos ahora que Mauro le había pedido una cita. Ni de risa, vamos.

—No voy a ir. No me violaron.

—Asia, cariño, ni tú misma sabes muy bien qué ocurrió. Si no te acuerdas apenas.

—Pues entonces ya está, si no me acuerdo, no pasó. Fin de la historia.

—Ojalá fuera tan fácil, cariño. ¿Has visto cómo estás?

Y en eso su padre tenía un poco de razón. Porque por mucho que dijera que no, su cuerpo se estaba rebelando, y ella, además, estaba actuando como una tarada. Decía una cosa y se convencía de ello, pero luego se quedaba bloqueada delante del agua sin poder saltar o seguía sin unir las piezas de

aquella noche fatídica. Y el beso de ese mediodía de Mauro también le había sabido muy amargo.

—Deja que decidamos nosotros. Somos tus padres.

—No, no.

Y aunque pudieran tener razón, ella seguía resistiéndose. Todo eso iba a ser un lío y la iban a hacer pasar por una vergüenza horrorosa y si sus padres denunciaban, ya se podía ir olvidando de Mauro.

—Rebeca denunció —le dijo la madre.

Pablo no supo cómo tomarse ese comentario de su exmujer. ¿Estaba hablando de la chica de la serie? Qué

torpeza más grande. Pero al ver cómo Asia salía del letargo y cambiaba su expresión, tuvo que admitir que tal vez no fuera tan mala idea. Y decidió no perder esa oportunidad.

—Vamos a comisaría. Simplemente les cuentas lo que recuerdes. ¿Qué te parece si a partir de ahí vemos qué dicen y lo que piensan ellos?

Y ella accedió. A la policía no le iba a contar nada. Iba a ser tajante, negaría de manera firme que la hubieran forzado. Así a Mauro no le pasaría nada. Y así aún tendría una oportunidad con él.

Pero las cosas no salieron como pensaba. Asia deseó poder olvidar toda la noche del lunes. El interrogatorio con los dos policías y ese fiscal. Todos tan amables, pero haciendo preguntas que no sabía cómo contestar. Y toda la firmeza que había jurado aparentar se estaba resquebrajando. A cada nueva pregunta se sentía más tonta, más indecisa e indefensa, aunque hizo un esfuerzo por no venirse abajo y acabó asegurando que todo había sido consentido. Todo.

Y luego, en el hospital, con aquella forense. Qué mujer más extraña, tan distante, tan desagradable, por más que utilizara palabras amables. Se había

sentido intimidada al principio, pero luego había sacado su lado más descarado, sin saber muy bien por qué. Tal vez para rebelarse ante ella y ante la situación. Como si quisiera que la mujer pagara lo horrible que estaba siendo esa pesadilla.

—Deja aquí tu ropa.

—¿Me tengo que desnudar del todo?

—Tengo que verte, sí. Pero ponte esa bata para que te sientas más cómoda.

Asia se desnudó rápidamente, tiró la ropa al suelo y rechazó la bata que le ofrecía. La forense, de manera involuntaria, se quedó mirando el tatuaje y ella lo ocultó con la mano derecha.

—¿Es reciente?

—Sí.

—¿Y te estás haciendo curas? Está un poco irritado, no dejes que se infecte.

—¿Le gusta?

—Siéntate ahí, por favor. ¿Cómo te hiciste esta herida en la rodilla?

—Nado. Las nadadoras también nos hacemos heridas.

—¿Y en las plantas de los pies?

—Corriendo sin tacones. No se lo aconsejo.

—¿Te importa tumbarte?

Y mientras Asia se tumbaba vio cómo la forense cogía un aparato cilíndrico, de esos que usan los ginecólogos y siempre están fríos. Le

pidió que abriera las piernas. Que no pasaba nada, que iba a durar unos segundos nada más.

—Ah...

—¿Te duele?

—Molesta un poco. Tengo un poco irritado todo eso.

—¿Te has duchado?

—Sí, claro. Fue hace dos días.

—¿Eyacularon dentro?

—Supongo. Pero me tomé la píldora del día después.

La forense siguió hurgando allí abajo, deteniéndose más segundos de los prometidos. Asia quería que le quitara ya ese aparato.

—¿Va a durar mucho?

—Ya está —le dijo mientras dejaba el cilindro metálico en la mesa.

Asia vio que anotaba algo en una hoja. Y entonces se le ocurrió la pregunta. Que era la pregunta de la noche. Y tal vez ella podía sacarla de dudas.

—¿Me han violado?

A la forense le pilló con el pie cambiado. Y tuvo que tirar de su profesionalidad para contestar.

—Yo sólo me encargo del análisis forense. De constatar cualquier signo de agresión. Pero más allá de eso, me temo que la respuesta la tienes tú.

¿Qué preguntaría Rebeca en esta situación? En el capítulo de la violación no había ninguna secuencia con una forense, pero Asia se podía meter en la piel de Rebeca. ¿Qué preguntaría la chica? Y entonces se le ocurrió.

—Los forenses analizan cadáveres, ¿verdad?

—Sí.

—Y a un muerto no se le puede preguntar lo que le han hecho. —Y ahora venía el golpe maestro. La pregunta de la que la mismísima Rebeca estaría orgullosa—. Imagínese que soy un cadáver, ¿a qué conclusión llegaría?

La forense, con desgana y tirando de profesionalidad, decidió seguirle la corriente.

—Es una lástima que hayan pasado dos días. No aprecio señales de desgarró en la vagina, aunque la tienes irritada. La zona del pubis corre riesgo de infección, pero es por el tatuaje. ¿Te puedes dar la vuelta? Y pon las rodillas aquí, por favor, sobre la camilla. Abre un poco las piernas.

Asia obedeció. Y la forense utilizó sus manos para abrir sus nalgas. Y con uno de sus dedos palpó su ano después de observarlo con detenimiento.

—Tampoco hay desgarró anal. Una leve quemadura.

—La cera. Tampoco se lo aconsejo.

La forense examinó con detenimiento el resto de su cuerpo, pero no observó ningún hematoma, ni ningún corte o herida.

—¿Te duelen las costillas o al toser?

—No.

—¿Algún dolor en alguna parte?

¿Al caminar, al orinar?

—No.

—Bien, pues ya puedes vestirte.

Hemos acabado.

Mauro estaba cenando con sus padres. Llevaba más de media hora buscando el momento oportuno para contarles lo que había pasado y lo que iba a ocurrir. Sabía que era mejor que se enteraran por él, porque así les podría tener de su lado. Contarles su versión antes de que la policía le obligara a hacerlo, porque luego siempre sonaría a excusa. Ahora tenía la oportunidad de ganar algo de terreno. Pero no era fácil. En su cabeza había enfocado el tema de distintas maneras posibles. Y ninguna le convencía. Aun así, tenía que decidirse, hacerlo ya. Claro que siempre cabía la posibilidad de que Asia y sus padres no

interpusieran la denuncia. Seguro que al final cambiaban de idea. Para qué hacer pasar a su hija por algo así.

Mauro tenía que contarlo ya, pero su padre no dejaba de hablar del decanato, que todo estaba ya casi decidido, que iba a ser el próximo decano, que incluso el rector lo apoyaba.

—Estoy a esto, a esto, de conseguirlo. ¿Cuántos años llevo esperando algo así?

—Qué bien, cariño —dijo su esposa.

—Les han encantado mis propuestas, y que en una universidad tan conservadora como esta sean capaces de

abrirse al futuro, y que confíen en mí, en mí, es...

Mauro decidió entonces esperar hasta el día siguiente para contarles lo ocurrido. No era el momento. ¿Para qué estropear el momento de euforia de su padre? Y además, de esa manera, tendría tiempo para elaborar un discurso coherente. Enmascarar los hechos para poder quitar hierro al asunto y para presentarse a sí mismo más como una víctima que como un verdugo. Y en el peor de los casos, aunque hubiera denuncia, la policía no actuaría hasta el día siguiente. Era absurdo que se presentaran esa noche.

Y justo cuando ya Mauro se estaba relajando, llamaron a la puerta. Su madre se levantó a abrir.

—A estas horas... ¿Quién será? Y no han llamado abajo. Será algún vecino —decidió.

Pero en la puerta no había ningún vecino, sino dos hombres vestidos con americana y vaqueros que se presentaron como agentes de la policía del grupo de menores.

—¿Vive aquí Mauro Núñez?

—Sí, es aquí, ¿qué ocurre?

—Acaban de poner una denuncia contra él y tres chicos más. Tenemos que llevarlo a comisaría para interrogarlo.

—¿Una denuncia? ¿Y por qué?

—Violación a una menor.

Y la madre de Mauro se había quedado lívida. Y el padre, que desde el salón lo había escuchado todo, había mirado a su hijo con estupor y sorpresa.

—¿Qué has hecho? —le preguntó.

—Os lo iba a contar ahora, no es lo que parece, de verdad.

Y Mauro se arrepintió al segundo de semejante respuesta. Así sólo respondían los esposos infieles cuando eran cazados in fraganti por sus esposas. «No es lo que parece».

—Tiene que tratarse de una equivocación —dijo Aurora a los policías.

—Me temo que no, señora. Pueden acompañarle y, una vez allí, se le interrogará en presencia de un fiscal de menores para garantizar todos sus derechos.

La madre les hizo esperar en la puerta y se acercó hasta Mauro, que ya se había puesto de pie.

—Mauro, ¿se... se puede saber de qué va todo esto?

III

El timbre de la puerta acababa de sonar y Nerea se adelantó a su madre para llegar antes que ella y abrir la puerta.

Una mujer y un hombre de entre cuarenta y cincuenta años, vestidos de una manera anodina, preguntaron por Nerea.

—Soy yo.

La madre de la chica se acercó.

—¿Qué ocurre?

—Somos de la policía del grupo de menores, nos gustaría hacerle unas preguntas a la chica. ¿Usted es su madre?

—Sí. ¿Tiene que ser ahora? ¿No podían haber llamado por teléfono?

—Es el procedimiento, señora.

Desde el salón el padre de Nerea preguntó a gritos:

—¿Quién es?

—Unos vendedores de... biblias.

Nerea reprendió a su madre con una mirada.

—¿De biblias? —le preguntó sin alzar la voz.

—Lo primero que se me ha ocurrido —le contestó su madre en el mismo tono.

—¿A estas horas? —gritó el padre desde el salón.

—Ahora les echo, cariño —gritó a su marido, y ya en un tono de voz que fuera imperceptible a más de unos metros de distancia se dirigió a los policías—: Hablemos fuera.

La madre y Nerea salieron al descansillo.

—Miren, todo esto es un error, mi hija ya me lo ha contado todo. Se trata de una cosa de críos que los padres histéricos de su amiga han malinterpretado.

—Nos lo puede contar en comisaría. Pero a ella la tenemos que interrogar. Está implicada en los hechos. Es el procedimiento.

—Está bien, está bien... un segundo... A ver qué le cuento yo a tu padre... —Y miró a su hija amenazadoramente—. Como esto trascienda te mato. Y como se entere tu padre, te mata él.

IV

Durante la madrugada del lunes, los policías y el fiscal de menores fueron interrogando a la chica y a tres de los cuatro chicos.

Las versiones eran prácticamente iguales. Ninguno admitía haber forzado a las chicas, y sí, habían consumido alcohol y drogas, pero no les habían obligado a tomarlas. Y la otra chica, Nerea, había corroborado prácticamente la versión de los supuestos agresores. Y de la supuesta víctima poco habían sacado. Su relato era confuso y, a pesar de la intervención del fiscal intentando

que la chica detallara los hechos de manera pormenorizada, todo fueron ambigüedades.

Sólo faltaba por declarar un chico. Sergi Demetrio. Habían tardado en localizarle, pero por fin estaba allí.

Sergi se cruzó con Mauro cuando este salía de la sala donde le habían interrogado. Mauro le sonrió como queriéndole asegurar que todo había salido bien y que todo marchaba según lo planeado. Pero Mauro se dio cuenta de que Sergi bajaba la mirada. Estaba nervioso, y se le veía dubitativo. Mauro entonces le dio una palmada en el hombro, para infundirle ánimos. Se

estaban jugando mucho. Demasiado. Sergi, coño, no nos falles. No me falles, cabrón.

Sergi entró en la sala. Estaba pálido. Nervioso. Era consciente de la situación. Sabía que si decía lo que Mauro esperaba de él, la policía poco podría hacer al respecto. Se tenía bien preparado el discurso: «Lo pasamos bien, sí, bebimos, sí, follamos, pero nada más. Nadie hizo nada que no quisiera hacer». Pero Sergi también podía hablar de sus temores, de la mirada de la chica, de su manera de decir que no, hasta que Mauro, a saber cómo, la había convencido, ¿o forzado?, para que siguiera adelante. Si contaba

eso, tal vez los metería a todos en un lío. Incluido a él. Y sobre todo a él. No sólo lo llevarían a juicio, sino que Mauro le haría la vida imposible, lo arruinaría socialmente. Entonces, ¿para qué mencionar esa mirada de pánico en Asia? Si además, puede que estuviera exagerando y se la hubiera inventado. Si allí el único que lo había pasado mal había sido él. ¿O no? Pero algo le decía que de haber pasado así, no se sentiría como una mierda. Todo dependía de él. Y aún no había decidido qué hacer. ¿Contar la verdad pactada o mostrar sus dudas?

El fiscal de menores empezó con las preguntas y, al ver que el chico dudaba, que su declaración era un poco más ambigua, menos precisa que la de los otros, le apretó las tuercas. ¿Estaba ocultando algo? ¿O sus respuestas dubitativas se debían a los nervios o al alcohol ingerido, que no le dejaba recordar?

—Sergi, ¿la chica dijo en algún momento que no quería seguir o de alguna manera lo hizo evidente?

Sergi respiró profundamente. Miró al fiscal, luego a los dos policías. Tensó los dedos debajo de la mesa y cerró los ojos antes de dar su respuesta.

16

El actor suplica

A Sandra le había encantado el guion de Quique: solucionaba de un golpe todos los problemas que planteaba la cadena. Atajaba de raíz la trama espinosa de las adicciones y encima creaba un gran final para el personaje de César. Si la cadena lo patrocinaba bien y si no tenían la mala suerte de coincidir en otro canal con algún partido de la Champions o

algún evento impredecible, era probable que ese capítulo batiera récords de audiencia. Al público, por alguna extraña razón, le fascinaba ver morir y casarse a sus personajes. Nada como una boda, por la iglesia por supuesto, o un entierro. Y, por otro lado, que Óscar dejara la serie también iba a ser un alivio en el día a día de rodaje, porque el chico no se acababa de integrar en el equipo y debido a su dislexia le costaba horrores aprenderse los textos, por lo que retrasaba un montón la dinámica de trabajo. Y así como los otros chavales habían ido mejorando a marchas forzadas y desde la tercera temporada ya eran igual de profesionales que los

adultos, a Óscar, a pesar de los esfuerzos que hacía, le costaba muchísimo seguir el ritmo. Y ni siquiera era de los más valorados por el público. Había llegado con ganas de comerse el mundo, pero al final no había podido ser. No era el primero al que le pasaba.

Sandra llamó el martes por la mañana a Quique para felicitarlo.

—¿Ves como cuando quieres puedes? Estoy muy contenta, Quique. Gracias por el esfuerzo.

—Para eso estoy.

—Y perdona por lo del otro día. Me exalté mucho.

—¿Qué pasó el otro día? — preguntó Quique. Era su manera de zanzar el tema.

—Gracias —le dijo con sinceridad Sandra—. Oye, le voy a pasar el guion al abogado de la productora para ver si tenemos algún problema de contrato por cargarnos al personaje a mitad de temporada. Creo que no, creo que está contemplado en casi todos los contratos que podemos prescindir del actor por causas justificadas o exigencias del guion o de la cadena, pero por si las moscas.

—O sea, que si el abogado da el visto bueno, vamos a por esta opción.

—A ver qué dice la cadena, pero yo les he llamado hace un par de horas para contárselo y les ha sonado muy bien.

—Ahora sólo falta contárselo a Óscar y a su representante —dijo Quique—. No te envidio.

Eso era de las cosas peores del puesto de Sandra. Tener que dar malas noticias, y, sobre todo, cuando esas noticias eran despedir a un chaval que se creía el rey del mambo. De repente, le despojabas de la corona de la fama, de los pases vip, de los autógrafos, de un buen sueldo, del reconocimiento popular. Muchos no lo superaban.

—Bueno, vamos a esperar primero a que nos lo confirmen del todo —le dijo Sandra de manera prudente—. Tú, si lo ves o si ves a alguien de la serie, aún no comentes nada. Que no me gustaría que se enterara por otros. Esto se lo tenemos que vender bien para que el pobre no se quiera morir del disgusto.

—Sí, y para que vaya con buena cara al rodaje sus últimos días —dijo Quique de manera suspicaz.

—No seas malvado. Sobre todo es para que el chico no sufra.

—Que sí, que sí. ¿Y a quién le vais echar la culpa esta vez? ¿A la cadena o directamente a mí? —preguntó el guionista.

—Yo siempre protejo a mi equipo. Jamás se me ocurriría decir que ha sido cosa tuya.

—No quieres darme ese protagonismo —sentenció Quique.

—No seas merluzo. Si quieres, le digo que fuiste tú y ahí te apañas con él.

—No, no —se apresuró a decir Quique—. Mejor que sea la cadena quien pague el pato.

—Pues claro. Venga, te dejo. Un besito, y gracias de nuevo. Cuando quieras, te invito a comer.

—Un beso.

Quique colgó muy satisfecho. Había resuelto de maravilla el conflicto. Antes de que la cosa fuera a más y se

enquistara, le había puesto remedio. Por algo le aguantaban sus arrebatos y sus caprichos, porque al final cuando tenía que dar el callo, lo daba. Siempre le decía lo mismo a su equipo de guionistas: «Podéis ser moscas cojoneras si a la hora de la verdad cumplís, arrimáis el hombro, achicáis el agua de la barca que se hunde...», y cualquier otro símil que significara lo mismo. Les decía eso y que eligieran bien las batallas que querían luchar. A veces era mejor ceder en varias cosas y centrarse en pelear un par de ellas muy concretas. Al menos a él esa dinámica casi siempre le había funcionado con la productora y con la cadena.

Orgullosa de sí misma, se abrió una cerveza para celebrarlo. Aún no había comido y no solía empezar a beber alcohol antes de comer, pero la ocasión lo merecía. Volvía a contar con el beneplácito y la admiración de su jefa. Era el mejor.

Sonó el telefonillo de su casa. Y, al descolgarlo, descubrió que al otro lado estaba Óscar, el actor.

—Quique, ¿puedo subir?

—Óscar... ¿te dejaste algo olvidado el domingo?

—No, no, no es eso. ¿Podemos hablar un segundo?

—Claro.

Quique le abrió la puerta un tanto mosqueado. ¿Qué hacía el chico allí? Salió enseguida de dudas.

—Dime que no es verdad, tío. Dime que no me matas en el capítulo ochenta y cinco.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Uno de dirección, no te diré quién, pero me ha pasado el guion.

—Aún no está aprobado. Es una posibilidad que estamos barajando.

—¿Pero me muero de morirme de verdad? —Quique calló—. No me puedes hacer esto, tío. ¿Ha sido por chivarme? Es por eso. Joder, tío. Ya te pedí disculpas. No puedes ser tan cabrón.

—No tiene que ver con eso.

—¿Cómo que no? Me chivo y escribes mi muerte. Más claro agua. Tío, pues no haberme dado la coca. De verdad. Pero que lo siento, que si quieres digo que mentí y que no fuiste tú y que...

—No te deberían haber pasado el guion. Aún no está aprobado. Es provisional.

—Guay, entonces te puedes echar atrás, ¿no?

—Óscar...

—¿Te puedes echar atrás? Por favor... —suplicó el chico.

—No deberías estar aquí.

—Tío, que es mi curro de lo que estamos hablando. Por favor... Tío, no seas tan rencoroso.

—Óscar, que no tiene nada que ver con eso —mintió Quique—. Esa idea ya la habíamos escrito hace meses. Y si la cambiamos fue porque en la cadena no gustó.

—Pues ya está, si no gustó antes, tampoco va a gustar ahora, ¿no? ¿O qué ha cambiado?

—Han despedido al ejecutivo que se empeñó en mantenerte.

—¿Y todos los demás me quieren echar o qué?

—No es eso... Óscar, no es por ti. Las cosas tienen un ciclo. Todo se acaba, igual que se acabará la serie más pronto que tarde. No te lo tomes como algo personal. Eso no te va a ayudar nada.

—Bueno, pues cuando se acabe la serie, me echas. Pero no ahora, joder. Tío, tú tienes poder e influencia. Eres el que manda.

—¿Yo? Ya me gustaría.

—Escribe otro final para ese capítulo en el que yo no muera. Si quieres, te ayudo. Nos ponemos y lo escribimos juntos. En un ratito lo tenemos.

—Óscar... no va a poder ser.

—¿Qué quieres que haga, tío? Dime lo que quieres que haga para que cambies de idea. Si es que no me puedes matar. No puedo morir.

—No es el fin del mundo, Óscar. Hay otras series, pelis... Estás al principio de tu carrera.

—Quique, yo no soy tan tonto como te parezco. Sé las limitaciones que tengo como actor. ¿Sabes cuántos cástings he hecho durante estos meses para otras cosas? Decenas. Y no he gustado. O soy muy joven, o muy alto, o muy bajo, o no doy el perfil... ¿Pero sabes lo que pasa en realidad? Que no me ven, que no les gusto. Por eso necesito quedarme aquí hasta el final. Yo no quiero volver a

poner copas. No tan pronto, al menos. Tenía una vida de mierda. No puedo volver a ella.

—No te pongas dramático, anda.

—Qué fácil es de decir. No eres tú el que pierdes el curro.

Quique calló. Ya no sabía cómo consolar al chaval. Lo entendía, pero así eran las cosas. Lo único que quería es que se fuera de su casa. Cuanto antes mejor.

—Dime qué puedo hacer para que te lo pienses al menos.

—Nada. Lo siento.

—Es porque no te he comido la polla, ¿verdad?

—¿Perdona?

—A Rober estuvisteis a punto de echarlo y al final ahí está. Estuvo de fiesta contigo varios días y... resucitó del coma.

—Eso no lo estás diciendo en serio, ¿verdad?

—Es lo que se dice.

Quique lo miró como si estuviera delante de un ser de otro planeta. ¿Por qué había escrito una serie de adolescentes y no una con personajes adultos? Al menos ahora no tendría delante a un descerebrado como aquel.

—¿Qué? ¿De verdad crees que Roberto sigue en la serie porque me comió el rabo? ¿De verdad lo crees?

—Dime que no —le retó todo chulito Óscar.

—Joder... tío. Todos nos preguntábamos por qué no eras capaz de aprenderte los diálogos y aquí está la razón: eres tonto de remate.

—Oye, tampoco hace falta insultar.

—Óscar, corazón, si quieres saber por qué te vamos a echar, hazte un maratón de todos los capítulos. Las evidencias hablan por sí solas.

Quique se arrepintió al segundo de haber sido tan duro con el chico. Pero le había sacado de sus casillas.

Óscar, como lo que acababa de escuchar era demasiado hiriente para soportarlo, decidió ignorarlo y se aferró

a su idea como a un clavo ardiente.

—Ya, pero Roberto te comió la polla.

—¿Pero se puede saber qué coño hacemos hablando de Roberto?

—Eso, tú desvía la atención. Te cuesta admitirlo, ¿eh?

—Joder, Óscar... A ver cómo te lo explico... Esto de que yo le comí el rabo, ¿te lo dijo él?

—No. Pero lo sabe todo el mundo.

—¿Todo el mundo? ¿Cómo que todo el mundo? Mira, ¿sabes qué? Llámalo y pregúntaselo. Por favor, hazlo. No sé qué hago entrando al trapo, pero ya que estamos llámalo y pregúntale.

—¿Qué? ¿Ahora?

—Sí. Ahora. Y le dices lo siguiente: «Roberto, ¿a ti no te han matado en la serie porque le comiste el rabo al creador?».

—¿Pero cómo le voy a preguntar eso?

—Si has sido capaz de venir aquí a echármelo en cara, no sé por qué no se lo vas a poder preguntar a él. Llámalo.

—Como Óscar no se decidía, Quique le ofreció su móvil—. Toma, llámalo. Su número está en mi agenda: pone Roberto come rabos.

—Tampoco hace falta ponerse así.

—Búscalos, por favor.

Óscar cogió el móvil y buscó el número. Pero no se atrevió a marcar.

—Tío, no voy a hacer esa llamada. Si me dices que no se lo comiste, te creo.

—Gracias.

Quique se tranquilizó un poco y dio varios sorbos a su cerveza mientras intentaba organizar sus pensamientos.

—Óscar, ya sé que estás asimilando todo esto y que estás sobrepasado, pero ¿de verdad creías que el pasaporte para estar en la serie es acostarse conmigo?

Óscar se pensó bien lo que iba a decir. No quería enfadar a Quique más de lo que estaba.

—¡Me parecía una forma de arreglar lo que te hice!

—Viniendo a mi casa y ofreciéndote sexualmente... ¿De verdad?

—A ver... dicho así.

—O sea, que realmente lo pensaste.

—Coño, tampoco es tan raro. Dime que no te quieres acostar conmigo. Que nunca lo has deseado.

—Pero ¿y eso qué tiene que ver?

—¿Ves? ¿Ves? O sea, que tengo razón. Que quieres follarme. Pues, tío, adelante, y te juro que lo negaré el resto de mi vida. Por la cuenta que me trae.

Quique se contuvo para no estrangularle allí mismo o lanzarle una sartén a la cabeza. Respiró hondo. Le

miró y, con toda la calma de la que fue capaz, se dirigió a él.

—¿Quieres que te diga la verdad? Aunque no sé si la vas a soportar o la vas a entender. La verdad es que me encantaría tirarme a César. Pero César no existe, César tiene tu cara, tu cuerpo, y la inteligencia que sale de mi cabecita.

—¿Eh?

—Eso mismo, ¿ves? Cesar habría estado a la altura de esta conversación. ¡Y sobre todo César no habría venido a ofrecerse en plan desesperado!

—¡Porque Cesar no existe! Es ficción.

—Ya lo sé, merluzo, ya lo sé. Por eso no me voy a acostar con él, porque no existe.

Óscar movió la cabeza como intentando atrapar una idea que se le escapaba. Hasta que le resultó obvia.

—Y porque yo ya no quiero — contestó un Óscar orgulloso.

—Joder, eres como hablarle a una pared...

—Tú di lo que quieras, pero siempre te has querido acostar conmigo.

—Claro, tu encanto es irresistible. Soy una adolescente en celo más y estoy deseando meterme en tus pantalones. Y ahora vienes a abrirte de piernas para que no te eche.

—Que no es eso tampoco. Y que yo no me iba a abrir de piernas. Como mucho iba a dejar que me comieras la polla.

—Ah, que ya tenías pensada la coreografía y todo.

Óscar se empezó a desabrochar el pantalón.

—Dime que no te gusta lo que ves.

Quique entonces, sin pensarlo demasiado, abrió la puerta de su casa.

—Fuera, Óscar. Vete.

—Tío...

—Vete. Y no hagas más el absurdo.

Entonces Óscar cambió te estrategia al ver que la actitud de seductor no iba a conseguir nada.

Suplicó.

—Tío, no me mates, por favor. Ya no sé cómo pedírtelo.

—Vete.

Óscar se abrochó el pantalón de nuevo y antes de salir le amenazó señalándole con el dedo índice.

—Te vas a acordar de esto. Eres un cabrón. Esto no se hace. Y lo vas a pagar. Como me llamo Óscar que lo vas a pagar.

Quique cerró la puerta en sus narices. Y se acabó la cerveza de un trago. Fue a la nevera y sacó otra. Y corriendo sacó de su pantalón un poco de cocaína. La necesitaba.

Y mientras se metía una raya gigante intentó procesar todo lo que había pasado. Joder, la de veces que había fantaseado con algo así. La de veces que se la había meneado imaginando una conversación parecida. Aunque Óscar no solía ser el blanco de sus fantasías. Y por un momento dudó. ¿Y si en vez de Óscar hubiera sido otro de los chicos, los que realmente le ponían? ¿Habría caído en la tentación? No, no. Mejor no pensarlo ni torturarse por algo que no había hecho. Tenía que alegrarse de que se había comportado con dignidad. Y que al menos no era tan patético como pensaba. Había hecho lo correcto. Aunque a lo mejor la dignidad

no había sido lo que le había frenado, sino la prudencia. Óscar ya había demostrado que no era de fiar. Pero lo importante es que no lo había hecho. Lo había puesto de patitas en la calle. Tenía que alegrarse.

Se puso otra raya.

Y se pajeó imaginando que caía en la tentación.

Días después se arrepentiría de no haber aceptado la proposición de Óscar.

A veces la prudencia no es la mejor aliada.

17

Petra no puede dormir

I

El primer año después del divorcio había sido devastador. Y por las noches la sensación se agudizaba. Petra podía aguantar los días, intentar seguir con su vida y no desmoronarse. Tenía sus sentimientos a raya, se aplicaba con

disciplina en el arte de sobrevivir. Y no lo hacía mal. Seguía sonriendo, a los cinco meses tuvo su primera cita, y luego vinieron otras. Alguna vez hasta había dormido acompañada. Se maquillaba con esmero, su pelo castaño y rizado seguía manteniendo su brillo, no había descuidado su dieta y dos veces o tres por semana sacaba tiempo para quemar calorías en el gimnasio del barrio, pilates, yoga, step... Pero por la noche, sola en la cama, sin Pablo, su ancla, su ángel de la guarda, por mucho que quisiera no pensar era inevitable que le invadiera una sensación absoluta de haber fracasado. Y sobre todo ese sentimiento de culpabilidad, porque

había sido ella quien había mandado al traste su matrimonio. Era demasiado doloroso recordarlo y dos años después aún no había acabado de perdonarse. Y había noches en las que la angustia se apoderaba de ella, una angustia que la consumía. Tenía cuarenta y siete años, había fracasado como esposa. Estrepitosamente. ¿Así que la vida era esto? ¿Para esto tanto alboroto? Si había conseguido mantenerse a flote era porque el primer año después del divorcio había recurrido a somníferos para acallar su conciencia y, sobre todo y ante todo, por su hija.

Como madre no había fracasado. En ese papel le podían poner sobresaliente, o notable alto. Se comunicaban, se reían, eran lo más parecido a dos amigas. Eran la envidia de todos. Hasta ese día. Ese día la fantasía se había desvanecido. La realidad había irrumpido de manera cruel. De repente, como madre, también había fracasado. Y de qué manera. Y si hasta ahora había podido soportar que su vida estuviera arruinada, la sospecha de que su hija jamás volvería a ser la misma después de esa experiencia, de que quedaría marcada para los restos, de que de ahora en adelante no sería más que una superviviente y de que ella no

sabría ayudarla, eso la estaba devorando.

«He arruinado mi vida y la de mi hija. No voy a saber sobreponerme a esto. No voy a estar a la altura. No voy a saber. Y estoy sola. Aunque Pablo hoy se haya quedado a dormir en la otra habitación. Estoy sola. Sola, y mi hija me odiará por haberla educado como la eduqué. Por haberle dicho que el sexo está bien. Por haberle dado libertad. Mi hija me odiará y yo no podré culparla».

Buscó un somnífero, pero recordó que los había tirado todos. Qué dura había sido la vuelta en coche desde el hospital. Apenas había podido aguantar la mirada de Asia, parecía estar

responsabilizándola de todo lo ocurrido. Y al llegar a casa, Asia se había marchado directamente a la cama. Sin darles las buenas noches y sin emitir una sola palabra. Y Petra dio una vuelta más en la cama, con la sensación o más bien la certeza de que se habían equivocado. De que no habían hecho lo correcto.

II

Pablo, que se había quedado a dormir en el sofá una noche más, llamó al trabajo a primera hora de la mañana para decir que no se encontraba bien, gastroenteritis aguda, que se quedaría en

casa. A los de la autoescuela les extrañó porque Pablo nunca enfermaba, pero, desde luego, estaba en su derecho de tomarse un día libre, por todos los que no se había tomado en años. Quería estar allí, al lado de su hija y de su exmujer, aguardando la noticia. En el trabajo no habría podido concentrarse.

Pablo preparó desayuno para los cuatro, como hacía en el pasado. Pero Petra no probó bocado y Asia seguía durmiendo. Rómulo intentó preguntarles algo de lo ocurrido por la noche, pero no encontró las palabras. Les notaba demasiado serios. Sólo consiguió hacer una pregunta:

—Papá, ¿vas a quedarte muchos más días a dormir en el sofá?

Petra y Pablo cruzaron una mirada.

—¿No te gusta que esté aquí? — preguntó Pablo.

—Sí, claro. Supongo.

—Esta noche ya me voy a mi piso. Que me empiece a doler la espalda.

—Vale —dijo el niño, pero se les quedó mirando de manera interrogante.

—El caballere te quiere saber alguna cosa más.

—¿Y Asia? ¿No se levanta?

—Vete a despertarla tú si quieres —respondió Pablo.

—No, deja que duerma — interrumpió Petra.

—Pues no va a llegar a clase.

Rómulo no pensaba indagar más. Tenía la sensación de que no iba a conseguir mucho. Como cuando lo de la abuela. Que no había manera de que su madre le dijera lo que estaba pasando y por mucho que disimulara su tristeza día tras día, él no era tonto y se daba cuenta de que algo pasaba. Y vaya si pasaba, que la abuela se murió. Y por eso la pregunta le salió sola.

—¿Asia se va a morir?

Pablo se atragantó con la tostada.

—¿Por qué dices eso? ¿Por qué se va a morir?

—No sé, como dejáis que duerma, y estáis tan raros...

—No te preocupes por nada, cariño —le dijo Petra acariciándole la cabeza—. Está todo bien. Tu hermana sólo está muy cansada, pero no le pasa nada. Venga, a clase, que no llegas.

Rómulo cogió su mochila y salió.

—¿Deberíamos decirle algo?

—Yo creo que no, Petra. Que ya bastante tenemos encima.

Pablo acabó por comerse las tostadas de su hija. Ya le prepararía más cuando se levantara. Petra tenía mal cuerpo, apenas había pegado ojo. Y qué duro iba a ser ese día, aguardando la resolución del fiscal. Si es que se pronunciaba ese día.

—¿Qué va a pasar ahora, Pablo?

—Iremos a juicio, ganaremos y los encerrarán en un centro de menores.

—¿Y Asia?

—¿Asia qué?

— ¿Y si nunca más vuelve a ser la misma?

—Vamos a intentar no ponernos en lo peor, ¿de acuerdo?

Pablo llevó los platos al fregadero. Abrió el grifo para enjuagarlos y al cerrarlo vio que goteaba.

—Aún no has llamado para que te vengán a arreglar esto. Eres un desastre.

—Gracias, Pablo. Eso ahora me ayuda mucho.

Pablo miró a su exmujer. Allí, sentada en la silla. Hundida, consumida por la preocupación. Sintió lástima por ella. Y por él y por su hija. Pero, sobre todo, por ella: nunca la había visto tan derrotada, ni siquiera en los meses infernales del divorcio. La bata esa horrorosa que llevaba, los azulejos tan feos de la cocina, de ese verde pálido. Habían reformado el piso, que era de los padres de ella, pero nunca se habían animado a cambiar la cocina. Ahora se arrepentía. Y era absurdo pensar en los azulejos verde pálido, como si unos de otro color pudieran cambiarle el ánimo. Pero ese verde, ese verde era un verde miserable. En ese verde no se podía

vivir.

—Si quieres, se puede venir una temporada conmigo.

—¿Asia?

—Sí.

—¿Quieres cuidar a una adolescente de dieciséis años? ¿Tú sabes lo que implica eso?

—Tampoco estás como para darme lecciones.

Petra entonces perdió la paciencia.

—¿Cómo te pude aguantar catorce años? No lo entiendo, joder.

—Ya somos dos.

Pablo tenía la virtud de sacar a Petra de sus casillas con sólo tres palabras. Qué conciso el muy

desgraciado :«Ya somos dos». Petra hizo un esfuerzo por no lanzarle la taza del café a la cabeza o por no gritarle. Consiguió sobreponerse a esos impulsos y simplemente le miró con desprecio, se levantó y salió de la cocina. Pablo lamentó haber provocado esa situación. Ojalá fueran una de esas parejas que podían estar por encima de sus mezquindades y de sus mil rencores por el bien de su hija.

Petra volvió a entrar en la cocina.

—Pablo, dime, ¿esto exactamente en qué va a ayudar a Asia? Que tú y yo estemos así. —Pablo calló—. Porque si vas a seguir culpándome, creo que prefiero hacerlo sola.

Pablo siguió sin contestar. Petra decidió tomar su silencio como un principio de tregua. Ya sabía ella que a él le costaba mucho dar su brazo a torcer, y más pedir disculpas. Sonó el teléfono. Petra dejó que fuera Pablo quien lo cogiera.

—¿Si? Sí, soy yo. ¿Cómo?

Petra miró a Pablo interrogante. Este, en un gesto lacónico de derrota con la cabeza, negó. No les iban a procesar.

No habría juicio.

No había base para un caso. Eso es lo que le habían dicho a Pablo. La supuesta víctima, o sea, su hija, negaba el abuso y los presuntos violadores habían contado una versión

prácticamente igual. Hasta el último de los chicos. Parecía probado que todos habían actuado sin coaccionar a las adolescentes.

Pablo se subía por las paredes. Y un odio expansivo y profundo se fue apoderando de él. Nunca en su vida se había sentido así de impotente. Y se sorprendió de que tanto rencor y tanta rabia pudieran salir de ese cuerpo tan delgado. Tampoco imaginaba que ese odio pudiera doler tanto. Quemaba como el fuego. Petra apenas reaccionaba. Pablo había estado en lo cierto al afirmar que iba a ser difícil que los

procesaran, por eso no acababa de entender su sorpresa y su rabia. Si en el fondo se lo esperaba.

Pablo entró en la habitación de su hija. Asia dormía. La vio tan pequeña, tan niña, tan frágil. Se fijó en el peluche que tenía en el armario, del único que no había querido desprenderse, al igual que de las katiuskas rosas. El peluche era un dálmata que él le había conseguido cuando apenas tenía cuatro años en uno de los puestos de las fiestas de la Paloma. Ella quería el oso panda, pero no había podido ser. Asia se había pasado todo el camino de vuelta a casa refunfuñando porque quería el oso y no ese perro tonto. Y Pablo había tenido

que inventarse una historia con un oso panda aburrido y dormilón y un dálmata que conseguía salvar a una niña de unos niños malos que querían comérsela de merienda.

Al final, los niños malos se la habían comido y el perro no había servido de mucho.

Era tan injusto que todo eso le hubiera pasado, y le estuviera pasando a ella... Y que nadie pagara por todo ese tormento. Tenía que hacer algo. Si no eran los chicos, alguien tenía que pagar por todo eso. Por toda esa mierda, porque ese tipo de cosas no se podían consentir. La sociedad no podía estar tan enferma como para permitir que pasara.

Alguien tenía que pagar por haber convertido a su hija en aquello. Y por todo su dolor. Vio los pósteres de la serie favorita de su hija, aún estaban en el suelo hechos trizas, y recordó el tatuaje y el nombre de Rebeca, la clave en su ordenador. Su vista se posó en los libros y dvds que tenía en una estantería. Se acercó hasta allí. Muchos de los dvds eran de la serie. Fue leyendo sin darse cuenta los títulos de los capítulos mientras su mente divagaba intentando atrapar una idea que se le escapaba. Y de repente leyó un título que le dejó helado: «La violación».

Pablo cogió el dvd y se fue al salón para ponerlo. No daba crédito a lo que estaba viendo. El paralelismo entre lo que le había ocurrido a su hija y lo que pasaba era escalofriante. Fue incapaz de terminar de verlo. Paró el dvd. Se levantó y le cogió un cigarro a Petra.

—¿Qué haces? Pablo, llevas cuatro años sin fumar.

—¿No tienes rubio?

Petra sacó del cajón de la cocina un paquete de Marlboro y se lo pasó.

—Con el dinero que te habrás dejado en blanquearte los dientes...

Pablo encendió un cigarro. La primera calada le quemó en la garganta. Tenía que hacer algo.

Tenía que hacer algo. Pero no se le ocurría qué.

18

Asia recibe la noticia

Asia se despertó con la boca pastosa y un tanto desorientada. Miró la hora en el despertador. Las doce y cuarto. Vio los pósteres tirados en el suelo, eso la devolvió de golpe a la realidad. Se sentía estúpida por todo el drama montado. Después de haber dormido más de ocho horas todo adquiriría un cariz menos dramático. Se arrepentía

tanto del día anterior... Si no se hubiera venido abajo, y si no hubiera actuado como una cría, ahora no tendría por qué enfrentarse a esta situación. Se lo habría quedado para ella sola, se lo habría tragado, masticado, lo habría dejado guardado en lo más profundo de un cajón y a seguir con su vida. Pero ahora ya era tarde, los dos días anteriores serían imposibles de olvidar. Estarían siempre ahí, para ella y para sus padres. Eran un antes y un después. Y le mortificaba imaginar cómo sería ese después.

Y además estaba el colegio. Dios, el colegio. Eso sí que la abrumaba. Sus padres habían denunciado a sus

compañeros. A Mauro. ¿Qué iba a pasar con Mauro y ella? ¿Y si lo metían en la cárcel? ¿Qué le iba a decir? Estoy enamorada de ti, pero mis padres te han denunciado por violarme. ¿Me vas a querer igual? Sonrió con desesperación sólo de imaginarse una conversación tan absurda como aquella. «Somos los Romeo y Julieta del siglo XXI, Mauro, nuestras familias se odian porque mis padres te denunciaron. Nuestro amor es imposible, porque además de la denuncia, tú a lo mejor no me quieres, y a lo mejor dejaste que me violaran. Y yo te quiero odiar y no me sale».

Se imaginaba caminando por esos pasillos, teniendo que entrar a la clase donde estaba Mauro, Dios, qué pereza todo. Y qué horror.

Asia se vistió con lo primero que encontró, unos vaqueros y una camiseta de The Killers, y salió de su cuarto. En la cocina estaba su madre, que, al verla, cerró de golpe el portátil.

Petra estaba buscando información sobre terapia a víctimas de violación y no quería que su hija se enterara. Al menos, aún no. Lo que estaba leyendo le había revuelto el estómago. Todas las víctimas relataban el mismo calvario, el mismo proceso. Era como un mapa de lo que podría vivir Asia durante los

próximos meses. Autoestima por los suelos, culpabilidad, miedo a salir, a relacionarse, pesadillas reviviendo la violación, represión de los sentimientos, negación de lo ocurrido, cambios de humor, depresión aguda y a veces impulsos suicidas. Lo más esperanzador es que con mucho trabajo, con mucha voluntad, se podía superar. Con terapia, con paciencia, con el apoyo incondicional de la familia, de los padres, que tenían que estar ahí a las duras y a las maduras. ¿Y cuándo no? Así que Petra, al ver a su hija, intentó sobreponerse y no pudo más que sonreírle con dulzura y también temor.

—Cariño, ¿qué tal has dormido?

—Bien, mucho. ¿Y papá?

—En la sala, no ha querido ir a trabajar.

—Ah...

—¿Quieres comer algo?

—¿Un sándwich?

Petra sonrió y abrió la nevera para coger queso, tomate, una lechuga y unas lonchas de pavo. Tenía que contarle a su hija que la policía y el fiscal habían soltado a los chicos, que no habría juicio, pero no sabía cómo hacerlo.

—Cariño... ya tenemos noticias de la comisaría...

—¿Y? —preguntó ella con miedo. No esperaba que se supiera algo tan pronto.

—Pues la verdad es que no sé si son buenas noticias o malas noticias. Yo creo que va a depender de nosotros. — Petra no sabía muy bien por qué había dicho eso en alto. Era la reflexión que llevaba haciendo desde que Pablo le había dicho que no les procesarían. Pero no pretendía compartirlo con su hija.

—¿Les han soltado? —dijo Asia, temiendo oír la respuesta.

Petra no dijo nada. Y el silencio fue la constatación de lo que ella ya se imaginaba.

—¡Joder, mamá! ¡No teníais que haberme llevado a comisaría, no teníais que haber hecho nada! Si ya os lo dije yo, que fue por mi culpa.

—No, no, no digas eso. No digas eso.

—Pero vosotros empeñados, claro. Es mejor pensar que a tu hija la han violado a que tu hija es una puta. Pues eso es lo que soy. Fin de la historia.

—Asia, por favor... Ni papá ni yo pensamos eso. No lo vuelvas a decir nunca más.

Y ahí estaba la culpa, y la negación, pensó la madre, dos de los síntomas postraumáticos que había leído.

—Y ahora, ¿cómo vuelvo yo a clase? Me van a odiar, me van a...

Asia estaba temblando. Petra la vio tan indefensa que se acercó a ella para abrazarla. Asia reaccionó de manera brusca al abrazo. Intentó apartarse, pero su madre no se lo permitió y no soltó sus brazos de ella. Petra le habló como le hablaba cuando tenía cuatro años y estaba enferma, intentando curarla con las palabras.

—No va a pasar nada. Tú no has hecho nada malo. Hicimos lo que teníamos que hacer. Denunciarles.

—¿Sí? ¿Entonces por qué no les van a juzgar? Mamá... fui yo.

—Asia, escúchame. Cometiste un error, pero ellos cometieron un delito.

—El juez no piensa lo mismo.

—Me da igual. Es un delito y punto. Esa es la diferencia entre tú y ellos.

—No lo sé, mamá, no lo sé... — dijo sollozando.

—Pues yo sí lo sé. Fue así y ya está. Ni se te ocurra cargar con las culpas de lo que ellos hicieron.

—Qué fácil es de decir.

—Mira, en la vida a veces no está en nuestra mano evitar las cosas que nos pasan. Pero sí la actitud que tomemos ante eso.

—¿Y eso en qué libro de autoayuda lo has leído? —gritó Asia mientras se desembarazaba del abrazo de su madre.

Asia salió de la cocina y Petra suspiró. No había ido tan mal. Aunque a Asia no le faltaba razón en una cosa: iban a necesitar más que recetas de autoayuda y documentación de internet para superar todo aquello. Petra no le había hecho la pregunta que más temía hacerle: ¿qué vas a hacer con Nerea? Petra sólo quería que su amiga desapareciera de la vida de su hija. Que nunca más se volviera a juntar con ese veneno, ese cáncer, esa víbora. Pero sabía que era mejor no impedírselo. Tenía que confiar en el criterio de su hija, en que hubiera aprendido de su error. En que por fin distinguiera quiénes eran los que iban a estar allí

para protegerla y quiénes no.

Y a Petra sólo le preocupaba Nerea porque no podía imaginar que su hija aún sentía algo por Mauro.

19

Un hotel de cinco estrellas

Alivio. Alivio y asco de sí mismo cuando se enteró de que no les iban a juzgar. Sergi se alegraba de haberle puesto fin a la pesadilla, de haber atajado el asunto. Y de que todo se hubiera quedado en una noche incómoda en la policía. Y aún quedaba la charla con su madre, tener que explicarle lo que había ocurrido ese sábado en la

fiesta. Pero si la policía y el fiscal consideraban que no había causa para iniciar un proceso judicial es que entonces no había ocurrido nada. Y avalado por esa decisión podría mostrarse seguro y confiado delante de ella. Seguro que a los demás implicados también les ocurría lo mismo. Y que el asunto se parara ahí, que no les fueran a juzgar, tenía ya no sólo un efecto balsámico, sino también retroactivo, como si borrara de un plumazo todo lo ocurrido. El fiscal les daba la razón, por lo tanto, ya no cabían dudas. No habían violado a las chicas. Fin de la historia. Y todos a seguir con sus vidas.

Mauro le había llamado para darle las gracias.

—Te has portado, colega. Te has portado.

—Sólo dije la verdad.

Pero era mentira. Por más que ahora le dijera a su amigo lo contrario. De nada servía lo que hubiera decidido el fiscal, y de nada servían las excusas, que si estaban muy borrachos, que si todo había sido muy confuso... Ya no podía seguir manteniendo esa patraña.

Había visto el vídeo.

Nada más llegar de comisaría, como no podía dormir, había revisado todo lo grabado en la fiesta con la cámara pegada a la tabla de *skate*. Las

bengalas, los faroles, los compañeros de clase riendo y bebiendo. Las imágenes en movimiento en la piscina, que tenían un efecto muy logrado y supervertiginoso... Y más fiesta, y alguien había levantado el monopatín y por eso se veían imágenes del cielo y de parte del tejado de la casa. Y luego más gente riendo, y Mauro acercándose y diciéndole que fueran al *jacuzzi* que se estaba montando una buena...

Sergi ahí ya se había olvidado de la grabación. En ningún momento, mientras todo ocurría, pensó en que la cámara seguía grabando. Pero así era. El monopatín abandonado en una esquina y

la cámara registrando con su gran angular, casi ojo de pez, todo lo que ocurría en el *jacuzzi*.

Sergi tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para aguantar la secuencia hasta el final. De hecho, utilizó la cámara rápida para no detenerse en algunas partes. Y sí, ahí estaba, ahí estaba la prueba de que había mentido en la declaración. Las imágenes hablaban por sí solas. Sobre todo al final... Dios, esos cuatro últimos minutos... ¿Qué debía hacer con ese archivo? ¿Borrarlo? ¿Guardarlo en algún lugar donde nadie pudiera acceder a él? ¿Compartirlo con Mauro? Sabía que lo más sensato era borrarlo. Pero

algo se lo impidió. Sentía que no podía hacer desaparecer semejante documento. Y además, quitando los últimos minutos, el vídeo era la cosa más morbosa que había visto en su vida. ¿Realmente se quería deshacer de esas imágenes de Mauro desnudo y empalmado tan cerquita de él? Sergi sintió asco de sí mismo por albergar semejantes pensamientos, pero era lo que sentía. Así que pensó que lo mejor era no precipitarse en tomar una decisión. Guardaría ese vídeo lejos del alcance de todos y ya más adelante pensaría qué hacer con él. Buscó el mejor escondite y metió allí la cámara con la grabación. Podía estar tranquilo.

Mauro quería invitarlo a unas cervezas para celebrar que todo había pasado. Pero Sergi tenía otros planes. Además, cuanto más lejos estuviera de su amigo y de los otros, menos se acordaría de todo aquello. Era la hora de seguir con su vida, o mejor dicho, de empezar a construir una vida al margen de Mauro.

Le dejó un mensaje a Quique: «¿Te apetece quedar hoy? ¿Me paso por tu casa? Tengo cuatro horas hasta que vuelva mi madre».

Quique le contestó casi de inmediato: «Claro. ¿Te veo a las cinco? Tráete un bañador».

A Sergi le sorprendió esa petición, pero contestó con un ok. ¿Para qué quería que llevara bañador?

El chico obtuvo respuesta nada más encontrarse con Quique en su casa.

—Hace mucho que no me puedo ir de vacaciones por culpa del trabajo. ¿Sabes lo que hago cuando estoy muy estresado? Me alquilo la mejor habitación de hotel de todo Madrid. Tiene piscina climatizada en el ático. Y desde la *suite* se ve toda la ciudad. ¿Te apetece?

—Eh... no sé...

—Venga, vamos a hacer que nuestra primera vez sea inolvidable.

—¿Va a ser nuestra primera vez?

—Yo creo que sí —dijo Quique.

—Yo creo que también.

Quique, al escucharle, notó como si unas burbujas de champán le subieran del estómago hasta la cabeza y estallaran provocando una sensación embriagadora. Y eso que no había bebido ni una gota de alcohol.

—Pues vamos a disfrutar del lujo indecente, venga.

Sergi sonrió. Al final iba a tener ciertas ventajas liarse con un treintañero.

Al entrar en la *suite* del hotel Puerta de América, Sergi no pudo reprimir un silbido. Él nunca había pensado que existiera un lugar así en Madrid. La habitación era enorme, luminosa, la cabecera de la cama un flipe, y el mobiliario, con un toque de nave espacial de alucinar. Desde el ventanal se observaba casi todo Madrid. Uno se sentía dueño de la ciudad desde ahí arriba. Más que dueños, ahora mismo eran dioses, dioses completamente ajenos a los problemas de los simples mortales que estaban ahí abajo, en medio de un atasco o con prisas para ir de un lugar a otro.

—¿Cuánto vale pasar una noche aquí?

—Mejor no te lo digo, que vas a pensar que soy el mayor hortera del universo. Y además, me hacen descuento, soy amigo de uno de los gerentes.

—¿Cuánto te cuesta con la rebaja?
—insistió el chico.

—¿Qué más da? Y sólo lo hago una o dos veces al año, no te vayas a creer. Y como no me voy de vacaciones, lo que no me gasto en una semana en el Caribe me lo gasto así.

—Joder... ¿vale tanto como una semana en el Caribe?

—Y ya verás la piscina. Ponte el bañador y ese albornoz —le dijo señalando uno de los dos albornoces que estaban encima de la cama.

—¿Me desnudo aquí?

—Tienes ahí el baño. Cámbiate dentro. Ya habrá tiempo para verte desnudo.

—Oye, ¿y puedo sacar alguna foto con el móvil?

—Las que quieras.

Sergi se encerró en el baño. No se lo podía creer. Ahí estaba en ese hotel alucinante. Con ese baño que era la cosa más bonita que había pisado en su vida. Y qué bien olía, por Dios. No sabía si sentirse halagado o todo lo contrario.

Sentía como si Quique estuviera pagando ese precio por acostarse con él. Y eso le incomodaba bastante. Aunque lo cierto era que también se hubiera liado con él en su piso de Malasaña. Así que, de alguna manera, eso amortiguaba la sensación de estar siendo comprado.

Salió del baño con el albornoz puesto. Lo llevaba sin atar, y Quique pudo ver casi todo su el cuerpo. Y era de quitar el hipo.

—Oye, ¿sabes que no hacía falta todo esto para convencerme? —le dijo Sergi.

—Lo sé. Pero cuando uno tiene la suerte de su parte, es una tontería no disfrutarla al máximo. Lo difícil fue

encontrarte. Esto sólo es el decorado que mejor te viene.

Sergi se rio. Nunca sabía qué contestar a los halagos excesivos de Quique.

—Si que vas a ser un poco hortera, sí —bromeó el chaval—. Oye, ¿y qué tal si dejas los piropos? En tu casa molaban, aquí ya empiezan a ser todo un poco pleonástico de más.

—¿Pleonástico? —repitió Quique entre sorprendido y divertido.

—Sí, ¿no? ¿El pleonasma no es esa figura retórica de la redundancia? Pues eso, esta habitación ya es suficiente halago. No añadas tú más que vamos a morir de un coma diabético.

—¿Tú de donde has salido? —le preguntó Quique completamente maravillado.

—De Batán.

El chico encontró el minibar y lo abrió. Había zumos exóticos, cervezas de marcas desconocidas para él, botellitas de alcohol y benjamines de champán.

—¿Puedo coger algo?

—Lo que quieras.

Sergi, antes de coger ninguna botella, miró los precios en la hoja que estaba sobre la nevera. Y silbó impresionado.

—Vamos, anda, trescientos euros por un benjamín. ¿Qué coño es un benjamín?

—Esas pequeñas botellas de champán.

Sergi cogió una.

—¿Trescientos napos por esto? Estás de coña.

—Si quieres, es toda para ti.

—¿Qué dices? Antes me corto el dedo de un pie. Ni de risa, vamos. — Sergi siguió mirando la lista de precios y negó con la cabeza—. ¿Hay gente que paga estas cantidades por algo que vale veinte veces menos en cualquier chino de la calle?

—El lujo es así de absurdo.

—Y que lo digas. Y el caso es que me apetece beber algo.

—Coge lo que te dé la gana. De verdad —insistió Quique—. Las cosas caras siempre saben más ricas. Aunque sean igual que las baratas.

—¿Y si bajo al chino y traigo unas cervezas?

—Qué va, cógelas de ahí.

—No, bajo. Tú pagas la habitación y yo las cervezas

Sergi no dejó que Quique tuviera tiempo de replicar. Se metió en el baño y se puso de nuevo la ropa. Salió calzándose a toda prisa.

—Tú espérame aquí, no te muevas.

Quique asintió. Estaba encantado. Le empezaba a gustar todo lo que el chico dijera, hiciera o propusiera.

—¿Tendrán alguna bolsa para la ropa sucia o algo? Lo digo para que no me vean subir con ellas —razonó—, que puede ser un canteo.

Quique le señaló el armario y Sergi encontró algo que podía servir para camuflar las bebidas.

—En cinco minutos he vuelto. Lo juro.

Y mientras Sergi se ausentó, Quique se quedó observando la habitación y llegó a la conclusión de que sí, de que era un

hortera. Y de que de un día para otro le debía haber poseído el espíritu de alguna vieja estrella decadente de Hollywood para haber llevado a Sergi, un completo desconocido, y menor de edad, hasta allí. Y para echar un polvo. Era la primera vez que hacía una cosa semejante. Y el caso es que le estaba gustando. Mucho.

Pasaban los minutos y Sergi no volvía. Quique temió que hubiera cambiado de idea y de que lo hubiera dejado plantado. La posibilidad le aterrizó, y ahí se dio cuenta de lo mucho que quería estar con el chico. Y cuando ya estaba a punto de aceptar la derrota y de asumir que había rozado el

cielo pero que otra vez la cosa se quedaba en nada, Sergi apareció con una sonrisa de oreja a oreja. Y esa sonrisa y su presencia le llenaron de una alegría inmensa. El chico cerró la puerta con el pie derecho y le tiró una cerveza.

—Lo que me ha costado abrir con la tarjetita. Oye, el de la puerta de abajo me ha mirado un poco raro —le dijo mientras se abría una cerveza.

—Lo hacen con todo el mundo. Ni caso.

—¿Qué? ¿A que está buena? Cinco euros seis latas.

—¿Subimos a la piscina?

—¿Tú crees? Si es que sólo me quedan tres horas. Y aquí tenemos todo lo que necesitamos, ¿no? Cervezas, tú, yo y Madrid ahí abajo.

Quique asintió. El chico, una vez más, volvía a tener razón.

Fueron las mejores tres horas de la vida de Sergi.

Y también las mejores de Quique.

Antes de que abandonaran la habitación del hotel, Sergi, aún desnudo, se asomó al gran ventanal.

—Se vive bien en el cielo de Madrid, ¿eh?

Quique se acercó a él por detrás y le abrazó besándole el cuello. Sergi alargó la mano para coger su móvil y, alejándolo luego lo más que pudo de su cuerpo, posicionó la cámara a una altura que consideró adecuada e hizo una foto de los dos.

—Sonríe.

A Quique no le costó nada obedecer. Estaba feliz y sí, se vivía de maravilla en el cielo de Madrid.

Lástima que fuera a durar tan poco.

20

Una clase en la madrugada

I

Asia no había ido a clase ese día. Y Pablo había intentado mostrarse cariñoso o al menos algo afectuoso con ella, pero no le estaba saliendo muy bien. No sabía si abrazarla, castigarla, no dejarla salir en un mes o ponerse de

su lado y apoyarla al máximo. Petra se lo recriminaba. Le había obligado a leer no sé cuántas páginas de internet sobre terapia postraumática. Todas incidían en lo mismo: en el apoyo incondicional de los familiares a la víctima. Pablo estaba de acuerdo, cómo no iba a estarlo, pero no podía evitar sentirse incómodo ante la presencia de su hija. Aún estaba todo demasiado reciente. Y además notaba que la incomodidad era mutua. Por mucho que padre e hija tuvieran una relación de confianza, era imposible comportarse con naturalidad ante un hecho como el ocurrido.

Pero Petra insistía. Si no la vas a tratar como siempre, si no la vas a apoyar, a escuchar, o a estar ahí aunque no hable, si no la vas a abrazar, es mejor que te vayas. Nosotras nos apañamos solas. Pablo, por supuesto, no quería abandonarlas, quería estar ahí para ellas.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Que me meta en su cuarto a jugar a la Play con ella?

—No sé... pregúntale. Tal vez la podías llevar a nadar. Eso le encanta y a lo mejor estar dentro del agua...

—Para que se encuentre con la otra... De eso nada.

La otra era Nerea, claro. Petra y Pablo habían discutido largo y tendido sobre cómo convencer a su hija para que se apartara de ella. Lo que no sabían es que la propia Asia había discutido con su amiga y no la quería ver más. Pablo tenía ganas de ir a casa de la chica y arrastrarla por los pelos. Y hacerlo delante de sus padres. O al menos de gritarle a sus padres la clase de chica que era. Si él tuviera otro carácter, pensó, si fuera más troglodita, o tanto como Petra pensaba que era, tal vez lo haría. Pero no. Claro que no.

—¿Y por qué no la llevas a dar una vuelta con el coche? A ella le gusta que la dejes conducir.

Petra todavía recordaba la primera clase que Pablo le había dado a su hija. Había llegado a casa entusiasmada, sobre todo porque había descubierto algo de su padre que desconocía. Su padre como profesional entusiasta, como gurú del volante. Su padre como alguien que hacía de un trabajo anodino una experiencia vital. «No me extraña que te enamoras de papá cuando te daba clase», le dijo. «Es genial». Y ya tenía mérito que una chica de quince años, de quince años, dijera eso de su padre. «Es genial». Petra esperaba que Pablo se pudiera relajar en el coche y volviera a ser el tipo tolerante, paciente y comprensivo en el que se convertía

cuando ejercía de profesor. Tal vez si se imbuía del espíritu del profesor y veía a su hija también como a una alumna, podría acercarse a ella.

—¿Ella y yo? —preguntó Pablo con temor. «Ella y yo solos en el coche»—. No sé si es buena idea, Petra.

—¿Por qué no? Si conseguimos que se olvide por un rato de todo lo ocurrido, habrá merecido la pena. Y al volante se puede concentrar sólo en la carretera, olvidarse de todo lo demás.

Petra miró a Pablo de aquella manera que ella reservaba para las ocasiones especiales. «¿De verdad que no vas a venir a la cama?». O: «Vale, tú eliges el destino de vacaciones, pero el

hotel lo elijo yo». Y entonces Pablo no tuvo más remedio que aceptar. Como había hecho también en todas aquellas ocasiones.

Pablo le preguntó a su hija si le apetecía conducir de madrugada por Madrid en el coche de la autoescuela. Asia no tenía ninguna gana. Sólo quería estar sola y olvidarse de todo. Pero al ver a su padre ahí, apoyado en el marco de la puerta de su habitación, buscando un camino, una manera de acercarse a ella, pensó que se lo debía. Estaba haciéndolo lo mejor que sabía.

—Vale, vamos, pero sólo si me dejas conducir por detrás del Parque del Oeste.

Pablo sonrió y aceptó. Salieron de casa y se dirigieron al p rking de la autoescuela, que no estaba lejos. Durante el trayecto apenas intercambiaron dos frases. Los dos estaba muy incómodos. Ninguno sabía qué decir ni cómo romper el hielo. Pablo empezaba a temer que todo aquello fuera una malísima idea. Por fin llegaron al p rking y buscaron el coche que Pablo solía conducir. Un Ibiza rojo que, como todos los automóviles de la empresa, tenía encima del techo un enorme cartel: AUTOESCUELA PISA. Nombre desafortunado donde los hubiera. La de veces que escuchaba a la semana a conductores graciosos

gritándoles a sus alumnos: «¡Pisa el acelerador, novato! ¡Pisa el freno, gilipollas!».

—¿Me lo dejas sacar del p arking? — preguntó Asia.

—Claro.

Pablo le pasó las llaves. Asia abrió el coche y se sentó.

—Ya sabes lo que hay que hacer — dijo Pablo.

—S , colocar el asiento, el respaldo, los espejos, ponerme el cinturón, comprobar la marcha, quitar el freno de mano y arrancar.

—Muy bien.  Pues a qué esperas?

Asia comenzó a hacerlo de manera atropellada. Pablo la frenó.

—Asia, esto es un ritual. Despacio. Se trata de que adecúes el coche a ti y, sobre todo, de que te adecúes tú también al coche. Con el ritual dejamos los problemas fuera y nos centramos sólo en una cosa, ¿en qué?

—En conducir.

—Exacto. Así que respira hondo, acaricia el volante, siéntete conductora, dile al coche que ahora vas a ser su dueña. Y cuando estés lista, cuando te lo creas, arrancas.

Por fin estaban hablando. Sin darse apenas cuenta, pero estaban hablando. Qué lista era Petra. Cómo le conocía.

Asia subió el asiento, colocó el respaldo, los espejos, encendió el motor, respiró profundamente, se estiró para colocar los pies en el embrague y el freno. Puso primera, quitó el freno de mano y miró a su padre. Sonrió.

—Ya estoy lista.

—¿Sí? Pues arranca, que nos vamos.

Hacía tiempo de la última clase de Asia, pero no se había olvidado de nada. Tenía destreza al volante y seguridad en sí misma. Le gustaba conducir y se le notaba. Toda la tensión que había acumulado y que la tenía agarrotada desde hacía dos días fue desapareciendo.

—Asia, esas manos en el volante, desliza... Y pulgares arriba. Venga, no empieces con los vicios antes de tiempo.

—No seas pesado, papá.

—Y señaliza, ¿este coche no tiene intermitentes o qué?

—Pero si no hay nadie detrás, ¿para qué voy a señalizar?

—Para acostumbrarte, para que te salga solo.

—Si ya me sale solo.

—¿Qué te va a salir? Si hemos hecho cuatro giros y sólo has marcado en uno.

Seguían hablando. Ni una palabra de lo ocurrido en la fiesta ni en la comisaría. Pero estaban hablando. Pablo

ejerciendo de profesor, dándole instrucciones precisas, y ella protestando a medias, pero haciéndole caso siempre. ¡Ah, y que la vida no pudiera ser así! Un padre dando consejos precisos, concretos, y la hija aceptándolos aunque fuera a regañadientes. Y que la vida no pudiera ser como la carretera, con marcas viales claras que seguir, con semáforos en rojo ante los que parar, con señales de ceda el paso, o de pare usted aquí, mendrugo, esta es una calle cortada.

Llegaron hasta la zona del Parque del Oeste. El parque apenas se veía, las farolas sólo iluminaban la carretera. Pablo abrió las ventanas para que

entrara el frío de la noche. Qué bien olía esa zona de Madrid. Asia estaba disfrutando de cada una de las curvas. Pablo pensó en lo extraña que debía de ser la estampa vista desde fuera. Un coche de autoescuela de madrugada por esa zona solitaria de la ciudad.

—¿Has visto lo bien que deslizo?

—Sí. Vas a ser una conductora estupenda.

—No, perdona. Soy una conductora estupenda.

—¿Sí? Gira ahí a la derecha y reduce de tercera a primera. ¡Ya!

—¿Aquí?

—Sí.

—Pero si no me da tiempo.

—Hazlo.

Asia lo intentó pero fue incapaz de reducir en tan poco espacio de tiempo y el coche se le caló.

—Conductora estupenda, necesita usted un poco de autocrítica y más clases.

—Jo, papá, es que eres un cabrón.

—Eh... ¿qué manera es esa de tratar a su profesor de autoescuela, señorita? Venga, arranca, que estamos parados en mitad de la intersección.

Asia giró la llave, puso primera y arrancó. El padre siguió hablando.

—Hay dos clases de alumnos que no me gustan nada: los acojonados, los que creen que nunca van a ser capaces

de conducir, que les da miedo todo, y los confiados, los que se meten en una glorieta casi sin mirar, los que se creen capaces de hacer cualquier cosa al volante.

—Ya, ya sé que soy del segundo tipo...

—Hay que buscar el equilibrio, Asia. Confianza toda la posible, pero también un poco de miedo y un mucho de prudencia. En todo en la vida. — Pablo miró a su hija—. Asia, ¿te puedo contar una cosa? —Asia apartó un segundo la mirada de la carretera y miró a su padre. Asintió—. Mira para adelante, anda. Nunca quites la vista de la carretera.

Asia obedeció. Pablo quería decirle que estaba abrumado, sobrepasado, que estaba perdido. Que tenía que ser firme como una roca para ella, pero que sólo tenía miedo. Miedo a perderla, a no poder protegerla. Miedo. Sólo miedo. Pero no le podía decir esto. No podía mostrarse vulnerable, ahora no. Hacía unos cuantos años, antes de ser padre, Pablo había leído una viñeta de Calvin y Hobbes. A los padres de Calvin les habían robado en casa. Y de repente, esos padres, esos referentes morales para Calvin, esas personas seguras y confiadas, por la noche tuvieron miedo, mucho miedo. Y en medio de la casa desvalijada se

sintieron perdidos, pequeños, casi huérfanos. Pablo recordaba ahora esa viñeta, porque cuando la había leído había entendido que así se debían de sentir los padres muchas veces, huérfanos, perdidos, humanos. Así estaba él ahora, como los padres de Calvin después de que les hubieran desvalijado la casa.

Pablo, de pronto, vio un coche de policía al final de la calle.

—Mierda, métete por ahí antes de que nos vean. Como nos paren y te pidan el DNI la hemos liado. ¡Venga, rápido!

Pablo la ayudó con el volante y con los pedales que tenía bajo sus pies. De repente escucharon la sirena del coche

de policía acercándose.

—Déjame a mí, que voy a aparcar aquí.

Pablo maniobró rápidamente, con una mano al volante y moviendo los pedales con destreza, y metió el coche en un hueco. Apagó las luces y el motor en el menor tiempo posible.

—Agáchate.

—¿Qué?

—Asia, como nos pillen me dejan sin licencia. ¡Agáchate!

Asia le hizo caso y se agachó, al igual que él. El coche de policía pasó a su lado. Como la calle apenas tenía luz, los policías no vieron el coche. Pablo,

agachado aún, miró a su hija. Esta se echó a reír. Y Pablo se contagió de su risa.

—Por poco... —dijo Asia.

—Vaya dos, aquí agachados... escondiéndonos como fugitivos de la policía.

Y Asia al oír la palabra policía miró a su padre y su sonrisa de pronto se desvaneció. Y con ella el hechizo de que todo iba bien. Sólo había sido un remanso en medio de la corriente. Como cuando en un funeral los familiares y amigos se ríen recordando alguna anécdota divertida y parecen estar

felices y disfrutando hasta que de repente se instala de nuevo la certeza del muerto.

Pablo tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para no dejarse arrastrar por el dolor. Miró a su hija a los ojos, quería que ella creyera todo lo que tenía que decirle.

—Asia, haría cualquier cosa por ti. Lo sabes, ¿verdad? —Asia no contestó. Se limitó a incorporarse de nuevo en el asiento—. Haría cualquier cosa porque estuvieras bien —repitió.

Entonces Asia le miró.

—¿Cualquier cosa?

Pablo asintió.

—¿Como volver a casa conmigo y con mamá?

Pablo se quedó desconcertado y no supo cómo reaccionar.

—Asia... eso...

—Entonces no digas que harías cualquier cosa por mí. Porque es mentira.

Y sin más, salió del coche y dio un portazo. Se puso a caminar por la acera en medio de la calle iluminada con tres farolas. Pablo salió del coche y la llamó.

—Asia, ven. Sube, no seas tonta.

Asia echó a correr. Pablo suspiró, derrotado. Se metió en el coche, en el asiento del conductor, y arrancó.

Decidió seguirla, y cuando estuvo a su lado, abrió la ventanilla.

—Cariño, ¿y de qué serviría que yo volviera a casa?

—Si no te hubieras ido, a lo mejor nada de esto habría pasado.

—¿Qué? ¿Por qué dices eso?

—¿No se lo dijiste a mamá ayer?

Que era todo por su culpa y por la vida que llevaba.

—¿Nos escuchaste? —Asia no dijo nada—. Eso lo dije porque estaba enfadado... Uno a veces dice cosas que no quiere decir, que ni siente. Venga, sube al coche, que te llevo a casa.

—No, prefiero ir andando.

—Asia, hay como cinco kilómetros...

—Me da igual.

Y Asia echó a andar a paso rápido. Pablo no se rindió y la siguió con el coche. Ella entonces se metió por una calle por la que Pablo no podía girar. Pablo aceleró y dio la vuelta a la manzana. La interceptó cuando salía de esa calle.

—Asia... no voy a dejarte sola.

—Papá, ya nos has dejado solas, ¿vale?

Asia se alejó. Pablo paró el coche. Suspiró. Notó un bulto extraño en el asiento, justo debajo de su culo. Con la mano palpó para ver qué era y sacó un

móvil. Era el de Asia. Y tuvo una idea, tal vez entre los mensajes... Y sí, allí estaba, un mensaje de Mauro invitándola a la fiesta y dándole la dirección de su casa. Pablo sacó el GPS de la guantera, lo encendió y tecleó la dirección. Se iba a dejar guiar por el GPS y por su odio. Había llegado la hora de enfrentarse a ese desgraciado.

II

—Gire a la derecha y en cincuenta metros habrá llegado a su destino.

Pablo obedeció la última orden de la voz del GPS. Giró a la derecha y ahí estaba, delante de él, la casa de los padres de Mauro, donde había ocurrido todo.

—Ha llegado a su destino —dijo la VOZ

No había luz en la fachada ni en las ventanas. La valla estaba cerrada. Pablo estacionó, paró el motor, puso el freno de mano y abrió la puerta. Dudó por un momento si bajar o no, pero acabó haciéndolo. Cerró la puerta de un golpe. Un perro, al oír el portazo, se puso a ladrar a unos cien metros. Pablo se acercó hasta la valla. Un timbrazo le separaba del agresor de su hija. ¿Qué le

iba a decir? ¿Le permitirían los padres del chico hablar con él? Y si no le dejaban, podía hablar sólo con los padres, podía enfrentarse a ellos. ¿Cómo eran las personas que habían educado a ese cerdo? Pablo estaba a punto de pulsar el timbre, pero se frenó. Tenía que ordenar sus pensamientos. Saber exactamente qué quería conseguir. Su instinto le gritaba que golpeara al chico, o al padre, que insultara a la madre. Tenía tantas ganas de desahogarse a puñetazos... Pero su cabeza le decía que se serenara. El daño estaba hecho, la policía había soltado al chaval porque no había base para un caso. Y si lo agredía, el que acabaría entre rejas sería

él. No, mejor no agredirlo, sólo quería hablar. Sólo quería que el otro se explicara, sólo quería entender qué se le pasaba por la cabeza a un chaval de diecisiete años para hacer algo así. Sólo quería pedirle a los padres que lo castigarán, que lo cambiarán de colegio, que desapareciera de la vida de su hija. Sí, eso estaría bien. Eso era algo tangible, concreto, algo que podía sacar de ese encuentro. Que el chaval desapareciera.

Pablo colocó de nuevo su pulgar sobre el timbre. Pero antes de pulsar surgieron otra vez las dudas. Si quería conseguir que el chaval dejara el colegio tal vez esa no era la manera de

hacerlo, presentándose de madrugada en una casa ajena, despertando a todo el mundo. Si quería hacerlo bien, tal vez sería mejor buscar un intermediario, alguien que pudiera hablar con los padres de manera razonable. Si él se enfrentaba ahora a ellos, era más que probable que perdiera los nervios, que acabaran a gritos y que terminara por amenazar al chico o golpeándolo. Y así, desde luego, no iba a conseguir nada. Mejor irse.

Pablo miró la casa. Miró de nuevo el timbre. Y decidió volver al coche. Antes de arrancar sus ojos se posaron por última vez en la casa. Trató de

imaginar cuál sería la habitación del chico. Y qué estaría haciendo en ese momento al otro lado.

Arrancó. Se alejó unos metros, pero al momento se arrepintió. Y dio la vuelta a la calle para volver a instalarse en la entrada de la casa.

No apagó el motor.

Contó hasta diez. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez. Bajó del coche, se acercó al timbre y lo pulsó. Que pasara lo que tuviera que pasar.

Pero nadie respondió. Lo pulsó de nuevo con el mismo resultado. Lo que Pablo no sabía es que Mauro y sus

padres aún no vivían ahí. Tantas dudas, tanto atreverse o no atreverse para nada.

Volvió al coche, puso la llave en el contacto, metió primera y arrancó.

Llegó hasta casa y decidió esperar en la calle a su hija. Dudaba que hubiera llegado ya, no había transcurrido ni una hora desde que se había bajado del coche. Además, no podía presentarse y preguntar si Asia había llegado. Cuando apareciera, subirían juntos. Después de diez minutos, Pablo empezó a inquietarse. ¿Y si había ido a casa de su amiga Nerea? Este pensamiento le heló la sangre. Pero no. A lo mejor, simplemente, necesitaba estar un tiempo sola. Caminar por las calles de noche tal

vez le sentara bien. Y Madrid no era Bogotá, ni México DF, no le iba a pasar nada.

No podía dejar de pensar en lo que le había pedido su hija. Volver con ella y con su madre. Pero era imposible. El matrimonio estaba roto. Petra no le iba a dejar volver, y aunque así fuera, ¿estaría él dispuesto a intentarlo de nuevo sólo para proteger a su hija? Era muy fácil culpar a su exmujer de la educación que le estaba dando a Asia, pero tal vez él no lo hubiera hecho mucho mejor. Y Asia estaba dando muestras de ser más fuerte de lo que esperaba. La clase de conducir había ido muy bien. La chica había disfrutado y sonreído. Y sólo

habían transcurrido dos días desde el... incidente. Con el apoyo de ellos dos y con la ayuda de un psicólogo, si fuera necesario, saldría adelante. Seguro. Pablo empezaba a intuir también que para que ella lo superara, ellos, Petra y él, tendrían que hacer lo necesario para dejar ese episodio atrás. Cuanto antes. Pablo volvió a mirar el reloj. ¿Dónde se había metido Asia? Y al ver que no llegaba, todo el optimismo que había forzado hacía unos segundos empezó a desvanecerse. ¿De verdad creía que las cosas se iban a arreglar sin más? ¿Que todo volvería a ser como antes? Menudo ingenuo. Nada volvería a ser igual. Nada. Y lo sabía porque ninguno de los

pasos que había dado hasta ahora había servido de mucho. La denuncia se había frustrado, el intento de hablar con los padres del chico también. Era un inútil que no sabía cómo actuar en un momento de crisis como aquel. Pablo sólo estaba seguro de una cosa: que como padre tenía una responsabilidad y debía actuar. No podía dejar a su niña desamparada, desprotegida. Había tantos peligros ahí fuera, en la calle, entre sus amigos, en la televisión, en... Y entonces se le ocurrió, como si las piezas encajaran de golpe en su cabeza.

Cogió su teléfono e hizo dos llamadas. Sin reflexionar demasiado. Porque por fin sabía lo que tenía que

hacer y de nada serviría postergarlo. La primera fue a un amigo que trabajaba en un periódico, en sucesos. Y la otra a la mujer de su primo, encargada de los editoriales del periódico de derechas de mayor tirada nacional. Tanto el uno como la otra le debían más de un favor e iba a cobrárselos. No le podían decir que no.

Estaba despidiéndose de la mujer cuando Asia apareció. Pablo suspiró aliviado, colgó y se acercó a ella.

—¿Qué tal el paseo?

—¡Papá! ¿Qué haces aquí?

—Quería asegurarme de que llegabas bien.

—¿Subes?

—Creo que no.

—Como quieras.

Pablo tenía necesidad de decirle algo a su hija antes de que entrara en el portal.

—Asia, a lo mejor un día tu madre o yo te contamos por qué nuestro matrimonio fracasó. Y por qué es imposible que... ella y yo...

—Déjalo, no hace falta. A veces hay cosas que es mejor no saber. — Aunque Asia mentía: claro que lo quería saber, claro que le gustaría entender por qué su madre y su padre habían acabado con todo. Llevaba años preguntándose.

Pablo se acercó a su hija y le dio un beso en la cabeza.

—Todo va a salir bien, ya verás.
¿Quieres que venga a buscarte mañana y te llevo a clase?

—¿Qué? No, no hace falta...

—Y con esto no estoy diciendo que tengas que ir mañana, es más, seguramente tu madre o yo podríamos hablar con tus profesores para que te dejaran terminar el curso desde casa...

—¿Qué dices?

—Digo que es una posibilidad. Tú piénsalo, va a ser bastante incómodo tener que ver a... bueno... ¿Te vengo a buscar?

—No, ya va a ser todo bastante raro como para que encima aparezca con mi padre... —Pablo asintió—. ¿Por qué

no subes conmigo y le dices a mamá que hemos estado todo el rato conduciendo? Porfa...

—Venga, vale... Subo.

—¿Vosotros creéis que estas son horas de llegar? Ya estaba pensando que habíais tenido un accidente...

—Ha sido culpa mía, Petra, lo siento. Lo estábamos pasando bien y no nos dimos cuenta de la hora — intercedió Pablo.

—Yo me voy a la cama, mamá. Estoy muerta. Gracias por la clase, papi.

Pablo le sonrió. Asia les dio un beso a cada uno y se fue a su habitación. A Petra y a Pablo les sorprendió esa

muestra de afecto.

—Nos ha dado un beso.

—Sí... ¿Cómo la has visto en el coche?

—Muy bien, la verdad. Ha sido muy buena idea. Gracias por empeñarte. Tenías razón.

—De nada. ¿Habéis hablado?

—No mucho, pero le he intentado transmitir que estamos ahí para lo que haga falta y que a partir de ahora tampoco va a poder hacer de su capa un sayo.

—¿Has sido muy duro?

—No.

—Vale.

—Quería decirte algo, Petra.

Pablo cerró la puerta de la cocina, para que Asia no pudiera escucharles. A Petra eso la sorprendió. Intentó no pensar en lo peor. No podía ser que su exmarido, justo en ese momento, con todo lo que tenían encima, le dijera que lo de sus dientes blanqueados era porque había conocido al nuevo amor de su vida, y que se iba a casar o algo.

—¿Tienes vino o Martini? — preguntó Pablo.

Al oír la palabra Martini Petra sonrió.

—¿Lo sigues tomando con limón como los chavales de quince años?

—Me gusta, qué le voy a hacer.

Petra sacó de un armario una botella de Martini y de la nevera un refresco de dos litros de limón. Mezcló las bebidas en una copa, le puso algo de hielo y se lo pasó a Pablo.

—Aquí tienes. ¿Qué me ibas a decir? —Petra, al ver a su marido beber, le entraron ganas y se hizo uno para ella. Si tenía que escuchar a su marido decir que se iba a casar con otra, mejor que la pillara con un poco de alcohol en el cuerpo.

—Me he dado cuenta de que yo no lo hubiera hecho mejor —confesó Pablo—. De que aunque yo hubiera estado aquí, con vosotras, seguramente no habría podido impedir que Asia... En

fin, que fuera con esa gente. Que a lo mejor antes te dije, o dio la impresión de que...

— Sí, me lo dijiste, que era por mi culpa, porque era una mala influencia, pero, bueno, te agradezco que ahora me digas esto.

Petra estaba aliviada, su marido sólo quería disculparse. Bien.

—Hay otra cosa.

—Dime. —Había más, claro, pensó Petra mientras le daba un trago largo a su copa. Ahora era cuando le decía que...

—Asia me ha pedido que vuelva a casa.

—¿Qué?

—Sí, que vuelva contigo

Petra intentó recomponerse. No esperaba oír semejante cosa, más bien lo contrario.

—Pero... ¿y por qué iba a pedirte semejante cosa?

—Supongo que necesita sentirse protegida, no sé...

—¿Y tú qué le has dicho?

—Que no podía ser... Que lo nuestro estaba roto. No sabía qué decirle.

Petra no dijo nada. Le dolía mucho hablar de su matrimonio fracasado. Apenas lo comentaba con sus amigas. Y todavía le costaba mucho más hablarlo con él, con Pablo.

—Pensé que Asia lo tenía superado, vaya, no tenía ni idea... —se limitó a decir Petra.

—¿Y si nos necesitara cerca para que eso le ayudara a superarlo?

—¿Quieres instalarte aquí? ¿O alquilar un piso más cerca o qué?

—Le dije que haría cualquier cosa por ella.

—¿Como mudarte aquí? ¿Y qué seríamos? ¿Compañeros de piso?

—No lo sé.

—Pues si no lo sabes tú... —Petra no sabía qué decir.

—Yo sólo sé que a lo mejor Asia necesita ver que si nosotros somos capaces de superar nuestros problemas,

ella también podrá superar el suyo. Que nada es irreversible. Que todo se puede superar.

—A ver si lo entiendo, Pablo: me estás proponiendo volver conmigo para que nuestra hija pueda superar que la han violado.

—No, no te estoy proponiendo nada, sólo te estoy diciendo que si eso la pudiera ayudar en algo yo estaría dispuesto a considerarlo.

—Volver conmigo. Perdonarme, olvidar todo tu rencor y volver conmigo.

—Lo podríamos intentar, no seríamos los primeros divorciados que lo intentan, ¿no?

Petra no dijo nada. Pablo la contempló, seguía siendo una mujer muy atractiva. Seguía gustándole hasta cuando no estaba arreglada, así como estaba ahora, con el pelo suelto y despeinado, sin maquillar... Y entonces se envalentonó.

—¿Sabes que aún sigo teniendo sueños eróticos contigo?

—¿Conmigo?

—A pesar de todo, aún te deseo.

A pesar de todo. Esas palabras se clavaron en Petra. Ese «a pesar de todo» era el que impedía que pudieran tener algo otra vez.

—¿Tú no has vuelto a pensar en mí como en tu marido?

—No me siento muy cómoda hablando de esto, Pablo.

—¿Por qué no?

—¿De verdad quieres saberlo? —

Pablo asintió—. Claro que he fantaseado contigo y con la idea de que volvieras. Claro que lo he hecho. Pero, fíjate, en mis fantasías nunca me pedías volver porque a nuestra hija la habían violado. Era más bien de otra forma. Era porque me querías a mí, volvías por mí, y no por el bien de la familia.

Pablo la miró.

—Te estoy diciendo que te deseo.

—Le sonrió de esa manera que sólo él sabía hacer—. Y que ahora mismo, tal

como estás, te subiría el vestido, te bajaría las bragas y me perdería dentro de ti.

—Se me había olvidado ya que el Martini te vuelve poeta.

—No es el Martini, eres tú.

—Yo.

—Sí, tú. Mi mujer. Con la que me casé para el resto de mi vida. ¿Quieres que me acerque y te diga al oído que te voy a bajar las bragas? Sólo tienes que decir que sí.

—¿Y luego qué pasa, Pablo?

—Luego te follo, y después te vuelvo a follar.

Petra le miró. Dio un trago a su copa.

—No quiero que me bajas las bragas. —Se subió un poco el vestido —. Las bragas me las bajo yo. —Y mientras lo decía se las quitó.

Petra abrió un poco las piernas. Pablo, al verla, se excitó como hacía años que no se excitaba. Se acercó a ella y se desabrochó rápidamente los pantalones. Acercó sus labios a los de Petra para devorarla. Pero ella los apartó.

—No me beses. Sólo fóllame.

21

Asia y Mauro hacen un pacto

Asia no sabía qué ropa ponerse para ir a clase. Se probó una camiseta y luego otra y otra. Casi todas eran demasiado cortas y a nada que se movían dejaban ver algo el tatuaje. Lo odiaba. Aún no había cicatrizado del todo y ya sabía lo que le recordaría para el resto de su

vida. El día fatídico. Maldita la hora. Se dejó puesta la camiseta más larga que tenía. Y luego probó a cubrirla con un jersey. Pero el azul no le gustó y lo intentó con el naranja. Nada. Siguió con los pantalones, ninguno le convenía porque tenían la cintura demasiado baja, con todos se veía parte del tatuaje. Y el problema no sólo era el tatuaje, a cada prenda nueva que se probaba le devolvía la misma imagen delante del espejo. Nada le quedaba bien, con todo se veía muy fea, insegura. Vacío todo el armario y fue poniendo cada prenda encima de la cama. ¿Por qué su ropa era

tan horrible? Su madre pasó por el pasillo y al ver cómo vaciaba el armario entró.

—¿Qué haces?

—Nada, no sé qué ponerme para ir a clase.

—¿Quieres ir hoy? ¿Ya?

—No me voy a quedar en casa.

—Te puedo firmar todos los justificantes que necesites. No hay prisa.

—Quiero ir.

—Voy contigo.

—No, papá ya se ofreció ayer y le dije que no.

—¿Pero tú estás segura de que estás preparada? —Petra no sabía cómo preguntarle esto—. ¿Preparada para

verlos? ¿Y a Nerea?

—¿Qué pasa con Nerea? —le preguntó Asia con brusquedad.

Petra no sabía qué contestarle a eso. Así que decidió atajar el asunto de la única manera que se le ocurría.

—Te quiero aquí tan pronto acabes, que vengas directamente a casa. No quiero que andes por ahí.

—¿Estoy castigada?

—¿Debería castigarte?

—Yo qué sé mamá, tú eres mi madre, tú sabrás.

—Sólo quiero tenerte aquí cuanto antes, ¿vale?

—No sé...

—Asia, si a las cinco y media de la tarde no estás aquí, mañana te llevo yo al colegio y me quedo esperando a que salgas. ¿Entendido?

—Joder, mamá...

—Ni joder ni nada. Me haces caso y ya está. No quiero que hables con ninguno de ellos, ni con Nerea.

Ya está, por fin lo había dicho. No había sido tan difícil mostrarse firme. Y no iba a ceder ni un ápice. Salió de la habitación de su hija, dejándola allí desorientada, sin saber muy bien cómo afrontar todo lo que se le venía encima. A los tres segundos Petra volvió a entrar.

—¿Sabes qué? Voy a ir contigo. Quiero hablar con los profesores, yo creo que lo mejor es que te cambien de clase este último mes.

—¿Pero qué dices, mamá?

—No quiero que tengas que ver a esos desgraciados, no quiero que compartan clase contigo.

—Mamá, no, eso sería mucho peor, ya bastante vergüenza pasé en comisaría, vamos a dejarlo así.

—Asia, pero es que no tienes por qué tenerlos delante, no tienes que enfrentarte a eso.

—Yo no tengo por qué irme a ningún sitio. ¿O tú crees que me tengo que esconder?

Petra se quedó sin palabras. Odiaba no tener respuestas. Y llevaba dos días así, improvisando sobre la marcha. Lo de Pablo de la noche anterior también había sido fruto de la improvisación. Por muy firme que se quisiera mostrar, siempre había algo que la descolocaba y entonces su firmeza se venía abajo como un castillo de naipes. Que lástima que su carácter no se impregnara de la fuerza de su nombre. Que lástima no ser dura como una roca, como una piedra. Pétreo. Pero las piedras no estaban vivas y ella sí. Y por eso había tenido ese desliz con Pablo. ¿O no era un desliz y podía significar el principio de algo? Pero nada bueno

saldría de aquella situación. Ella, desde luego, no lo iba a permitir. Le había echado de casa justo después del polvo, nada de quedarse a dormir. Tenían mucho que pensar, mucho que reflexionar, y lo último que necesitaban ahora era liar más las cosas y liar más a su hija. Mientras ellos no lo tuvieran claro, mejor que Asia no se enterara de nada. Petra miró a su hija para centrarse en lo que le tenía que decir.

—Vale, pero prométeme una cosa, si no lo puedes soportar...

—Voy a estar bien.

Su madre volvió a probar la firmeza. No se iba a rendir tan fácilmente.

—Asia, que no me entere yo dentro de unas semanas que has dejado de ir a clase para no verlos. Antes de eso, ya te digo que te cambio de clase o de colegio si hace falta.

—Que sí. Que lo he entendido. Y yo creo que cuanto antes papá y tú me dejéis de tratar como una enferma, mejor. ¿Vale?

—Prométeme que no vas a hablar con ellos, que te vas a mantener alejada.

—¿Por qué?

—Porque lo digo yo. Porque lo dice tu padre. Y porque es lo que tiene que ser. No hay más que hablar. Y hasta que no me digas que me vas a obedecer no sales de casa.

—¿Ves como sí que me estás castigando?

—No, Asia, te estoy dando unas órdenes, que es distinto. ¿Me vas a obedecer o no?

Su hija entonces asintió. Pero estaba mintiendo. No iba a ser capaz de mantener su palabra y no hablarle a ninguno de ellos.

Asia temía el momento de encontrarse con Nerea. Vale que ella había roto con su amiga y que era ella la que se había hecho la ofendida al descubrirla durmiendo abrazadita a Mauro, pero

ahora sabía que la cosa era distinta. Si ella se había enfadado por esa tontería, ¿cómo estaría Nerea?

Por los pasillos no se había chocado con ella. Y tampoco la iba a llamar por teléfono si seguían enfadadas.

Alguien le tocó en la espalda, casi a la altura del culo. Se dio la vuelta, era Andrés, en su silla de ruedas.

—Asia...

—Hola, Andrés —dijo ella con incomodidad.

—Te he llamado un par de veces.

—Sí, lo sé... Es que... He estado ocupada.

—¿Podemos hablar?

—¿Ahora? ¿De qué?

—¿De qué? —preguntó Andrés algo ofendido—. ¿Te parece que no tenemos que hablar de nada? De lo que ocurrió el sábado, por ejemplo.

—Mira, Andrés, no te hagas líos. Yo no era yo, estaba muy borracha... Y no te ofendas, pero nunca me imaginé que entre tú y yo... Vamos, que no. — Andrés bajó la cabeza. Asia se dio cuenta de que había sido muy brusca—. Perdona, Andrés... Es que... ¿sabes qué pasa? Que nunca hemos hablado mucho. Y... y que prefiero olvidarme de toda esa noche. No es nada personal, ¿vale?

—¿Y no podemos quedar un día y tomar algo tranquilamente?

—No lo sé, a lo mejor...

Y se escabulló. No sabía bien por qué, pero no le apetecía tener una charla con él. Sí, se había despertado a su lado en la piscina, desnuda, y a saber qué habrían hecho, pero eso no le daba derecho a él a reclamar su amistad y mucho menos una relación. Que no, que no quería nada con Andrés. Y no tenía que ver con que estuviera en una silla de ruedas, o no sólo por eso. Es que le recordaba a primera hora en la fiesta, tan borracho, tan faltón, tan pesado, tan capullo... que no. Que no viniera ahora exigiendo nada. Y ya.

Entró a clase con miedo a la reacción de Mauro. Le había dejado un mensaje la noche anterior pidiéndole perdón por lo de la denuncia, asegurándole que había sido cosa de sus padres, pero él ni había contestado.

El chico no la miró durante la primera hora. Prefería evitarla. Y ella casi lo agradecía, mejor eso que un enfrentamiento directo. Ya buscaría la manera de acercarse a él en el siguiente cambio de clase.

Sergi, que estaba sentado al lado de Mauro, cruzó con ella dos miradas fugaces. El chico tenía ojeras. Había estado distraído las dos horas de clase, incapaz de centrarse en lo que decían

los profesores. Admiraba la sangre fría de Mauro. Desde que Asia había entrado en clase, la había ignorado como si no la conociera de nada y como si jamás hubiera estado en su casa y en su *jacuzzi*. A Sergi le había costado mucho volver a clase. El día anterior había rozado el paraíso y en comparación aquello era el puto infierno. Nada había cambiado y su conciencia volvía a jugarle una mala pasada.. No podía soportar la presencia de la chica, era el recordatorio constante de que había obrado mal, de que era un cobarde que se había posicionado del lado de los malos. Y todo por no perder la amistad ni el respeto de su adorado Mauro.

La profesora de física dio la clase por terminada. Se marchó y casi todos los chavales salieron al pasillo. Asia, antes de que Mauro saliera, se interpuso en su camino.

—Mauro, tenemos que hablar.

—¿De qué?

Asia miró a los pocos que quedaban en clase.

—Cuando no haya nadie mejor.

—Prefiero tener testigos. No vaya a ser que me vuelvas a acusar de algo.

Asia le dolió ese comentario, pero podía entenderlo. Le habló en voz baja para que no pudieran escucharla.

—Mauro, que no fue cosa mía. Que mis padres se pusieron muy histéricos. Y piensa que yo no le dije nada a la poli. Y por eso os soltaron.

—Encima quieres que te lo agradezca.

—No, sólo te cuento cómo fue.

Mauro se acercó a Asia. A su oído.

—Te pido que salgamos y así me lo pagas.

Asia perdió la paciencia y gritó.

—¡Que no fui yo! ¡Imagina qué habría pasado si yo hubiera hablado!

—¿Y qué mentira ibas a contar?

Asia sintió odio en la mirada de Mauro. Y le dolió muchísimo.

—¿Ya no quieres estar conmigo?

—No seas patética, tía —dijo él con todo el desprecio del que fue capaz.

El profesor de matemáticas entró con el resto de compañeros y vio cómo Asia se dirigía a la salida hecha una furia.

—Asia, ¿a dónde vas? Si vamos a empezar ya.

—¡A ti qué te importa! —le dijo al profesor y luego miró a Mauro—: Eres un hijo de la gran puta. ¡Y te vas a enterar!

A Mauro se le heló el gesto y decidió seguirla. Salió al pasillo mientras el profesor se asomaba a la puerta.

—Mauro, vuelve a clase.

Pero el chico no le hizo caso y caminó por el pasillo en la misma dirección que había tomado Asia.

—¡Asia! ¡Asia!

Asia entró en el baño de las chicas sin mirar atrás. Y Mauro, sin pensarlo demasiado, la siguió hasta allí.

—¿Qué haces? Aquí no puedes estar.

—¿Me acabas de amenazar, tía?

—Porque me has insultado.

—¿Qué dices? ¿Cuándo?

—Me has llamado patética. Y fuiste tú el que quería rollo antes de ayer. Dime qué ha cambiado.

—Tía, que me pasé media noche en una comisaría por tu culpa. ¿Te parece poco cambio? ¿Sabes cómo están mis padres de cabreados? ¿Qué quieres que les diga ahora? Hola, papá, esta es mi novia, la tía que me denunció.

—¡Yo no te denuncié! Yo te encubrí. Fueron mis padres. No tengo la culpa de tener los padres que tengo. — Mauro sacudió la cabeza. Asia le miró a los ojos—. Dime que ya no te gusto.

Mauro resopló.

—Tía, ¿pero no ves que todo esto es muy raro?

—El otro día te pedí algo de tiempo. Pero ya no lo necesito. Me gustas. Y quiero estar contigo.

—¿Y por eso me amenazas delante de media clase? Joder, tía, que yo no le he dicho nada a nadie de lo de la comisaría. Nadie se tiene por qué enterar. Aunque podría hacerlo, porque se ha demostrado que soy inocente y la que ibas a quedar mal sobre todo eres tú. Y a ti casi te falta tiempo para largarlo.

Asia bajó la cabeza completamente arrepentida.

—Lo siento. No lo volveré hacer.

—Júramelo.

—Te lo juro. Perdóname.

Mauro empezaba a ceder y por eso Asia, para convencerle del todo, dijo lo que dijo:

—Haría cualquier cosa por ti.

Cualquier cosa.

El chico tragó saliva.

—¿De verdad?

—Dime qué quieres qué haga y lo haré.

Y eso a Mauro le excitó muchísimo. Más de lo que se hubiera imaginado. Y en menos de un segundo se le puso dura como una piedra. A lo mejor no era tan mala idea darle una oportunidad a la chavala. Tenía tal grado de excitación que deseó pedirle allí mismo que se la comiera. Además, estaba seguro de que ella diría que sí. Y eso aún le excitó más. No había nada que le pusiera más cachondo que la

posibilidad del sí. Pero se tenía que contener. Ya habría tiempo y tenía que asegurarse de que la tía no iba a salir corriendo arrepentida nada más haberlo hecho.

—¿Qué piensas? —le preguntó Asia.

—Que vale, que no nos cerremos ninguna puerta. Pero mejor despacito, ¿vale? Sin ningún tipo de expectativas, ni de ataduras, ni de nada.

—¿Me vas a dar una oportunidad?

—Puede. No sé.

Se acercó a él y le dio de manera impulsiva un beso en los labios.

—Gracias.

—Pero por ahora que no lo sepa nadie, ¿vale? Y se acabó lo de volver a hablar de lo que pasó en mi fiesta o lo de la otra noche en comisaría.

—Prometido. Si yo también te iba a pedir algo parecido. ¿Tú sabes lo que me harían mis padres si descubrieran que tú y yo nos vemos? —preguntó ella.

—Vale, pues en secreto entonces.

—En secreto.

Algo parecido a la felicidad

I

Petra había estado media mañana trabajando sin descanso. Un masaje tras otro. Una clienta la notó especialmente alegre y se lo hizo notar. «Tienes cara de haber echado un polvo. Y tus manos... tus manos hoy me están dejando la

espalda nueva». «¿También se nota en las manos que he echado un polvo? Anda, no digas tonterías. A ti te voy a contar yo con quien me acuesto o me dejo de acostar». Pero era verdad. Llevaba dos noches acostándose con Pablo y le estaba sentando estupendamente, tan bien que hasta se sentía culpable de estar tan relajada y tan a gusto, justo ahora que su hija estaba atravesando por algo tan complicado. Aunque a lo mejor tampoco había por qué dramatizar. Asia llevaba dos días llegando del colegio contenta, como si nada hubiera pasado. A lo mejor era verdad que poco a poco podía volver a la normalidad.

—Y ese brillo en el pelo... Cuando a alguien le brilla así el pelo es que ha catado varón pero bien.

—Sí, o que ha cambiado de champú, no me seas numerera.

Pero algo de razón tenía. Follar con Pablo era como volver a casa. Conocía sus abrazos, sus embestidas, reconocía su olor. Follar con Pablo no era comparable a hacerlo con ningún otro. Después del divorcio tuvieron varias «recaídas», como las llamaba ella. Quedaban para hablar de los niños, o para concretar algún detalle, de quién se queda con esto, quién con lo otro, y de repente, sin apenas darse cuenta, ya estaban desnudos o medio desnudos

abrazados, sudando. Pero esos encuentros les dejaban una resaca amarga. Mientras ocurría todo parecía posible, sus cuerpos se entendían, se excitaban, se aliviaban. Dejaban de lado todas las tensiones y los malos momentos, pero una vez alcanzado el orgasmo todo el odio y el rencor volvían al presente y con más fuerza incluso. Así que por su propia salud, Petra decidió acabar con eso. Aún recordaba con una claridad meridiana y con todo lujo de detalles la tarde en que Pablo se le abalanzó y ella le dijo que no, que no podía ser, que se había acabado. Si estaban divorciados lo estaban de verdad, para todo. El sexo entre ellos

pasaba a ser historia antigua. Por eso Petra no entendía cómo había recaído las dos últimas noches. Pero, por primera vez en mucho tiempo, tuvo la impresión de ver una lucecita al final del túnel. Un brillo de esperanza, ya que esos polvos no les habían dejado del todo hundidos, el rencor no se había instalado después del orgasmo. Y hubo un par de detalles, de caricias, que le hicieron creer que tal vez... tal vez...

Y por eso, allí mismo, con las manos en la espalda de esa paciente, tomó una decisión: retomar el contacto con Aviador 43, ya era hora de conocerse en persona. Esa era la mejor manera de no volver a caer con Pablo y

de no hacerse ilusiones. En caso de que quisiera quedar con ella, porque desde el sábado llevaba ignorándole.

Tan pronto como la clienta se fue, Petra le envió un mensaje: «No sé si seguirás con ganas de seducirme entre las nubes. Yo ya te digo que con una cama me basta».

Releyó el mensaje dos veces antes de mandarlo. No sabía si darle al botón de enviar o no. Pero el caso es que estaba orgullosa de lo que había escrito. Empezaba entre cursi y poético y terminaba de una manera atrevida. Así que se decidió y lo envió.

La respuesta no se hizo esperar ni cinco minutos. «Empezamos por un café? Creo que tienes mucho que contarme». A Petra le molestó un poco el mensaje. No era ni cursi, ni poético, ni atrevido. Era realista. Y no sabía si ahora mismo le apetecía otra dosis de realidad. Ella quería evadirse, y había pensado que con ese desconocido, con el que llevaba tiempo con el juego de la seducción, sería una buena manera de hacerlo. Pero la respuesta de él la dejaba un tanto... No sabía ni cómo la había dejado. Así que le respondió: «Si quieres que hable, más que un café voy a necesitar una cerveza o dos. Tal vez tres».

«¿Esta tarde?», contestó él. Y ella le dijo que sí, que por qué no. Y quedaron en un café por el barrio de los Austrias.

Petra le robó un poco de perfume a su hija. Quería oler como alguien más joven de lo que era. Se probó varios vestidos antes de decidirse y utilizó a Rómulo para que le diera su opinión.

—¿Has quedado con papá?

—¿Con papá? ¿Y yo por qué me iba a arreglar tanto para quedar con tu padre?

—No sé... Estos días estáis todos tan raros... ¿Con quién has quedado?

—Con un amigo.

—¿Y lo sabe papá?

—¿Pero a santo de qué le voy a pedir permiso a tu padre, Rómulo?

¿Estoy guapa o no estoy guapa?

—Sí.

—Gracias. Y de esto ni una palabra a tu padre.

—Vale, no le diré que te has puesto guapa para otro, tranquila.

Petra sintió un pinchazo en el estómago. ¿Remordimiento? Tal vez, pero no por quedar con un desconocido, sino por haber dejado instalarse en casa a su ex. Era normal que ahora su hijo se sintiera desconcertado. Por eso lo mejor era volver a la rutina de su vida. Adiós

a Pablo para siempre, hola a Aviador 43 y a los que vinieran. Porque ella ya sabía que ni el aviador iba a ser el hombre de su vida, ni el siguiente que viniera después del aviador, pero eso era lo que tocaba. Cuando antes lo aceptara y cuanto antes pasara página, mejor.

Cuando iba a salir por la puerta, Asia entró en casa. Llevaba su bolsa de entrenamiento y la ropa de deporte.

—Hola, cariño, ¿qué tal en natación?

—Bien, bien, tengo a la entrenadora un poco mosqueada, pero se le pasará.

—Si quieres que hable yo con ella...

—No, no —se apresuró a decir Asia—. No es necesario.

Petra le sonrió.

—Como tú veas.

Asia olió el perfume.

—¿Me has pillado mi perfume?

—Un poquito, es que huele tan rico.

—¿Con quién has quedado?

Petra no supo muy bien qué contestar y Rómulo lo hizo por ella.

—Con un amigo, pero no quiere que papá se entere.

—¿Ah, sí? —preguntó Asia bastante sorprendida.

Y Petra, algo pillada en falta, contestó:

—Yo no te he dicho eso, Rómulo. O no así. —Y mirando a su hija, añadió —: Pero si no quieres que vaya, no voy. ¿Prefieres que me quede en casa?

—¿Y yo por qué voy a querer que te quedes aquí? No digas tonterías. Vete.

—¿Seguro?

—Que sí, y que ya me ocupo yo de Rómulo. Tranquila.

—En menos de dos horas estoy de vuelta. Y Rómulo se iba a casa del vecino, ¿a que sí?

Rómulo asintió. Y Petra se despidió de su hija con un beso en la mejilla.

—Pero ese perfume huele mejor en mí, que lo sepas —bromeó Asia.

Cuando Petra se marchó, Asia tiró la bolsa de deporte. Le había mentido a su madre. No había ido al entrenamiento. O mejor dicho, sí había ido, pero no se había atrevido a entrar al pabellón. No quería nadar. No quería enfrentarse a la entrenadora, ni a Nerea —llevaba dos días esquivándola con éxito en la escuela—, pero, sobre todo, no quería meterse en el agua. Aunque esto último no lo hubiera admitido ni bajo tortura.

Miró a Rómulo.

—¿Tú sabes quién es ese amigo de mamá?

—¿Yo? ¿Por qué iba a saberlo yo?

—Porque tú te enteras de todo.

—Qué va, últimamente no me entero de nada.

Asia se metió en su habitación. Tenía un mensaje de Nerea que no había mirado. Y uno nuevo de Andrés. Qué pesado, el tío. Tiró el móvil a la cama y encendió el ordenador. Mauro estaba conectado y se puso a hablar con él. Ese día, tal como habían pactado, se habían comportado en clase casi como dos desconocidos. Pero luego buscaron la manera de verse a solas un par de veces durante la mañana. Y Asia había rozado

el paraíso. Mauro, sin ser empalagoso ni romántico a la manera de las pelis tontas, sacaba lo mejor de ella y convertía cada encuentro en algo único y especial. Asia se sentía más guapa, más lista y mucho más ocurrente y divertida sólo por el hecho de que él la escuchara y la entendiera. ¿Cómo podían tener tanta complicidad con tan poco? ¿Y por qué no habían intimado antes? Asia le miraba embobada, aunque intentaba que no se le notara. Y, por supuesto, se reprimía las ganas de decirle: así que era esto, esto es lo que se siente cuando una es deseada por el chico que quiere.

—¿Sigues sin hablar con Ne? —le escribió el chico.

—Sí, ¿por?

—Es tu mejor amiga.

—Ya, Mauro, pero... no sé, me traicionó.

—No digas tontadas. Fui yo quien la convencí para dormir abrazado a ella. Y a mí me has perdonado.

«Eso también es verdad», pensó Asia. Así que después de cerrar la conversación con Mauro cogió su móvil y abrió el mensaje de Nerea.

«Ya me ha dicho Mauro que estáis ahí ahí. Me alegro mucho. De verdad».

Asia decidió contestarle. Era absurdo continuar con el enfado. Sobre todo, porque estaba deseando contarle a

alguien todo lo que le estaba ocurriendo con Mauro, y ella era su única amiga.

«Gracias. Tengo mucho que contarte». Y con esas dos frases, Asia y Nerea volvieron a retomar su amistad. Aunque Asia decidió no volver a mencionar la noche del sábado, al menos si ella no sacaba el tema. No estaba preparada para eso, seguía teniéndolo todo muy confuso en su mente y era mejor no menearlo demasiado.

II

Petra iba mentalizada para encontrarse con cualquier tipo de hombre. No se esperaba demasiado, aunque al entrar en la cafetería cruzó los dedos para que no fuera el viejo que estaba sentado en la mesa de al lado de la cristalera. «Como se levante y me salude, me largo sin contestarle. Porque es lo que se merecen los mentirosos. Que una cosa es quitarse cinco años y otra quitarse quince».

Alguien le tocó en el hombro con un dedo.

—¿Petra?

Se dio la vuelta y lo vio. Si ese era Aviador 43, estaba de suerte.

—¿Aviador?

—Llámame Dámaso mejor.

Petra sonrió. El aviador se llamaba Dámaso y no tenía entradas, ni barriga, no era bizco, ni cojo. No era muy alto, pero tampoco bajito. Y ya como fuera aviador de verdad, iba a tener que hacer un esfuerzo para no dar saltos de felicidad.

—¿Qué tal? ¿Das el aprobado? — preguntó él sonriendo.

Vaya, y también tenía una bonita sonrisa, y con todos los dientes blancos y en su sitio. La camisa era un poco estafalaria, pero era tan fácil de solucionar como que se pusiera otra o se la quitara.

—Con notable alto.

—Si no me conoces —dijo Dámaso.

—Es que soy muy frívola —contestó aparentando ser una mujer mundana, o más bien, imitando a su amiga Veva—. Y tengo el estándar muy bajo, a mí dame un hombre con todos los dientes y con pelo y ya me tienes ganada.

—Estoy de suerte entonces.

—¿Y tú? ¿Me das el aprobado?

—Yo voy a esperar a la segunda caña. Me pasa lo contrario que a ti, soy muy exigente.

—Entonces mejor nos ahorramos las cañas y me voy —dijo ella con voz de derrota. Pretendía ser irónica, pero al

ver el gesto de él se preocupó.

—¿Por qué? —preguntó Dámaso.

—Porque yo soy de suspender en casi todo. Y más si se espera mucho de mí.

—No voy a dejar que te vayas.

Y a Petra le gustó tanto cómo había sonado eso que se quedó. A la segunda cerveza ya le estaba contando todo lo que había pasado esos días y por qué no había contestado a ninguno de sus mensajes. Dámaso escuchaba con atención y cuando ella acabó de hablar, estaba sin palabras.

—¿Qué ocurre? ¿No me crees?

—¿Cómo no te voy a creer, mujer? Habría que estar muy mal de la cabeza para inventarse una cosa así como excusa. Y tú no tienes pinta de estar mal de la cabeza.

—Gracias.

—¿Y tu hija cómo está?

—Es más fuerte de lo que pensábamos Pablo y yo. Pablo es mi ex...

—Sí, es la séptima vez que lo nombras. Lo había intuido.

—¿Tantas veces he nombrado a Pablo?

—Ocho con esta.

—Vaya.

—Pero me estabas hablando de tu hija. ¿Qué tal está ahora?

—Bien, bien, creo que lo peor ya pasó.

—Me alegro.

—¿Y qué? ¿He aprobado o te quieres evitar seguir hablando con una mujer que viene con todo esto encima?

—preguntó.

—¿Quieres que mañana demos una vuelta en mi avioneta?

—¿De verdad eres piloto?

—Sí, pero de avionetas. No tienen nada de *glamour*, las avionetas que pilotamos son como un Smart con alas, igual de pequeñas, son cuatro latas con

un motor y suelo hacer siempre el mismo recorrido con los alumnos... Acaba siendo muy rutinario.

—¿Alumnos? —preguntó Petra.

—Sí, ¿no te lo dije? Doy clases a los que quieren sacarse el carné de piloto de avioneta.

—Ah... —dijo Petra sin disimular su desencanto.

—¿Ves? Ya te dije que no tenía nada de *glamour*.

—No es eso, no es eso. Es que a Pablo lo conocí así.

—¿En una avioneta?

—No, en la autoescuela. En clase de conducir. También es profesor.

—Ah... —dijo Dámaso.

—Sí —asintió Petra.

Y entonces, antes de que la conversación se muriera de desencanto, Dámaso reaccionó.

—Volar es más divertido —dijo y siguió bromeando—. Y muchísimo más caro. Piensa que conmigo subes un poquito el nivel.

Petra agradeció el esfuerzo. Le empezaba a caer bien el aviador, aunque fuera de una autoescuela voladora. Además, sabía escuchar y tenía gracia. Y todos los dientes.

—Y eres más guapo —le dijo ella de manera animosa para ponerse a su altura—. Y entre tú y yo no hay un

pasado envenenado, ni rencor, ni dos hijos en común, ni una pensión alimenticia...

—Entonces gano por goleada. ¿Te atreves con el vuelo?

—¿Por qué no?

III

Rómulo estaba en el parque con su amigo Nano, el vecino. Los dos estaban en la pista de *skate*. Nano había mejorado mucho su técnica e intentaba darle unos cuantos consejos a Rómulo.

—Así no, cógela más abajo.

—¿Así?

Nano vio a lo lejos a Sergi, el que le daba clase particulares y le había enseñado los trucos para mejorar con el *skate*.

—Ahí está Sergi. Espera, que lo aviso.

Nano llamó a su profe. Y Sergi se acercó.

—¿Qué pasa, Nano? ¿Qué tal van esas mates?

—Guay, esta vez apruebo fijo.

—Así me gusta, que no quiero estar todo el verano encerrado dándote clases.

—Este es mi colega Rómulo —le dijo el chaval señalándole a su amigo.

Al oír ese nombre, a Sergi le cambió la cara. No podía haber muchos chavales en el barrio que tuvieran el mismo nombre que el hermano de Asia.

—¿Tú eres hermano de Asia?

—Sí, ¿la conoces?

—Vamos a la misma clase —dijo intentando aparentar normalidad.

—Guay. ¿Me enseñas lo que le enseñaste a Nano?

Sergi recompuso su actitud lo más rápido que pudo.

—Es que tengo un poco de prisa.

—Venga, colega, enróllate —le pidió Nano imitando la manera de hablar de los mayores—. Si este lo pilla todo al vuelo.

Sergi no sabía muy bien qué hacer. Creía que si Asia se enteraba no le iba a hacer ninguna gracia, pero, por otro lado, el chaval tampoco tenía la culpa de sus movidas. Y además, si ella y Mauro habían hecho las paces, ¿por qué él no iba a poder pasar un rato con su hermano pequeño?

—Vale, pero sólo diez minutos. Y Rómulo, tampoco hace falta que tu hermana se entere de esto.

—¿Por? Si ella me deja hacer burradas con el *skate*.

—Ya, ya, no es por eso. Mejor que no se entere.

—Como quieras.

Los diez minutos se convirtieron en una hora. Sergi estaba disfrutando entrenando al chaval, porque era verdad que lo pillaba todo al vuelo. Y Sergi acabó fantaseando con la idea de que si ayudaba a Rómulo a mejorar, sería como una forma de compensar lo que había hecho el sábado y su cobardía en la comisaría.

—Eres bueno —le dijo al chico.

—Qué va —contestó Rómulo—.

Tengo mucho que aprender. ¿Te vas a pasar otro día por el parque?

—No sé, puede.

Sergi se subió al *skate* del chico e hizo una última pirueta.

—¿Te parece bien que te dé mi número de móvil y si estás por aquí otro día aburrido me das un toque? Yo vivo aquí al lado y puedo bajar corriendo.

Sergi, desde el *skate*, asintió.

—Apúntame tu número si quieres. Tengo mi móvil ahí en la mochila. Cógelo.

Rómulo abrió la mochila del chico y cogió el teléfono. Al abrirlo, tocó alguna tecla que no debía y lo primero que apareció fue la foto de Sergi con un señor mayor detrás, abrazado a él. Rómulo rápidamente pulsó otra tecla y consiguió meterse en la agenda y teclear su número de teléfono.

—Hecho.

IV

Petra llegó a casa con el ánimo cambiado. Estaba muy contenta. Orgullosa de haber ido a la cita. Orgullosa de haber aceptado la invitación de ir a volar. Iba por el buen camino. El aviador era un tipo agradable, guapo, con conversación. Era el mejor antídoto para poner distancia entre ella y Pablo. Y ya luego si acababan en la cama y si se entendían y si... Pero mejor no embalsarse ni adelantar acontecimientos. Lo

importante es que al día siguiente iba a volar con él. Y que eso le iba a hacer olvidar a su exmarido.

Esa noche Pablo se pasó por casa para ver qué tal estaba Asia.

Y Petra y él, sin saber bien cómo, acabaron de nuevo en la cama.

Pablo se despertó a media noche con una sensación extraña. Acababa de tener una pesadilla, pero apenas recordaba gran cosa. Estaba en una isla, o algo así, y el agua empezaba a cubrirlo todo. A lo mejor no era una isla, tal vez había sido una barca gigante de madera. Él se ponía a despertar a la gente, para que no se

ahogara... Pero no recordaba más. Miró a Petra. Dormía plácidamente a su lado. Ahí estaba él, dos años después, compartiendo cama con el único amor de su vida y teniendo pesadillas sobre islas de madera que se hunden. Su inconsciente era incluso mas previsible que él.

En la oscuridad de la noche le dio por pensar que no había sido buena idea llamar al periodista. Había hablado demasiado, pero necesitaba tanto desahogarse... Ahora temía que el artículo fuera contraproducente. Pero no tenía por qué alarmarse, el periodista le había prometido que le pasaría el artículo antes de publicarlo, para que se

sintiera libre de hablar de lo que quisiera y que luego pudiera cortar cualquier cosa que le pareciera excesiva. Pablo sólo había puesto una condición: proteger la identidad de su hija. Bastante tenía como para que la gente pudiera señalarla con el dedo. Así que el periodista podía hablar del barrio en el que vivía, pero no del colegio en el que estudiaba, y tampoco podía citar su nombre, ni siquiera sus iniciales. El periodista había aceptado. Aunque eso sí, hablaría con la comisaría para verificar la historia. A Pablo le había parecido razonable. Se tranquilizó. Si la noticia hablaba de una chica sin concretar, si no se reconocía, no había

manera de que su hija se viera perjudicada. Y además, si no habían publicado ese día el artículo, puede que ya ni lo sacaran. Y en caso de que viera la luz, tal vez alguien podría beneficiarse de todo el asunto. Si los chicos iban a quedar en libertad y no se podía borrar lo que había pasado, al menos, al hacerlo público, la situación no se volvería a repetir. Y, sobre todo, si gracias a eso series como *Tabula rasa* dejaban de emitirse, la entrevista con el periodista habría merecido la pena. ¿Cómo en un horario de máxima audiencia se atrevían a poner una serie de adolescentes con ese contenido tan explícito, tan ambiguo moralmente?

Pablo no se tenía por una persona conservadora ni pacata, pero debían existir unos límites. ¿Por qué nadie había asesorado a los de la serie para explicarles que los adolescentes eran personas muy influenciables a los que les encantaba emular lo que hacían sus personajes favoritos del cine y de la tele? A él esto le parecía tan claro y tan obvio que le molestaba que los demás no se dieran cuenta. Aunque tenía que admitir que cuando había leído algo al respecto, que varias asociaciones de padres y de profesores habían denunciado hacía un año y pico el contenido de la serie, pidiendo su retirada, los había tachado de

exagerados y de rancios. Y ahora él iba a comenzar una campaña para conseguir lo mismo y no iba a parar hasta lograr su objetivo. ¿Acaso no estaba en la Constitución como derecho inalienable la defensa y protección de la infancia? ¿Y qué era Asia sino una niña?

Pablo, orgulloso de haber calmado su miedo, acarició la mejilla de Petra, se acomodó en la cama e intentó dormir de nuevo.

Ya no le asustaban las pesadillas.

Qué infeliz.

23

Nieva

I

Al día siguiente nevó. En Madrid y en mayo. Y no fue una nevada cualquiera. Estuvo nevando durante horas. Tanto que enseguida empezó a cuajar, primero en los capós de los coches, luego en los jardines y parques y más tarde en las

calles y en algunas carreteras poco transitadas. Nevaba en mayo como no había nevado en todo el invierno.

—No te lo vas a creer, Petra. Está nevando. Y de qué manera.

Petra despertó. A su lado, en la cama, estaba Pablo. Y no sabía que le parecía más extraño: que nevara en mayo o que su ex estuviera allí.

—¿Qué haces aquí? Como se despierten los niños y te vean...

—Me quedé dormido.

—¡Pues arriba antes de que se levanten! —dijo Petra saliendo de la cama a toda prisa.

—¿No quieres ver como nieva?

—Precioso —dijo ella sin mirar—.

Venga, Pablo, espabila.

—Si me encuentran aquí, tampoco va a pasar nada.

—No quiero que se confundan. Y que piensen lo que no es.

—¿Y tú cuánto de confundida estás?

Petra, mientras se ponía unos pantalones vaqueros, le miró. Ahí estaba él, en camiseta y calzoncillos, con ese cuerpo que aún se mantenía firme. Y con esa seguridad tan arrogante y tan atractiva. Al menos en los primeros años se lo había parecido. Pero ahora ya no, o ya no tanto. Porque esa seguridad también traía consigo un pasado cargado

de cuentas pendientes con las que ninguno de los dos sabía muy bien cómo lidiar. ¿O sí? Y Petra entonces pensó que Pablo, una vez más, tenía razón. Estaba confundida.

—No es el momento de hablar de esto. Es más, no creo ni que lo tengamos que hablar —sentenció ella.

—Por mí, perfecto, me puedo seguir colando aquí por las noches y desaparecer por las mañanas. Pero, conociéndote, sé que algún día querrás hablarlo.

—Es que no te vas a colar más veces por las noches.

—¿No? —preguntó él de manera divertida.

—Con esto no estamos ayudando a Asia —concluyó Petra.

—¿Podemos tener una conversación sin que nuestra hija salga a relucir?

—En algún momento tendremos que empezar a hacerlo bien. Y este no es el camino. Lo sabes.

—Petra...

Pablo se acercó a ella para hacerle algún mimo. Pero Petra no quiso caer y le pasó su chaqueta, apartándolo de su lado.

—Vete.

Sergi contemplaba desde la ventana cómo caían los copos de nieve sin salir de su asombro. Su madre entró en la habitación.

—¿Has visto?

—Increíble, ¿no? Qué manera de nevar.

—Abrígate bien para ir a clase.

—¿Tú crees que habrá? Yo creo que a lo mejor se suspenden.

—Más quisieras. Si esto se derrite antes de llegar al suelo. Venga, que llegas tarde.

Pero la madre de Sergi se equivocaba. En el colegio les mandaron de vuelta a casa porque muchos profesores y la mitad del alumnado no

habían podido llegar, ya que habían empezado a cortar carreteras. En mayo y por una nevada.

Sergi llamó a Quique.

—¿Trabajas hoy?

—¿Por qué no iba a trabajar?

—Por la nieve.

—Pero si yo trabajo en casa. Qué más me da a mí que nieve.

—¿Y no me quieres ver un rato? No tengo clase.

Y Quique aceptó encantado. Esa mañana se había comportado como el señor Scrooge, el avaro que odiaba la Navidad del cuento de Dickens, gruñendo al contemplar la nieve. Logan no había querido salir a la calle,

asustado del manto frío y blanco tan desconocido para él y Quique lo había tenido que coger en brazos y soltarlo en el único sitio en donde la nieve no había cuajado para que meara. Y ahora tenía que agradecerle a esa nevada que fuera a ver a Sergi. No dejaba de pensar en él. Las tres horas del hotel habían sido perfectas. De una perfección a la que sólo estaba acostumbrado a vivir en la ficción que escribía. Casi nunca le pasaba en su vida. Y ahora que por fin le había ocurrido, a sus treinta y seis años y con un chaval de diecisiete, no salía de su asombro. Deseaba verlo, deseaba

estar con él, deseaba repetir cada minuto de esas tres horas en la *suite* de lujo. Miró caer los copos de nieve y sonrió.

III

Pablo tuvo que cancelar las clases de ese día. Era mejor no salir con inexpertos al volante con un tiempo así. Aunque él creía que no había nada mejor que enfrentar a los alumnos a todo tipo de situaciones atmosféricas, el dueño de la autoescuela no pensaba lo mismo. Así que, sin comerlo ni beberlo, se encontró con un día libre. La chica de la

recepción de la autoescuela tenía la radio encendida, estaba escuchando las noticias.

—La mitad de los colegios cerrados, ¿te lo puedes creer? Caen cuatro copos y se paraliza Madrid.

—Bea, son más de cuatro copos. Nosotros también hemos cancelado las clases de conducir.

—No es lo mismo.

—Si tú lo dices.

Pablo vio cómo dos chicas pasaban por la calle con botas de agua. Se lanzaban bolas de nieve y se reían. Pablo entonces tuvo una idea. Llamó a Petra.

—¿Tienen clase los chavales?

—No, justo me acaba de llamar Rómulo para decirme que los envían de vuelta a casa.

—Genial. Diles que en menos de una hora estoy allí.

—¿Para qué?

—Para llevarlos a la Casa de Campo.

—¿Con la que está cayendo?

—Precisamente por eso. Para pasar con mis hijos un día en la nieve. Apúntate si quieres.

—No sé, Pablo.

—Tú misma. Pero yo voy a por ellos. ¿Qué número calza Asia?

—El treinta y siete, ¿por?

—Es que no le he regalado nada por su cumpleaños y creo que ya sé lo que le voy a regalar. ¿Y Rómulo?

Pablo recorrió todas las zapaterías de alrededor, buscando unas katiuskas rosas del número treinta y siete y otras verdes o azules del treinta y seis. Pero todas las zapaterías tenían sólo el calzado de temporada. Así que tuvo que ir hasta El Corte Inglés para conseguirlas. Unas katiuskas rosas del treinta y siete y otras azul marino del treinta y seis. Las habían tenido que ir a buscar al almacén y sin garantizarle que las fueran a encontrar. Pero allí estaban.

Las pagó a precio de oro, pero le dio igual. Habría pagado hasta el sueldo de dos meses si se lo hubiesen pedido.

Asia y Rómulo cogieron los paquetes que les ofrecía su padre sin saber muy bien qué pensar.

—¿Y esto? —preguntó Asia.

—Por tu cumple. No sabía qué comprarte y por fin lo he sabido.

—Pero no es mi cumple —aseguró Rómulo.

—Me apetecía. Y lo vais a necesitar para la Casa de Campo.

Los chicos abrieron sus regalos. Y al descubrir las botas, no supieron muy bien cómo reaccionar.

—¿Unas botas? —dijo Rómulo mientras miraba a su madre y luego a su padre.

—¿Cuándo fue la última vez que hiciste una pelea de bolas de nieve?

—No sé... nunca —dijo Rómulo.

—Pues ya va siendo hora.

—Papá... —protestó Asia—. Yo ya no soy una niña. Y son botas de agua, no de nieve.

—Ya lo sé. Pero servirán igual, ¿y lo guapa que vas a estar con esas botas? ¿Y lo bien que lo vamos a pasar? ¿O te parece mal que lo pasemos bien?

Asia no supo qué contestar. Rómulo la miró con cara de perrillo apaleado.

—Venga, Asia, póntelas.

Asia accedió. Y Rómulo, mientras se las ponía, miró a su madre.

—Mamá, ¿tú no quieres venir?

Petra estuvo tentada de aceptar, pero se imaginó la estampa de familia feliz en la nieve y negó con la cabeza. Mejor no dejarse llevar por una fantasía como aquella: sólo provocaría más confusión. Tenía que ser fuerte y seguir con su vida. Nada de bonitas estampas familiares que no se correspondían con la realidad. No más recaídas. Se merecía otra vida. Y por eso debía quedar con el aviador. E intentarlo, al menos. Así que declinó el ofrecimiento,

alegando que no le apetecía nada mojarse las manos ni los pies, que la nieve no era lo suyo.

—Qué rancia eres, mamá —le dijo Rómulo.

—Vuelve a llamarme rancia y te quedas sin monopatín.

—Vale, vale.

Asia fue refunfuñando a la Casa de Campo, pero acabó por contagiarse de la alegría de su hermano y de su padre, que estaban disfrutando como enanos emprendiendo una gran batalla con bolas de nieve. Rómulo tiró una gran bola a su hermana y le dio en toda la espalda.

—Esto es mejor que el Xanadú.

Asia recordó entonces que no había cumplido la promesa de haber llevado allí a su hermano y se le nubló el rostro. Pero cuando su padre le tiró otra bola que le dio en todo el culo, reaccionó. No era el momento de dejarse arrastrar por cosas que ya habían quedado atrás. Era el momento de disfrutar de ese día. Y se puso manos a la obra, cogió un gran montón de nieve, lo aplastó e hizo una bola lo más esférica que pudo. Se la lanzó a su hermano, que logró esquivarla con gracia.

Asia corría por la nieve con sus katiuskas rosas, perseguía a su hermano y luego a su padre. Estaban al lado del lago de la Casa de Campo. Todo el

paisaje cubierto de un manto blanco, las botas rosas de Asia dejando huellas en la nieve. Había más gente como ellos, disfrutando de ese día raro de invierno en plena primavera. Y en ese momento, en el otro extremo del lago, apareció Mauro con un par de amigos. Vio a lo lejos a Asia, y a punto estuvo de ir a saludarla cuando se dio cuenta de que estaba con su padre. Mejor quedarse en la distancia, contemplándola. Estaba guapa, allí con esas botas rosas, con la cara colorada y, sobre todo, se la veía feliz, corriendo, chillando, lanzando bolas de nieve. Los amigos le propusieron acercarse más al lago y unirse a uno de los grupos que estaban

en plena guerra de bolas. Pero Mauro les convenció para que se fueran a otro lado, no sin antes volver a contemplar a Asia.

Más tarde le envió un mensaje: «Estabas para comerte en medio de la nieve con esas botas de niña».

Y esa tarde, por el Skype, Asia le contó el porqué de esas botas. Que su padre le había regalado unas igual cuando era pequeña. Y había sido el regalo que más le había gustado jamás.

—Y tu padre hoy ha querido convertirme otra vez en su niña pequeña, ¿no?

—Supongo.

—La de cosas que te haría yo con esas botas...

Asia se rio.

—¿Con las botas?

—Sí.

—¿Y qué me harías? —preguntó ella.

—Te desnudaría y te dejaría sólo con ellas puestas. Unas braguitas y esas botas rosas. Y...

—No sigas, que te pones muy guarro.

—Ya... ¿no te gusta?

—Mmm... —se limitó a escribir.

Porque aunque la idea le gustaba, no quería demostrárselo a las primeras de cambio.

—Dejarías de ser la niña de papá.
Para convertirte en mi niña.

A Asia esa idea le excitó
muchísimo.

—Si te portas bien, a lo mejor
algún día —le dijo.

IV

Petra acababa de llegar al aeródromo
donde la había citado el aviador. Era un
lugar curioso, no muy lejos de Madrid.
Se accedía a él por una pista de tierra,
como si uno fuera a entrar a un coto de
caza, para luego aparecer en un lugar
muy llano con varios hangares y una

pista en la que había varios helicópteros y diez o doce avionetas. Lo primero que Petra pensó fue que el aviador había estado muy acertado en su descripción de Smart con alas. Eran realmente pequeñas. ¿En una de esas iba a ser capaz de subirse ella? Aparcó donde la nieve se lo permitió, porque estaba claro que sólo habían sacado la nieve de la pista de las avionetas. Todo lo demás estaba teñido de blanco. Dámaso la esperaba en la pequeña cantina. Cuando entró, Petra no pudo evitar sonreír. Era un lugar pintoresco, lleno de trofeos y de fotos de aviones y avionetas. Debido al reflejo de la nieve entraba una luz brillante por todos los ventanales y tuvo

que hacer un esfuerzo para distinguir a Dámaso a contraluz. Él se acercó a ella y la besó en la mejilla. Petra constató su mal gusto para las camisas. La que llevaba era más aún estrafalaria que la del día anterior. Era gris y con pequeñas palmeras esparcidas por toda la tela. Un horror.

—Qué valiente, pensé que con la nieve no te ibas a atrever.

—Si te digo la verdad, me he atrevido porque estaba convencida de que con la nieve no podríamos volar.

—¿Por qué no? La visibilidad es estupenda, mira qué día se ha quedado. Y han limpiado muy bien la pista.

—Ah... —dijo Petra algo asustada.

—Pero si no te atreves, no pasa nada. Que se trata de disfrutar. No de lo contrario.

—Supongo que me tendré que animar, ya he venido hasta aquí.

—Hacemos una cosa, que es lo que les digo yo siempre a los primerizos, nos acercamos a la avioneta, la ves, la tocas, te sientas en ella y luego decides si la arrancamos o no.

Petra asintió, no era mala idea. Salieron de la cantina y se acercaron hasta la pista. Dámaso le indicó la avioneta en la que subirían.

—Es tu primera vez, ¿verdad? —preguntó Dámaso—. Porque a ver si yo voy a estar dando por hecho que nunca

has volado y ya tienes más horas de vuelo que yo.

—Es mi primera vez —dijo ella tocando una de las alas de la avioneta—. Esto es seguro, ¿no? Se ve tan pequeñita...

—Más que un avión.

—Vale. Pues vamos a ello.

Dámaso le indicó cómo subirse, primero un pie en el ala, «te apoyas allí», y luego de un pequeño impulso para dentro. Petra le miró antes de atreverse a poner el pie donde le decía. Y como él le sonrió con confianza, ella encontró el ánimo para hacerlo. Una vez dentro de la avioneta, Dámaso le pasó unos auriculares de piloto.

—¿Me los tengo que poner?

—Tenemos que hablar a través de ellos, el ruido del motor hace imposible que nos escuchemos.

Petra se rio mientras se los ponía. Era una risa nerviosa. Estaba atacada. Tenía la sensación de que ese cacharro no iba a poder con ellos, y en el caso de elevarse, era demasiado frágil, demasiado endeble.

—¿Preparada?

—No, pero venga, dale.

Dámaso le dio una palmada de ánimo en la rodilla.

—Te va a gustar, ya verás.

—Hay mucho cristal, ¿no? — preguntó.

—¿Cómo? —Dámaso no la había entendido.

—Digo que desde fuera no parece que toda la cabina sea de cristal, como que se ve todo demasiado.

—Esa es la gracia, que te sientas casi como un pájaro. Para no ver nada, ya están los aviones de pasajeros.

En eso también tenía razón, pensó ella. Dámaso encendió el motor. Petra sintió cómo el estómago se le ponía en la garganta. La avioneta empezó a avanzar sobre la pista y el aviador le fue contando todo lo que iba haciendo y cómo se diferenciaba el manejo de un coche del manejo de una avioneta como aquella. A Petra le daba absolutamente

igual, pero el sonido de las palabras de Dámaso la tranquilizaba, aunque no prestara atención a sus explicaciones. La avioneta tomó velocidad y después de varios metros, cuando la pista ya se acababa, alzó el vuelo. Primero de una manera un tanto inestable, tanto que Petra se agarró a la pierna de él buscando un punto de apoyo, como si eso fuera a salvarle del desastre en caso de que el aparato se estrellara. Dámaso la miró y, con un gesto, le indicó que todo iba bien, que era normal esa inestabilidad. Poco a poco, según cogían altitud, la avioneta encontró su equilibrio. Petra respiró.

—¿Qué tal?

—Viva —respondió ella.

—Ahora a disfrutar. Pocas veces se ve un paisaje así, cubierto de blanco. Hemos tenido suerte.

Petra movió la cabeza con un gesto imperceptible, tenía miedo de que cualquier movimiento diera al traste con el equilibrio conseguido.

—No tengas miedo. Ya pasó lo peor. ¿A dónde quieres ir?

Ella se lo pensó un par de segundos y acabó diciendo:

—A la Casa de Campo.

—¿En Madrid? ¿A la Casa de Campo de Madrid?

—Sí.

Porque Petra, en vez de estar disfrutando de ese momento, dejándose llevar, emocionándose por el hecho de que un hombre atractivo le estaba dando una vuelta en su avioneta para impresionarla, no dejaba de pensar en Pablo, en las noches pasadas a su lado, y en que ahora él estaría con sus hijos jugando en la nieve y de alguna manera lamentaba no estar allí. Intentándolo con él, recuperándole. Así de tonta era. Tal vez si pudiera verlos desde el aire...

—No podemos ir a Madrid. El espacio aéreo está restringido —dijo Dámaso.

—¿En una avioneta uno no es libre de ir a donde le plazca?

—No. Aquí arriba también hay limitaciones. No muchas, pero alguna.

—Pues vaya —dijo desilusionada—. A dónde tú quieras, entonces.

—¿Qué te parece Toledo? Es preciosa desde el aire.

—Tú mandas.

Poco a poco Petra se fue relajando, pudo controlar su respiración y hasta consiguió hablar a través del micrófono instalado en los auriculares como si llevara haciéndolo toda la vida.

—¿Qué tal? ¿Bien? —preguntó él.

—Sí, muy bien.

Y casi sin darse cuenta empezaron a hablar de ellos, allí arriba, mientras dejaban atrás el paisaje nevado, y él de

vez en cuando le indicaba un río, o tal valle, o el pico de una montaña. Era fácil charlar con él, y se sentía segura y escuchada. Dámaso le contó que estaba divorciado, que había querido mucho a su mujer, pero que los problemas habían empezado a surgir pronto. Ella padecía una depresión crónica, y con la medicación, más o menos podía hacer una vida normal, pero cuando decidía no tomarla, su día a día se convertía en un agujero negro que todo lo arrastraba. Y al final, por mucho que lucharon, el agujero negro también se tragó al matrimonio.

Dámaso lo había contado de una manera natural, sencilla, sin dramatizar, pero llamando a las cosas por su nombre. A Petra le había gustado mucho la manera en cómo había abordado esa época oscura de su vida.

—¿Y cuál es tu historia? —le preguntó él.

Petra, animada por su relato, se puso a hablar como sólo le había hablado a la psicóloga durante el año largo que había estado en terapia después de la hecatombe.

—Mi madre estaba muy enferma, un cáncer de estómago, horrible. No quería moverse de su casa ni ser una carga para nadie, pero yo no lo podía

permitir y vino a vivir con nosotros. Después de meses de luchar contra la enfermedad, murió. Yo llevaba tanto tiempo deseando que dejara de sufrir, que al principio viví como un alivio su muerte. Me alegraba por ella. Pero pronto empecé a notar su falta. De una manera sorda, brutal. La echaba tanto de menos... Y ya no era sólo eso, de repente me sentía otra mujer, distinta. Entendí lo que era la orfandad. Me faltaba su referente. Toda la vida intentando no parecerme a ella, contradiciendo cada una de sus opiniones, forjando mi personalidad a base de negar la suya. Si mi madre hace esto, yo hago lo contrario. No sé si me entiendes.

—Claro.

—Y de repente se muere y... yo ya no soy yo. Ya no sé a quién agarrarme, a quién contradecir. Y me volví loca.

—¿Loca?

—Sí, no loca de enloquecer y de que me encerraran en un psiquiátrico. Loca de ya no saber quién era, ni lo que quería, ni lo que esperaba. Pablo no conseguía entenderme por más que me apoyara, y mis hijos, bueno, Rómulo era muy pequeño y Asia estaba llegando a la pubertad, bastante tenía la pobre con lidiar con eso. Así que, sin saber muy bien cómo, busqué consuelo en internet. Y empecé a hablar con desconocidos. Te juro que no buscaba nada, nada sexual ni

sentimental, sólo que me escucharan, sólo necesitaba explicarme, ordenar mis sentimientos y, de repente, un día me enamoré. Como una tonta, como una quinceañera, como una estúpida. Me enamoré de un completo desconocido. Me levantaba a escondidas por la noche para hablar con él, primero por el chat, luego por el Skype o por teléfono. Él vivía fuera, en Toulouse, aunque era español. ¿Y te puedes creer que hasta me planteé dejar mi vida e irme con él? Así de trastornada estaba. Me fui a verlo un fin de semana. Y fue.. fue muy raro, para qué te voy a engañar, pero también fue increíble. No era exactamente como el que yo me había inventado, y por eso

fue raro, pero consiguió en pocas horas que borrara la imagen que tenía de él y la sustituyera por la de verdad. Y también me gustó. Pero al segundo día, después de tres polvos gloriosos, me di cuenta de que no estaba dispuesta a sacrificar lo que tenía, mi marido, mis hijos, mi trabajo, mi vida. Así que nos despedimos de la mejor manera y le dije que nunca más.

—¿Y?

—Y volví a caer, volvimos a chatear... Un desastre, vamos. Estaba hecha un lío.

—Y tu marido lo descubrió.

—Sí, supongo que tampoco puse mucho interés en ocultar el rastro. Así de culpable me sentía. De alguna manera supongo que buscaba que me castigaran.

—Y te dejó.

—Bueno, fue mucho menos expeditivo que eso. No se acaba un matrimonio de catorce años en el que ha habido mucho amor de un día para otro. Fue lento y doloroso. Mucho. Yo no quería romper. Yo ya sabía que no estaba enamorada del de Toulouse, y se lo conté, se lo conté todo y él pareció entenderlo. Y lo intentamos. Con ganas, con fuerza. Pero no hubo manera. El rencor se instaló entre nosotros. Pablo quería perdonarme, de verdad que

quería, yo lo sé, pero su odio era más fuerte que él. Cuando no se sentía celoso, se sentía decepcionado, un día lo quería saber todo de él y al siguiente me maldecía porque se lo hubiera contado. Y yo, bueno, yo tampoco estuve muy fina. Porque no me perdonaba a mí misma, me sentía tan culpable, tan monstruosa que no se lo puse fácil. Si él me odiaba, le odiaba por ello y a la vez me odiaba a mí mucho más. —Petra miró al piloto—. Como ves, demasiado odio como para salir adelante. Y a pesar de los niños, de que era la peor edad para que se quedaran sin el referente de un matrimonio sólido, a pesar de todo el pasado, de todo lo compartido, a pesar

de que era el peor momento para él porque quería empezar su propio negocio, a pesar de todo esto, al final hicimos lo que no queríamos hacer pero a lo que ya estábamos destinados: divorciarnos.

—Lo siento.

—Llevamos dos años separados. Y yo he estado un año y un mes sin tocar un ordenador, sin meterme en un chat. Bueno, miento. Claro que me metía de vez en cuando, pero sólo desde hace unos meses puedo hacerlo sin sentirme culpable del todo.

—¿Y qué pasó con el de Toulouse?

—Eso sí que es historia antigua. El de Toulouse fue lo que fue. El detonante y punto.

Petra y Dámaso se quedaron en silencio. Ninguno de los dos sabía qué decir. Petra se había vaciado como nunca. A su psicóloga se lo había contado muchas veces, aunque nunca así, del tirón, porque a esa reconstrucción novelada de la realidad le había costado mucho tiempo llegar. Y era algo muy íntimo: era la reconstrucción a la que había llegado para poder perdonarse. Donde todo por fin parecía tener una causa y un efecto, donde había excusas aceptables que se podían entender y perdonar. La reconstrucción del pasado

en definitiva era eso: Petra suponía que se parecía a escribir una novela autobiográfica, donde se recreaban unos hechos, se moldeaban y se suprimían otros, y se dotaba de significado a todo el conjunto, con una clara intención. Y en su caso, la intención de su relato ordenado y matizado, que ahora acababa de vomitar, no era más que la de aceptarse, perdonarse y seguir adelante.

—Creo que es la primera vez que lo cuento en alto. Y a través de unos auriculares. —Petra sonrió.

—Volar es lo que tiene.

—¿Siempre consigues este tipo de confesiones en el aire?

—La verdad es que no. ¿Qué te parece si seguimos la charla en tierra firme?

—Me parecerá estupendo. De maravilla, vamos.

—No sé si te has dado cuenta de una cosa... Al de Toulouse ni le has puesto nombre, y sin embargo a Pablo... No tengo ningún derecho a preguntártelo y menos en la segunda cita... pero...

—¿Quieres saber si aún sigue en mi vida?

—Sí —dijo él.

—Es una buena pregunta. Es una buena pregunta.

V

Sergi contemplaba los copos desde uno de los siete balcones de la casa de Quique. Tenía una cerveza en la mano.

—¿Sabes qué molaría? Que tuvieras un jardín y poder salir en bolas a la nieve.

—¿Desnudo?

—Sí, o en gayumbos. Tiene que ser un flipe tirarse desnudo en la nieve.

—Si quieres que te dé un choque hipotérmico, sin duda —dijo Quique mientras apagaba el portátil.

—Aburrido —le dijo el chico—. Para un día que nieva, molaría hacer esa locura.

Y entonces a Quique se le ocurrió.

—No tengo jardín, pero este edificio tiene una azotea enorme, y no suele subir nadie. Si te atreves...

—¿En serio? Pero tú conmigo.

—¿Que me desnude para rebozarme en la nieve? No, gracias.

—Si subo en bolas me van a ver, ¿no? ¿Tienes una bata o algo?

Quique le pasó un albornoz, que no se parecía en nada al del hotel de lujo, pero servía para cubrir la desnudez de Sergi. Eso en el caso de que el chico se

atreviera. Y como respondiendo a su duda, Sergi no tardó en despojarse de su ropa. Sólo se quedó en calzoncillos.

—Qué loco estás —le dijo Quique.

Subieron a la azotea. El manto de nieve estaba impoluto y tenía al menos siete centímetros. Sergi sonrió.

—Vamos a ser los primeros en pisar aquí. Va a ser como andar en la luna —le dijo mientras se quitaba el albornoz y se quedaba sólo con los calzoncillos. Dio unos cuantos pasos sobre la nieve. Gritó de placer y de frío.

—¡Está congelada! Pero cómo mola, qué blandito. Ven, quítate las zapatillas, ya verás.

—No, no, yo con zapatillas mejor.

—No seas huevón, quítatelas.

Quique acabó por complacer al chico y se quitó las zapatillas y los calcetines. Dio varios pasos.

—Su puta madre, esto está muy frío.

—¿Pero a que da gustito?

Sergi se acercó a Quique y de un salto le puso las piernas en las caderas, los brazos alrededor de los hombros y le dio un beso.

—Baja, baja, que no puedo contigo
—protestó el guionista.

—¿Cómo no vas a poder?

Quique, riéndose, intentó zafarse del chico y acabaron los dos con sus cuerpos en la nieve.

—¡Esto está congelado! —protestó entre risas Sergi. Y antes de que Quique se pudiera incorporar le tiró con las manos nieve en la cabeza y en el cuerpo. Quique no se quedó atrás y embadurnó el cuerpo desnudo del chico. Este se revolvió y acabaron luchando, como si en vez de nieve estuvieran en el barro.

—Vale, vale, para, para... mira mi color. Que me estoy poniendo violeta —dijo Sergi sin parar de reír.

—Nos vamos.

—Sí, a una ducha calentita.

Se enjabonaron mientras los cristales de la ducha se empañaban por el calor del agua. Y Quique lo penetró sin usar condón. Algo que sólo hacía o

muy borracho o cuando estaba enamorado. Y esa tarde sólo había bebido una cerveza.

Salieron de la ducha y mientras se secaban el móvil de Quique sonó. Era Sandra. Quique no esperó a estar vestido para cogerlo.

—Dime, Sandra.

—¿Has visto la edición *on line* de *El País*?

—No, ¿qué pasa?

—Vete a sociedad. Y luego llámame.

Quique, intrigado, se puso los calzoncillos y se metió en internet. Sergi lo siguió de cerca.

—¿Malas noticias? —preguntó el chico.

—Ni idea —dijo Quique mientras buscaba la página que le había dicho Sandra. Y entonces lo vio—. No me jodas.

Sergi también lo leyó y sintió cómo se le cerraba el estómago. La noticia hablaba de unos chavales que habían violado a una chica en un *jacuzzi* emulando un capítulo en concreto de *Tabula rasa*. Y en el artículo echaban la culpa a la serie por ser una influencia perniciosa.

—No me jodas que esto nos va a afectar... ¿Pero cómo vamos a tener nosotros la culpa de lo que hagan unos

tarados, unos delincuentes, unos gilipollas? Yo no soy responsable de los delitos que cometan unos malnacidos. ¿Pero quién es el imbécil que firma esto? —Quique miró a Sergi—. ¿Lo estás leyendo? A ver, tú que debes de tener la edad de estos, ¿realmente piensas que lo que yo escribo en una serie puede influirte?

Sergi estaba sin palabras, no sabía cómo reaccionar. El artículo hablaba de él y de sus amigos. De lo que había ocurrido el sábado. Y él ahora estaba allí, en casa del creador de la serie, a la que el artículo acusaba. Era demasiado surrealista, joder. Demasiado.

—Ya contesto yo por ti —continuó diciendo Quique—. Es una estupidez, porque tú y los chavales como tú tenéis más cabeza de lo que estos periodistas de mierda piensan.

Quique llamó por teléfono a Sandra —Sandra, olvídate de esta tontería. No va a haber nadie que se lo crea. Mira, precisamente estoy con un amigo en casa que debe de tener la edad de esta panda de violadores y me está diciendo que ni de coña, que nadie de su edad pondría como excusa la serie para hacer algo así. Que no.

Sergi se vistió mientras Quique seguía hablando por teléfono. Tenía que hablar con Mauro, contárselo. ¿Cómo

coño había llegado la noticia al periódico? Menos mal que no daban sus nombres, pero a nada que la peña del cole hiciera cábalas iba a llegar a la conclusión de que habían sido ellos. En el artículo se decía en qué zona estaba el chalé y que había sido la noche del sábado. Joder, joder...

Sergi se despidió lo más rápido que pudo. Quique le preguntó cuándo se volverían a ver.

Sergi no supo qué contestarle.

VI

Asia se estaba mirando en el espejo de su cuarto para ver si tenía algún moratón en la espalda por culpa del bruto de su hermano. Menudos trallazos le había tirado con las bolas de nieve. Pero por más que levantaba la camiseta no veía ninguna marca. En ese momento sonó en su móvil un *whatsapp*. Lo leyó. Era de Nerea. «En el periódico hablan de la noche del sábado. K fuerte. No sekien habrá largado. Supongo q la poli».

Asia le pidió más datos. Y se metió en internet para leer. ¿A santo de qué venía todo aquello? ¿Quién se había ido de la lengua? Mierda, ahora que las cosas empezaban a calmarse y ella lo

había arreglado con Mauro. Mierda. Tenía que hablar con el chico. Lo pilló conectado al Skype.

—Espero que no vaya a más. ¿Esto no será cosa de tus padres también, no Asia?

—No digas tonterías.

—Es una gran putada, Asia, nos pueden relacionar. Y como se enteren en clase...

—No va a pasar nada.

—Eso espero, porque si no, nos olvidamos de lo nuestro. Joder, ¿pero cómo pueden sacar algo así? Si el fiscal ya lo desestimó.

Asia no escuchó lo último que dijo el chico, se había quedado pillada en la frase anterior: «Nos olvidamos de lo nuestro».

—Mis padres están que muerden —dijo él—. Mejor te dejo.

Asia cerró la conversación y se fue a la cocina para hablar con su madre. Estaba con Rómulo.

—Mamá, ¿has visto internet? Joder... ¿quién coño ha podido hacer algo así? ¿Quién?

—¿Qué ocurre, Asia?

—En el periódico, estamos en el periódico.

Petra se levantó corriendo y entró en la habitación de Asia. Allí, en la pantalla, estaba la noticia. Rómulo también se acercó. Justo cuando estaba empezando a leer, Petra se dio cuenta de que estaba allí y le envió a su cuarto.

—Vete a jugar, Rómulo.

—¿Qué pasa?

—Nada, vete.

Rómulo obedeció, pero en vez de irse a jugar se metió en su ordenador. Había visto en qué periódico estaba la noticia y la buscó. Al leerla, todas las piezas encajaron.

Esa noche, Rómulo oyó desde su cama cómo Asia se levantaba y salía de la habitación. Estaba llorando. Y se atrevió a salir. Tenía que consolarla o ayudarla, tenía que hacer algo.

Asia estaba en la cocina buscando en la caja de medicinas. Rómulo se apoyó en el marco de la puerta.

—¿Estás bien?

Asia se sobresaltó al oír a su hermano, disimuló como pudo sus lágrimas y le contestó:

—Sí, no puedo dormir. Buscaba alguna pastilla.

—¿No puedes dormir porque te violaron?

—¡Rómulo, no digas eso!

—¿Por qué no? ¿No se puede decir? Si lo pone en el periódico.

—Tú no te preocupes. Vete a dormir

—No quiero. Quiero saber. Nadie me cuenta nada.

—No te preocupes, Ro, de verdad.

—Estás llorando, claro que me preocupo.

Y Asia no necesitó más para volver a llorar. Él se abrazó a ella.

—No llores, tonta.

—No lloro.

—¿Fue tu novio, Mauro?

Asia le apartó.

—¿Por qué dices eso?

—Tiene una casa allí, en la urbanización que dice el periódico.

—No, no... —dijo Asia sin ningún tipo de convicción—. ¿Y tú cómo sabes que tiene una casa allí?

—Asia, estuviste tres días con tu amiga hablando de la fiesta en casa de Mauro, hasta me pediste que te sacara un plano.

—Es verdad, qué tonta... Y tú qué listo, ¿no? Venga, vamos a dormir.

—Asia...

—¿Qué pasa, enano?

—Tienes que ponerte bien.

—Claro, esto se me pasa enseguida.

Pero Rómulo se acostó preocupado, sin creerla. Y, de hecho, no se durmió hasta que no se le ocurrió un plan para vengarse del violador. Iba a necesitar la ayuda de su amigo Nano.

24

Las consecuencias

I

Quique se equivocaba. La noticia de la violación adolescente se había extendido como la pólvora. Al día siguiente, en la portada de otro diario nacional *on line*, venía la misma noticia y también señalaban a la serie como

parte responsable. «Cuatro menores son interrogados por la policía acusados de una violación múltiple». En el relato de los hechos se hacían paralelismos con un capítulo de la serie. Al parecer, los chavales se habían inspirado en ella para cometer el delito. O la víctima se había dejado enredar por culpa de ello. Al menos, eso decía el padre de la víctima, una adolescente de dieciséis años. La noticia seguía diciendo que a los chavales los habían soltado por falta de pruebas y porque se había establecido que no había base para acusarlos de violación.

La víctima llevaba un tatuaje como el de una de las protagonistas de *Tabula rasa*. A la misma que habían violado en ese capítulo en concreto de la serie. El padre de la chica veía clara la relación. De no existir esa serie, a su hija no se le habría ocurrido llegar tan lejos. El artículo acababa con una pregunta. ¿Había sido una violación? ¿Y quién era el culpable de que unos adolescentes hicieran algo así? Señalaba claramente a la serie como inductora.

Quique no se lo podía creer. Hasta cierto punto podía ponerse en el lugar del padre. Sin saber a quién culpar, culpaba a la sociedad, y en concreto a la serie. El detalle del tatuaje es verdad

que no ayudaba. Pero que el periodista se adhiriera a pie juntillas a semejante tesis le parecía desproporcionado. Y además, si la policía había decidido que nadie había violado a nadie, ¿por qué eso era noticia?

Quique entró en el plató. Antes de cruzar la puerta del set, que siempre estaba cerrada y con un pilotito rojo que indicaba si se podía entrar o no, se encontró con Alba, que estaba saliendo de maquillaje. Llevaba unos rulos en la cabeza y un albornoz vaporoso. Le saludó con un beso en los labios.

—¿Qué ha pasado con Óscar, maricón? Me tienes que contar. ¿Es verdad que te lo has cargado?

—Aún no está decidido. Es provisional. Y nadie debería saberlo.

—Como para guardar aquí un secreto. Y más si Óscar está involucrado. Lo larga todo.

—A mí me lo vas a contar, que le faltó tiempo para contar que le había regalado dos gramos —dijo Quique.

—No jodas... Pues como cuento lo del polvo, lo rajo. —Alba bajó la voz—. ¿Sabes que ayer se me presentó en casa? Y yo con el boxeador.

—¿Y?

—Nada, menos mal que el boxeador tiene pocas luces y se creyó que venía a ensayar una secuencia. — Alba se acercó al oído de Quique—. Así que yo estoy encantada de que lo mates. Menuda cagada haberme liado con él, si es que me pierde el coño. Siempre ha sido mi problema. Tú mávalo bien muerto. Que sufra, bueno, que no sufra mucho, porque dudo que lo sepa interpretar.

Quique sonrió.

—Pero aún no cuentes nada, que ya te digo que es provisional —le advirtió Quique.

—Pero si ya lo sabe todo el mundo. Oye, ¿y te has enterado de lo que dicen los periódicos?

—He leído un artículo, sí.

—¿Sólo uno? Pues han salido más. Ya está en todos los periódicos de internet, en varios blogs y en tres páginas de televisión. Y el hijoputa del Durán ha sacado ya una crítica. Nos pone a caldo.

—Sí que estás informada, sí.

—Para no estarlo, por aquí no se habla de otra cosa. Están todos con los iPads y los iPhones a la que salta. Si necesitáis un portavoz o algo, yo me ofrezco a darles bien por culo a todos

esos catetos. Con lo que me gusta a mí una cámara para gritar cuatro verdades. Y por ti lo que sea.

—Gracias, Alba, pero seguro que no hace falta.

—Vamos para atrás, te lo digo yo, en este país vamos para atrás. Cada día más carcas, mas miedicas y más paletos.

Quique subió al primer piso, que era donde estaban las oficinas de dirección y de producción. Entró en el despacho de producción ejecutiva. Allí estaba Sandra, reunida con dos de los directores y el analista de guiones. Nada más entrar le pasaron un folio con la crítica impresa de Durán.

—Lee. No deja títere con cabeza.

Quique la leyó por encima. El relativismo moral de la serie, el hedonismo del que hacía gala, la falta de valores, la exhibición impúdica de personajes drogándose y manteniendo todo tipo de relaciones y variantes sexuales sin ningún tipo de consecuencias estaban calando hondo en la juventud. ¿Esos son los modelos que queremos para nuestros hijos? Si a los adolescentes se les dice desde la televisión que todo eso es *cool*, ¿cómo nos extrañamos ahora de que lo intenten llevar a cabo?

—¿Y esto por qué nos debería preocupar? —preguntó Quique—. Este señor lleva diciendo lo mismo desde

que vio el primer capítulo. Y por lo que parece, no se ha perdido ni uno, porque esta ya es la cuarta o quinta crítica que saca. Todas son variantes de lo mismo.

—El problema no es él. Un editorial de *La Razón* sostiene la misma tesis. Y está bien argumentada. Y muchos ya están pidiendo que la serie se retire, como en Italia. Y *El País* también ha sacado un artículo. Bastante negativo.

—¿Ya hay un editorial? —se extrañó Quique.

—Toma. —Sandra se lo pasó— Las asociaciones de padres se quieren reunir con el defensor del menor. Nos acaban de mandar un comunicado. Exigen la retirada inmediata de la serie.

—A ver, a ver... —intentó recapitular Quique—. ¿Me estáis diciendo que unos chavales se tiran a una chica y nosotros somos los culpables? ¿De qué? ¿De que se lo pasaran bien, de que se lo pasaran mal, de que el padre de la chica no lo pueda digerir o de qué?

—La chica era fan de la serie, se había hecho el mismo tatuaje que lleva Rebeca. Esa misma tarde.

—¿Y?

—La cadena quiere una reunión al mediodía. Esto es lo que menos necesitamos ahora mismo.

—Me estoy perdiendo —dijo Quique—. ¿No estamos sacando un poco las cosas de quicio?

—Quique, la noticia ha calado. Desde ayer por la tarde, todos los periódicos en su edición *on line* se han hecho eco. Por no hablar de las páginas de televisión. Una hasta ha colgado un vídeo con las secuencias de la violación del capítulo treinta y cuatro. Y no me extrañaría nada que las cadenas de la competencia ya lo estuvieran contando en sus magacines mañaneros. La noticia es jugosa y el detallito del tatuaje, que encima la hayan violado al lado de una piscina, que se debata si ha sido violación o no, que los dejen libres...

Casi todo eso pasó en ese capítulo, capítulo que yo nunca quise aprobar pero que tú te empeñaste, ¿te acuerdas?

—Sandra, tú nunca quieres aprobar ningún capítulo. Así que no te pongas ahora medallitas.

Sandra negó con la cabeza —«eso es mentira»— y se encendió un cigarro. Estaba prohibido fumar en los lugares de trabajo, pero llevaba saltándose esa prohibición a la torera desde el capítulo uno. «Es mi despacho y hago lo que me sale de los cojones en él. Así que si queréis fumar adelante». Quique estaba harto de salir oliendo a humo, como si de una discoteca se tratara, pero por mucho que protestara, los demás no le

hacían caso y encima quedaba como un reaccionario. En esta ocasión los directores también imitaron a Sandra y se encendieron un cigarro. Quique ni siquiera protestó.

—Creo que esto es justo lo que necesita la cadena para mandarnos a tomar por culo —dijo Sandra poniéndose en lo peor. Era experta en hacerlo.

—Sandra, las polémicas siempre nos han venido bien. La cadena lo sabe. Yo nunca las busqué, pero se ve que vienen conmigo.

—Quique, tal como está el panorama, nada de esto nos viene bien. Tenemos que atajarlo como sea. Por

favor, tengo que contar contigo.

—Vale —intercedió Quique—.

¿Qué quieres hacer?

—Decidir cuál es nuestra posición ante de la cadena y esperar a ver si ellos nos apoyan, y si no, intentarles convencer de que lo hagan.

Quique se pasó una mano por la frente. Intentaba pensar.

—¿Nuestra posición? Pues la de siempre, ¿no? Hacemos ficción, si luego unos tarados quieren utilizarnos como excusa para cometer un crimen, no es problema nuestro.

—No es tan sencillo, Quique. Y lo sabes —dijo Sandra.

—Pues no, no lo sé. Ilústrame.

—Influimos en los jóvenes. Eso es innegable. Y es verdad que la serie a veces es de una... —Sandra eligió la palabra con cuidado— libertad que puede confundir, desconcertar.

—Sí, es lo que tiene la libertad.

Sandra estaba superada por todo el asunto y no sabía muy bien por dónde atajarlo.

—¿Cuál es el capítulo que se emite la semana próxima? —preguntó—. Refrescadme la memoria, ¿pasa algo excesivamente duro o polémico?

—No, es un capítulo bastante Walt Disney, comedia amable y romántica —dijo Quique—. No hay nada que pueda escandalizar a nadie.

—Vale, eso es bueno. Podemos hacer hincapié en eso en la cadena. Que los capítulos que se van a emitir a partir de ahora son bastante *lights*.

—Bueno, no todos —puntualizó Jordi, el analista de la productora.

—Pero eso tampoco tenemos que decirlo. Quique, los de la cadena quieren que vengas tú a la reunión. Va a estar el director general. Y han hecho mucho hincapié.

A Quique le sorprendió esa insistencia de la cadena, sobre todo después de la última reunión, cuando él había perdido tanto los papeles. «Pero

al fin y al cabo, soy el creador —pensó—. Soy el alma de todo esto». Y sin apenas darse cuenta sonrió.

—Borra esa sonrisa tonta de tu cara. Si te quieren, es porque esperan que la montes y así darles un argumento más para mandar a la calle a ciento y pico personas.

—Ah... —dijo Quique.

—Así que modérate, por favor. Sé persuasivo, firme, educado y elegante. A veces sabes. O antes sabías. Cuando te contraté, bien que me engañaste.

—Yo siempre he sido el mismo —protestó Quique.

—Eso no te lo crees ni tú. Pero no entremos ahí. Nos lo jugamos todo. Así que por lo más sagrado, no la cagues

—Vale, vale —dijo Quique intentando tranquilizarla.

—No, vale, vale, no. Si toca bajarse los pantalones delante de la cadena, nos los bajamos. ¿De acuerdo?

Quique asintió mientras todos le clavaban la mirada. ¿Sería capaz esta vez de no cagarla?

II

Rómulo y Nano cogieron el autobús para ir a la escuela como todos los días. Eran apenas tres paradas. Pero no pensaban bajar en la entrada del colegio, seguirían en el autobús un rato más y luego cogerían el 47, que les dejaría en la urbanización del chalé de Mauro. En sus mochilas no sólo llevaban sus libros y cuadernos, habían cargado algo más. Algo que Nano había robado a su hermano mayor mientras este estaba en la ducha. El autobús paró en la entrada del colegio, y Nano y Rómulo se agazaparon en sus asientos para que los otros estudiantes que se bajaban allí no les vieran. Nano sentía su corazón palpitando a toda máquina, no las tenía

todas consigo, si se había dejado liar era porque Rómulo era su mejor amigo y parecía muy importante para él. Pero sabía que se estaban metiendo en un lío. Era su primer acto vandálico y en horario escolar. Iba a ser muy fácil rastrear su pista.

—Que no, que ya ha salido en los periódicos, que ha podido ser cualquiera —le había insistido Rómulo—. Y en menos de dos horas estaremos de vuelta en clase. Ahí decimos que me puse malo y que tú me acompañaste al médico.

—¿A qué médico? ¿Al del colegio? Lo preguntarán.

—No, a otro, me puse malo en el autobús, antes de llegar. Y nos bajamos en la parada anterior, donde el centro de salud.

Rómulo había pensado en todo. O casi. Porque cuando llegaron a la casa de Mauro, después de seguir el mapa de Google que Rómulo había vuelto a imprimir, descubrieron que había al menos un par de obreros en la casa.

—¡Mierda! ¿Y ahora qué hacemos?
—preguntó Nano—. Esto es una señal para que abortemos la misión.

—De aquí no nos vamos. Esperamos a que se metan dentro de la casa y lo hacemos rápido.

—No sé yo... no sé yo...

Rómulo puso una mano sobre el hombro de su amigo.

—Hazlo por mí, tío. Esto es muy importante. Venga, sácalo.

Nano abrió su mochila y rebuscó entre los libros hasta que dio con el bote de spray de pintura violeta. Lo agitó.

—Dámelo —le pidió Rómulo.

—El bote es mío y lo utilizo yo. Tú vigila.

Aunque Rómulo intentó convencerle de que le dejara a él hacer la pintada, no hubo manera, así que no le quedó más remedio que aceptarlo.

No tuvieron que esperar más de diez minutos, aunque se les hicieron eternos, para poder colarse en el jardín.

Los obreros habían entrado dentro. Rómulo y Nano se acercaron hasta la fachada lateral.

—Vete a vigilar, y silba si viene alguien —le ordenó Nano.

—Vale, pero tú escríbelo bien grande, que se lea desde lejos. Y mira bien las proporciones, que te quepa.

—Que sí. Que no soy imbécil.

Rómulo dejó a su amigo agitando el bote y se agazapó a la entrada de la casa, en el hueco de las escaleras, vigilando el interior. No pasaron ni tres minutos cuando vio que un obrero se dirigía a la puerta. Rómulo corrió a por su amigo, este estaba acabando la pintada, que ocupaba toda la pared:

MAURO BIO... Rómulo, al ver que estaba escribiendo la palabra con be, no pudo reprimir un grito

—Con uve, animal, se escribe con uve. Trae.

Le quitó el bote y tachó a todo meter la be, y escribió una uve bien grande al lado. Acabó de escribir la palabra.

El obrero se acercaba. Rómulo sacó rápidamente su móvil y disparó una foto a la fachada.

—Eh, vosotros, ¿qué hacéis ahí?

Los chavales echaron a correr. El obrero los persiguió y consiguió agarrar a Nano por la capucha. El chico gritó. Rómulo, al ver que le había atrapado, ni

se lo pensó, volvió atrás y le metió una patada en la rodilla al obrero. Este aulló de dolor y soltó al niño. De esa manera, pudieron huir.

Corrieron calle abajo y no pararon hasta sentir que ya se habían alejado lo suficiente y que nadie les seguía. Apenas podían respirar, estaban agotados y el corazón se les salía por la boca.

—¿Has hecho la foto? —le preguntó Nano.

Rómulo se la enseñó en la pantalla del móvil: MAURO BVIOLADOR.

—Ahora ya sólo queda colgarla en el muro de Facebook de mi hermana, con el artículo del periódico, y etiquetarla a todos sus contactos.

—Pero va a saber que la has colgado tú.

—Qué va, ayer por la noche me hice una cuenta falsa.

Y en menos de dos minutos, Rómulo colgó la foto y el artículo y la compartió con todos los contactos de Asia. Pudo hacerlo porque sabía su contraseña.

III

Mauro había entrado en el colegio en estado de alerta, temía que la noticia del periódico se hubiera propagado y ya muchos hubieran llegado a la conclusión

de que todo lo que contaban había ocurrido en su fiesta y en su casa. Pero las cosas parecían calmadas en el colegio. Era lo bueno de que casi ninguno de sus compañeros leyera frecuentemente el periódico. Podían pasarse el día enganchados a internet, pero las webs de los diarios *on line* no las pisaban ni por casualidad. Con un poco de suerte la noticia se diluiría a lo largo del día, y con un poco de suerte, podría seguir con su vida como si nada.

William se acercó a Mauro. Le enseñó algo en el iPhone. Mauro flipó.

—¿Y esto? ¿De dónde coño lo has sacado?

—Asia, estaba en su muro. Y me ha etiquetado. Bueno, a mí y a toda la clase por lo menos.

Mauro lo comprobó en su móvil. A él también se lo habían mandado. ¿Qué coño hacía Asia mandando eso?

—Oye, ¿y la foto es un *fake* o han hecho esa pintada en tu casa? —preguntó William.

—Y yo qué sé. Esta tía está mal de la cabeza.

Mauro estaba a punto de entrar en clase cuando vio a Andrés. ¿Se lo parecía a él o el paralítico ese de mierda le estaba mirando con cara de satisfacción?

—¿Y tú qué coño miras?

—Nada.

Mauro se metió en clase.

Aun no habían entrado todos, pero vio a Sergi y se acercó a él. Le enseñó el móvil.

—Tenemos un problema bien gordo.

Mientras Sergi veía la pantalla y asimilaba su contenido, Asia entró en clase, aún ajena a todo el revuelo formado. Mauro, enfurecido, fue a por ella.

—¡Tú! —gritó Mauro señalándola—. ¿Me puedes explicar de qué vas?

Asia no entendía a qué venía esa actitud tan agresiva, pero tan pronto Mauro le pasó el iPhone se dio cuenta

de la gravedad. Su cara palideció.

—¿Se puede saber por qué le has mandado esto a toda la clase? Se iba a quedar entre nosotros, joder.

—¿Pero cómo voy a mandar yo eso?

—¿No has sido tú? Pero si está en tu muro y ahí nos has etiquetado a todos. Si no has sido tú, ¿quién ha sido? ¿Quién tiene acceso a tu Facebook?

—Y yo que sé. Nadie. Pero te juro que yo no he sido, Mauro.

—Pues ya me dirás de dónde ha salido. Ahora no me va a quedar más remedio que defenderme.

—¿Defenderte? —preguntó Asia, alarmada.

—Sí, y contarle a todos la clase de tía que eres. Una guarra.

Esa acusación fue como un bofetón que la despertó del sueño, de la fantasía de un futuro compartido con el chico. Asia, de pronto, no se podía creer que se fuera a esfumar de esa manera lo conseguido esos días.

—¿Qué?

—Ya lo has oído. Si yo soy un violador, tú eres una guarra.

—Yo no he hecho esto, Mauro. Te lo juro. Créeme.

—Paso de las putas como tú.

La profesora de física entró en ese momento y escuchó parte de la discusión. Asia le gritaba a Mauro

asqueada.

—¡Eres un cerdo...!

—Y tú una puta que no sabe dónde se me... mete.

—¿Se puede saber qué está pasando aquí? —preguntó la profesora.

Mauro se dio la vuelta con la mayor tranquilidad de la que fue capaz y señalando a Asia con un dedo habló con voz clara y alta para que todos, y no sólo la profesora, se enteraran.

—El fin de semana nos pidió que la folláramos y ahora está diciendo que soy un violador. ¿A que sí, Sergi?

Sergi dudó un momento. Hasta ahora había secundado a Mauro, pero hacerlo delante de Asia era algo que no

se había imaginado. Su amigo lo miró esperando una respuesta. Pero Sergi se calló. En eso no podía secundarlo.

—No dice nada, porque es un tío elegante, pero todos sabemos lo que pasó esa noche —gritó Mauro—. Hasta la policía sabe que la guarra fuiste tú y por eso nos dejó libres.

Asia no quería llorar. Pero tuvo que bajar la vista para que nadie viera cómo las lágrimas le inundaban los ojos. La profesora miró a Mauro y a Sergi desconcertada, estaba acostumbrada a todo tipo de comentarios por parte de los alumnos, pero aquello le pilló desprevenida.

—Retira ahora mismo lo que has dicho. En mi clase no voy a tolerar ese tipo de insultos.

Pero Mauro se negó a hacerlo. Y Sergi se limitó a bajar la vista. Asia miró a Mauro, estupefacta, dolida hasta lo más profundo, y el chico, sin inmutarse, la retó con la mirada. Ni un atisbo de disculpa o de arrepentimiento. Asia estaba tan desbordada que lo único que se le ocurrió fue levantarse y dirigirse a la salida.

—No —dijo la profesora—, tú no te vas. Quien se va es él, que te ha insultado. —Miró al chico—. Fuera de clase.

—Esto es la hostia, increíble —
refunfuñó Mauro mientras recogía sus cosas. Antes de irse miró a Asia—. Esto no se va a quedar así. De eso nada.

Cuando Mauro salió, Asia rompió a llorar. No pudo soportar la tensión. La profesora de física se acercó a ella.

—¿Estás bien?

—No sé qué ha pasado, no sé qué ha pasado... Yo no he colgado esto, yo no he sido. De verdad... no sé qué ha pasado...

—Tranquila... ¿Quieres salir con alguna amiga y te tomas una tila o...?

—No, no... estoy bien... Estoy bien...

Pero era evidente que no lo estaba.

IV

Petra estaba escribiendo un mensaje al aviador. Le proponía quedar esa tarde, pero justo antes de darle a enviar su móvil sonó.

—¿Hablo con Petra, la madre de Asia?

—Sí, soy yo, ¿quién es? ¿Qué ocurre? —preguntó alarmada.

—Soy Julián, el director del colegio. Su hija acaba de tener una pequeña crisis nerviosa. No deja de llorar, la íbamos a mandar a casa, pero tal vez sea mejor que usted o su marido vengan a por ella.

—¿Qué ha pasado?

—Está muy afectada por una noticia en los periódicos... y una foto...

—continuó diciendo el director—. Nosotros no teníamos ni idea, claro. Y ahora eso nos ha puesto al colegio en una situación complicada. Pero, bueno, lo importante sobre todo es su hija.

—¿En los periódicos? ¿Pero cómo la han relacionado? Si no dan su nombre ni...

—¿Usted estaba al tanto de esa noticia?

—Más o menos.

—Entonces la fuente que cita el periodista, ¿es usted?

—¿Perdone? Yo no he hablado con ningún periodista. Y en el artículo no dice nada de que...

—No sé a qué artículo en concreto se refiere usted, pero hay uno en el que claramente se cita al padre de la víctima...

—¿Qué?

Petra se metió en internet. No podía ser cierto. Si había leído el artículo por la noche y no se decía nada de los padres... Y entonces lo leyó. En el mismo periódico, esa mañana seguían dando cobertura a la noticia. Era un segundo artículo más amplio. Y sí, se citaba a un padre. Y a un padre, no a una

madre. Sólo podía ser Pablo. Petra cogió su móvil enfurecida y llamó a su exmarido. Pero saltó el contestador.

—Hola, soy Pablo. Deja tu mensaje después de oír la señal.

—Pablo, no entiendo nada. ¿Estás mal de la cabeza? Tienes a tu hija al borde de una crisis. Y todo por esa bocaza tuya. ¿En qué coño estabas pensando? Voy a buscarla al colegio. Cuando escuches esto, llámame. Y ya te puedes inventar algo bueno... porque... me están entrando unas ganas de estrangularte... ¿Tú eres imbécil o qué te pasa?

Petra colgó. Ya se había sulfurado bastante. Y ya habría tiempo de gritarle a la cara.

Imbécil. Imbécil. Imbécil.

V

—¿Cómo eres tan cabrón? Me prometiste que no ibas a citarme.

Pablo había quedado con el periodista en el bar al que solían ir después de las clases de conducir. Así se habían conocido, el periodista había sido su alumno hacía dos años. Y habían

forjado una buena a amistad, o eso creía Pablo. Y por eso ahora se sentía traicionado.

—No he puesto tu nombre... Lo siento, de verdad. La noticia ha levantado mucho revuelo y en el periódico me han pedido más y... Lo siento —se excusó el periodista.

—Eso no se hace.

—No pongo tu nombre —repitió su amigo.

—Pero sugieres que tu fuente es el padre de la víctima. ¿Cuántos crees que pueden ser?

—Pero si no se sabe el nombre de la chica, tu identidad también está a salvo.

—Claro, y por eso tengo a mi mujer histérica dejándome mensajes, joder... Y después os quejáis de tener mala prensa, si sois unos carroñeros.

—Oye, fuiste tú quien vino a mí. Y creo que he respetado bastante la información. ¿Algo de lo que cuento es mentira? Y los artículos o los vendía así, en un contexto y como de interés social, o no había noticia. Y más cuando se ha desestimado la denuncia.

—Eres un cerdo.

Pablo salió hecho una furia del bar. Miró el móvil. Tenía otra llamada más de Petra y dos mensajes de voz que no se atrevía a escuchar. No sabía cómo iba a poder justificar su actitud delante de

su exmujer. Y prefería no pensar en Asia, como esta noticia llegara al colegio se iba a armar, porque estaría poniendo a su hija en el punto de mira. Como si ya no se sintiera lo bastante presionada. ¿En qué momento se le había ocurrido hablar con el periodista? ¿En qué momento?

Su móvil sonó. Era Petra de nuevo. Tenía dos opciones, seguir ignorándola hasta que se le ocurriera algo coherente que contar o hacerle frente de una vez por todas. Se armó de valor y cogió el móvil.

—¿Sí?

—Pablo, dime en qué estabas pensando... dímelo porque yo no sé ni que pensar... Voy a recoger a tu hija. Le ha dado una crisis nerviosa. Por tus ideas de bombero. Y yo estoy al borde del colapso también.

—Voy a por ti y vamos juntos.

—No sé si quiero verte.

—Voy a por ti.

—Ya estoy llegando al colegio, Pablo.

—Pues espérame ahí.

Petra le recibió a la entrada del colegio. Apenas hablaron hasta llegar al despacho del director. Petra no quería

hablarle, sólo quería gritar y abofetearle. Y por eso prefería mantener la boca cerrada, para no estallar.

VI

—Cariño, ¿cómo estás? ¿Qué ha pasado?

Pablo acababa de entrar en el despacho del director, seguido de Petra. Allí estaba Asia, hecha un ovillo, sollozando, mientras su madre la intentaba consolar. Julián, el director, y la profesora de física estaban allí, aguantando el tipo.

—Alguien le leyó la noticia de un intento de violación. Porque ya ves, tu hija se ha convertido en noticia — repitió Petra—. ¡Y te citan a ti, Pablo! ¡Esto es lo que has conseguido! ¡Esto!

—Mamá...

—Si quieres lo discutimos en casa, no creo que sea el momento —intentó tranquilizarla Pablo

—¿En casa? ¿En qué casa? ¿En mi casa, quieres decir?

—Petra, lo importante ahora mismo es Asia... Y cómo vamos a resolver lo que le queda en el colegio al lado de esos... desgraciados.

—Sí, creo que deberíamos hablar de eso —intervino el director—. Todo esto nos ha pillado de sorpresa. También hay una foto. Con una pintada. Proviene del perfil de Facebook de su hija. Ya la debe de tener la mitad del colegio.

—¿Qué? —preguntó la madre.

El director se la enseñó en su ordenador.

—Yo no he tenido nada que ver con eso —dijo Asia, anticipándose a cualquier reacción.

—Tranquila, cariño. ¿Pero quién ha puesto eso ahí?

—¡Y yo qué sé! Pero me han jodido bien.

—Esto se ha salido un poco de madre, la verdad —dijo el director.

—¿Van a expulsar a esos alumnos? —preguntó Pablo—. ¿O qué van a hacer?

—¿Expulsarlos?

—Sí, supongo que es lo que se hace con los violadores —sentenció Pablo.

—¿Podemos hablar esto a solas? —preguntó el jefe de estudios—. Sin ella delante.

Pablo miró a Asia y luego a Petra. Esta asintió.

—Cariño, ¿te importa si nos esperas fuera? Cinco minutos nada más, ¿vale?

Asia se levantó y salió del despacho.

—No los van a expulsar. Es eso lo que nos van a decir, ¿verdad? —preguntó Pablo.

—Es una situación delicada. Lo que ha ocurrido ha sido fuera del colegio y además el fiscal de menores... Según la noticia...

—Sí, sabemos lo que ha dicho —dijo Pablo.

—Bien, pues si la justicia decide que no hay caso, nosotros no podemos...

—A nuestra hija la han violado, la han amenazado para que no hablara y la acaban de insultar en clase delante de

todos —le interrumpió Petra—. Creo que es más que suficiente para que los echen, ¿o no?

—¿Quién la insultó? —se alteró Pablo.

—Eh... vamos a ver... —intervino la profesora—. Es verdad que la situación se le fue de las manos, que el chico estaba nervioso y... Pero, al fin y al cabo, acababa de descubrir una foto con una pintada acusándole de violador.

—¡Porque lo es! —gritó Pablo fuera de sí.

—Vamos a intentar calmarnos —terció el director—. Y acotar los hechos. Dentro de estas paredes, que es lo que nos atañe, sólo ha habido insultos

y no podemos expulsar a todos los chicos que insultan a otros, nos quedaríamos sin alumnos en menos de una semana —ironizó el director.

—Ese no es mi problema. A mi hija no la insulta nadie. Y si lo hacen, quiero que ustedes le pongan remedio.

—Es lo que intentamos hacer, buscar una solución que pueda ser justa para todos.

—A la única a la que hay que hacer justicia es a mi hija —insistió Pablo—. Como comprenderá, ya ha padecido suficiente, no tiene por qué tener delante a sus agresores.

—No queremos que pierda el curso. Lo lleva muy bien. Y con ellos en clase... —dijo Petra.

—Sí, por eso estábamos pensando en cambiarla a otro grupo.

—¿A ella? A mi hija la violan, ¿y ustedes deciden cambiarla de clase? Perdón, pero a quienes tienen que cambiar es a ellos —dijo Pablo.

—Nosotros no podemos tomar esa decisión por algo que no ha ocurrido aquí dentro. Eso se vería como un castigo.

—No me lo puedo creer. —Pablo se estaba alterando—. No me lo puedo creer. ¿Qué me está diciendo? ¿Que la

tendrían que haber violado en la mesa del profesor para que ustedes hicieran algo?

—Intentemos no perder los nervios.

—Yo sólo quiero lo mejor para mi hija. Que acabe el curso, que apruebe, que no se tenga que encontrar con esos hijos de puta en todo el mes.

—Pablo, intente ponerse un momento en mi posición. O en la posición de los padres de los chicos.

—¡A mí qué me importa lo que digan los padres de esos individuos! Yo sólo les pregunto una cosa, ¿el colegio se va a poner de parte de los agresores o

de la víctima? ¿A quién han insultado?
¿Quién va a perder el curso si no
hacemos algo para remediarlo?

—Ella, y por eso estamos aquí. Le
ofrecemos un cambio de clase, el apoyo
de los profesores...

—¡No!

—Perdone, pero no le entiendo —
dijo la profesora, que había estado casi
todo el tiempo en silencio.

—¿Ah, no?

El director miró a la profesora de
física con cierto temor. No estaba muy
seguro de qué iba a decir.

—Usted dice que lo que busca es
que su hija acabe el curso y apruebe. Y
el director se lo está ofreciendo —

continuó la profesora—. Pero no le sirve.

—No.

—Porque usted quiere algo más. No sólo quiere proteger a su hija, quiere conseguir para los chicos el castigo que no consiguió por otra vía.

Pablo se quedó un momento en silencio. Se sentía impotente.

—¿No se merecen que los castiguen? ¿Qué mensaje están dando a los alumnos? ¿Que la violación está bien? ¿Que no pasa nada? ¿Que todo vale?

—Pablo, es que nosotros no sabemos si ha habido violación. Eso lo han dicho ustedes. Ni siquiera su hija.

Pablo se levantó muy enfadado.

—Petra, vámonos de aquí.

—Espera —dijo Petra—.

Arreglemos esto... Al fin y al cabo, ellos lo están intentando.

—¿Le vas a explicar tú a tu hija que la hemos cambiado de clase aunque ella no tenga la culpa de nada? —le preguntó Pablo.

Petra calló.

—Mañana voy a traer a mi hija a clase —dijo Pablo—. Y como esté uno de esos allí, le parto la cara. Así que ya tiene la respuesta para los padres de esos chicos, los cambian de clase por su propia protección.

La profesora y el director se miraron.

—Bien, lo único que les puedo decir es que lo tenemos que pensar —dijo el director—. Les comunicaremos la decisión.

VII

Petra y Pablo no se habían dirigido la palabra mientras salían del colegio. Se dirigían al coche de Petra. No querían discutir delante de su hija. Ahora que Asia se había metido en el coche, Pablo había aprovechado para hablar con su exmujer.

—No ha ido tan mal, ¿no? — preguntó Pablo.

Petra le miró sin dar crédito. ¿Había asistido a la misma reunión que ella?

—Si tú no hubieras abierto la boca con el periodista, a tu hija no la habrían insultado. Y no estaríamos aquí.

—Gracias a eso al menos el director se ha enterado de lo ocurrido y los van a cambiar de clase —se justificó Pablo.

—Eso está por ver.

—Seguro que sí —insistió él.

—¿Cómo se te ocurrió, Pablo, de verdad? ¿En qué estabas pensando? Es que por más vueltas que le doy...

—El periodista me prometió que la identidad de Asia estaría a salvo. Y yo tenía que denunciar lo que había pasado... Y no escribió su nombre. No sé cómo se habrán enterado todos. Y no sé qué pinta esa foto en todo esto. ¿O crees también que yo he hecho la pintada y la he colgado en el Facebook de la niña?

—Yo ya no sé qué creer, Pablo.

—Y si la policía y el fiscal no han hecho nada, necesitaba que esto no se quedara así, que...

—¿Y cómo te fías de un periodista, por favor? ¿Tú sabes lo que le espera ahora a Asia? En el colegio, con los vecinos... con la familia. Pablo,

podríamos haber llevado esto con discreción y mira ahora... Nos va a odiar para los restos.

—Estás exagerando.

—Mírala. —Petra señaló a su hija con la cabeza—. ¿Cómo la vamos a convencer de que vuelva aquí y de que se centre en los estudios, de que se olvide de todo? Si ya te has encargado tú de hacérselo imposible.

—Eres muy injusta, Petra.

—Y tú muy imbécil.

Petra abrió la puerta del coche, se sentó en el asiento, cerró la puerta y arrancó el motor.

Pablo no se movió de donde estaba y tocó con los nudillos el cristal de la ventanilla. Petra, con un gesto de cansancio, bajó el cristal.

—¿Qué?

—Os acompaño a casa. Voy con mi coche.

—Es que no quiero que estés cerca de nosotras, Pablo.

—Es mi hija, y lo está pasando mal. Quiero estar cerca.

—No.

—Déjalo venir, mamá.

—No. —Y a Petra, furiosa como estaba, no le importó usar un golpe bajo contra su exmarido—. Si estás en los periódicos, es porque a él se le ocurrió.

—Tenemos que hablar de esa foto —insistió Pablo y miró a su hija—: ¿Quién la ha podido hacer?

—¡Qué más da la foto! —protestó Petra.

—Por culpa de esa foto han relacionado la noticia con nuestra hija. ¡Claro que importa!

—Quítate de la ventanilla que nos vamos.

Asia estaba asimilando lo que acababa de decir su madre. ¿Qué tenía que ver su padre con la noticia? Todo se derrumbaba a su alrededor. Asia cada vez entendía menos lo que estaba pasando.

—¿Fuiste tú, papá? —Y más que una pregunta, fue un escupitajo directo a su padre—. ¿Tú hablaste con la prensa?

Él lanzó una mirada de odio a su exmujer.

—Muchas gracias, Petra. Eres un encanto.

—Papá, pero... Por culpa de eso no me va a perdonar nunca, ¿no te das cuenta?

Petra y Pablo no entendieron de qué hablaba su hija.

—¿Quién no te va a perdonar, Asia? —preguntó Pablo

Asia se dio cuenta de que había hablado demasiado.

—Nadie. Arranca, mamá.

Petra metió primera y pisó el pedal del acelerador, pero Pablo metió la mano dentro del coche por la ventanilla y bloqueó el volante.

—Asia, ¿quién no te va a perdonar? —insistió él.

—Nadie.

—¿Por qué has dicho eso? —Pablo estaba perdiendo la paciencia. Necesitaba una respuesta clara de su hija.

—Por nada.

—Deja a Asia tranquila —se enfadó Petra—, ya ha tenido bastante, ¿no crees?

—Petra, tú has oído a tu hija. Está buscando el perdón de alguno de esos desgraciados. ¡Y quiero saber por qué!

—No digas tonterías. —Petra no podía estar más indignada—. Nos vamos.

Volvió a pisar el pedal y arrancó.

—¡Estás ciega, joder! —gritó Pablo.

Pero ya nadie le escuchaba, porque se quedó solo en la calle. Y si su mujer no quería ver que su hija estaba buscando el perdón de uno de sus violadores, tenían un problema serio. Sobre todo porque ella ahora no le iba a dejar acercarse a su hija. Pablo tendría

que hacer lo imposible para estar al lado de Asia. Pero no sabía muy bien cómo lograrlo.

VIII

A Petra se le habían clavado las palabras de su hija, por mucho que Pablo creyera lo contrario. «No me va a perdonar nunca». ¿Podía realmente tener una especie de síndrome de Estocolmo y de alguna manera buscar el perdón de su violador? Tenía que investigar sobre eso, tal vez fuera una reacción lógica fruto del estrés postraumático, pero en toda la documentación que había leído

al respecto no había ni una sola mención a que las víctimas buscaran el perdón de sus agresores. ¿Por qué su hija iba a querer que los chicos, o uno de ellos al menos, que la habían agredido, amenazado e insultado la perdonaran?

Intentó sonsacarle algo, pero, una vez más, no hubo manera.

Sonó su móvil, era Pablo; decidió no cogerlo. Volvió a llamar y lo volvió a ignorar. Sonó el teléfono de casa. Petra levantó el auricular y ahí estaba su exmarido.

—Petra, escúchame, ya sé que no quieres saber nada de mí, pero, por favor, habla con Asia. Tengo miedo.

Ninguno entendemos muy bien por lo que está pasando. Tal vez es el momento de pedir ayuda.

—¿Ayuda a quién?

—A un médico, a un psicólogo, o a lo mejor ir a alguna asociación de víctimas, o no sé... pero lo que tengo claro es que esto se nos está escapando de las manos. Y tú y yo lo único que hacemos es pelearnos.

—Pablo...

—Sé que lo he hecho todo al revés, lo sé. Pero, por favor, no quiero que dudes ni un solo instante de que no quiero lo mejor para Asia. Y si yo no puedo ayudarla, alguien podrá hacerlo. Por favor, Petra.

—Que sí, ya lo sé. Yo me encargo, no te preocupes.

Y Petra colgó sin despedirse. Como en las series y las películas americanas que tanto le gustaban, donde siempre eran pocos en saludos, no como aquí, que uno estaba media hora despidiéndose. Y además no quería alargar ni un segundo más la charla con su ex. Seguía muy enfadada con él e incluso le enfadaba más que él creyera que ella no se daba cuenta de la gravedad del asunto, como si no hubiera escuchado claramente a su hija buscar el perdón de su agresor.

Petra recordó que una de sus clientas era psicóloga. Y tenía buena fama, y una espalda llena de contracturas. Más de una vez, agradecida con Petra por todos los nudos que le había deshecho, le había dicho que si alguna vez necesitaba que le desenredara la cabeza, que ahí estaba ella, que era buena en su trabajo. Buscó la tarjeta de la clienta y marcó su número de teléfono. Petra se identificó como la masajista de la psicóloga y no la hicieron esperar mucho.

Cuando la tuvo al teléfono, Petra intentó contarle de la manera más breve que pudo todo lo que había pasado. La

psicóloga le dijo que llevara a su hija esa misma tarde. Que le haría un hueco.

—No quiero ver a nadie, mamá.

—Te va a venir bien desahogarte con alguien. Entiendo perfectamente que yo no soy esa persona.

—Ya tengo amigos con los que hablar.

—Y nadie te dice que no hables con ellos. Pero a veces, cuando las cosas nos vienen grandes, es bueno pedir ayuda fuera de tu entorno.

—No quiero pedir ayuda de ningún tipo.

—Asia, acabas de tener una crisis nerviosa, no has vuelto a ir a nadar. — Asia la miró un tanto desconcertada—.

¿Crees que la entrenadora no me lo iba a decir después de lo que pasó en la competición? Apenas duermes por las noches. Te ha pasado algo muy gordo, hija. Y tu padre y yo hemos metido la pata, creímos que el tiempo lo pondría todo en su sitio, pero no es verdad... Necesitamos hacer algo.

—Si no me hubierais obligado a ir a la policía, si papá no le hubiera dicho nada al periodista, todo esto no habría ocurrido.

Petra calló.

—Así que dime, ¿por qué tengo que seguir confiando en ti? —preguntó Asia cargada de razón—. No voy a ir a la psicóloga esa. No estoy loca.

—La gente no va al psicólogo porque esté loca, Asia. La gente va cuando necesita ordenar sus ideas, sus sentimientos...

Asia se encerró en su cuarto. —No voy a ir. Y se acabó. No hay más que hablar —gritó.

IX

Petra, a la hora de comer, volvió a intentar convencer a Asia, pero no hubo manera. Fue una comida muy tensa. No dejaba de repetir que ella no había colgado esa foto, que encontraría al culpable, que le arrancaría los ojos. Y

Rómulo la miraba temeroso y disimulando su culpa. Desde luego, el chaval no esperaba una reacción así. Sería mejor que nadie nunca se enterara de que había sido él el autor de la pintada.

Petra decidió que si su hija no iba a la terapia, tal vez pudiera presentarse ella misma en la consulta y pedir algún consejo a la psicóloga. Canceló todas sus citas para el resto del día, ya intentaría recolocar a sus pacientes a lo largo de la semana. Y para hacer tiempo se puso a hacer cosas de la casa. Limpió ventanas, recogió el salón, entró a la habitación de su hijo para recoger su ropa sucia y, al coger una camiseta, vio

algo que le llamó la atención. Era la camiseta que se había puesto Rómulo esa mañana, lo recordaba porque era una de sus favoritas y a ella le espantaba. ¿Por qué se la había quitado a mediodía y la había dejado con el resto de la ropa sucia? Pronto encontró la respuesta. La camisa tenía una pequeña mancha de pintura violeta. La olió. Olía fuerte, la tocó, no estaba del todo seca. ¿De qué era esa pintura? Y entonces en su cerebro se conectaron varias ideas. Era el mismo color de la pintada: Mauro violador, con la be tachada. Había sido su hijo, él era quien había entrado en el Facebook de su hermana. Era perfectamente posible.

¿Pero cómo había llegado hasta la casa del chico? ¿Y cuándo lo había hecho? ¿En horas de clase?

Hizo una llamada a su profesora y esta le confirmó que su hijo había llegado dos horas tarde, porque había sufrido una caída y había ido al médico. Petra le dio las gracias y colgó. Tendría que hablar con Rómulo, pero en algún momento cuando Asia no estuviera presente, temía que si su hija se enteraba de que el hermano había sido el causante, no le perdonara jamás. Y ya bastante tenía la pobre con haber descubierto que su padre había hablado

con la prensa como para ahora saber que su hermano era el que estaba detrás de la pintada.

X

—¿Asia Prieto? —preguntó la enfermera.

Petra estaba en la sala de espera de la consulta de la psicóloga hojeando una revista. Al oír el nombre de su hija se levantó y se hizo pasar por ella. Entró en la consulta y la psicóloga se extrañó al verla.

—Petra, ¿y tu hija?

—No ha querido venir. Y he sido incapaz de convencerla. Creo que he perdido toda la autoridad que tenía sobre ella y lo peor es que no la culpo. La hemos cagado tanto su padre como yo.

—Venga, siéntate y empieza por el principio. Que tus palabras están tan llenas de autoflagelación que no hay manera de enterarse. A ver si las desmontamos.

Petra hizo un esfuerzo de síntesis y consiguió narrarle más o menos, y con ayuda de la psicóloga, que la obligaba en cada momento a que no emitiera juicios de valor ni se fustigara demasiado, todo lo ocurrido desde la

noche del sábado hasta esa mañana, cuando Petra y su exmarido habían escuchado decir a Asia que tenía miedo de que alguien no la perdonara.

Y entonces, la psicóloga, a riesgo de estar emitiendo un juicio demasiado precipitado, le sugirió algo que la alteró sobremanera. No era imposible que Asia, a pesar de la experiencia traumática, siguiera enamorada del chico.

—A veces se repite un patrón en cierto tipo de violaciones —explicó la psicóloga—. La víctima, para poder superar el trauma, acaba por falsear lo que ha ocurrido. Si decide que no la han violado, que ha sido consentido, la

violación desaparece y, por lo tanto, también el trauma. Y para eso nada mejor que convencerse de que ella está enamorada de su agresor y que todo ha formado parte de un encuentro o juego sexual. Y una de las maneras de acabar de creérselo es volver a quedar con el agresor e intentar una vida sentimental a su lado.

A Petra esa explicación le pareció una barbaridad. Sólo alguien desequilibrado podía pensar de esa manera y su hija no era una chica desequilibrada, siempre había sido muy sensata y muy cabal. Y cualquiera como ella, ante un hecho como el ocurrido,

ante una violación, mandaría a la mierda al culpable, por muy enamorada que hubiera estado de él.

La psicóloga admitió que, sin ver a la chica, no podía hacer ningún tipo de diagnóstico, sólo tenía los datos que le estaba dando la madre. Y, paradójicamente, a Petra ese momento de sensatez lógico por parte de la psicóloga le hizo comprender que tal vez la buena mujer no estuviera muy desencaminada en su juicio.

—¿Y qué hago si tienes razón? — preguntó Petra—. ¿Si sigue enamorada o quiere seguir enamorada de ese chico y se empeña en que le perdone y en estar a su lado?

—Por ahora, aléjala de él.

—¿Me la llevo fuera?

—No creo que sea necesario llegar tan lejos. Simplemente, tienes que conseguir que no le vea. Convéncela.

—A mí no me va a hacer caso.

—Busca a alguien a quien se lo haga. Una amiga, alguien.

—Pero su mejor amiga es un mal bicho, fue la que le metió en esto. No creo que Asia quiera nada con ella. No le contestó a sus mensajes, no ha hablado desde ese día con ella. Y yo le prohibí que lo hiciera.

—Y seguro que también le prohibiste que se acercara a los chicos. ¿Y te obedeció?

La psicóloga tenía otro paciente y se despidió de Petra, asegurándole que podía contar con ella para lo que quisiera. Petra le dio las gracias y salió.

Y de camino a casa, Petra tomó una decisión. No era fácil, pero tenía que hacerlo.

25

Una propuesta a Quique

La reunión en la cadena había ido bien. O razonablemente bien. Aunque estaban preocupados, el panorama no era tan negro como lo había pintado Sandra. En la cadena ya se habían enfrentado mil veces a ese tipo de prensa negativa y, si la cosa no iba a más, dejarían que se muriera por sí sola. Simplemente, querían unificar criterios, por si llegado

el caso tenían que sacar una nota de prensa. O por si alguien les preguntaba sobre el rumbo que iban a tomar las nuevas tramas. Ahí Sandra y Quique aprovecharon para vender la muerte del personaje de Cesar y con ella toda la trama espinosa de la cocaína y los directivos de la cadena aceptaron la propuesta encantados. Además, eso les tranquilizó mucho. Aunque es verdad que Quique no había defendido ese cambio de trama con demasiada pasión, empezaba a tener muchas dudas y bastantes remordimientos. Primero, porque le parecía que estaba actuando de una manera demasiado vengativa con el chaval, y segundo, porque era hacer

una gran concesión a la cadena y a la productora. Lo que para Sandra era una victoria, para Quique era casi una derrota. Sentía que estaban dejándose llevar por el miedo, por el pánico. Como si ante una pequeña herida en un pie, en vez de poner una tiritita, estuvieran amputando el miembro. Era exagerado. Y después del pie, a saber todo lo que seguirían amputando. Pero sólo él lo veía así y, desde luego, era lo suficientemente práctico e inteligente para saber que no era el momento de luchar por esa batalla. Estaba perdida, lo mejor era asumirlo y seguir adelante.

Quique, para dejar la trama de la cocaína atrás, propuso como creador de la serie y a título personal escribir un pequeño artículo contestando a los más radicales sobre toda la polémica. Prometió hacerlo en buen tono, exponiendo sus argumentos y sin darle tampoco gran importancia al asunto. Y a todos les pareció bien. Si antes, claro, ellos les daban el visto bueno. Quique aceptó.

De todas maneras, al final Quique no tuvo que escribir el artículo porque por la tarde un periodista se había puesto en contacto con él y le había

hecho una entrevista radiofónica de la que todos se habían quedado satisfechos.

Por eso, ahora, a última hora del día, Quique, encerrado en el despacho de Sandra, no entendía a qué venía lo que le acababa de proponer.

—Quique, me lo ha sugerido mi socio, yo no podía negarme—dijo Sandra, con una paciencia enorme—. Le dije que te lo iba a consultar y que intentaría convencerte.

Las reacciones a esa entrevista radiofónica no se habían hecho esperar y varias tertulias televisivas la habían comentado. Además, la cadena rival estaba haciendo campaña en contra de la

serie y sumándose a la tesis de todos los que creían que era una mala influencia. Las dos cadenas privadas más fuertes estaban pasando por malos momentos, perdiendo su hegemonía en las ondas, y por eso aprovechaban cualquier excusa, cualquier clavo ardiendo para intentar rapiñar unas décimas de audiencia. Y lo que Sandra le acababa de proponer a Quique lo tenía muy alterado: que participara en el *Megadebate*, el programa con el nombre más chorra de la historia y de más audiencia que la cadena emitía los viernes por la noche y que además producía la empresa de la que Sandra Sueiro era socia.

—Sandra, soy guionista, lo paso fatal hablando en público. Y en la tele ni te cuento.

—Quique, seríamos tontos si no lo aprovecharíamos. Matamos dos pájaros de un tiro. Tú tienes la oportunidad de explicarte y el programa, que como bien sabes es de nuestra productora, se marca un tanto por entrevistar a uno de los protagonistas de esta semana. Y la cadena lo va a agradecer.

—Sandra, yo ya me he explicado. No quiero ir a un programa como ese, donde todo se radicaliza. Ahí no hay ningún tipo de debate, sólo se gritan unos a otros y todo es blanco o negro. Yo no sirvo.

—¿Cómo que no sirves? Pero si tú eres como ellos. ¿O acaso te crees muy sutil cuando defiendes tus ideas?

A Quique le sorprendió que tuvieran esa imagen de él. Pero tal vez no estuviera muy alejada de la verdad. Él solía ser radical y apasionado defendiendo sus razones. Pero porque a veces a uno sólo le entendían a gritos. Y si gritaba, era porque no estaba dispuesto a dejarse pisar. Y ya había comprobado a lo largo de su carrera que cuanto más protestara más pereza les daba a los jefes discutir por tonterías y más veces conseguía salirse con la suya.

—Y piensa que serán unos quince minutos de programa como mucho — continuó diciendo Sandra—. Te van a tratar bien, somos compañeros de productora.

—No sé, Sandra.

—Y la cadena lo vería también con muy buenos ojos. Si te llevamos a ti, a dos actores, a algún padre reaccionario y a alguien de la oficina del defensor del menor, ya tenemos el programa armado y seguro que se va a notar mañana en los índices de audiencia. Si subimos la media de la cadena, no sólo con la emisión del capítulo, sino con otros

programas de la productora, se van a tener que pensar mucho lo de suprimir la serie.

—¿A qué actores de la serie pensáis llevar?

—No sé, Alba se ha ofrecido.

—¿Alba? Ya sabes que la adoro, pero no sé si es la mejor opción.

—Pero habla bien en público y es contundente.

—¿Y no pueden ir otros? Es que Alba...

—Lo intento, ¿vale? ¿Eso es que vas?

—¿A qué hora es?

—Te recogen a las nueve de la noche. Y antes de las doce estarás de vuelta en casa, ya lo verás.

—A ver con qué me drogo para poder salir sin que me dé un ataque de pánico.

—Quique, nada de coca, no me jodas.

—Estaba pensando más en un tranquilizante. A ver si engaño al farmacéutico de mi barrio...

Esa noche Quique consiguió por fin hablar por Skype con Sergi. Llevaba más de tres horas pendiente del

ordenador esperando que el otro se conectara. El chaval estaba raro.

—¿Qué pasa? ¿Día duro en clase?

—preguntó Quique.

—No es nada, ya se me pasará.

—Venga, chico misterioso, me puedes contar lo que quieras.

—Seguro que no.

—Seguro que sí. Venga, habla.

Sergi dudaba y no se decidía.

—¿Tú y yo qué somos? —le preguntó Sergi.

—Una anomalía —respondió Quique.

—¿Eh? ¿Por qué dices eso?

—No me digas que estás rayado porque no le hemos puesto nombre a lo que somos.

—No, pero tú me pides que me sincere contigo y yo no sé si debo hacerlo.

—Quique, tienes diecisiete años. Y no has matado a nadie, ni robado un banco, ¿no? Yo no es por minusvalorarte, pero nada de lo que te pase me va a asustar. ¿O no has visto la serie que escribo?

—No me apetece hablar. Y menos con alguien que sea así de condescendiente y tampoco me cuenta nada.

—¿Yo no te cuento nada? —le preguntó Quique—. Si te he contado ya media vida mía.

—Qué va —le dijo Sergi.

—Venga, pues si quieres te cuento que mañana voy a la tele, al *Megadebate* del viernes. Soy uno de los invitados.

—¿Y eso?

—Para defenderme de todos esos que nos acusan de pervertir a los chicos como tú.

Sergi apenas articuló un balbuceo.

—Ah...

—Era una broma —le dijo Quique—. ¿O eres de los que creen que pervertimos a la gente? Bueno, tú aún

podrías decirlo basándote en algo.

Sergi se alarmó.

—¿Yo? ¿por qué?

—Porque te estás tirando al creador. Y eres menor. Muchos pensarían que te pervierto.

—Si te pone cachondo pensarlo, tú mismo.

—Era una broma, Sergi. Pero está visto que hoy no estás de humor.

—Es que no me gusta que bromees con eso. Y que te tomes lo nuestro como una broma.

—Era por quitarle hierro a todo esto que me está pasando. Puede que no te lo creas, pero me estoy jugando el futuro de la serie. Y la gente de la

productora y de la cadena está tan preocupada que o me lo tomo un poco a la ligera o no duermo.

—Ya...

—Por eso creo que de los dos debería ser yo el que esté preocupado. Que tú aún no tienes ese tipo de problemas. Y, sin embargo, el tristón y el que está a la que salta eres tú.

—Tú qué sabrás los problemas que tengo —le dijo Sergi con un enfado más que evidente—. No tienes ni idea de nada, ¿cómo puedes escribir una serie sobre gente de nuestra edad si no tienes ni idea de lo que nos pasa?

A Quique le dolió mucho ese comentario, sobre todo viniendo de Sergi. Ya estaba más que acostumbrado a escucharlos en gente de todo tipo, pero que Sergi se lo dijera era como si le clavaran una puñalada.

—¿Estás enfadado conmigo por algo? —preguntó Quique.

—No, perdona. Pero estoy cansado. Ya hablamos, ¿vale?

—Vale, pero que conste que si no sé de tus problemas es porque te niegas a contármelos.

—Has sonado como mi madre —dijo Sergi.

—Es que a lo mejor somos de la misma edad.

—Me piro.

—Vale —dijo Quique—. ¿Me vas a ver mañana en la tele? Si en parte he aceptado ir al programa ha sido por ti.

—¿Por mí?

—Sí, para que me vieras. Y pudieras presumir.

—¿Y con quién voy a presumir? ¿Tú crees que le he contado a alguno de mis amigos que te he conocido?

—No sé, Sergi.

—¿Tú se lo has contado a alguien?

—Sí. Alba lo sabe, y algún amigo más. Hasta les he enseñado tu foto.

—Pues yo no. Oye, que me voy ya, ¿vale?

—¿De verdad que no estás enfadado? —insistió Quique.

—Que no. Adiós.

Sergi cortó la comunicación. Se sentía como un imbécil por haberse comportado así con Quique, pero la situación le superaba y no sabía cómo reaccionar con él. No se atrevía a contarle lo que le pasaba y además esa actitud tan condescendiente del otro, en plan a los diecisiete no tenéis problemas, no ayudaba nada. Y era demasiado confuso que el chico, o más bien el hombre, del que se estaba enamorando como un loco, fuera a defenderse a la tele de un hecho que él había protagonizado. ¿Cómo se lo iba a

explicar? «Oye, Quique, que uno de esos chicos a los que no te has cansado de insultar, de decir que son unos violadores, unos delincuentes, unos gilipollas, que uno de esos chicos soy yo. Que yo estaba ahí».

Quique durmió intranquilo. Algo que ya había vaticinado esa tarde, pero ahora el motivo que lo tenía inquieto era otro, nada tenía que ver con su intervención en el debate del día siguiente. Era Sergi lo que le preocupaba. Y mucho. No entendía a qué venía su cambio de actitud. Si hasta el día anterior todo había ido de maravilla. Vale que apenas

se conocían, pero Quique en menos de una semana había sentido más que en meses de relación con otros. Y había sido todo tan alucinante, tan perfecto, que de repente la posibilidad de que se fuera a acabar así, de pronto, sin más, y sobre todo sin explicación, era intolerable. Y por eso apenas pegó ojo.

A la mañana siguiente se tuvo que poner todas las cremas que tenía en el baño para intentar que su piel reaccionara. Sin demasiado éxito. Consiguió escribir un par de páginas decentes y borró todas las demás. Dejó un par de mensajes de texto a Sergi, aunque se había jurado no hacerlo y no obtuvo respuesta por parte del chico.

Así que utilizó todos los trucos que había aprendido a lo largo de los años para mantener controlada su obsesión y se centró en preparar todo lo que iba a decir en el programa.

26

Petra pide un favor

I

Petra había madrugado mucho. Llevaba más de media hora delante del polideportivo en el que el equipo de natación de su hija entrenaba. Antes de ir hasta allí en busca de Nerea, había

probado en su casa, pero le habían dicho que la chica no estaba. Había ido a nadar.

Por fin, las chicas del equipo comenzaron a salir y pudo divisar a Nerea. Se acercó a ella con paso decidido, pero con una expresión amable. La había ensayado durante esas dos horas, al igual que lo que le iba a decir.

—Nerea, guapa, ¿podemos hablar un minuto?

—¿De qué?

—Vengo a pedirte un favor, no a enfrentarme a ti. ¿Podemos hablar?

—Creo que no me apetece.

—Nerea, Asia necesita tu ayuda. Y eres su amiga. Por favor, serán cinco minutos.

Nerea, aunque algo reticente, aceptó. Petra le señaló una cafetería que estaba a unos metros y la chica la acompañó hasta allí.

—¿Qué quieres tomar?

—Un zumo de piña.

—¿Nos pones dos zumos de piña, por favor? Vamos a sentarnos ahí.

Se sentaron en una mesa al lado del gran ventanal que daba a la calle.

—¿Has hablado estos dos últimos días con mi hija?

—No.

—Mira, la verdad es que me muero por preguntarte todo lo que pasó en la fiesta, pero no lo voy a hacer. Supongo que sabes lo que mi hija sentía por Mauro.

—¿Y?

—Quiero que le digas que no le conviene.

—¿No será al revés? ¿Que ella no le conviene a él?

—¿Por qué dices eso?

—Tu hija nos ha metido en un buen lío. Nos llevaron a comisaría, y ahora estamos en los periódicos y hablan de nosotros en todas partes, ¿te parece poco? Por no hablar de esa foto de su Facebook.

—No tengas tanto morro, niña —
estalló Petra—. Que tú precisamente
tienes mucho que callar en todo este
asunto.

—¿Yo? ¿Por qué?

—¿Por qué? Tú la llevaste a esa
fiesta, tú le llenaste la cabeza de ideas
raras, tú la metiste en el *jacuzzi*. Tú,
bonita. Tú.

—No tengo por qué aguantar esto.

Nerea se levantó dispuesta a
marcharse. Pero Petra la agarró del
brazo. Y tragándose su ira y, sobre todo,
su orgullo, le imploró. Las cosas que
una estaba dispuesta a hacer por una
hija.

—Perdona, perdona. Te dije que no venía a discutir y es verdad. Perdona. Siéntate, serán sólo dos minutos, de verdad. Y te puedo asegurar que esta conversación me gusta tan poco como a ti. Yo también estoy deseando largarme. Por favor. Dos minutos.

Nerea se sentó y Petra intentó tranquilizarse.

—Sólo quiero que alejes a mi hija de ese chico.

—Y yo te digo que no hace falta que yo la aleje, que él ya se va a encargar de no acercarse a tu hija. En estos momentos Asia es veneno para él.

—Bueno, pues entonces habla con ella e intenta quitárselo de la cabeza. Ella se siente tan culpable con todo esto que está buscando su perdón.

—Es que no me apetece hablar mucho con tu hija. La ha liado pero bien, con la denuncia, con...

—La denuncia fue cosa nuestra. De su padre y mía. Ella nunca quiso denunciaros. No la hagas pagar por nuestros errores.

—¿Y la foto y la pintada también fue cosa vuestra?

—No, eso no —dijo saliendo al paso Petra. Pero tampoco dio más detalles, lo último que quería era contarle que su hijo estaba implicado.

—Pues ahora mismo es la foto lo que nos ha vuelto a meter en el lío.

—Ella no es la responsable de eso tampoco. Por favor, no la culpes por algo que no hizo. Y dile que se olvide de ese chico.

—¿Por qué no se lo dices tú?

—Porque a mí no me va a hacer caso. Soy su madre. Como insista mucho, acabará haciendo lo contrario.

—Es que no es mi problema.

—Nerea, mi hija ha cambiado mucho desde que está contigo. Le influyes. Y no eres santo de mi devoción, seguro que ya lo sabes. Y

menos después de lo que pasó en la fiesta. Pero le influyes y por eso estoy aquí.

—No sé qué te habrá contado, pero no la obligué a nada. Ni yo ni nadie.

—Ese es el problema, que eres demasiado lista, que no necesitas obligarla para que haga lo que a ti te da la gana.

—Me estás pintando como a una bruja.

—Es que en estos momentos, como comprenderás, no te aprecio mucho. Pero si hay algo bueno y decente en ti, y debe haberlo para que mi hija te considere su mejor amiga, tienes que admitir que algo de culpa en todo lo que

pasó sí tienes. Si mi hija no te hubiera conocido, no estaríamos ahora aquí sentadas las dos hablando de esto.

—Si te quedas más tranquila pensando que tu hija es superinocente y yo supermalvada, tú misma.

Petra tomó aire antes de continuar hablando. Lo mejor era acabar con esa conversación nociva cuanto antes. Sobre todo si quería que el esfuerzo de estar ahí sentada enfrente de esa arpía sirviera para algo y no fuera una total pérdida de tiempo.

—Yo me voy a ir ya. Sólo te pido que lo pienses. Y si es verdad lo que dices, que el chico ese ya no quiere saber nada de ella, tampoco te estoy

pidiendo algo descabellado. Sólo que la convenzas de que se olvide de él. Es lo mejor para todos. Piénsatelo, por favor.

Petra sacó un billete de cinco euros, lo dejó sobre la mesa y se fue. Nerea la vio alejarse, pero lo que no pudo apreciar es que a Petra le temblaban las piernas de lo nerviosa que estaba. Acababa de tener una de las conversaciones más difíciles de su vida, lo único que quería era estampar la cara de la chica contra la cristalera y, sin embargo, había tenido que implorarle y morderse la lengua mientras se tragaba su orgullo y aguantaba la arrogancia de

esa serpiente, de ese mal bicho, de esa malnacida que sólo tenía veneno en la sangre.

Petra miró la hora, si se daba prisa podía llegar a casa antes de que sus hijos se hubieran despertado.

II

Pablo, sin consultarlo ni con Petra ni con Asia, se había instalado a primera hora de la mañana en el portal de su exmujer para acompañar a su hija al colegio. Había decidido que lo haría hasta final de curso. Y si por culpa de eso tenía que dar una hora menos de

clase, qué se le iba a hacer, lo asumiría. Y eso que andaba muy justo de dinero. Lo caro que salía divorciarse. Más de la mitad del sueldo para la manutención de sus hijos y luego pagar el alquiler excesivo por ese cutre apartamento en el que vivía. Y lo poco que le quedaba se le iba en las copas que tomaba las noches que salía para lograr no llegar a casa solo. Y la gracia de los dientes blanqueados le había salido por un pico y lo estaba pagando a plazos. Y todo por echar un polvo o dos. Si a los veinte años le hubieran dicho que a los cuarenta y tantos iba a acabar así, se habría pegado un tiro.

Asia salió del portal y lo que Pablo no se esperaba es que estuviera acompañada por Petra. Aunque bien mirado, era lógico: los dos se preocupaban de la misma manera por ella. Y aunque Pablo no lo supiera, los dos estaban en el mismo punto de la vida, y sus sentimientos eran parecidos. Se sentían derrotados, pero no estaban dispuestos a tirar la toalla con Asia.

—Te dije que te alejaras de nosotras.

—Soy su padre, he venido para acompañarla al colegio. Y para comprobar que a esos dos los han sacado de su clase.

—Ya voy yo.

—Y yo —insistió Pablo.

—Genial, voy a parecer la hija de la infanta, con dos guardaespaldas a mi lado —ironizó Asia.

—¿Vamos en mi coche? —preguntó Pablo—. Así no tienes que sacar el tuyo del garaje.

Petra asintió de mala gana.

—¿De verdad que vais a venir los dos hasta el colegio? No me lo puedo creer.

—Y así hasta final de curso —dijo Pablo.

—Papa, de eso nada... Por favor, papá, ni se os ocurra.

—Ya veremos. Venga, subid.

En el colegio Petra y Pablo comprobaron con alivio que habían cambiado de clase a los dos chicos, a Mauro y a Sergi. Se alegraron. Sin embargo, el rostro de Asia se ensombreció.

Y en toda la mañana no se cruzó con Mauro, ni con Nerea, ni con Sergi. Y tampoco hizo nada por encontrarse con ellos. Aún no sabía bien cómo proceder. Ya no podía pedirle más disculpas a Mauro, no al menos sin darle algo a cambio: la evidencia que probara que ella no tenía nada que ver con aquella foto.

En el programa de televisión

A Quique le sudaban las manos. Conocía a algunos técnicos del plató, había coincidido con ellos en otros trabajos, pero a pesar de esas caras conocidas y de haber cenado en más de una ocasión con el presentador y algunos de sus colaboradores, no podía evitar pensar que más de dos millones de personas iban a estar desde sus casas atentas a sus

palabras. Le habían entrevistado unas cuantas veces en la radio, pero siempre por teléfono y desde la comodidad de su casa. Esto era distinto. Las cámaras y el público le intimidaban.

Así que se tomó tres tranquilizantes. Faltaba media hora para que el programa empezara y esperaba que le hicieran efecto en unos veinte minutos. Y vaya si le hicieron. Se quedó dormido en la sala de espera y fue Alba la que le despertó de un pellizco.

—Eh, ¿tú qué haces ahí dormido?
¿Te han maquillado?

—Sí... sí, al llegar.

—Pues deberías volver a maquillaje para que te repasaran. Menuda siesta que te has *echao*, con baba y todo.

Quique, completamente atontado, se limpió la boca con la manga de su chaqueta.

—¿Ya es la hora?

—En nada entramos, sí. El regidor viene ahora por nosotros.

Quique bostezó.

—Maricón, pero ¿cómo estás así de *amuermao*? ¿Tú que te has tomado?

—Tres ansiolíticos.

—Claro, pudiéndote tomar tres para que te ibas a tomar dos o uno. Tú así no puedes salir, ¿eh? Que vas a

dormir hasta a las ovejas. Menos mal que la Blanco está aquí.

Y sin decir una palabra más, Alba cerró la puerta de la salita con el pestillo. Y sacó una bolsita de coca. Al verla, Quique negó.

—No, no, no. Que me he jurado a mí mismo no tomar nada antes de una reunión importante. Y menos ahora, que me van a ver dos millones de personas. Dos millones, Dios, es pensarlo y me entran ganas de vomitar.

—Con lo dormido que estás no vomitas ni aunque te metas los cinco dedos de la mano —dijo Alba haciendo

dos rayas generosas sobre la mesita—. Pito pito gorgorito... a ti te toca esta. Mira qué hermosa.

—Alba que no.

—A mí no me hagas un desprecio así. *Pa* dentro. Que es por el bien de la serie. Venga.

Quique dejó de luchar contra ella. Y aceptó su destino. Se agachó y esnifó la raya más grande. Y justo cuando Alba acababa de meterse la suya, el regidor llamó a la puerta. Y se los llevó a plató. Alba miró a Quique sonriendo.

—¿A que ya estás mejor? No hay nada como una buena raya y un buen rabo.

—Mira, deberían presentarte así: aquí tenemos a Alba Blanco, que hace suyo el dicho no hay nada como una buena raya y un buen rabo —bromeó Quique.

—No seas bestia.

—Eso mejor te lo aplicas a ti misma. Alba, por lo que más quieras, contrólate ahí dentro.

—Vale, pero va a depender de ti.

—¿De mí?

—Claro, si no atacas tú, tendré que sacar la fiera que llevo dentro.

—La madre que te parió. Que Dios nos pille confesados.

El regidor les hizo entrar en el decorado y les indicó la silla que les correspondía. Quique obedeció y fue a sentarse a su sitio. Alba, antes de sentarse, se hizo primero con el set, y miró fijamente a las sillas de sus contrincantes. Para ella todo era una lucha, y más en una noche como esta. Quique le hizo un gesto para que se sentara. Ella acabó por obedecer. Quique había estado en ese plató hacía cuatro años mientras se construía el decorado, porque él escribía una serie que se grababa en la nave de al lado. Nunca hubiera podido imaginar que un día se sentaría en una de esas sillas por ser el centro de una polémica.

Carraspeó y cuando ya sólo faltaban dos minutos para entrar en directo deseó estar en la piel de cualquier otro. De cualquier otro que no estuviera allí, claro.

A su lado se sentó un colaborador habitual del programa, un sujeto bastante estrafalario que cuando acertaba en sus comentarios podía ser muy lúcido, pero cuando le daba el punto, al buen hombre se le iba la pinza. Ese y Alba serían sus únicos aliados en la entrevista. Toda una alegría. Quique se fue fijando en cada uno de los invitados que tenía enfrente: un hombre y una mujer con pinta de ser un padre y una madre de derechas, de unos cincuenta años y vestidos de una

manera muy rígida y tradicional, un señor en traje y corbata y una mujer de unos cuarenta y tantos años, con pinta de intelectual de izquierdas, vestida con colores neutros pero con muchos collares llamativos de cuentas enormes. Y seguro que todos venían con ganas de lincharle a nada que le pillaran en un renuncio. Y la bulldog de Alba Blanco a su vera. Para defenderlo o para defenestrarlo.

El regidor dio paso al presentador, tres, dos, uno, dentro. Estaban en el aire. El presentador hizo una introducción de corte bastante amarillista, describiendo los hechos ocurridos hacía seis días. E incidiendo sobre todo en las

coincidencias con la serie, el tatuaje, la piscina, los pósteres que había roto la víctima... Y citando algunos recortes de titulares de muchos periódicos. Presentó a los invitados —dos padres, un representante de la oficina del menor y una profesora— y dejó para el último lugar a Quique, al que describió como el responsable directo o indirecto de todo el lío que se había montado.

—Tienes a los chavales y a los padres alterados, ¿eh, Quique?

«Este tío es tonto», pensó el guionista. «Y yo más». ¿Por qué coño había accedido a estar ahí? De repente todo aquello le parecía muy turbio y no entendía como había dado su brazo a

torcer sin ofrecer más resistencia. Y encima la raya de coca había incendiado todas sus neuronas.

—Y para ilustrar este caso — continuó diciendo el presentador— nada mejor que ofrecerles un documento en exclusiva. Hemos localizado al tatuador que le hizo la pistola a la chica, igualita, como ustedes a estas alturas ya sabrán, a la de Rebeca, la protagonista creada por este señor que tengo a mi derecha. —Y en tono confidencial, como si fueran amigos de toda la vida, le hizo un gesto con la cabeza a Quique—: Más tarde hablo contigo. —Volvió a mirar a cámara—. Ahora demos paso a la entrevista. Aunque antes haremos la

comparación de los dos tatuajes. Hemos extraído un fotograma de la serie en la que la protagonista luce tatuaje. Y les mostramos también la foto del tatuaje de la chica.

En los televisores apareció la foto del tatuaje que Carlo le había hecho a Asia. Se partió la imagen para que se pudieran comparar los dos tatuajes. Y efectivamente, eran prácticamente idénticos.

—Escalofriante, ¿verdad, Quique? —le preguntó el presentador.

—Si tú lo dices —contestó él.

El presentador le hizo un gesto que Quique no supo cómo interpretar. ¿Era de desagrado? ¿Era una advertencia?

¿Qué coño era? ¿Y por qué había aceptado la coca de la Blanco?

—Y a continuación la entrevista con cámara oculta que hemos conseguido del tatuador —dijo el presentador.

Las imágenes tenían muy poca calidad. Y la parte de arriba de la pantalla y la de abajo estaban desenfocadas y oscurecidas, tal vez porque la cámara había estado oculta dentro de una bolsa.

—¿Has visto una serie de televisión de unos chavales? —se oyó que preguntaba el periodista haciéndose pasar por presunto cliente—. Hay una

tipa que lleva un *tattoo* supermolón, una pistolita, me molaría un rollo así. La putada es que no tengo la imagen.

—Sé de cuál me hablas.

—¿Sí?

—Sí, el otro día vinieron dos chavalitas y me pidieron ese mismo tatuaje. ¿Te suena las tipas esas que han salido en la prensa porque las violaron?

—Ah, coño, claro. Sí.

En el plató del *Megadebate*, Quique no se perdía detalle de la entrevista con la cámara oculta y ahí se dio cuenta de que debía de estar más que amañada, porque el tatuador había sacado a colación a las chicas de una manera muy forzada y torpe. Vamos, un

diálogo así no se lo hubiera dejado pasar a ninguno de los guionistas de su equipo. Quique siguió viendo la entrevista.

—Eran ellas —continuó diciendo el tatuador—. Una se llamaba Nerea y la otra África o algo así. A esa la tatué yo. Quería el tatuaje de la de *Tabula rasa*.

—Pero en las noticias decían que era menor. ¿Se pueden tatuar sin permiso de los padres?

—Generalmente vienen con un tutor o con los padres.

—¿Y ellas venían acompañadas de alguien? —preguntó el periodista.

—De nadie, pero no les hacía falta, se las veía muy desenvueltas.

—¿Qué quieres decir?

—Yo no voy a hablar mal de unas clientas, pero ahora que están diciendo en la radio y en la tele que si hubo violación o no...

—¿Sí? ¿Y tú qué dices?

—Que a las chicas les iba la marcha.

—¿Qué quieres decir?

—A ver... que me regatearon el precio... pues... vamos... que estaban dispuestas a tontear si les bajaba el precio.

—¿A tontear cómo?

—La chica se desnudó para que contemplara mejor el tatuaje. Fue idea de la amiga. No sé si me entiendes.

—¿O sea que ella se desnudaba a cambio de que tú le rebajaras el precio? Joder cómo viene la juventud...

—Sí, si es que vienen muy aprendidas. Esas se metieron solitas en el *jacuzzi*, te lo digo yo. Se metieron solitas y les incitaron. Vamos, yo porque soy un profesional, y un tío serio, porque si no, tal como se me ofrecieron aquí, más de uno habría caído. Así que imagínate unos chavales.

Quique no se lo podía creer. Eso era una encerrona en toda regla y, sobre todo, era muy feo, feísimo. ¿Cómo se les había ocurrido a los del programa caer tan bajo? ¿Por qué dejar que alguien denigrara a unas pobres chicas, como si

ya no tuvieran bastante? ¿Y cómo no habían ocultado su nombre? Eso debía de rozar la ilegalidad, como poco. Y ahí estaba él, participando en toda esa cochambre.

El público, cuando escuchó llamar zorras a las chicas, murmuró complacido. Sin embargo, al otro lado de la pantalla, en las casas de los afectados, esas declaraciones estaban causando estragos.

II

Nerea no se lo podía creer. Estaba siguiendo el programa desde la tele de su habitación y al escuchar a Carlo decir su nombre, casi le dio un ataque. El muy cerdo había tenido el valor de conceder una entrevista. Y la acababa de llamar zorra. Y había dicho su nombre y nadie lo había censurado. Que mis padres no lo estén escuchando, por Dios. Que no haya nadie cerca de la tele.

Pero sus plegarias no fueron atendidas. En ese momento el padre entró en su cuarto. Ella apagó el televisor con el mando a distancia lo más rápido que pudo.

—Dime que eso no es verdad.

—¿El qué?

—Lo que estabas viendo en la tele, no te hagas la tonta.

—No sé de qué hablas...

—¿Qué pasó esa noche, Nerea?

¿Es verdad todo lo que están diciendo?

En los artículos de prensa, en la radio...

—¿Eh? ¿Qué pasa? ¿Que no hay más Nereas en el mundo? Anda, papá, no seas ridículo.

—¿Pero tú te crees que soy imbécil? Por mucho que tu madre y tú me intentéis ocultar las cosas, yo me entero. De que estuvo aquí la policía, de que te llevaron a comisaría. Y tu madre lleva una semana que no levanta cabeza, por mucho que disimule.

—Si fue una tontería, papá. Lo han sacado todo de quicio.

—Dime entonces qué pasó.

—No pasó nada. Olvídalo. No vayas ahora de padre preocupado, porque han dicho el nombre de tu hija en la tele.

—¿Qué? Yo no te he criado así.

—Tú directamente no me has criado. Y ya es un poquito tarde para empezar.

El padre la miró con estupor. ¿Quién era esa chica que tenía delante?

¿Esa era su hija?

—¿Tú te crees que me puedes hablar así?

—Te hablo como me da la gana. Y no tengo por qué contarte nada, ¿te enteras? En cinco días soy mayor de edad.

—¿Y como casi eres mayor de edad dejas que te follen cuatro tíos?

—¿Y a ti qué coño te importa a los que me follo o me dejo de follar?

El padre entonces no se pudo contener y le dio un bofetón. Era la primera vez que pegaba a Nerea y ella sintió como si le hubieran quemado la cara. El padre se arrepintió en el acto. Y Nerea aprovechó la debilidad que acaba de detectar en él para atacarle.

—Ya sólo hace falta que me llames puta, para que tengamos la estampa completa. ¿Es lo que piensas?

—Nerea, yo...

—¿Sabes qué? Que paso de todo esto. Me piro.

Nerea abrió su armario, sacó una bolsa y empezó a llenarla con ropa.

—¿Qué haces? —le dijo su padre—. ¿A dónde vas a ir?

—A donde me salga del mismísimo coño.

Su padre se acercó a ella e intentó frenarla cogiéndola del brazo. Nerea se soltó con violencia.

—No me toques, no me toques que aún la tenemos.

—Nerea, tranquilízate.

Su padre se volvió a acercar y ella entonces gritó.

—¡Mamá!

Su madre entró en el cuarto.

—¿Qué pasa?

—Dile a este que se aleje. Me voy y nadie lo va a impedir.

—¿Pero se puede saber a qué viene esto?

—Pregúntaselo a tu marido.

Nerea cerró la bolsa y salió de su habitación. Se marchó de casa y caminó calle abajo. Después de cinco minutos empezó a darse cuenta de lo que acababa de hacer. ¿A dónde iba a ir? ¿Por qué se había dejado llevar por la

ira? Todo esto era culpa de Asia, joder. Si hubiera mantenido la boca cerradita, si no hubiera dado tanto por culo... Y la madre quería que la ayudara. Y una mierda. Y una mierda. Se va a enterar esa. Esa y toda su puta familia de tarados. Ya está bien, joder. Ya está bien.

III

Cuando Pablo vio al tatuador hablando con tal desprecio de su hija, le hirvió la sangre. ¿De dónde había salido ese desgraciado? ¿Dónde trabajaba? ¿Y nadie le iba a quitar la licencia o cerrar

el local? ¿Por qué no daba la cara? ¿Cómo permitían que dijera impunemente y desde el anonimato esas burradas de dos menores? ¿Y cómo se atrevía a mostrar el tatuaje de su hija? ¿Era legal?

Pablo abrió la nevera de su miniapartamento y sacó una cerveza. Y luego buscó una cajetilla de tabaco que había dejado encima del sofá. El piso era un espacio pequeño y funcional que ni se había molestado en decorar, sólo la habitación donde dormían sus hijos cuando se quedaban con él tenía un poco de encanto, ya que tanto él como Asia se habían encargado de dotarla de algo de personalidad. En su habitación y en el

resto de la casa todo estaba como cuando lo alquiló. Muebles baratos de Ikea y un cuadro de unos árboles en perspectiva que dibujaban un camino.

Su móvil sonó. Era Petra. Lo cogió enseguida.

—¿Estás viendo a ese hijo de puta?
—preguntó ella.

—Sí, ¿la niña lo está viendo?

—No la he dejado.

—Quiero llamar al programa, quiero que me den la dirección de donde trabaja ese malnacido. Se va a enterar.

—Ni se te ocurra llamar, Pablo. Que esos te ponen en directo fijo.

—Es que no hay derecho, joder. No hay derecho.

—Tú levantaste la liebre. Si no hubieras hablado en los periódicos...

—¡Y han sacado la foto de su tatuaje! Como me sigan calentando, llamo.

—Pablo, hazme caso por una vez en tu vida. No llames. Como lo hagas, te juro que no te vuelvo a dejar ver a tu hija.

—¡Pero alguien tendrá que defender a la niña!

—Todos los que están ahí, excepto los de la serie, seguro que hablarán bien de nuestra niña. Así que no te preocupes, ¿de acuerdo?

Pablo asintió como si Petra pudiera ver su gesto al otro lado de la línea. Y de pronto, sin ser muy consciente de lo que decía, lo soltó:

—Quiero verte —dijo mientras le daba una calada al cigarro. Por fin se atrevía a decirlo, en el camino de vuelta del colegio había sido incapaz de confesárselo, pero ya no podía negar más lo que estaba sintiendo.

—¿Estás fumando? —Petra había oído a Pablo expulsando el humo.

—Tabaco negro. Me recuerda a ti. Quiero verte.

—Ya me has visto esta mañana.

—Tenemos que hablar de lo nuestro.

—¿De lo nuestro?

—De las noches que hemos compartido esta semana. Quiero que dure más.

—Tú estás mal de la cabeza.

—¿Estoy mal de la cabeza por desearte?

—Pablo, ¿a qué viene ahora esto? Estás arruinando la vida de tu hija y me hablas de echar un polvo. Lo único que importa es Asia.

—Asia. Claro, sigue refugiándote en Asia. Otra madre amantísima que se sacrifica entera por su hija.

—Pablo, ¿tan jodido te resulta echar un polvo por ahí fuera que tienes que recurrir a mí? —Petra también sabía

ser hiriente. Tanto o más que Pablo. Y por eso no tenían futuro. Por mucho que lo compartido esa semana les nublara el juicio tenían que darse cuenta de que ya no era posible, de que no había nada que hacer.

—¿Quieres que te cuente los polvos que echo fuera? ¿De verdad? — le preguntó Pablo muy dolido.

—¿Por qué ahora, Pablo? No tiene sentido.

—Sólo sé que quiero estar con vosotras.

—¿Sabes lo que me dice Veva?

—¿Le has contado a tu amiga que nos hemos liado?

—Dice que confundes el deseo con la culpa.

—¿Eso que quiere decir?

—Que te sientes tan culpable de todo lo que pasó, porque tú no estabas aquí cuando a Asia... que ahora te gustaría enmendarlo a toda costa. Y por eso quieres volver.

—Quiero volver, sí. ¿Qué más da lo que me haya abierto los ojos? Quiero volver. Y a ti te da tanto miedo que te agarras a cualquier cosa para no dejarme intentarlo. Por eso te has enfadado tanto por lo de la entrevista. Esa cagada era la excusa que necesitabas para echarme de tu vida.

—No digas tonterías...

—¿Entonces es porque te gusta más ese que has conocido?

—¿Quién?

—Ese para el que te arreglas y para el que te pones la colonia de tu hija.

Petra movió la cabeza disgustada. Seguro que Rómulo le había dicho algo. O Asia. Mierda.

—Pablo, no voy a tener esta conversación contigo. Ya no soy nada tuyo. No tienes ningún derecho a interrogarme.

—No te estoy interrogando, te estoy pidiendo que volvamos.

Petra calló. Qué listo podía ser Pablo con las palabras. Qué listo y qué manipulador. Y qué... Pero no, no podía ceder. Ahora no. Y además se acababa de dar cuenta de una cosa: si Pablo quería volver tan de repente era porque temía perderla, porque se había enterado de que estaba viendo a otro. Era como un niño pequeño. Pero ella no había empezado a quedar con Dámaso para ponerle celoso. No, era todo lo contrario. Dámaso, en todo caso, era una huida hacia delante. Una manera de cerrar el capítulo de Pablo. Y por supuesto que eso nunca lo iba admitir delante de Dámaso, ni de Pablo, y tal vez no fuera la mejor manera de

empezar con alguien, pero la vida estaba llena de historias de amor que habían comenzado de la manera equivocada. ¿Por qué no podía pasarle a ella con Dámaso lo mismo? Y si algo tenía claro, aunque hubiera estado una semana confundida, es que a su exmarido ya sólo le unían dos hijos maravillosos y nada más. Bueno, y tres noches de sexo estupendas. Pero Dámaso también podía dárselas. ¿O acaso no? Cuanto antes lo averiguara, mejor.

—Pablo... Esto ya vuelve de publicidad. Y no me quiero perder nada. Adiós.

IV

El presentador, encantado con la exclusiva de la entrevista al tatuador, había calificado el reportaje de documento único y valiosísimo para evaluar el grado de implicación de las jóvenes y así determinar si habían sido violadas o no. Quique empezaba a inquietarse.

La primera pregunta fue para él.

—¿Qué le parecen las declaraciones de este señor? Si nos fiamos de su palabra, tal vez las chicas no fueran tan inocentes y tal vez

entendamos mejor la decisión del fiscal de menores de no procesar a los supuestos violadores. ¿Qué opina?

Quique no iba a entrar al trapo y quería dejarlo muy claro desde el principio, le daba igual que el programa fuera de su productora. Él no estaba allí para seguirle el juego a nadie.

—¿Vamos a debatir si hubo violación o no? Yo no fui testigo, eso lo tendrá que decidir la autoridad competente y creo que ya lo ha decidido. —El propio Quique se sorprendió con el aplomo con el que había dicho eso—. Y pensé que aquí veníamos a debatir sobre la influencia o no de la serie, no

sé por qué debemos hablar sobre si hubo o no hubo violación. Es absurdo y no es el debate.

Entonces el representante del defensor de menores tomó la palabra.

—No estoy de acuerdo. Es fundamental hablar sobre si violaron a la chica o no. Está claro que no se trata de una violación al uso, no fueron cuatro violadores que forzaron a una chica a punta de navaja en un callejón oscuro. Si hubiera sido así, una violación al uso, sería absurdo culpar a la serie. Pero si lo que ocurrió fue más ambiguo y difuso, entonces es pertinente preguntarnos: ¿por qué ocurre un hecho como este? ¿Qué lleva a unas adolescentes a emular

a la protagonista de una serie, haciéndose un tatuaje y luego a meterse desnudas en un *jacuzzi* e incitar a cuatro amigos a que pase lo que ya sabemos que pasó?

—Las hormonas, tal vez. La curiosidad típica de esa edad —dijo Quique—, la necesidad de explorar los límites. Cuando uno se estrena en la vida comete muchas equivocaciones y a veces se mete en líos que no sabe cómo frenar.

—Ustedes, desde sus series, guían la curiosidad de esos jóvenes y su inexperiencia hacia esos terrenos pantanosos y difusos —dijo de nuevo el defensor del menor.

—Eso es —asintió la madre conservadora.

—¡Exacto! —contestó la profesora.

«Lo que le gusta a este señor el adjetivo difuso», pensó Quique.

—Si no les alentaran desde esas series a comportamientos como ese — continuó diciendo el representante del defensor del menor—, ellas nunca hubieran llegado tan lejos.

—¿Realmente me está acusando de que yo incito a los chavales a violar?

—Sí, te lo está diciendo, Quique, está así de perturbado —concluyó Alba y, mirando al que lo había dicho, se lo repitió haciendo hincapié en cada sílaba —: Per-tur-ba-do.

—¿Ve? Eso es lo único que conocen, los insultos. Y eso es lo que transmiten —dijo con indignación la madre conservadora.

—Insultar insultará tu puta madre. Yo estoy aquí intentando ser muy fina y educada. Pero no se puede con todo lo que tenemos que escuchar —dijo Alba.

Quique miró a Alba con cierta preocupación. La actriz empezaba a descontrolarse demasiado. Y él estaba con la adrenalina a tope también, como para intentar frenarla. Aun así, le hizo un gesto para que se tranquilizara.

—Es que provocan, Quique, provocan. Ellos sí que provocan.

El defensor del menor no entró al trapo y siguió con su discurso. Estaba más acostumbrado que Alba y Quique a esos debates y era difícil que perdiera la compostura.

—Se olvidan de que se dirigen a un público adolescente, sin formar, no a un público adulto. Ustedes tienen una responsabilidad. No pueden escribir series sin valores, amoraes, donde lo que está bien y lo que no se confunde.

—¿Sabes qué te digo? —gritó Alba—. Me pasó yo por el coño la responsabilidad.

—¿Perdón?

Y ahí Quique intentó echarle un cable a su amiga.

—Lo que Alba pretende decir a su manera apasionada es que los responsables deben ser sus padres, sus profesores... nosotros, sobre todo, entretenemos.

—Sí, y ya estamos viendo en qué manos dejamos que nos entretengan.

—Por supuesto que somos conscientes de que existe una responsabilidad —continuó Quique—, pero tiene que ser compartida. Nosotros les hablamos a sus hijos hora y media a la semana, el resto del tiempo es cosa suya.

—¡Pero esa hora y media es devastadora! —gritó una madre.

—¿No cree que exagera? — preguntó Quique.

—¿Y tú no crees que realmente influís en los jóvenes? — increpó la mujer con pinta de progre—. Yo voy por la calle y veo a muchas chicas y chicos que imitan el peinado de los de la serie, su manera de vestir, sus tatuajes...

—Eso se llama moda —replicó Quique—. Y sí, los chavales copian la manera de vestir de los personajes, al igual que los estilistas de la serie copian lo que hay en la calle.

—Muy bien. Entonces, admites que al menos en eso sí influís. Tal vez entonces también la influencia vaya más

allá. En los comportamientos, en la ideología...

—¿Ideología? —preguntó Quique.

—Sí —contestó con firmeza la mujer—. ¿O me vas a decir que lo que escribes no está teñido de tu manera de pensar?

Quique calló.

El presentador intervino.

—Perdonen que les interrumpa, pero en las pantallas de sus casas está apareciendo un número de teléfono de aludidos. Si alguno de los protagonistas de esta historia quiere dar su versión, o matizar o puntualizar algo, estaríamos encantados de escucharles.

Quique siguió hablando

—Influimos, vale, lo acepto. Pero los chavales saben distinguir perfectamente lo que es ficción y lo que es realidad. Están curados de espanto, son críticos y, además, son los mejores espectadores. Que les encante la serie no supone que no tengan una mirada crítica, incluso irónica acerca de lo que ven. No comulgan con todo. Muchas veces se ríen incluso de nosotros, y son los primeros en llamarnos exagerados, dramáticos...

—No todos los espectadores son así. Algunos, como hemos visto, imitan a los personajes, los siguen a pies

juntillas. ¿Y sabe por qué? Porque son adolescentes, aún no son adultos — sentenció el padre de derechas.

—Pues ahí es donde empieza su labor, la de los padres, la de los profesores, la de los libros... Denles armas para distinguir lo que es real de lo que no.

—Y así pasas la pelota a nuestro tejado —espetó la madre—. Eso sí que es responsabilidad.

—Yo entretengo. Esa es, sobre todo, mi responsabilidad.

—¡No! —dijo la profesora—. Ni tú mismo te lo crees. Además de entretener, aleccionas. Vendes una realidad en la que todos se mueven por

lo mismo, por sus ansias de placer y de sexo. Tu realidad está deformada, está todo catalizado a través del sexo. Tanto en adultos como en adolescentes. ¿Dónde quedaron otros valores como la solidaridad, la amistad, el esfuerzo, el trabajo? ¿O me vas a decir que todos los adolescentes son como los que tú dibujas?

—¡Pero es que yo no pretendo hacer ningún un retrato generacional! Son otros los que han hablado de que existe una generación *Tabula rasa*, no yo. Yo, simplemente, expongo mi manera de verlo. No estoy haciendo un documental ni un tratado sobre la juventud.

—Pero sí estás dando una visión de la adolescencia. Lo acabas de decir. Por lo tanto, hazte responsable de esa visión.

Quique empezó a sentirse atrapado. La tía era bastante lista, es más, su discurso se mostraba coherente y sin fisuras. Respiró profundamente, tal vez con la esperanza de que la cocaína que le pudiera quedar en la nariz llegara de manera veloz a sus neuronas y las activara. No podía dejarse arrinconar. «Piensa algún argumento, rápido». Y de pronto tuvo un raptó de lucidez.

—Vale, déjame rebatir tu premisa. Das por hecho que todo está catalizado a través del sexo. Y ahí defiero. Porque también defiendo otros valores, yo

valoro el respeto, la tolerancia, la libertad, la diferencia, valoro la alegría, la amistad, el sexo también, sí, y valoro la palabra dada y el compromiso. Y valoro el poder del no, y del hacer lo que te venga en gana mientras tus ganas no choquen con las del otro. Sobre todo valoro eso. Y, por lo tanto, el capítulo en concreto de la violación es una condena y una repulsa a ese tipo de acciones. Si la chica dice no y tú sigues, estás violándola. Ese era el mensaje. Porque a mí los violadores me dan asco. Y creo que casi tres millones de chavales lo entendieron así.

—Su trabajo es basura. Ya está bien de llamar libertad a la basura. ¿Qué modelo están mostrando a nuestros hijos? —gritó el padre conservador—. ¿Usted de verdad se cree que nuestros hijos son así? ¿Que sólo piensan en sexo y drogas? ¿A eso le llama usted valores? ¿Qué libertad, qué compromiso hay en eso? Es una vergüenza, eso es lo que es usted y la serie —concluyó el padre.

—Vergüenza da usted, que no sabe lo que hacen sus hijos —gritó Alba—. Su hijo folla y se mete como todos.

—Alba... —Quique intentó calmar a la chica, no quería que se pusiera al nivel del padre.

—Lo que contamos en la serie pasa —continuó diciendo Alba—. Y por eso los chavales nos adoran, porque lo saben, porque alguien les cuenta sin tapujos lo que ven a diario.

—¿Tú tienes hijos, bonita?

—No.

—Pues cállate la boca.

—Oiga... —Y Alba miró a Quique y al presentador, pidiendo ayuda.

—Intentemos mantener las formas —dijo el presentador, aunque sin poner mucho empeño porque estaba encantado con el alboroto.

Quique miró a Alba desesperado. Ella, con su pasión y vehemencia, acababa de echar por tierra todo su

discurso. Él, que pretendía decir lo contrario, que en ningún momento era el cronista de la adolescencia ni de una determinada generación, que su serie no tenía por qué reflejar de una manera fiel lo que los chavales hacían, aquí llegaba ella para asegurar que sí, que todos los adolescentes eran como los que ellos se inventaban. Tal vez Alba era tan vehemente y tenía el discurso tan aprendido porque, de alguna manera, él también lo pensaba, y se le había calentado la boca proclamándolo día tras día en las reuniones y en el plató, por mucho que ahora intentara una postura más moderada. Él, para qué negarlo, y quizás debido a su carácter o

a que se veía siempre atacado por unos y otros, podía ser tan *hooligan* como Alba en la defensa apasionada de su punto de vista.

Y el de la oficina del menor continuó echando más leña al fuego, aunque desde unas maneras más educadas.

—Y yo me he revisado el capítulo con lupa, porque hago mis deberes, y le puedo asegurar que su discurso que ahora parece tajante en el capítulo no lo es tanto —dijo blandiendo un dvd de la serie.

—Porque yo en los capítulos no doy discursos. Intento contar una historia y construir de manera creíble una

situación. Y por eso me acerco a todas las partes e intento comprender sus motivos.

—Siente simpatía por los agresores. De hecho, uno de esos agresores era el protagonista. El que en principio era el chico bueno de la clase.

—Sí, porque lo que estoy contando es que a veces todos podemos llevar un monstruo dentro. Y hasta los chicos buenos pueden ser capaces de lo peor. Pero eso tiene que ver con mi visión de la vida. Porque como bien dice la profesora, yo tengo una visión como el creador que soy.

—Usted es un monstruo. ¡Y su visión de la vida está podrida y se la está vendiendo a nuestros hijos!

—Estás un poquito mal de la cabeza, corazón, el rosario se te ha debido de enredar en las neuronas —le dijo Alba.

—Yo tengo las neuronas en su sitio. Son ustedes los que se niegan a ver la realidad. ¡Ustedes!

V

Sergi estaba siguiendo todo el programa con su madre al lado. Era la cosa más incómoda que le había ocurrido en la

vida. Pero ella le había obligado. Su madre había ido aplazando la charla que quería tener con él desde que había vuelto de comisaría. Y es verdad que cuando les exculparon decidió que tal vez era mejor olvidarse del asunto, o posponerlo. A ella le había servido la explicación sesgada que le había dado Sergi. «Yo estaba allí, sí, y el problema fue que bebimos demasiado, y acabamos desnudos, pero enseguida nos fuimos. Al menos yo». La madre no insistió más. Por eso ahora quería ver el programa con Sergi, era la manera de que ambos se obligaran a hablar del tema. Él podría excusarse, matizar, negar, explicar. Y ella podría atreverse a preguntar.

Sergi miraba de vez en cuando de reojo a su madre. Si ella supiera que llevaba una semana acostándose con ese al que en la tele le estaba llamando violador... Y lo peor de todo era pensar en el momento de enfrentarse a Quique. Aunque había encontrado un atisbo de esperanza en las últimas palabras que había dicho el guionista, al contar que él entendía a todas las partes y que todos llevamos un monstruo dentro. «Tal vez —pensó Sergi—, tal vez, si soy capaz de explicárselo, tal vez pueda perdonarme».

VI

Pablo había seguido con atención todo el debate. A cada palabra del guionista lo odiaba más. ¿Cómo podía estar tan seguro de todo lo que decía ese desgraciado? ¿Acaso nadie le iba a dar una buena estocada que lo apeara de esa nube de arrogancia? Su hija estaba así por su culpa, por su influencia, tanto hablar de libertad, y una mierda. ¿Es que nadie lo iba a poner en su sitio?

Pues si no lo hacía nadie tendría que ser él. Le había prometido a Petra que no llamaría, se lo había prometido. Pero si no habían llevado a ninguna persona brillante para hacerle frente, no podía dejar que se saliera con la suya. Pablo tenía razón, el guionista no. Pablo

tenía argumentos sólidos, contundentes, y los demás oponentes en el plató parecían dormidos.

Tenía que llamar. Ya lidiaría luego con Petra. Pero ahora tenía que llamar.

VII

—Perdonen que les interrumpa, pero me acaban de avisar de que tenemos una llamada que nos va a interesar a todos —anunció el presentador.

Entonces todos callaron.

—Sí, creo que tenemos esa llamada preparada —dijo el presentador—. ¿Hola? ¿Nos escucha?

—Hola, sí, hola —sonó la voz desde el teléfono—. ¿Me oyen?

—Sí, cuéntenos, ¿quién es?

—Hola, es que estoy escuchando hablar a ese cretino y no me lo puedo creer.

A Quique le sonaba la voz, pero no conseguía relacionarla con nadie. Y de repente un gesto de alarma en el rostro de Alba le dio la clave.

—¿A quién se refiere? ¿Y cómo se llama usted, perdone?

—Soy Óscar Antunes, uno de los protagonistas de *Tabula rasa*. Por poco tiempo, me temo.

—Óscar, qué sorpresa más agradable —le dijo el presentador—. Supongo que te quieres unir a defender a tus compañeros.

—¿A qué compañeros? ¿A la zorra de Alba y al maricón del creador? No, para nada.

Alba entonces protestó:

—Oye, a este chico se le va a veces un poco la cabeza. No creo que sea muy importante lo que nos quiera decir.

—En este programa no censuramos a nadie —dijo el presentador con voz afectada y relamida—. Dinos, Óscar, ¿qué ocurre?

—A Quique, al que va de creador y se le llena la boca de hablar de moral y de que él no tiene nada que ver con esos violadores... Y de que le dan asco...

—Sí, sí —atajó el presentador—, dinos...

—Ese es peor que todos esos. Tiene razón la señora que le ha llamado monstruo. Porque es un monstruo. Que se entere todo el mundo, Quique Manzano me acaba de echar de la serie porque no me he querido acostar con él.

Hubo un sonoro malestar en todo el plató. Un murmullo de desaprobación que no se hizo esperar y se contagió entre los invitados y el público. Quique

no se lo podía creer. Ni en la más bizarra de sus pesadillas había soñado con algo tan absurdo.

—¿Tienes algo que decir? —le preguntó el presentador a Quique—. ¿Es verdad que te has cargado a su personaje?

—No creo que esto sea el debate —dijo Quique con un hilillo de voz.

—¿Cómo que no? —chilló Óscar desde el teléfono—. Se está debatiendo si eres una mala influencia, si eres un monstruo. ¡Y yo estoy aportando pruebas de que lo eres!

—¡O cortáis a este tarado o yo incendio el plató! —gritó Alba.

—Un poco de calma y cordura — sugirió el presentador, que no podía disimular su alegría ante el caos reinante —. Quique, ¿qué tienes que decir? ¿Le das más papel a los chicos dependiendo de si se acuestan contigo o no? ¿Qué hay detrás de esa acusación?

Quique estaba sin habla. Alba salió en su defensa.

—Yo soy la protagonista de la serie y te puedo asegurar que jamás, jamás de los jamases, Quique me ha pedido nada.

—Claro, bonita, porque eres mujer —dijo la señora conservadora—. Y me parece a mí que este es de la acera de enfrente.

—¡Cállate, homófoba! —exclamó Alba—. Hay que ser muy antigua para hablar de la acera de enfrente.

—Seré muy antigua, pero yo no voy exigiendo favores sexuales en mi trabajo.

—Pues no te vendría mal darte una alegría... porque lo debes de tener oxidado —sentenció Alba.

—¡En estas manos están nuestros hijos! —protestó la señora completamente escandalizada—. ¡En manos de pervertidos, de gente que abusa de su poder y luego se le llena la boca al hablar de libertad y de

tolerancia! —Miró a Quique y le apuntó con el dedo—. ¿Esa es la libertad que usted practica?

Quique no contestó.

—Deberían ponerlo de patitas en la calle ahora mismo —dijo la señora.

Quique seguía sin decir palabra. Estaba abrumado, sin capacidad de respuesta.

—¡Eso no es verdad! Quique es una gran persona. Y todo lo que está diciendo ese chalado es mentira —le defendió Alba.

—¿También es mentira que me drogaste para acostarte conmigo, Alba? —le espetó el chico desde el otro lado del teléfono.

Alba entonces se levantó del asiento.

—¡Vámonos, Quique! No tenemos por qué estar soportando y alimentando este circo. —Alba se levantó y se enfrentó al presentador—. Hay que ser muy rastrero para alentar y permitir este espectáculo, joder. Estarás contento.

—Vamos a publicidad y volvemos enseguida —dijo.

Alba siguió encarándose con el presentador ahora que ya no estaban en antena.

—¿Tú de qué vas, gilipollas? ¿Se puede saber por qué no controláis las llamadas que entran? ¿No ves que te

podemos poner una demanda que os cerramos el chiringuito?

—Tranquila, Alba, la tele es así — le dijo el presentador.

—¡Y una mierda! Y luego os escandalizáis por una serie de ficción. Y la basura la estáis haciendo vosotros, joder. Y que somos de la misma productora, coño. Que no podéis hacer esto.

—No he sido yo el que le he pedido a un actor que se vaya a la cama conmigo.

—¡Ni él, imbécil! Lo echan de la serie porque es una imposición de la cadena. Entérate de una vez.

Quique se acercó a Alba.

—Déjalo, Alba. Vámonos de aquí. Ya veremos cómo lo arreglamos.

—Es que no es justo, Quique, no es justo que toda esta panda encima se salga con la suya.

Quique se la llevó del brazo fuera del plató, pero justo antes de salir, ella se dio la vuelta y a voz en grito insultó a todos los invitados:

—¡Catetos! ¡Inquisidores de mierda!

VIII

Quique y Alba caminaban por el pasillo de la cadena de televisión, en dirección a plató, cuando el móvil de Quique sonó. Era Sandra.

—Paso de hablar con ella. — Quique se sentía completamente derrotado.

—Venga, ánimo, tío, que no te hunda esta panda de gilipollas.

El móvil de Alba sonó. Sandra ahora lo estaba intentando con ella. Y a diferencia de Quique, sí aceptó la llamada.

—Dime, Sandra. ¿Tú has visto la que se ha liado? Sí, está aquí conmigo.

Quique negó con la mano. No quería hablar con ella.

—Voy al baño, dile que luego la llamo.

—Está meando, luego te llama.

Quique buscó el servicio y se encerró en uno de los cubículos. Bajó la tapa del retrete y lo utilizó para sentarse. Respiró. Estaba hundido. Sin capacidad de reacción. Posó su mirada sobre las juntas de los azulejos. Y llevó su dedo índice hasta allí. A veces necesitaba concentrar su atención y sus sentidos en algo concreto y físico que le sirviera de asidero para poder calmarse y así ordenar sus pensamientos.

No sabía si era por culpa del efecto de los ansiolíticos mezclados con el subidón de la cocaína, pero no

conseguía reaccionar.

Necesitó más de diez minutos para salir de ese estado comatoso. Desde el otro lado de la puerta unos golpes le sacaron de su ensimismamiento.

—Cariño, ¿estás bien?

Quique no contestó.

—¿Quieres una rayita? Ya verás como te anima.

—Alba, no todo se soluciona con rayas. De hecho, la puta coca nos ha traído hasta aquí.

—Tampoco te pongas dramático, ¿eh? Que lo pintas como si fuéramos unos adictos y eso no. Ábreme, anda.

Quique quitó el pestillo para que Alba pudiera pasar. La chica se puso en cuclillas para estar a su altura.

—Mañana se habrán olvidado. La tele es lo que tiene. Si montan un pifostio de estos cada semana —le dijo—. En dos días ya estarán hablando de otra cosa.

—Ya.

—Pues eso. Ahora tranquilizamos un poquito a Sandra, que está al borde de la lipotimia, y mañana a seguir con la serie y con nuestra vida.

—Eso si hay serie. ¿Estaba muy cabreada? —preguntó Quique.

—Ya sabes cómo es.

—Sí. ¿Y sabes qué? Tampoco me preocupa demasiado —dijo Quique abatido—. Sólo es un trabajo.

—Y entonces, ¿por qué estás tan mustio?

Quique la miró antes de responder. Y por fin pudo sacar todo lo que le preocupaba.

—¿Y si hay algo de verdad en toda esta mierda? ¿Y si es verdad que no soy tan estupendo como creo? ¿Y si soy el tipo amoral que dicen que soy?

—Pero ¿a qué viene esa tontería? ¿Tú le pediste a Óscar que se acostara contigo para que no le mataras?

—No. De hecho, fue él quien se ofreció. Y le dije que no.

—Pues ya le podías haber dicho que sí, maricón. Y todos contentos.

Quique sonrió.

—También es verdad.

Alba le miró con cierta ternura.

—Le dijiste que no porque eres un buen tío.

—Le dije que no por prudencia, porque lo conozco y sabía que se podía liar. Pero la idea de hacerlo me puso muy burro.

—Quique, lo importante es que no lo hiciste. Y que jamás lo has hecho.

—Bueno...

—¿Lo has hecho?

—No, no, tal cual no. ¿Sabes la temporada en que subimos mucho de audiencia gracias entre otras cosas a la trama de Roberto y todo el lío de su padre y aquel accidente?

—Sí.

—Una noche salimos de fiesta y Roberto y unos cuantos acabamos en casa. Y bueno, él y yo tuvimos algo, una tontería. Y siempre pienso que lo hizo para agradecérmelo y no porque yo le gustara. Y yo se lo permití, claro.

—Ay, Quique, a veces eres tan tierno... Qué tendrá que ver un agradecimiento con un chantaje. De bien nacidos es ser agradecidos. ¿Quién no se ha comido alguna vez una polla por

agradecimiento? Yo más de una y de dos. Y tampoco pasa nada, joder. No se me ocurre ir culpando a los demás de mis propias decisiones.

—No sé, Alba, no sé...

—Venga, ánimo. Tú no eres un asqueroso aprovechado. Tú eres generoso, apasionado, bocazas, un poco salido de más, y te equivocas, claro, pero ¿quién no? Y lo que te puedo asegurar es que estás por encima de toda esta panda de capillitas que hemos tenido que aguantar en el programa.

—¿Sabes qué es lo que más me preocupa?

—¿Qué?

—Lo que vaya a pensar Sergi.

—¿Quién es Sergi? —preguntó Alba.

—El chico que viste el otro día por cam. No quiero que piense que soy ese cretino que han dicho que soy.

—Pero si acabas de conocer a ese chaval. No te preocupes por eso. —E intentó relativizar—. Yo lo tengo peor. Ya verás cuando llegue a casa y el boxeador me pregunte si me he follado al Óscar. —Quique sonrió con tristeza. Alba se rio—. ¿Y sabes qué? —decidió ella—. Que le voy a decir que sí, que me lo tiré. Y le voy a decir dónde vive. Para que vaya y le meta un buen par de hostias, que se las merece.

—No la lées más, que ya bastante tenemos.

Quique se levantó.

—Venga, vámonos de aquí —dijo, cogiéndola del brazo.

—¿Nos ponemos antes una rayita?

—Alba, no.

—¿No?

—No. Creo que es el momento de empezar a decir que no.

28

Nerea no tiene donde dormir

Nerea intentó que una de sus compañeras de natación la acogiera en su casa, pero la chica se negó. Su madre no se lo iba a permitir, le dijo. Sobre todo después de lo que habían dicho de ella en la tele. Nerea acababa de entrar por méritos propios y a nivel nacional

en la categoría de mala influencia. Entonces probó suerte con otra compañera y obtuvo la misma respuesta. En esos momentos era una persona non grata. Y aunque todas las chicas le dijeron que no se preocupara, que estaban con ella, que la apoyaban, la realidad es que dudaba de que alguna le hubiera llegado incluso a preguntar a sus padres si se podía quedar unos días con ellos.

Apenas tenía dinero y no quería gastárselo en una pensión. Le parecía imposible que nadie estuviera dispuesto a acogerla. A ella. A Nerea. Entonces se

le ocurrió una solución. Y envió un mensaje a Asia: «¿Nos podemos ver en el portal de tu casa en media hora?».

Asia le contestó que sí, que ningún problema. Tal vez Nerea fuera el nexo que necesitaba para llegar a Mauro, ella podía convencerle de que no había tenido nada que ver con la foto de su Facebook. Y aunque todo lo del programa este de la tele había sido horrible, la verdad es que pronto se habían olvidado de ellos para centrarse en la serie y en la vida del guionista. Así que a lo mejor, a lo mejor, con un poco de suerte, todo se olvidaba enseguida.

Asia le dijo a su madre que bajaba la basura. Algo que a Petra le extrañó, pero tampoco quiso montar un drama por semejante tontería.

—Me he ido de casa —le dijo Nerea tan pronto como Asia salió del portal para encontrarse con ella.

—¿Qué dices?

—Sí, mi padre me la ha montado muy gorda y no estaba dispuesta a aguantarlo más.

—¿Ha sido por todo esto?

—Sí, hija, sí. Menuda has liado. Pero mira, ya no quiero darle más vueltas a este asunto. Me da igual ya todo.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Dónde te vas a quedar?

—Por eso he venido a verte.

—¿Conmigo? Tú sabes lo que piensa mi madre de ti. Cree que eres la semilla del diablo —le dijo Asia.

—No te creas.

Asia la miró sin entender.

—Vino a verme a natación.

—¿Mi madre? —preguntó sorprendida Asia.

—Quiere que te convenza para que no te acerques a Mauro.

—¿Qué? ¿Mi madre?

—Sí, tu madre, aunque me considera lo peor que te ha pasado en la vida, se acercó a mí, se tragó su orgullo

y me pidió por favor que influyera en ti.

—¿Y tú le has dicho que la ibas a ayudar?

—Yo le dije que no hacía falta, que ningún tío en su sano juicio querría nada contigo después de lo que le hiciste. Que si la poli, que si el periódico, que si la foto de Facebook, y ahora la tele. Sólo te ha faltado avisar a los bomberos.

—Mauro se puso como una fiera por culpa de esa foto...

—¿Y cómo quieres que se pusiera?

—Pensé que teníamos algo... algo de verdad. Y me ha demostrado que no.

—Asia, cariño, ¿cómo habrías reaccionado tú en su lugar?

—No lo sé... Supongo que mal... Pero yo no he tenido nada que ver con la foto. En serio, tienes que creerme.

—Olvídate de la foto. ¿Quieres estar con él o no? ¿Quieres que te perdone?

—Sí, no sé... Estoy hecha un lío... ¿Por qué es todo tan difícil?

—Di más bien que tú lo has hecho difícil.

Asia dudaba. Y Nerea, al ver sus dudas, fue tajante al máximo. Ese era su estilo.

—Otro te habría mandado a la mierda mucho antes.

Y esas fueron las palabras mágicas para que Asia reaccionara y se decidiera.

—Dile que me perdone —le pidió Asia—. Quiero estar con él. Y que pienso averiguar quién colgó esa foto y quién hizo la pintada. Le voy a demostrar que no fui yo.

Nerea sonrió satisfecha. Le encantaba poder seguir ejerciendo esa influencia sobre su amiga. A pesar de todo.

—¿Puedo quedarme a dormir en tu casa? Seguro que a tu madre no le importa, al fin y al cabo, ella creerá que he venido para convencerte de que te alejes del malo de Mauro.

Asia sonrió. Qué pÉrfida podía llegar a ser la condenada.

—Sube.

Asia entró en casa acompañada de Nerea. Petra estaba conectada a internet en su portátil, hablando con Dámaso. Estaban quedando para el día siguiente. Le acababa de convencer para que la invitara a su casa. Cuanto antes saliera de dudas sobre si iban a funcionar en la cama, mejor. Petra, al ver a las chicas, bajó de manera automática la tapa del ordenador, como si la hubieran pillado en falta.

—Mamá, ¿puede pasar aquí la noche Nerea?

—Hola, Petra. Es que tengo mucho de qué hablar con ella —le dijo la chica guiñándole el ojo de manera cómplice.

—Eh, sí... Supongo —contestó Petra algo desconcertada—. ¿Tus padres saben que estás aquí?

—Se ha ido de casa —le dijo Asia.

—Sólo ha sido una rabieta, tampoco hay que darle mucha importancia —reaccionó con velocidad Nerea.

—Vale, te quedas, pero le digo a tus padres que estás aquí. ¿De acuerdo?

—Como quieras, Petra. —Y Nerea le sonrió como una niña buena.

Nerea sabía poner esa sonrisa inocente cuando en realidad estaba tramando exactamente lo contrario de lo que la madre de su amiga esperaba.

Petra no podía sospechar que había dejado entrar en casa a su peor enemigo.

29

Volver a empezar

I

Nerea y Asia trazaron un plan. Como Mauro no iba a dar su brazo a torcer y no quería ver a Asia ni en pintura, a Nerea se le ocurrió algo:

—A ti no te quiere ver. Pero no creo que tenga ningún problema en quedar conmigo.

—Vale, quedas con él e intentas convencerle de que me vea —dijo Asia.

—No, quedo con él y apareces tú.

—No va a ser buena idea —dijo Asia negando con la cabeza—. Antes de encontrarme con él tengo que averiguar quién hizo la pintada.

—Olvídate de la pintada. Mira que estás ciega y puedes llegar a ser cansina. Piensa en grande. ¿Qué quieren los tíos? O mejor, ¿qué quiere Mauro?

—Y yo qué sé.

—¿Cómo que tú qué sabes? Todos quieren lo único, aunque a veces ni ellos mismos lo sepan. Y hay que saber dárselo. Nosotras tenemos el poder, Asia. Pero hay que saber ejercerlo. Cuando conviertes en realidad la fantasía más guarra de un tío, lo tienes ganado.

—No todo tiene que ver con el sexo —dijo Asia un tanto desesperada—. Mauro es mucho mejor que todo eso.

—Si tú lo dices... Pensé que querías recuperarlo, no jugar a las muñequitas con él. Los momentos desesperados exigen decisiones desesperadas. Tienes que jugar fuerte, Asia, o despídete de Mauro.

Asia recapacitó. Puede que a su amiga no le faltara razón. Aunque ya no estaba segura de nada.

—Es tu decisión —le dijo Nerea.

Y entonces Asia recordó algo que le había dicho el chico.

—Creo que hay una cosa...

—¿Sí? Cuéntame.

Y Asia le contó algo que Mauro le había dicho tonteando.

—¡Eso es perfecto, Asia! Mauro será incapaz de decirte que no.

Asia dudaba.

—¿Y si ni por esas quiere?

—Querrá. Te lo digo yo. Si hasta a mí me ha puesto un poco cerda imaginarlo. Y mira que a mí las tías cero

patatero. Le mando un mensaje, ¿vale? ¿Dónde podría quedar? Tiene que ser un sitio donde podáis estar los dos solos y a gusto. Ya sé, en su chalé. En el de la fiesta.

—¿Qué dices? —A Asia no le hacía ninguna gracia. Aunque parecía que había pasado un siglo desde el fin de semana anterior, realmente la cosa estaba muy reciente. Y temía su propia reacción si volvía tan pronto al lugar donde había empezado todo.

—¿Qué pasa? —Nerea se hizo la sorprendida.

—Es que allí, Ne, que allí... que no sé si me voy a sentir cómoda.

—Mira, lo mejor es que te enfrentes de una vez a lo que pasó y lo superes. Que tampoco fue para tanto. Y pensándolo bien, es el mejor sitio para que tú y él... Y esta vez sin la excusa del alcohol y con todos los sentidos puestos en lo que tienen que estar. Para que no te pierdas ningún detalle. Y para que lleves tú las riendas. Eso sí, sin que lo parezca.

—¿Tú crees? —Asia cada vez lo tenía menos claro. ¿De verdad se iba a dejar enredar por Nerea otra vez? Con lo mal que había ido todo el sábado. Claro que, bien pensado, si todo se había transformado en un drama había sido porque ella no había estado a la

altura. Ahora había aprendido, había madurado, podía hacerlo. Conocía mejor a Mauro y sabía que merecía la pena. Y Nerea la acabó de convencer.

—Que sí, tonta, si va a ser como cerrar el círculo. Él y tú donde la primera vez, pero ahora para ti solita. Y poniéndolo a tus pies. No sólo va a volver contigo, te va a pedir que te cases con él.

—Qué tonta eres —dijo Asia ilusionándose de nuevo—. Venga, va. Mándaselo. Y luego me ayudas a elegir la ropa interior. Que quiero que se le corte la respiración cuando me vea.

Asia se empezó a desnudar y se quedó en bragas delante de la cómoda. Abrió un cajón y empezó a sacar prendas íntimas.

—¿Me pongo un tanga?

—No, mejor unas braguitas. El tanga es demasiado guarro. Tampoco hay que ser tan obvia.

—Como si lo que voy a hacer fuera muy sutil...

—Bragas, mejor. Hazme caso. — Nerea eligió unas—. Estas. Y este sujetador. —Asia las cogió, se quitó las que tenía puestas y se las puso—. Mírate —le dijo Nerea señalándole el espejo—. ¿Quién se podría resistir?

Asia observó su reflejo en el espejo del armario. Veía el cuerpo de una adolescente en forma, con la piel tersa, las cintura estrecha, unas tetas redondas, no muy grandes pero firmes y suponía que apetecibles. Era un bombón. Claro que lo era. Era el premio gordo. Se lo tenía que creer. ¿Tendría fuerzas esta vez? Asia sabía que era su última oportunidad. Esta vez o nunca. Se bajó un poco las bragas para ver el tatuaje de la pistola. Se lo acarició con los dedos para que le diera la fuerza que necesitaba para llegar hasta el final.

—Tienes el poder. Demuéstraselo
—le animó su amiga.

Lo que Asia no sabía es que las pistolas las carga el diablo. Aunque estén dibujadas sobre la piel.

II

Quique había hablado por fin con Sandra Sueiro. Se temía lo peor. Y era verdad que estaba furiosa. Pero, para sorpresa del guionista, no era con él, sino con sus socios de la productora.

—Han perdido el norte o no sé qué coño les pasa. ¿Cómo se les ocurre lanzarte a los leones de esa manera? ¿Cómo se les ocurre dejar entrar esa llamada del imbécil de Óscar?

—Supongo que no sabrían lo que iba a soltar.

—Sí, esa es la excusa que me han puesto ellos, pero no me lo creo. Estos, por medio punto de *share*, venden a su madre. —Miró a Quique compungida—. Lo siento, Quique, nunca debí dejarte ir al programa. Lo siento mucho.

—Ya pasó, no te preocupes.

Se produjo un silencio. Quique sabía que de una manera u otra tendrían que abordar el asunto de la acusación que había lanzado el actor.

—¿No me lo vas a preguntar? —preguntó él.

—¿El qué?

—Que si es verdad que le pedí a Óscar que tuviera sexo conmigo para dejarlo en la serie.

—¿Tú eres tonto? Ya sé que no. Decidiste matar al personaje para vengarte porque se había chivado. ¿Para qué le ibas a pedir sexo a cambio de que se quedara en la serie si lo que querías era echarlo?

—A veces me sorprendes.

—Lo sé, soy más lista de lo que pensáis todos. ¿Por qué crees que he llegado a donde estoy?

—Pero a César también decidí matarlo porque convenía a la serie.

—Sí, bueno, digamos que te vino de perlas. Y por eso yo lo acepté. Lo que no contábamos es con que Óscar hiciera el imbécil. Qué manera de cavarse su tumba. Y lo malo es que lo tenemos que aguantar durante el rodaje de dos capítulos aún. Yo te juro que ni sé qué decirle. Aunque a su representante ya le he puesto de vuelta y media.

—Pues déjalo estar, ¿qué más da?
—A Quique le preocupaba ahora otra cosa—. ¿Crees que esto va a tener repercusiones negativas? El programa, digo.

—Supongo. Habrá que verlo. Por lo pronto, la directora de ficción quiere verme mañana. A solas.

—Si quieren mi cabeza, tuya es.

—Espero que no haga falta llegar a eso. Además, yo te voy a defender. Siempre defendiendo a los míos. Sobre todo cuando los calumnian.

—Gracias.

—Tú, de todas maneras, vete mentalizándote para lo que puedan decir de ti los medios más retrógrados. Y seguro que el Twitter y todas esas mierdas están ya que arden. Evítalas por tu propia salud mental.

—Lo haré. Gracias de nuevo, Sandra.

—Adiós, intenta dormir.

Antes de acostarse Quique le mandó un mensaje a Sergi: «No sé si me querrás ver más. Porque entre lo serio que estuviste y mi actuación estelar en el programa... Pero a mí me encantaría verte mañana».

Sergi tardó en contestar, para tortura de Quique, pero acabó haciéndolo: «Claro. Mañana nos vemos. Tenemos mucho de qué hablar».

III

Al día siguiente a Quique le llamaron todos los guionistas de la serie para comentar el programa de televisión.

Lamentaban que se hubiera visto involucrado en ese circo. Y, al igual que habían hecho Sandra y Alba, intentaron quitar importancia al asunto. «Pronto habrá pasado, nadie se acordará...». Quique agradeció las llamadas de manera sincera. Reconfortaba saber que en los malos momentos tenía el apoyo de sus compañeros.

En el paseo con su perro se dio cuenta de que algunos le habían reconocido de la tele. Trece años o más escribiendo series de televisión y era ahora, después de media hora dando el espectáculo en un plató, cuando le empezaban a reconocer. Y no por algo demasiado honroso. «Pensarán que soy

un viejo que se aprovecha de chavales. Y con todos lo que me habrán visto subir a casa. En fin...». Pero si alguno de los vecinos del barrio lo pensaba, nadie se atrevió a comentarlo. Sólo la vecina del balcón, cuando Quique salió a regar las plantas, le dijo:

—Lo que te pareces a uno que salió ayer en la tele.

—Era yo, Hortensia.

—¿Tú? ¿Cómo ibas a ser tú? ¿Tú eres famoso?

—Ya sabe que en estos tiempos no hace falta mucho para serlo.

—Huy, cuando lo cuente en misa de doce... Un famoso. Y aquí, balcón con balcón.

Y sin más, Hortensia se metió dentro de casa. Quique se quedó completamente desconcertado. A la señora lo único que parecía importarle es que hubiera salido en la tele, el motivo le daba igual.

Sergi llegó a las cuatro de la tarde. Quique le recibió con unos vaqueros y su camisa preferida, una de Diesel algo ceñida que le marcaba los pocos pectorales que tenía.

—Sergi, pasa, guapo.

No supo si darle un beso, dos o simplemente obviar el saludo. Y tuvo que ser Sergi el que se lanzara a darle

un pico.

—¿Una cerve?

—Sí, creo que vamos a necesitarla

—le dijo el chico.

Quique cogió dos cervezas de la nevera y le pasó una. Sergi la abrió y le dio un buen trago.

—Sergi, llevo pensando media noche que todo lo que me pasó ayer en el programa me está bien empleado. Por insistirte tanto en que lo vieras.

—Ya... —se limitó a decir el chico.

—La llamada esa del actor... de verdad que lo que dijo...

—Quique, tengo algo que contarte

—le interrumpió Sergi.

—¿Tú? —preguntó extrañado Quique.

—Sí, y no sé por dónde empezar... No es fácil. Me gustas mucho, ¿sabes?

El rostro de Quique se iluminó.

—Y tú a mí.

—Pero... hay algo... ¿Puedo usar tu ordenador? —preguntó Sergi.

—Eh... claro.

Sergi se acercó a la mesa de roble sobre la que estaba el Mac de pantalla gigante. Sacó un dispositivo usb de su bolsillo y lo conectó.

—Quiero que veas esto.

Quique estaba muy intrigado. ¿Qué quería mostrarle? Y cuando empezó a ver las imágenes, no entendió nada. ¿Por

qué le ponía una grabación porno *amateur*?

—¿Esto qué es? —preguntó sin recibir respuesta.

Quique observó las imágenes. Se veía un *jacuzzi*, dos chicas en el agua y varios chicos enfrente de ellas. Las chicas les daban órdenes y los chavales se desnudaron. Se metieron en el agua... Y el cuerpo de uno de ellos le resultaba familiar. ¡Era Sergi! Y... ¿qué estaban haciendo...? Quique de repente se dio cuenta de lo que estaba viendo. Era la grabación de lo que le había ocurrido a esas chicas...

—Sergi... A ver... a ver... ¿Me estás diciendo que tú...? ¿Que tú eras uno de los que estaban en ese *jacuzzi*? ¿Que tú participaste en esto? No puede ser verdad. Joder, es demasiado retorcido. Coño, que esto no es verosímil, joder... que esto lo cuento en un guion y no hay Dios que se lo crea... —Sergi seguía sin decir una palabra—. ¿Me buscaste a propósito? —preguntó Quique. Intentaba encontrar algún sentido a todo ese disparate, a esa gran casualidad. Porque no podía ser, no era posible.

—¿Yo? Pero si fuiste tú quien insistió en quedar conmigo, fuiste tú el que me agregó al Skype...

—Ya, ya... —dijo Quique, y siguió mirando lo que ocurría en la pantalla. Hasta que prefirió no ver más—. Quítalo, anda.

—Quiero que lo veas hasta el final —le dijo Sergi.

Sergi pasó a cámara rápida varios momentos y luego le dio al *play* para que Quique viera los últimos minutos. Ahí ya no estaba ni Sergi ni tampoco una de las chicas. Pero entraban otros dos chavales. Y...

—¿Qué? —exclamó Quique con estupor.

Quique decidió parar la grabación antes de que llegara al final y miró al chico.

—¿Quién ha visto esto?

—Sólo tú y yo.

—Se lo tienes que entregar a la policía.

—¿A la policía? ¿Por qué? — preguntó Sergi, asustado.

—Sergi, ¿tú has visto lo que pasa en el vídeo al final, cuando tú ya no estás y cuando ya sólo se queda una de las chicas? —Sergi calló—. Entrégaselo a la policía. A ti no creo que te pase nada. Si ya no estabas ahí. Y supongo que lo anterior, bueno, se puede justificar, es verdad que las chicas empezaron el juego... Así que a ti puede que no te pase nada.

—Son mis amigos. No puedo hacerlo.

—Supongo que son los padres de esa chica los que pusieron la denuncia.

—Sí, los padres de Asia.

—¿Y ella no les contó lo que había pasado? Porque no entiendo cómo la policía no... —dijo Quique

—¿Tú has visto como estaba? Iba colocadísima, estaba casi inconsciente. No se acordaba de nada. Se lo dijo luego a mi amigo Mauro, que no se acordaba. Iba puestísima. Si se ve.

—Joder, y después es la serie la mala influencia... Tócate los cojones. — Quique se acabó la cerveza y abrió otra

más—. Tienes que hacer algo con ese vídeo, Sergi. Hazlo por esa chica. Que tiene que estar destrozada, joder.

—No, yo creo que está bien. Si está enamorada de Mauro y quiere estar con él. Si es él quien pasa de ella.

—¿Después de lo que yo he visto ahí sigue enamorada de ese?

—Creo que sí.

—¿Y te parece bien? ¿Te parece normal?

—¿Quién soy yo para juzgar lo que siente la gente?

—Sergi, por Dios. ¿No ves que eso es una excusa para no actuar? No te puede parecer bien que esa chica quiera

estar con alguien que le ha hecho eso. Por muy amigo tuyo que sea ese hijo de la grandísima puta.

—No lo sé... —protestó Sergi.

—¿No? ¿No lo sabes? ¿Entonces para qué me enseñas el vídeo? —Sergi se calló—. Claro que lo sabes. Me lo muestras porque necesitas que alguien te diga lo que tienes que hacer. Entrégaselo a la policía.

— No puedo hacerlo. Es mi mejor amigo. ¿Tú sabes lo que supondría? Estamos hablando de mi vida, se iría todo a la mierda.

—Sergi, sé que es duro, pero tienes que hacerlo.

Sergi negaba.

—Enséñaselo a ella al menos —se le ocurrió decir a Quique.

—¿A ella?

—Si es verdad que no se acuerda, tiene derecho a saber la clase de cerdo del que está enamorada. Si después decide seguir con él, entonces ya es su problema.

Sergi no se decidía.

—No es justo —dijo, intentando echar balones fuera—. Todo esto se grabó por error. Tenía la cámara en mi *skate* y lo dejé por ahí, en cualquier lado. Si no se hubiera grabado, yo no tendría ahora que estar decidiendo nada. ¿Por qué no puedo hacer como que no le he visto?

—Es una buena pregunta. Pero yo te hago otra mejor: ¿por qué no lo has borrado entonces? —Sergi no supo qué contestar—. Mira, sé que es duro tener que enfrentarse a algo así, pero antes o después todos tenemos que aceptar nuestras responsabilidades. Decide si quieres ser un tío decente o no.

—¿Me vas a dar la patada y pasar de mí si no hago nada?

Quique negó con la cabeza.

—Esto no tiene nada que ver con nosotros, Sergi. Eres tú el que tiene que decidir.

—Es que si lo enseño, sé que voy a mandar a la mierda mi vida. Y quiero saber si tú vas a estar ahí. Que al menos

te voy a tener a ti. —Quique no supo qué contestar. Y ya Sergi contestó por él—. ¿Ves? Al final sí que podía ser un asesino o un violador.

—Tú no eres nada de eso. Sólo cometiste un error. Y por eso debes ponerle remedio.

—Pero tú ya no quieres estar conmigo.

—Sergi, de verdad que no estamos hablando de eso.

Pero el chico tenía razón. Algo había cambiado en Quique. En el momento en que había visto a Sergi en el vídeo, algo se había quebrado dentro de él. Ese sentimiento arrebatado que le había poseído toda la semana, todas las

fantasías de futuro que una vez más se había montado en su cabeza, en menos de tres segundos se habían evaporado. El deseo era una cosa extraña. Tan poderoso, tan rotundo y a la vez tan frágil.

—Lo he visto en tu cara. He dejado de gustarte —remató el chico.

—Sergi, haz lo correcto. Y luego ya hablamos de nosotros.

Sergi sacó el dispositivo usb y se fue de casa de Quique sin despedirse.

IV

Mauro no entendía por qué Nerea se había empeñado en verle a solas en el chalé. Pero ante la insistencia de la chica decidió aceptar. Al fin y al cabo, le debía una. Gracias a ella, ahora no estaban detenidos. Si no hubiera sido por su idea de pactar la misma versión, y si no fuera por su empeño para que convenciera a Sergi, él no estaría ahí.

Los obreros ya habían acabado su jornada laboral; no habían hecho un mal trabajo tapando la pintada en la que le acusaban de violador. ¿Quién coño la habría hecho? Estaba convencido de que Asia no había sido, porque desde luego no era la mejor manera de volver con él. ¿Podría haber sido el padre de la chica?

No, era absurdo. Tal vez alguno de la fiesta, envidioso por no haber participado en la orgía. Eso tenía más sentido. Aunque que luego lo colgara en el Facebook de Asia. ¿Para qué querrían implicar a la chica? Era todo muy raro. Y lo peor es que le habían jodido bien la vida. Sus padres estaban furiosos. Sobre todo su padre. Porque la foto de la pintada con el artículo de periódico había llegado mucho más lejos de lo que Mauro hubiera deseado. El hijo del rector de la universidad privada en la que daba clase el padre de Mauro la había visto. A saber quién se la había mandado o a quién tenía agregado a su Facebook para que eso ocurriera. Pero

el caso es que el chico se la había enseñado a su padre, el rector, y este se había reunido con el padre de Mauro. Y como la universidad privada era religiosa y tenían una imagen que mantener y lo que menos le convenía es que uno de sus profesores estuviera envuelto en un escándalo así, el rector le sugirió amablemente que se fuera olvidando del puesto de decano. Que se lo iban a dar otro.

Su padre llegó a casa y se enfrentó a Mauro como jamás había hecho. Y todo lo que se había callado esa semana, desde que la policía había ido a buscarlo a casa, se lo soltó con insultos. Hasta el momento de la pintada, su

padre había minimizado todo el asunto. A su hijo y a los demás se les había ido la mano con el alcohol, estaban en esa edad difícil, gobernados por las hormonas, y experimentando, quizás habían ido más allá de donde debían, pero tampoco había que hacer un drama de eso. Sin embargo, ahora todo había cambiado, que se fuera olvidando de su moto, de sus vacaciones, de sacarse el carné de conducir, de volver tarde los fines de semana y, por supuesto, de volver a hacer una sola fiesta en el chالé. Le obligó a que le devolviera las llaves.

Mauro, aun así, se había quedado con una copia. Y gracias a eso, podía ahora estar allí esperando a Nerea. Su sorpresa fue mayúscula cuando a la que vio entrar por la verja fue a Asia. Venía vestida con una faldita plisada de cuadros, como de colegio interno inglés. Y con sus katiuskas rosas. Llevaba también un anorak azul y el pelo recogido en dos coletas. Sólo le faltaba chupar una piruleta para ser la reencarnación de un dibujo manga.

—¿Tú qué haces aquí? Te dije que no quería verte más. Que paso de ti y de tus líos. Yo había quedado con Nerea.

Asia contempló el chalé, miró hacia el jardín y luego le miró a él. Allí había empezado todo. Inspiró lentamente. Tenía que atreverse. Tenía que ser capaz. Ella controlaba la situación. Sí.

—Nerea no ha podido venir y me ha mandado para que te lo dijera.

—¿Y por qué no me ha enviado un mensaje?

Asia sonrió e improvisó una respuesta. Buscó de nuevo la fuerza que necesitaba acariciando el tatuaje. Ese tatuaje que le había metido en todo aquello. Que le había causado mil problemas. Pero también que le había acercado a Mauro mucho más de lo que

había soñado. Necesitaba sentir de nuevo su poder, para que le ayudara a convertirse de una vez por todas en la mujer fuerte que quería ser. Y la que podía ser.

—El mensaje mejor te lo doy yo — le respondió.

Asia empezó a bajarse la cremallera del anorak, debajo sólo llevaba un sujetador blanco, y mientras lo hacía le dijo sin afectación, porque tampoco quería imitar a una puta barata de película porno:

—Nerea siente mucho no poder estar aquí. Lo siente muchísimo. —Asia tiró el anorak al suelo y se acercó a Mauro. Y continuó diciendo con un tono

neutral, como quien habla del clima en un ascensor con desconocidos, aunque no estaba en un ascensor, ni estaba hablando del clima, ni Mauro era un desconocido—: Y dice que te puedes vengar en mí. Y que me puedes hacer lo que quieras para desquitarte. —Mauro estaba sin palabras. Asia cogió la mano derecha del chico y la guio hasta debajo de la falda—. Y me pidió que me pusiera mis mejores braguitas. Porque sabe que los tangas no te gustan.

—Asia... tía, esa no eres tú.

—¿Ah, no? ¿Y cómo soy? Aún no me conoces...

—¿Esto es alguna clase de broma?
¿De venganza?

—Si quieres vengarte, véngate. Te pertenezco. Puedes hacerme lo que quieras.

Mauro quería quitar la mano de sus bragas, pero no lo hizo. Ella llevó los dedos de él hasta debajo del tejido. Para que sintiera su humedad.

—Todo lo que quieras.

Asia se desabrochó la falda y la dejó caer.

Se quedó en bragas y sujetador. Y con las katiuskas rosas y las dos coletas.

—¿No querías pervertir a la niña de papá? —le dijo con la voz más inocente de la que fue capaz.

Mauro salivó como un lobo hambriento ante la presa más deliciosa.

Asia posó su mano derecha en el paquete de Mauro. Y, como imaginaba, pudo comprobar que el chico tenía un empalme de los buenos.

—No me hagas esto, tía.

Ella le bajó la cremallera.

—Para, para —le dijo él—, Que mira el lío en el que nos has metido a todos. Es mejor que te vayas.

Asia le miró y entonces se apartó de él.

—Tú mandas. Me voy.

Asia recogió su ropa y se alejó de él, dirigiéndose hacia la puerta. Mauro, al verla marcharse, se dio cuenta de que la deseaba con todo su cuerpo.

—Asia, espera, ven. ¿Por qué no hablamos?

Ella se dio la vuelta, intentando que no se notara la satisfacción que sentía. Acababa de ganar la partida. De demostrar su poder. Se acercó de nuevo a él.

—Hablemos de lo que quieras. Pero luego. He sido muy mala y, antes, necesito que me castigues.

—No hables así, tía. Que me da yuyu.

—¿Seguro? Porque yo creo que está dando resultado —le dijo ella con el miembro de él entre las manos—. ¿O no?

Mauro claudicó con una sonrisa y asintió.

—Eres tremenda.

Asia se agachó, le desabrochó el pantalón y le empezó a comer el rabo.

—¿Te gusta? —le preguntó al cabo de un rato, mirándole con una carita de niña inocente. Y entonces él se entregó. Si la niña quería jugar, iban a jugar. Pero a su manera.

—¿Sabes lo que me pondría muchísimo? —le preguntó Mauro con el brillo en los ojos de un animal depredador ante su presa.

—Tú dime y yo lo hago.

—Sacarte un par de fotos así, con esas botas rosas y en bragas.

Asia se incorporó algo alarmada. Y negó.

—Mejor que no haya fotos. Que ya nos han traído demasiados problemas.

—¿Qué pasa? ¿No mandaba yo?

Asia dudó. Aún estaba a tiempo de echarse atrás. De vestirse rápidamente y volver por donde había venido. Pero no lo hizo. Sólo dejó escapar una afirmación no del todo convincente.

—Sí...

—¿Quieres que te perdone o no quieres que te perdone?

Esa era una buena pregunta. Había llegado hasta allí. Se había atrevido a jugar. ¿Llegaba al final o no? Sólo el

que se arriesga se lleva el premio gordo, Asia. Piensa qué haría Nerea. Piensa qué haría Rebeca. Y entonces contestó.

—Claro que quiero que me perdones.

—Pues entonces déjame sacarte unas fotos. Es lo que más burro me pone. En serio. Quiero que seas mi estrella porno. Posa para mí. —Asia dudó—. Sólo para mí. Lo vamos a pasar muy bien, Asia.

Ella le miró a los ojos. No sabía qué hacer. Pero después de pensárselo cuatro segundos le dijo:

—Haz conmigo lo que quieras.

V

Sergi se había marchado de casa de Quique sin saber qué decisión tomar. Todo lo que le había dicho el guionista en el fondo era lo que se temía. Y de alguna manera era lo que había ido a buscar: una respuesta clara, un mandato. Haz esto o haz lo otro. Pero haz algo. Claro que desde fuera era muy fácil dar consejos y emitir juicios morales. Pero cuando era uno el que tenía que tomar las riendas y apechugar con todo, la cosa se complicaba.

De lo que había dicho Quique había algo que, sobre todo, le había calado. Era el momento de decidir qué tipo de persona quería ser. Siempre había presumido de ser el mejor amigo de sus amigos, y podía seguir siéndolo. Desde luego, esa era la opción más cómoda: ser fiel a sus amigos. ¿Hay algo más importante acaso que la amistad? Y Sergi no necesitó expresarse mucho el cerebro para contestar a esa pregunta. En este caso era obvio que había otras cosas más importantes. La verdad, por ejemplo. Porque le debía esa verdad a Asia. ¿O no? A lo mejor, dudó Sergi, a lo mejor Asia se hacía la tonta, a lo mejor Asia recordaba perfectamente lo

que había pasado y prefería no acordarse. Entonces ¿por qué tenía que ir él a remover nada, a demostrar nada? A lo mejor sacrificando su amistad con Mauro y con los demás e incluso exponiéndose a acabar siendo condenado en un juicio, sólo conseguía estropearlo más. ¿Seguro que era lo que debía hacer? ¿Por qué no lo hablaba antes con Asia y salía de dudas? Si percibía que ella estaba mal, o que ella necesitaba ayuda o a un amigo para salir de esto, entonces sí podría brindarle su apoyo e incluso mostrarle el vídeo. Pero lo mejor era averiguarlo primero.

Sergi decidió ir al barrio de Asia, estaba al lado de Batán, y no quedaba lejos de su casa. La llamaría al timbre, hablaría con ella cara a cara y entonces decidiría.

Cuando estaba llegando al edificio vio a Rómulo subido al monopatín y en compañía de Nano.

—¡Sergi! —le llamó Nano.

—Hola.

—¿Qué haces?

—Venía a ver a tu hermana. ¿Sabes si está en casa?

—Qué va, salió hace rato con su amiga, con Nerea. Pero volverá pronto. Mi madre no quiere que esté mucho tiempo fuera —le dijo Rómulo.

—Ah, vale...

Sergi no sabía qué hacer. Si esperarla o no. Y los niños enseguida le ayudaron a decidirse.

—Oye, hemos estado practicando el salto que nos dijiste. Pero nada. Es difícilísimo.

—¿El lateral? —preguntó Sergi.

Y para demostrarles que no era tan difícil cogió la tabla de Nano y les hizo una demostración. Y luego, con paciencia, les fue enseñando a hacerlo. Pasó más de una hora con los chavales. Tenía mano con ellos, los críos estaban encantados.

Rómulo miró la hora.

—Jo, yo me tengo que ir ya.

Nano también se dio cuenta de lo tarde que era y dijo lo mismo. Sergi, viendo que Asia no había vuelto, decidió dejarlo para el día siguiente. Por esperar un día tampoco iba a pasar nada. Se despidió de los chicos.

De camino a su casa, Sergi recibió un *whatsapp* de Mauro: «¿Nos vemos? Tengo algo que enseñarte. Lo vas a flipar, chaval». A Sergi no le apetecía nada ver a su amigo, de hecho llevaba varios días algo alejado de él y poniéndole excusas para no verle fuera de clase. Pero ante su insistencia no tuvo más remedio que quedar.

Sergi lo esperó en la calle, al lado del portal de su casa, y Mauro apareció con una sonrisa de satisfacción en su cara.

—Vas a caerte de culo.

—¿Qué pasa? ¿Por qué estás tan contento? Si esta mañana estabas superjodido con lo de tu padre.

—Ya, tío. Pero al final ha salido algo bueno de toda esta mierda.

—¿El qué? —preguntó Sergi.

—Asia... no veas...

Sergi no entendía a qué venía eso.

—Está más salida que el pico de una mesa, colega. He estado con ella hasta hace nada.

—Pero si habías jurado que no la volverías a ver.

—Ya, tío, pero se presentó en el chalé. Y... mira.

Mauro sacó el móvil y empezó a enseñarle fotos. Ella de pie en bragas y sujetador y unas botas de agua rosas. Ella, tumbada con el mismo atuendo. Luego a cuatro patas, pero sin sujetador, y por último había una foto de ella desnuda, con las botas de agua puestas, y agachada con su boca cerquita de...

—¿Has visto la tía? Y estaba encantada. Yo te juro que no le dije ni mu, ella solita se montó la película. — Sergi no sabía qué decir—. Esta es la

prueba de que ni yo, ni tú ni nadie somos unos violadores, joder. Que es cosa de ella. Que ella es la guarra.

—¿Por qué no las borras?

—¿Qué dices? Si con esto tengo material para pajearme un mes como poco. Qué guarra, y la tía empeñada en ser mi novia. Después de todo lo que ha pasado, hay que estar desesperada. ¿Quién querría estar con una patética que se humilla de esa manera?

Sergi no necesitó más para tomar una decisión. Ya no podía ponerse más excusas. Debía actuar. Se despidió de Mauro lo antes que pudo, inventándose un pretexto y subió a casa. Nada más

llegar a su cuarto se armó de valor y llamó a Asia por teléfono. Quería que se pasara por su casa al día siguiente.

—¿Por tu casa? ¿Para qué?

—Hay algo que quiero enseñarte. Y sólo lo puedo hacer aquí.

VI

Asia no entendía para qué la quería ver Sergi, y encima en su casa. Le extrañaba mucho, nunca había tenido demasiada relación con él, sabía que era la sombra de Mauro y poco más. Sonrió al pensar que muchos también la definían a ella de forma parecida, la sombra de Nerea.

Aunque estos días había aprendido a brillar con luz propia. Le dejó un par de mensajes a Mauro para preguntarle si sabía por qué su amigo la quería ver. Pero este no le contestó. Y tal vez debido a la falta de respuesta, por la noche tuvo una pesadilla en la que Sergi también le pedía que se pusiera las katiuskas rosas y que se desnudara para él. Asia se había despertado atemorizada, dudando de todo y de todos. ¿Y si Mauro le había contado a su amigo lo que había ocurrido y Sergi creía que tenía barra libre para intentarlo? Pero Asia, según iban pasando las horas de la mañana, fue desechando ese temor. Mauro no sería

tan cabrón de compartir lo que habían hecho el día anterior con nadie. Era demasiado íntimo, demasiado privado, sólo para ellos dos. Además le había pedido que confiara en él, que se pusiera en sus manos, y ella lo había hecho. Mauro era de fiar, si por algo estaba enamorada de él. Y que el chico después de esa semana infernal le hubiera dado otra oportunidad era la prueba de que merecía la pena, y de que entre ellos dos había algo, y aunque el mundo y los padres de ambos estuvieran en su contra, ellos defenderían su amor a capa y a espada. Y al final el amor triunfaría. Porque estaban destinados a estar juntos.

Y así, soñando con la eternidad de su amor, pensó en enviarle un mensaje a Mauro, pero tampoco quería atosigarle. Que el pobre aún tenía mucho que procesar. Y Asia era lo suficientemente lista como para saber que ahora el siguiente paso lo tenía que dar él. Cuando quisiera. Y conociéndole, y viendo lo mucho que había disfrutado el día anterior con ella, ese mensaje o esa llamada pronto, muy pronto, llegaría.

Asia salió de casa con Nerea. El día anterior también la había utilizado de escudo para el encuentro con Mauro, ya que a su madre no le hacía ninguna gracia que saliera sola. Así que salían de casa juntas y luego cada una se iba

por su lado. Nerea pensaba volver muy pronto a su casa. Su padre ya le había mandado varios mensajes de súplica: «Por favor, vuelve. Esta es tu casa. Perdóname por la pelea».

—Mis padres son así, Asia. Unos blandos. Patéticamente blandos. Si vuelvo esta noche a casa, me recibirán haciéndome la ola. Y volveré a tener todos los privilegios y alguno más de los que tenía. ¿Qué te apuestas? —Asia sonrió. Por algo admiraba a su amiga—. Y son todos iguales —continuó diciendo—. Sólo hay que asustarlos un poquito para tenerlos comiendo de tu mano.

Se despidieron al final de la calle. Asia, aunque le había contado a la chica con pelos y señales todo lo que había hecho con Mauro en el chalé, entre otras cosas porque Nerea se lo había implorado, no quiso decirle que iba a quedar con Sergi. No supo muy bien por qué quería guardárselo para ella. Tal vez temiera alguna reacción de su amiga sugiriéndole que no fuera, y a Asia le podía la curiosidad. La conversación con Sergi había sido demasiado rara, por no hablar de la pesadilla, así que necesitaba salir de dudas.

Comprobó la dirección que le había dado el chico y cuando llegó al portal llamó al telefonillo.

—¿Sí?

—Hola, venía a ver a Sergi. Soy Asia.

—Soy yo, sube.

Sergi la recibió con la puerta abierta. El chico tenía mala cara, como si no hubiera dormido mucho. Él le dio dos besos torpes en la mejilla.

—Hola, pasa.

Asia entró, había un pasillo enorme y algo oscuro.

—¿No están tus padres?

—Vivo solo con mi madre. Y no, se ha ido a hacer *jogging* con las amigas. Va todos los domingos. —Asia asintió. El chico señaló una puerta al final del pasillo—. Aquella es mi habitación.

—¿Para qué me has llamado, Sergi?

—Quiero enseñarte algo.

Entraron en la habitación. Era la típica habitación de un chaval de su edad, con pósteres de jugadores de baloncesto, fotos de chicos sobre tablas de *skate* y un gran mapamundi que cubría toda la pared de al lado de la cama. Sergi le señaló un artefacto que cabía en la palma de la mano.

—¿Sabes qué es esto?—le preguntó—. Es una cámara de vídeo con gran angular. Para grabar en situaciones extremas. El día de la fiesta la llevaba pegada a la tabla de *skate*.

—¿Grabaste la fiesta?

—Grabé más cosas, sin saberlo.

Sergi buscó el archivo de la grabación en el ordenador y le dio al *play*. Asia dio dos pasos para atrás.

—¿Grabaste eso?

—No sabía ni que estaba grabando, te lo juro.

—¿Para qué me lo enseñas? — preguntó ella muy incómoda.

—Porque tengo que hacerlo. Para que sepas lo que pasó.

—Estaba allí, claro que sé lo que pasó —contestó furiosa.

—Si lo supieras, ayer no te habrías tirado a Mauro.

Asia casi se atragantó al escucharle decir eso.

—¿Sabes lo de ayer?

—Mauro me enseñó varias fotos.

—¿Qué? Mauro no haría eso —
protestó Asia.

—¿No? Mira todo lo que es capaz
de hacer.

Asia contemplaba las imágenes mudas, porque no tenían sonido, e intentaba hacerse la fuerte. Vio cómo los chicos se desnudaban y se metían en el agua incitados por ellas y cómo se empezaban a besar todos con todos.

—Sí, nos liamos con vosotros, ¿y qué? Ya sé que lo hicimos.

Sergi entonces pulsó la tecla de avance y las imágenes pasaron a toda velocidad. De vez en cuando pulsaba el

play y la acción volvía a su ritmo real. Asia pudo entrever cómo los chicos se intercambiaban, cómo Nerea se lo hacía con uno y con otro. Y cómo Mauro se acercaba a ella y la penetraba. La imagen no era del todo nítida, y la cámara estaba muy lejos de ellos, pero Asia no necesitaba más para ir recordando lo que había pasado. Empezó a sentir calor. Y a respirar con dificultad.

—Sergi, de verdad que no sé a qué viene esto. Ya sé que follamos con vosotros. Y si querías que viera que nadie nos obligó a nada, ya lo he visto. No necesito más. Y es una guarrada que guardes esto.

—Espera —le dijo el chico.

Sergi volvió a hacer avanzar la imagen y después de bastante rato la paró de nuevo. Nerea ya no estaba en la bañera y tampoco él. Asia se dio cuenta de que, llegados a ese punto, ella en la imagen era poco más que un muñeco inerte. Estaba casi inconsciente, o eso parecía, porque apenas se tenía de pie. Dos chicos entraron por un lateral, uno de ellos se sacudía varios fragmentos de cristal de una manga. Y los dos se quedaron contemplando cómo el mulato y Mauro la penetraban y luego la sacaban del agua. La pusieron a cuatro patas. La chica, ella, porque esa chica era ella, empezó a hacer movimientos

bruscos. Negaba. Sí, negaba. Pero Mauro la cogió del pelo y le obligó a que se comiera su polla. Mauro les hizo una señal a los otros para que se acercaran. Lo hicieron y rápidamente se desnudaron. Asia intentó una huida torpe. Pero Mauro volvió a cogerla del pelo y la tumbó en el suelo. Mientras los chicos se acercaban a ella y la manoseaban, Asia se movía una y otra vez intentando zafarse. Pero no había manera. Estaba atrapada.

Y entonces Asia, allí, en la habitación de Sergi, se dio cuenta de algo. No habían sido los skins. Ellos eran los monstruos. Ellos eran los monstruos que habían ido a devorar a la

presa. No habían sido los skins de la Casa de Campo. Puede que ni hubiera habido skins y que se los hubiera inventado. Los monstruos estaban en el *jacuzzi*. Y la pesadilla había sido real. Tan real que ya no necesitaba ver las imágenes para recordar. Llegaban nítidas a su mente. Mucho más nítidas que las que veía en la pantalla.

Los dos chicos la follaban. Ella gritaba que la dejaran, que le dolía, que ya no quería más. Pero nadie se apiadaba de ella. Nadia la escuchaba. Sólo gritos de «te gusta, guarra, te encanta. Mira lo mojada que estás». Y

mientras los otros dos chicos la follaban, William le agarraba bien de las manos. Mauro se reía:

—Serás puta, Asia, serás puta.

Asia le pedía por favor que parara, que ya no quería más. «Por favor, diles que se vayan, diles que se vayan». Y Mauro, muy borracho y a unos metros, no se perdía ni un detalle de todo el espectáculo. Y reía. Y Asia le pedía que viera de verdad lo que estaba pasando, que ya no le gustaba. O tal vez lo estuviera pensando y no lo decía en voz alta. Pero sí que lo pensaba, y se estaba moviendo, negaba. ¿Acaso Mauro estaba tan borracho que no lo podía ver? Y por fin Asia vio cómo el chico se acercaba a

ella. «Sí, bien, bien, ven, échales fuera, diles que se vayan. Sí, sí, no quiero más. Gracias, Mauro, gracias por venir a salvarme, por darte cuenta».

Y entonces, el chico, Mauro, su amor, su media naranja, su alma gemela, Mauro, el chico del que llevaba enamorada todo el curso desde aquel día que le vio por primera vez entrando en clase, Mauro, el chico más deseado por todas, Mauro puso un pie a cada lado de la cabeza de Asia y, en vez de apartar a los otros, apuntó bien con su polla semierecta y riendo, sin dejar de reír, meó sobre su cara.

—Traga, puta, que tienes mucha sed. Traga.

Asia, golpeada por ese recuerdo, necesitó sentarse en la cama para no caerse al suelo. Las piernas le temblaban.

—¿Por qué me has enseñado eso?
¡Páralo, joder, páralo!

Pero Sergi ya hacía mucho que lo había parado. No sabía cómo consolar a la chica.

—¿Por qué me haces esto? —le gritó—. ¿Por qué me haces esto?

Asia rompió a llorar.

Y Sergi la vio ahí tan indefensa que quiso abrazarla. Se aproximó, pero le apartó con fuerza.

—¿Qué quieres? ¿No tuvisteis bastante?

—Lo siento mucho, lo siento mucho...

—¿Por qué me dejaste allí? ¿Por qué...?

—Yo... de verdad que no sabía que luego había pasado todo esto, de verdad que no lo sabía...

—¿Y por qué no volviste a por mí, joder? ¿Por qué me dejaste allí con ellos?

Pero Sergi no tenía respuesta para eso. Él se había ido del *jacuzzi* muy asqueado de sí mismo, borracho, como todos, y había salido a vomitar y luego no se había atrevido a entrar. Porque era un cobarde.

—Lo siento mucho. Lo siento mucho.

Asia se levantó y se dirigió a la puerta. Quería largarse de allí cuanto antes.

—Yo no te ayudé, pero alguien lo hizo —le dijo entonces el chico.

Asia le miró sin entender. Sergi volvió al ordenador y le dio a avanzar. Cuando ya todos la habían dejado allí tirada, en el suelo, alguien entró en el gimnasio. Era Andrés en su silla de ruedas. Se acercó a ella y con gran esfuerzo consiguió levantarla con sus dos brazos hasta poner casi todo su cuerpo sobre sus piernas inertes. Asia, apenas consciente, se acurrucó encima

de él. Andrés cogió una toalla que había en el suelo y, a duras penas, porque casi no tenía movilidad con las manos, consiguió cubrirla con ella. Andrés avanzó con la silla de ruedas con mucha dificultad y la sacó de allí.

Ahora todas las piezas del puzle encajaban. Por eso se había despertado en la piscina al lado del chico.

Sergi le dio un dispositivo usb a Asia.

—Aquí está la grabación.

Pero Asia no se atrevía a cogerla.

—Yo la borro ahora mismo de mi ordenador —le dijo Sergi.

Y mientras lo decía, la eliminó del disco duro.

—Esta es la única copia. Haz con ella lo que te parezca.

—No la quiero —dijo Asia negando con fuerza con la cabeza.

Sergi cogió la mano de la chica y puso el usb en ella.

—Es tuyo.

Asia salió del portal sin saber qué dirección tomar ni qué hacer. Estaba totalmente perdida. Miró el usb. Podía quemarlo, destruirlo, pisotearlo. Podía hacer como si nunca hubiera existido esa grabación. Pero daba igual, porque las

imágenes vivirían con ella para siempre. Había recordado. Y no habría nada que la pudiera hacer olvidar.

¿Qué debía hacer con la grabación? Podría dejarla en manos de la policía. Y volver a iniciar un proceso que nunca se tendría que haber parado. ¿O era mejor empeñarse en olvidar? Pasar página, seguir con su vida. Sólo le quedaba un año en ese infierno de colegio. Un año y luego dejaría todo ese mundo atrás. Empezaría una vida nueva en la universidad, en otro lugar, tal vez en otro país, ¿por qué no?

O podía enfrentarse a Mauro. Enseñarle el vídeo. Y obligarle a que tomara una decisión. Si había una pizca

de decencia en él, sería el propio Mauro quien llevara esa grabación a la policía. Seguro que se arrepentía de lo ocurrido. Seguro que él también estaba buscando la manera de pedirle perdón a ella y de perdonarse a sí mismo.

Sí, eso iba a hacer. Le iba a dar esa oportunidad.

Le llamó por teléfono, una, dos, hasta cuatro veces. Y como no le contestaba, se presentó en su casa. Mauro bajó enfadado.

—Tía, a ti se te va la pinza. ¿Acaso no entiendes que si no te cojo el teléfono es porque ahora mismo o estoy ocupado o no me apetece hablar contigo?

—Sólo quería darte esto.

Asia le pasó el usb.

—¿Qué es?

—Un vídeo. Quiero que lo veas ahora. Y cuando lo hayas acabado de ver, baja. Estaré esperándote.

—Tía, que no estoy para esto ahora mismo.

—Hazlo. O lo llevo directamente a la policía.

Mauro la miró alarmado.

—¿Qué coño es?

Asia no dijo más y el chico subió a su casa bastante preocupado. ¿De qué iba todo esto?

Mauro vio la grabación en su ordenador portátil. Y, según iban pasando los minutos, se iba sintiendo más y más extraño. Aunque se acordaba de lo que había ocurrido, verlo ahora desde la sobriedad y desde el otro lado de la pantalla lo cambiaba todo. Era él el que estaba allí desnudo en el *jacuzzi*, con los demás, dejándose llevar, y luego tomando la iniciativa y luego... Dios, qué distinto se veía todo sin la urgencia del deseo y con las hormonas bajo control. Mauro empezó a pasar el vídeo a cámara rápida, se sentía demasiado incómodo como para aguantar toda la grabación. Y cuando vio el final... Joder... ese no podía ser él. Pero claro

que lo era. Ese animal era él. Esa bestia parda, ese monstruo. Normal que Asia estuviera desquiciada y fuera de sí.

Mauro sacó el usb. No era el momento de dejarse arrastrar por la culpa. Tenía que tomar una decisión. Y sólo veía dos opciones: asumir su error, pedir perdón y esperar que Asia aceptara sus disculpas y se olvidara de todo, cosa que le parecía improbable, o cortar el problema de raíz. Vale, la había cagado, pero ya habría tiempo de hacer examen de conciencia, ahora lo urgente era solucionar el problema. Siempre había actuado así ante las situaciones difíciles y siempre le había salido bien. Y si había sido un cabrón en

el *jacuzzi*, no le quedaba otra que ser un cabrón hasta el final. Su futuro estaba en juego.

Mientras bajaba las escaleras, exprimió su cerebro al máximo para llegar a alguna solución.

—¿Quién lo ha grabado?

—Qué más da.

—¿Hay más copias?

—Sólo yo tengo otra en mi ordenador —mintió la chica.

—¿Y qué vas a hacer con ella?

—Si no la llevas tú a la policía, la llevaré yo.

Mauro la cogió del brazo y la arrastró hasta un contenedor de vidrio. La espalda de Asia chocó contra el plástico rígido.

—¿Tú estás mal de la cabeza? ¿Cómo voy a llevar yo eso a la policía?

—¿Soy yo la que está mal de la cabeza? ¿Tú recordabas todo lo que pasó esa noche?

—Estábamos muy borrachos, tía. Más o menos.

—Y ahora que lo has visto, ¿no quieres hacer nada?

—Lo que pasó pasó.

—Pues eso le diré entonces a la policía. Lo que pasó pasó. A ver qué piensan ellos.

—Tú ya declaraste que no había ocurrido nada que no quisieras.

—Porque no me acordaba de nada, joder. ¿O no has visto como estaba? Era un saco de patatas. Si ni me movía...

—Asia, déjalo estar.

—No —dijo ella, envalentonándose—. Si no vas tú, voy yo.

—¿Tú crees que ese vídeo va a servir de algo? No hay sonido, apenas se nos distingue, y se ve claramente quien lo inició todo. Vosotras. Vosotras. Este vídeo no va a servir de nada.

—Ya veremos.

Asia se dispuso a marchar, pero Mauro volvió a empotrarla contra el contenedor.

—Asia, si vas a la policía con eso, yo...

Mauro sacó su móvil y le enseñó las fotos guarras que le había hecho la tarde anterior con sus katiuskas rosas y sus braguitas.

—Yo voy a enseñar estas fotos. Y el primero a tu padre. Le va a encantar ver en qué se ha convertido su niñita. Le van a encantar. Y al juez también. Le voy a decir que esta puta, después de pasárselo de miedo en mi fiesta, vino a por más, un día y otro día. Y como puedes ver, no hay ninguna pistola

apuntándote. Y mira lo feliz que se te ve. ¿Esta es la imagen de una pobre niña violada? Asia, despierta. Si le llevas la grabación a la poli, sólo vas a remover mierda. Y sólo te va a salpicar a ti. Te vas a ahogar en la mierda.

Asia negaba con la cabeza, porque era lo único que podía hacer. Estaba completamente saturada. Era incapaz de reaccionar. Mauro le dio un empujón para que se fuera de allí.

—¿Se la mando a tu papi? ¿Quieres que haga eso?

—No, por favor, no.

—Pues destruye el puto vídeo.

Mauro la miró con desprecio y con el usb guardado en su puño entró en el portal, dejándola allí a la deriva.

VII

Sergi recibió una llamada de Mauro por la tarde. El chaval, histérico, le contó entre insultos el encuentro con la zorra de Asia. Le había enseñado un vídeo que a saber de dónde había sacado y la muy puta le había amenazado con ir a la policía. Pero él no se había quedado atrás, si ella lo enseñaba, él publicaría sus fotos pornos de Lolita sumisa. Mauro confiaba en que eso le diera que

pensar y le hiciera cambiar de idea. Había borrado el vídeo, pero sabía que ella tenía una copia en el ordenador. Estaba pensando en contratar a algún mangui del barrio para que entrara en su casa y se lo llevara.

—¿Tiene una copia? —preguntó Sergi.

—Eso me dijo. A mí me la pasó en un pincho.

—¿A qué hora fue a verte?

—No sé, sobre las doce, ¿por qué?

Entonces Sergi se dio cuenta de que a Asia no le había dado tiempo a pasar por su casa. Por lo tanto, no había

podido volcar el archivo en su ordenador. Asia ya no tenía la grabación.

Sergi llamó insistentemente a Asia por teléfono. Quería saber por qué se había enfrentado a Mauro y por qué le había dado la única copia. Pero la chica no le contestaba. Entonces recordó que tenía el número de teléfono de su hermano pequeño, de Rómulo. Y le llamó.

—Rómulo, soy Sergi, el del *skate*.

—Hey, hola.

—¿Estás en casa?

—Sí.

—¿Está tu hermana? Es que necesito hablar con ella y no me coge — le dijo Sergi.

—¿Tú sabes si le pasa algo? —le preguntó Rómulo.

—¿A tu hermana? Eh... —No sabía muy bien qué contestarle—. No, ¿por?

—Es que estábamos solos los dos y se ha pasado media tarde encerrada en el baño.

—¿Sigue ahí?

—No, se acaba de ir.

—¿A dónde?

—Salió con su bolsa de natación.

Supongo que habrá ido a nadar. Estaba muy rara.

—¿Has mirado en el baño por si falta algo? ¿Hay algo revuelto? No sé...

Rómulo entró en el baño y vio que la caja de medicinas estaba encima del lavabo...

—La caja de medicinas está sobre el lavabo, están todas desordenadas...
—le dijo.

—¿A qué piscina va a entrenar?

—A la de Lago. Sergi, ¿qué pasa?

—No te preocupes, yo me encargo.

Sergi cogió su bici. Si le metía caña, en menos de quince minutos estaría en la piscina de Lago. Pedaleó con todas sus fuerzas. Esperaba que a

Asia no le diera por cometer ninguna locura. Que no le diera por mezclar pastillas y meterse en el agua y...

VIII

Asia no había cogido ninguna caja de pastillas. Lo que buscaba era otra cosa. Su madre utilizaba para depilarse un modelo de maquinilla muy antiguo, de los que utilizaban hojas de cuchilla como de barbería, finas como una hoja de papel y con filo por los dos lados. Asia siempre bromeaba con su madre por no desprenderse de esa maquinilla, que casi era *vintage*, pero Petra le tenía

un especial apego. Asia por fin dio con las cuchillas, venían en un paquete de cinco, envueltas en papel y de manera individual. Cogió dos. Y se las guardó en el pantalón. Lo que quería hacer con ellas no podía hacerlo en casa, con Rómulo cerca.

Cogió su bolsa de natación y se despidió de su hermano de manera cariñosa.

—En un rato vengo, ¿vale? Pórtate bien.

Llegó a la piscina de Lago y se metió en el vestuario. Sólo había dos chicas. Se metió en uno de los cubículos y cerró el pestillo.

Desenvolvió una de las cuchillas con mucho cuidado y la contempló durante varios segundos antes de decidirse. Se apoyó un momento sobre la tapa del retrete y se quitó la ropa, quedándose en bragas.

Se bajó un poco las bragas para ver su tatuaje. Ese maldito tatuaje. El tatuaje de la pistola que era igual que el de Rebeca. Ese tatuaje la había llevado hasta allí. Ese tatuaje era el culpable de todo lo que había ocurrido. Tenía que deshacerse de él. Borrarlo de su cuerpo. Extirparlo hasta que no quedara ni una huella, ni un resquicio de tinta. Tenía que hacerlo desaparecer. Aunque doliera. Aunque sangrara. Sólo si se

deshacía de él podría empezar de nuevo. Empezar de cero. Sólo si borraba esa marca indeleble podría ser capaz de borrar de su cerebro el horror de aquella noche.

Asia cogió la cuchilla y la llevó hasta su pubis. Hizo la primera incisión sobre la piel. Reprimió un grito de dolor. Dolía mucho más de lo que esperaba. Pero el dolor no la detuvo. Y volvió a hacer otro corte. La sangre no se hizo esperar. Y enseguida manchó de rojo toda su piel. Tenía que ser más rápida, hacerlo rápido, si no quería desangrarse. Cortó de nuevo. Y otra vez. Empezaba a marearse. Se sentó sobre la taza del retrete. En la mano derecha

tenía la cuchilla ensangrentada. Cogió con la mano izquierda la toalla que había metido en la bolsa de deporte y se la llevó hasta la herida. Una esquina de la toalla blanca enseguida se empapó con la sangre.

Asia respiró. Tenía que seguir. Tenía que seguir cortando hasta extirparlo del todo. Miró la cuchilla y entonces tuvo una idea mejor. Se levantó y utilizó la toalla para envolver su cuerpo en ella. Tiró la cuchilla al retrete y cogió la otra, la que tenía de repuesto. Se limpió como pudo la sangre de la mano con papel higiénico y salió del vestuario. Al caminar notó cómo un hilillo de sangre bajaba por su pierna

derecha. Tenía que darse prisa. Tenía que llegar hasta el agua. Sólo en el agua podía dar resultado lo que pretendía.

Llegó hasta la piscina cubierta. Había demasiada gente. Se maldijo por no haberlo previsto. Ahí no podía hacerlo. Miró por la cristalera y fijó su mirada en las piscinas al aire libre. No abrirían al público hasta dentro de un mes. Y una de ellas estaba a unos doscientos metros de allí, era imposible que alguien la viera. Y aunque el acceso era complicado, sabía por qué puerta colarse...

Sergi entró corriendo en el recinto de Lago. No había previsto que no le dejaran pasar sin pagar la entrada y tuvo que rebuscar en los bolsillos para encontrar las suficientes monedas. Y aunque le faltaba un euro, ante su insistencia y tras jurarle que sólo buscaba a una amiga y que no iba a nadar, el revisor le permitió la entrada.

Sergi buscó a Asia en la piscina climatizada, pero allí no había ni rastro de la chica. Decidió entrar en los vestuarios femeninos, ante la protesta de las tres mujeres que se estaban cambiando. Preguntó si habían visto a una chica de su edad, alta, con melena castaña. Pero las mujeres negaron. Él

gritó su nombre y entró en cada uno de los cubículos. Y al llegar al último descubrió varias gotas de sangre y una cuchilla en el retrete teñida de rojo. Reprimió un grito. Salió corriendo de allí. Tenía que encontrarla. Tenía que encontrarla como fuera. «Piensa, Sergi, piensa. No puede haberse ido muy lejos...».

El chico salió del vestuario y buscó como loco entre la gente. Hasta que descubrió una gota de sangre en el suelo. Y luego otra. Se puso a seguirlas y le llevaron hasta las piscinas exteriores.

Mientras corría gritó el nombre de Asia. Lo gritó hasta desgañitarse. Y por fin la encontró. Bajo un cielo

encapotado de nubes negras, en la piscina olímpica de Lago, una mancha roja teñía el agua y en medio estaba el cuerpo inerte de la chica.

—¡Asia!

Sergi se descalzó lo más rápido que pudo, se deshizo de su cazadora y se tiró al agua sin pensarlo.

X

Quique estaba delante del teclado del ordenador. Era incapaz de concentrarse. Los diálogos no fluían, él, que era el rey

de los diálogos y que hasta en los días malos era capaz de escribir dos réplicas graciosas, ahora estaba paralizado.

Su teléfono sonó. Quique comprobó en la pantalla que era Sergi. Dudó si cogerlo o no, pero al final decidió hacerlo.

—Sergi...

—No sé a quién llamar, ya he llamado a una ambulancia... pero no sé a quién llamar, no sé si llamar a su hermano... porque es muy pequeño y...

—dijo Sergi de una manera atropellada y casi sin aliento.

—Sergi, cálmate, no entiendo nada... ¿qué ocurre?

—Asia... se ha cortado las venas.

—¿Qué? ¿Asia?

—No sabía a quién llamar. No sabía a quién llamar.

Quique le pidió que llamara a los padres de la chica. Pero no tenía su número de teléfono, le dijo, sólo el de su hermano.

—Pues llámalo a él y que te dé el de los padres o se lo cuentas y que les llame él.

—Es muy pequeño... —dijo Sergi muy agobiado.

—Da igual, Sergi, llámalo...

—Yo...

Quique se dio cuenta de que el chico estaba desbordado.

—¿Dónde estás? —Y como no le contestaba, repitió la pregunta—: Sergi, ¿dónde estás?

—En la piscina de Lago.

—Voy para allá.

XI

Cuando Quique llegó a la piscina de Lago, ya había dos ambulancias en la zona con las puertas abiertas. Estaban metiendo en una de ellas el cuerpo de alguien en una camilla. Quique vio a Sergi cubierto por una manta y con el pelo empapado. Se acercó a él.

—¿Cómo estás? ¿Cómo está ella?

Pero cuando Sergi le iba a contestar, Quique notó cómo una fuerza le tiraba hacia atrás. Alguien había puesto una mano sobre su hombro y le daba la vuelta. Quique no consiguió ver quién le estaba atacando. Sólo sintió un golpe muy fuerte y doloroso en la nariz. Y el crujir del hueso. El dolor era intensísimo y desconocido para él y le acabó tumbando. Cayó al suelo perdiendo el conocimiento. Cuando abrió los ojos, pudo ver cómo dos enfermeros intentaban impedir que un señor le propinara más patadas.

—Hijo de la gran puta. ¡Deberías estar muerto! Mi hija se puede morir por tu culpa. Por tu culpa. ¿A qué coño has

venido?

Quique apenas podía reaccionar. Lo único que sentía era que la nariz y la frente le estaba estallando de dolor. Era demasiado intenso. No lo iba a aguantar. Se iba a desmayar otra vez. Sintió cómo dos personas lo levantaban. Sergi era una de ellas.

—¿Estás bien? —le preguntó el chico.

—No, me duele. ¿Qué ha pasado? ¿Quién...?

—El padre de Asia. Creo que te ha partido la nariz.

—¿A mí? —preguntó con gran desconcierto Quique. No entendía nada —. ¿A mí por qué?

—Te ha reconocido de la tele.

—Joder...

—¡Hijo de la gran puta! —volvió a gritar con rabia y entre lágrimas el agresor—. ¡Corruptor de menores!

Quique vio cómo una mujer de unos cuarenta y tantos años y otro señor con una camisa espantosa se acercaban al agresor, que aún gritaba y seguía sujetado por los dos enfermeros.

—Pablo, ¿dónde está? ¿Cómo está? —preguntó la mujer.

—Ha perdido mucha sangre. Se la llevan ya. ¿Dónde estabas? ¿Por qué no estabas con ella en casa? —gritó Pablo. Y sin darle tiempo a contestarle, miró al hombre que venía con ella y sacó su

propia conclusión—. Con este estabas. Claro. Mucho más importante que cuidar a tu hija.

—Pablo, por favor —dijo ella sin querer entrar en eso—. ¿Dónde está Asia? ¿Dónde?

—Allí, en esa ambulancia.

La mujer se acercó a la ambulancia y se metió dentro de ella.

Su hija estaba allí tumbada, tenía los ojos cerrados y el pelo empapado. Estaba muy pálida. Llevaba las muñecas vendadas. Petra cogió su mano derecha y la acarició. Asia, al notar el contacto de una mano, entreabrió los ojos.

—Mamá... Lo siento...

—No hables, cariño. No pasa nada.

—Me violó, mamá. Mauro. Y los otros. Teníais razón. Y yo fui tan tonta... tan tonta...

—Ya pasó, mi vida. Ya pasó.

Un enfermero se acercó a la puerta.

—¿Es su madre?

—Sí.

—Arrancamos ya. Puede ir con ella.

El enfermero cerró la puerta y se subió a la ambulancia.

El padre de Asia seguía insultando a Quique, pero al ver que la ambulancia arrancaba decidió coger el coche e irse al hospital. Cuando comenzaba a alejarse, se dio cuenta de que el hombre que había venido con su exmujer seguía

allí plantado y con esa camisa hortera. Le miró y pensó que tal vez era el momento de aceptar la realidad y dar un paso adelante, de asumir que Petra era el pasado. No podía seguir aferrándose a ella. Tenía que mirar hacia el futuro. Sí, porque ella había sido el amor de su vida, pero tenía que admitir de una vez por todas que se había acabado. Que cualquier intento de retenerla sólo le iba a hacer más daño. Y si ella había tomado la decisión de dar el paso y presentarse allí con ese hombre, tal vez él, tal vez, debería aprovechar esa oportunidad y hacer lo mismo. Y por eso Pablo se volvió hasta donde estaba el otro y le preguntó:

—Voy a seguirles hasta el hospital.
¿Quieres venir?

Dámaso le miró, indeciso. La pregunta le había dejado con el paso cambiado. No sabía qué hacer. La idea de subirse con aquel energúmeno en un coche no le hacía muy feliz, pero, por otro lado, dejar a Petra a su suerte en el hospital... Y qué caramba, apenas la conocía desde hacía una semana, pero había estado tan a gusto con ella, se había sentido tan especial esos días y, sobre todo, esa última tarde compartida había sido maravillosa, tanto que ahora quería estar a la altura. Aunque sólo

fuera para que ella pudiera comprobar que él no era de los que desaparecían cuando las cosas se ponían difíciles.

—De acuerdo. Vamos —le dijo a Pablo.

Quique los observó marchar juntos y miró a Sergi, pero antes de que pudiera decir nada, perdió de nuevo el conocimiento.

EPÍLOGO

Quique tenía el tabique de la nariz roto por varios sitios. No había sido una fractura limpia y tuvieron que operarle. El cirujano le aseguró que haría un buen trabajo, pero que no volvería a tener la forma original. El tabique estaba tan dañado, y no sólo por el golpe —el consumo continuado de cocaína también lo había erosionado—, que la reconstrucción exacta era imposible.

Quique se resignó, no le quedaba más remedio. El posoperatorio dolió casi tanto como el puñetazo que le había dado el padre de Asia y la recuperación se alargó más semanas de las que le hubiera gustado. Durante muchos días tuvo los ojos y toda la zona nasal tan inflamada y amoratada que apenas podía respirar y su visión se empobreció, ya que la hinchazón le impedía abrir bien los párpados.

Tres días después del puñetazo, recién operado, muy sedado por los calmantes, con la cara amoratada y sin apenas respirar, tuvo que reunirse con Sandra. Aunque intentó retrasarlo lo máximo posible, la productora no cedió.

Y él, con un humor de perros, ya que le dolía cuando comía, cuando respiraba y cuando hablaba, se presentó en la reunión. Sandra le resumió cómo estaban las cosas en la cadena después del programa de debate, después de la acusación de Óscar y después de que hubiera salido publicada esa última noticia en la que se contaba que la chica del tatuaje casi había perdido la vida intentándosele arrancar.

—No te voy a mentir, Quique. La cosa está muy malamente. Quieren continuar con la serie, pero con cambios profundos y radicales.

—¿Cómo qué? —preguntó Quique en un balbuceo casi incomprensible.

—Rebajar muchísimo los contenidos. Nada de sexo, adiós a las drogas, nada de violencia y... —Sandra respiró profundamente antes de continuar.

—¿Aún hay más? —preguntó con incredulidad Quique.

—La cadena va a crear un departamento para velar por el menor. Aún no saben el nombre que le van a poner. El caso es que los guiones tendrán que contar con su aprobación.

—Estupendo —ironizó Quique—. ¿Y tú que le has dicho a todos esos disparates? —Sandra no fue capaz de contestar—. Has aceptado todo, ¿no? —adivinó el guionista.

—Quique, tengo una responsabilidad con las ciento y pico personas que trabajan en la serie.

Quique se levantó de la silla, con mucho cuidado y sentenció:

—Diles una cosa, Sandra. Diles que se ahorren ese departamento. Que no lo van a necesitar. Me voy. Dimíto. Muerto el perro, se acabó la rabia. Sin mí ya podéis moldear la serie a vuestro antojo.

—Quique, nadie te ha pedido que lo hagas. Ni nosotros ni la cadena. Todos te debemos mucho, somos conscientes de que la serie la creaste tú.

—Sabes perfectamente que no puedo aceptar ninguna de esas condiciones. Pon a otro en mi puesto y véndeselo a la cadena como que lo has decidido tú y que será lo mejor para la serie.

—Quique...

—Sandra, sin ningún drama. A mí también me va a venir muy bien alejarme de todo esto. Han sido cuatro años cojonudos, de verdad. Pero todo tiene su fin.

Sandra no luchó demasiado para convencerlo, intuía que la decisión de Quique no era producto de uno de sus

arrebatos. Parecía bastante meditada. Seguramente, él ya se esperaba una reacción así de la cadena.

Quique, cinco días después de la operación, volvió al hospital para hacerse una revisión. Allí coincidió con Asia, seguramente también iba a lo mismo. La vio de lejos, en realidad, al final de un pasillo. Dudó si acercarse o no a interesarse por ella. No sabía muy bien qué decirle, al fin y al cabo, la chica no le conocía. Pero aun así decidió hacerlo. Cuando estaba a punto de llegar a su lado se dio cuenta de que

alguien la acompañaba. Era un chico en silla de ruedas con el que charlaba animadamente. Se reían.

Quique volvió sobre sus pasos. El cirujano hizo las curas oportunas. Dolorosísimas. Quique las intentó llevar con dignidad, aunque sus gritos se oyeron hasta en la última planta.

Sergi lo visitó una vez en su piso. Le contó que Asia, antes de su intento de suicidio, le había dado la única copia de la grabación a Mauro y que este la había destruido. Pero Sergi, después de todo lo que había ocurrido, no podía dejarlo así. Y recordó que la cámara con la que lo había grabado todo tal vez aún conservara el archivo. Había tenido que

bajar al contenedor de basuras para rescatarla, porque la había tirado la noche anterior, y después de llenarse de mierda hasta el cuello, la había encontrado. Y pudo recuperar la grabación. Esa misma mañana se la había entregado a la policía.

Quique se sintió muy orgulloso del chaval. Y se alegró por él.

—Has hecho lo que tenías que hacer. Y seguro que el juez tiene en cuenta que tú salvaste a Asia de una muerte segura.

—La verdad es que me da igual. Si al final tengo que ir a un centro de menores, iré.

—Seguro que no es necesario —le dijo Quique.

Los dos se quedaron en silencio. Tampoco había mucho más que decir. Aunque Sergi se moría de ganas de pedirle una nueva oportunidad, al fin y al cabo le había demostrado que había sido capaz de enmendar su error.

—Me voy de Madrid —le dijo Quique—. Pongo en alquiler el piso, me cojo a Logan y me lo llevo a que conozca el mar.

—¿Dejas la tele? —le preguntó Sergi mientras asimilaba lo mejor posible semejante información.

—Sí, voy a intentar escribir una novela. Llevo mil años diciéndolo, quizás sea el momento de hacerlo.

—¿Ya sabes de qué va a tratar? —le preguntó Sergi, pero no porque tuviera curiosidad al respecto, sino porque no sabía qué decir.

—Aún es pronto para saberlo.

—¿Y cuándo vas a volver? —le preguntó. El chico deseó que no le hubiera notado demasiado ansioso al preguntarlo.

Quique le miró, quería ser amable en su respuesta, pero también firme. Debía entender que entre ellos ya todo era pasado.

—No lo sé. Lo suficiente para que, cuando regrese, tú ya te hayas olvidado de mí.

—Eso no va a ser tan fácil —le dijo Sergi.

—Más de lo que crees. Porque aunque no te esfuerces, vas a encontrar a otro más joven, más guapo y más listo que yo. Al final la vida siempre se acaba imponiendo.

—Tú qué sabrás —le dijo Sergi, aunque en realidad habría querido decirle, gritarle, que vale, que era joven y que no tenía experiencia, pero sí sabía una cosa y es que personas como él tampoco aparecían en la vida de uno todos los días. Y que él le había querido

y aún le quería con todo su cuerpo, joder. ¿Cómo podía decir que la vida se iba a imponer? Pero Sergi, en un raptó de madurez, prefirió callarse.

—También es verdad —concedió Quique, como si hubiera intuido los pensamientos del chico. Y no quiso decir nada más, porque ya estaba sonando demasiado condescendiente y el chaval no se lo merecía.

Y eso animó a Sergi.

—Prométeme que si acabo en un centro de menores vendrás a verme. Aunque sólo sea una vez.

Quique le miró a los ojos, con la luz del atardecer su iris cambiaba de color, el marrón verdoso daba paso a un

tono miel, y pensó que el chico más guapo del mundo, con su pelo pelirrojo y su camiseta naranja, y del que se había enamorado y desenamorado en una sola semana, la de cosas que habían pasado en una semana, le estaba pidiendo que le fuera a ver a la cárcel. ¿Quién era él para negarse? Y por eso Quique asintió. Claro que iría a verle.

A Sergi se le iluminó el rostro. Sintió que ese era el momento de despedirse y le dio dos besos de manera muy delicada en su cara convaleciente. Cuando ya salía por la puerta, se dio la vuelta para decirle:

—Asia va a volver a nadar. Eso es bueno, ¿no?

Quique hizo un gesto de asentimiento sin saber muy bien de qué le hablaba el chico.

Mientras empaquetaba sus últimos libros en una caja recibió la llamada de Alba.

—Maricón, no te lo vas a creer. Me caso.

—¿Te casas? ¿Con quién te casas?

—Con el bruto del boxeador.

—¿En serio?

—No veas el pedrolo que me ha regalado. Y dice que me retira.

—¿Dejas la serie? —preguntó el chico con preocupación.

—La serie, la tele, el cine, lo dejo todo —dijo ella con esa alegría inconsciente que siempre le había caracterizado.

—Alba, pero con el talento que tú tienes...

—¿Tú sabes para lo que yo tengo talento? Para que me mantengan. Yo, sobre todo, tengo talento de mantenida. Dime que vendrás a la boda.

—Si no invitas a Óscar voy.

—A ese que le den bien por el culo. Bueno, de eso ya se encargarán en el siguiente cásting al que vaya.

—Serás bruta.

—Es verdad, ese no vuelve a encontrar trabajo ni poniendo el culo.

Y no le faltaba razón a Alba. Óscar lo intentó desesperadamente cásting tras cásting, pero nadie le dio otra oportunidad, el chico no era un gran actor y todos tenían muy presente su salida de tono en el programa de televisión.

Pero no sería Óscar el único en salir malparado. La propia serie, *Tabula rasa*, empezó a bajar en audiencia en la siguiente temporada de tal manera que acabaron cancelándola. Quique, en los días humildes, intuía que el fin de la serie no estaba relacionado con su marcha, sino con el hecho de que el contenido se hubiera rebajado hasta convertir *Tabula* en otra cosa. Además,

después de Alba se habían empezado a ir otros actores y el público no lo había perdonado. Y como bien decía Quique, los días en los que no le daba por presumir de que él era el alma de *Tabula* y de ahí su fracaso, tampoco había que darle muchas vueltas y buscar explicaciones sesudas a la cancelación, simplemente las cosas tenían su ciclo, un día empezaban y otro acababan.

Como la amistad de Asia y Nerea, que Asia rompió de manera tajante, a pesar de los intentos de la otra por recuperar a su amiga. Nerea había conseguido torear a sus padres, que la recibieron con los brazos abiertos, pero ninguno de esos encantos sirvió con la

amiga. Y de ahí que ella, tan páfida como siempre y tan necesitada de pupilas que la admiraran, enseguida se buscó a otra incauta a la que tutelar como sólo ella sabía hacerlo.

El matrimonio de Petra y Pablo también había tenido un principio y un final. Aunque los dos hubieran necesitado en el pasado tiempo, mucho dolor y unos cuantos intentos fallidos para asumir que aquello estaba muerto y enterrado. Y la presencia de Dámaso había sido definitiva. El piloto le había demostrado a Petra que era un hombre bueno de los pies a la cabeza, con un gusto horrible para las camisas, sí, pero pulcrísimo en su higiene dental y

aceptable en la cama. Además, se había ganado a pulso el cariño de Asia y Rómulo. A ellos les hacía gracia su gusto estrafalario para la ropa y, sobre todo, que fuera piloto. Eso a Rómulo le tenía fascinado.

Meses después de la semana fatídica donde todo había comenzado, Petra descubrió que estaba embarazada y, por más cuentas que echó, había acabado por admitir que el niño no era de Dámaso, sino de su exmarido.

Quique escribiría más adelante que la vida a veces es así de puñetera y de irreversible. Y hay cosas que no se pueden dejar atrás, por más que nos empeñemos. En el mejor de los casos

hay que aprender a vivir con ellas. Al igual que los tatuajes, que, aunque se borren con láser, siempre, siempre, dejan huella.

El guionista había mentido a Sergi al decirle que no sabía de qué iba a ir su novela. La empezó a imaginar tan pronto despertó de la anestesia en el hospital. Se le había ocurrido el título y ya tenía a muchos de los personajes. Y mientras el tren le llevaba a Cádiz y su chihuahua Logan se revolvía inquieto en el transportín, decidió los nombres de los

padres de Asia, y también el color de pelo para Sergi. Sería el chico más guapo del mundo. ¿Acaso no lo era?

Una vez instalado en la casa, y después de remolonear varios días e inventar mil excusas para retrasar el momento terrible de la página en blanco, leyó una noticia en el periódico que le hizo reaccionar. El juez había aceptado llevar a juicio a los violadores de Asia. Así que, sin demorarlo más, se sentó frente al portátil y escribió las primeras frases de la novela:

—Necesito ver tu DNI.

—Venga, Carlo, no seas rancio.

AGRADECIMIENTOS

Como dice Alba, de bien nacidos es ser agradecidos, y yo tengo mucho que agradecer:

A Guille, por estar a mi lado. Sin él no habría llegado a la meta.

A Ana Rosa, Miryam y Belén, mis editoras, por venir a buscarme, por insistir una y otra vez y por creer en mí

más de lo que yo creo.

A Jesús, por ser uno de mis primeros lectores. Inasequible al desaliento, y porque siempre, siempre, ve lo positivo.

A Joaquín, por su entusiasmo desmedido. Tan necesario.

A Verónica, porque cuando leyó el segundo capítulo, me dio la fuerza y el ánimo para seguir. Y por ese *e-mail* maravilloso cuando acabó de leer la novela.

A Susana, otra entusiasta. Qué suerte estar rodeado de tantos. Y a Rosa, su madre, por el vuelo en avioneta.

A Jaime, por sus críticas y su aliento. Siempre está ahí.

A Agustín, por su lectura crítica tan estimulante. Y por ese *e-mail*, que más que *e-mail* parecía una novela. Y a Carlos, a Javi y a Darío.

A C. Lizaga, porque nunca le da pereza leer nada de lo que escribo.

A Joan, que siempre está al otro lado del teléfono para cualquier duda sobre documentación.

A Maite, por todo lo que le robé para Petra.

A Mario, por enseñarme a conducir y porque a él le debo uno de los mejores capítulos de esta novela.

A Marcos y a Elena, porque no me mataron a pesar de las katuskas rosas. Su hija Mencía tiene unas igualitas y

está preciosa con ellas.

A mis compañeros guionistas de *Física o Química*, ellos saben que una serie se escribe en equipo, aunque apenas hayan tenido cabida en esta ficción. Espero que no me lo tengan en cuenta.

A todos los actores y al resto del equipo de *Física o Química*. Y en especial a Goyo, a Reyes y a Josep. Ojalá se rían al encontrar algún que otro parecido entre la novela y la realidad. Si esta novela existe, es gracias a la serie.

A mi hermana Marta y a mi cuñado Paco, por hacerme tío. Entre los tres ya casi hemos cumplido aquello de escribir

un libro, plantar un árbol y tener un hijo.

A mis padres, con la esperanza de que no se asusten mucho leyendo la novela. Papá, mamá, es todo mentira.

Los tatuajes no se borran con láser

Carlos Montero

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de
Derechos Reprográficos)

si necesita reproducir algún fragmento de esta
obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web
www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04
47

© del diseño de la portada, Marta Tebar, 2012
© de la imagen de la portada, Irene Lamprakou
/ Trevillion Images

© Carlos Montero Castiñeira, 2012

© Espasa Libros, S. L. U., 2012
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
(España)
www.planetadelibros.com

Espasa, en su deseo de mejorar sus
publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia
que los lectores hagan al departamento
editorial por correo electrónico:

sugerencias@espasa.es

Primera edición en libro electrónico (epub):
septiembre de 2012

ISBN: 978-84-670-0934-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S.
L. L.

www.newcomlab.com